

*La ciencia
más
profunda*

MICHEL CRISOL

© 2020, Michel Crisol
Depósito legal: G 00176-2020
Todos los derechos reservados.
Portada e ilustraciones interiores propiedad de Michel Crisol.
Web: michelcrisol.blogspot.com
Correo de contacto: michelcrisol.escriptor@gmail.com

*Sí,
lo recuerdo.
Lejos queda todo aquello.
Espacios y tiempos difuminados,
esbozos en el fino velo del duermevela.*

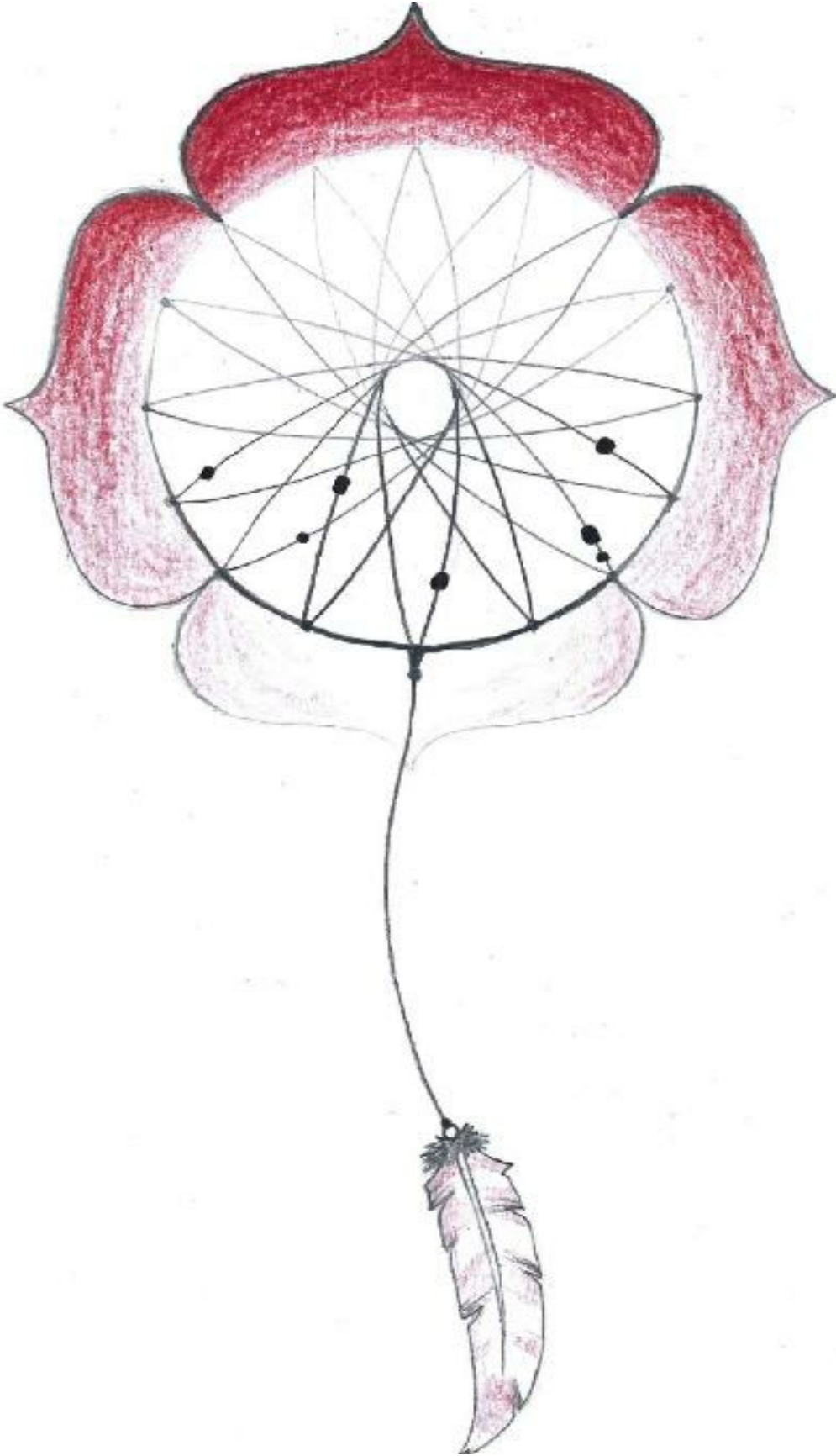
*Si no hubiese volado hasta acariciar el cielo mismo,
ni me hubiese estrellado en lo más profundo del abismo,
tal vez podría creer que mi historia, con sus cimas y simas,
ha trascurrido en un sólo mundo, a lo largo de una sola vida.*

*Pero no, lo que le contaré no es una crónica. Es un pésimo chiste.
Mi historia es una mentira, un mal sueño que no acaba y persiste.*

*Me dijeron que la memoria es como cabalgar de noche con fuego.
La luz ilumina hasta un punto. Detrás, sólo dejas oscuridad.
Ni en mis pesadillas imaginaba que los recuerdos a la luz
fueran a ser más sombríos que la noche más negra.*

*Son como nítidos trazos en la arena bajo el sol.
Vivencias y lazos dolorosamente tatuados.
Tan cercanos a mis manos...
Jamás olvidaré,
no.*

I La Llamada



[...]
*como semilla que cae en la tierra, sola,
y estira sus raíces para anclarse a la vida.
Sin dudar, sin plantearse siquiera si quiere vivir.*
[...]

Un nido en las nubes

Poder caminar sobre el agua me pareció normal, pero que aquel lago no tuviera orilla alguna que lo cercara, ninguna, comenzaba a marearme. Me envolvía el infinito jugando a ser sol, cielo inabarcable y agua lapislázuli con brillante desparpajo. Sin embargo, no me malinterprete; no echaba en falta la tierra, ni el más mínimo ápice de su cruda dureza.

En algún momento comencé a sumergirme en aquel desierto líquido, con lentitud, como si me tragasen unas arenas. Reparé entonces en que el contacto del agua con mi piel no me producía ninguna sensación, ni siquiera viéndome inmersa hasta el bajo vientre, desnuda. Aquellas eran mis manos, mis pequeños pechos... aquel era mi huesudo cuerpo, pero, de alguna forma, yo estaba fuera de él.

Advertí que una voz emergía de lo más profundo. Algo me llamaba, y la forma en la que

pronunciaba mi nombre me hizo necesitar escuchar más. Hechizada por una suave honda calma, ansiaba su encuentro. Sumergirme y entregarme, por completo, como no lo había hecho nunca, a nada ni nadie.

Cada uno de mis cabellos serpenteó con vida propia al contacto con el agua, entretejiéndose con armonía sobre la superficie. Aquel mundo y yo nos estábamos fundiendo. No abrí la boca para coger aire, esperé hasta ser engullida; y mientras me hundía y ahogaba, respiré.

La luz del cielo luchó por filtrarse en aquel mundo lanzando miles de flechas desde el sol, pero perdió la batalla. Se retiró, se apagó. Caía hacia las profundidades cuando se me reveló que mi respiración era sagrada. Nada podría privarme de ella. Colmada de gratitud, y desbordada de ingenuidad —aquella yo tan joven vivía todo aquel sinsentido con absoluta naturalidad—, me dejé llevar.

No todo era oscuridad. En lo más profundo, brillaban estrellas. Un pequeño pero intenso destello verdoso despuntó cerca de mí. Era pura luz, una llamarada de vida. Se movía como las algas jóvenes danzan en el afluyente, juguetona.

Pronto, a mi alrededor chisporroteaban decenas, cientos de aquellos espíritus refulgentes y, a medida que crecían, veía cómo su interior estaba colmado de infinitas estrellas entrelazando sus rayos. Sus colores, formas y tamaños diferían, pero todos esos fognazos de vida danzaban en equilibrio sobre sí mismos, junto a los demás y, a su vez, en torno a mí.

Ya no existía la superficie, el arriba, ni tampoco el abajo. Flotaba. Bailaba con todas las estrellas y todos los mundos creados para vivir y honrar la vida.

Yo era el universo.

En pleno éxtasis, de improviso, mis pies se posaron sobre tierra firme. Todas las luminarias desaparecieron, pero algo me alumbraba aún. Alcé la mirada y las vi, revistiéndome con plata, las dos lunas. Una menguante, casi extinta, me miraba compasiva como la anciana que se sabe de despedida; la otra creciente, casi llena, clamaba por mi atención como el bebé hambriento. Me miraban a mí, pero veían mucho más.

Me hallaba en la cima de la mayor montaña que pudiera existir. Sus raíces no quedaban ocultas bajo un manto de nubes. Dominando el horizonte en todas direcciones, donde alcanzaba mi vista, todo eran pendientes de roca, nieve y hielo; hasta que la cima se resquebrajó bajo mis pies y caí adentro. Entonces descubrió el pico dorado de una gigantesca águila.

Como montaña de plumas me sacudí la tierra, roca, hielo y nieve, y levanté el vuelo. Sentía la fuerza de mis alas, y no vacilé. Tuve la certeza de poder encontrar al *Gran Espíritu*. En su abrazo encontraría el sentido de mi vida, cristalino. Todas mis ridículas preocupaciones y miedos iban desintegrándose a medida que me elevaba, y en su lugar crecían la confianza y un inextinguible calor...

—¡Arriba, osa perezosa! —me despertó mi compañero de infortunios, siempre tan oportuno.

Recuerdo que no pude siquiera abrir los ojos antes de que un manantial de agua gélida cayera con generosidad sobre mi cara. Creí que me ahogaba. Tosí y vomité antes de incorporarme, sentir un brutal dolor de cabeza y maldecir a mi amigo, que me miraba con rostro burlón y ojos de arrapiezo.

En efecto, había, a mi pesar, una tierra que me esperaba.

—¡Vamos, Kayah! Ya han pasado dos días desde que metí aquel cactus en tu comida —Se retiró su cabellera con un gesto tan ágil como sus pensamientos—. ¿Piensas pasarte toda la vida volando? Porque necesitarás unas alas bien grandes, con ese culo de búfalo... —se desternilló, vibrando todo él, hasta que lo derribé tirando de sus piernas.

Las primeras luces asomaban entre los gigantes de piedra y recalcaban el tono bermellón de

aquella tierra. La noche había arrastrado lejos su lóbrego abrigo y el cielo se dejaba seducir por el sol. Siempre me fascinó cómo el frío y el calor se encontraban en aquella hermosa pintura, pero no recuerdo aquel amanecer, ni cada detalle de aquel día, por su belleza.

Han pasado doce años, pero hoy puedo revivirlo todo tal y como lo viví entonces. ¿Cómo no hacerlo? Si fue el día en el que intentaron asesinarme, sobreviví —sólo para desear haber muerto — y me dijeron que aún no había nacido.

Dos jornadas atrás Chankoowashtay, Chanku, como yo lo llamaba, poco amigo del aburrimiento, tuvo la idea de madrugar, irnos del campamento para pescar unas cuantas piezas y regresar esa misma noche “con frescos honores”. Aún me pregunto cómo creí que una idea suya podría ser tan sencilla.

Lo cierto es que, sabiendo de mi inconfesada pero muy sufrida decepción por una ceremonia de transición a la pubertad sin rituales sagrados, mi amigo quiso regalarme un buen viaje al mundo espiritual.

El muy canalla me aseguró que no necesitaba ayunar ni seguir ninguna estricta disciplina. Yo sabía que debía purificarme en el *Inipi*, la cabaña donde, envueltos por el humo, entre sudores y vahídos, mi pueblo afinaba la visión para ver a los espíritus; pero era joven y tenía tanta prisa...

—¡Ni Inipi, ni ponis! Sólo tómate esta asquerosa sopa, aquí, ¡oh, en este elevado lugar! — Me había insistido. Chanku era insufrible, y aquello no olía bien, pero accedí. Lo hice como un acto de estúpida rebeldía frente a la tribu, por no haberme dejado participar jamás en ningún ritual.

La experiencia no resultó como tanto había soñado, sin embargo. No se me acercó ningún espíritu. Aquellos amargos botones de cactus sólo me dieron dos días de sudor, mareos, vómitos y sacudidas por la tierra, con sus oportunas heridas. Y aquel inconcluso sueño, que a menudo recordaría. Eso fue cuanto me traje del mundo sagrado en lo que prometía ser la vivencia que me guiaría y ubicaría, por fin, en la tribu.

Durante mi particular viaje, Chanku debió de levantar la sombra de tipi en la que desperté. Ramas de abeto con abundantes agujas como forraje y dos pieles de uapití conservaron el escaso calor que nos daban las ligeras gamuzas y mocasines con los que salimos del campamento.

Había llegado la época de *Wetú*, las tres lunas de la renovación y el crecimiento. “La luna en la que los patos regresan” nos sobrevolaba avanzada. Marzo de 1847, vaya, pasaba. Sólo quedaba la nieve de las grandes montañas, donde moraban los más poderosos espíritus. Aquel invierno se había augurado inclemente, por eso nos movimos bastante más al sur de lo usual, a territorio enemigo, lejos de mis colinas negras.

—Tu padre dijo que en este río se pesca con los ojos cerrados, pero de momento nada. ¡Hoy voy a probar con los ojos abiertos! —bromeó Chanku, irguiéndose en su escueta estatura y abriendo los ojos cual águila pescadora al acecho.

—Deja de llamarle así —me quejé, aún aturdida, mientras me ponía en pie—. Ambos... no, todo el grupo sabe que Nahkohe no es mi padre. Hacen como si así fuese, pero su desconfianza se clava en mi espalda. Creen que mi espíritu no pertenece a esta tierra —Me quedé con la mirada clavada en mis pies—. Lo he escuchado: que mis pies están aquí, pero...

—¡Ah, no! —me interrumpió—. No. Cuando te pones a gemir así eres peor que el *rostro pálido* ese de la cruz añorando su tierra. ¡Su tierra! Será idiota —suspiró irritado. A pesar de sacarme cuatro años, en plena madurez, Chanku seguía siendo un ganso bullicioso.

»Anda, haznos un favor a los dos, ¡y a los salmones!, que no entregaron su voz a nuestros

ancestros para escuchar tus lloriqueos; ve a escalar. Pescaré un rato, y cuando regreses volveremos al campamento. ¡Vamos, ve con tus lagartijas! —insistió. Después, me devolvió mi cuchillo, que sorprendentemente había tenido la cautela de quitarme durante mi vuelo, y empezó a empujarme con aquellos cortos, pero fuertes brazos en dirección al risco que nos amparaba.

Me opuse, forcejeé. Para aquel entonces ya le sacaba una cabeza y nuestras peleas eran bastante reñidas, pero cedí pronto. Agradecía poder despejar mi embotada cabeza y mi anegado corazón. Ambos lo sabíamos. Discutíamos y nos peleábamos desde pequeños, pero nos conocíamos bien. Era parte de los juegos que a partir de ese día tuvimos que olvidar.

Los alerces que rodeaban el promontorio despertaban con un baño de oro. A base de largas zancadas, traté de enmudecer el estridente silbido de la flauta de hueso de águila que Chanku tocaba sin tregua. La importancia del silencio en nuestra tradición se vivía desde el nacimiento; el llanto de un bebé podía delatar nuestra posición. Pero a él no le gustaba estar guardado por el silencio. Era otro de sus rasgos que odiaba, pero tras pasar toda mi vida junto a su rojizo pellejo, desgraciadamente, lo quería como a un hermano.

Mi larga melena y mi sombra eran una pantera negra con mechas plateadas que corría tras de mí, saltando de tronco en tronco, ágil, sigilosa. Me sobresaltó varias veces, hasta llevé la mano al cuchillo. Seguía digiriendo los nervios del “vuelo”.

Me lancé a la carrera para sudar y purificarme. El petricor me ayudó. Impregnarme del afinado olor de la tierra, húmeda por el rocío, siempre me espabilaba. Más importante, me dirigía a escalar, y eso significaba medicina.

El inicio de cada escalada siempre me sabía a hogar. O, al menos a lo que, entonces, creía, debía ser un hogar. Entiéndame; a lo sumo, los *lakota* pasaban tres o cuatro lunas en el mismo enclave. Para mí el hogar no podía ser un lugar.

Más tarde conocería personas que nacieron, vivieron y murieron en el mismo terruño, sin conocer lo que les rodeaba. Pueblos y ciudades construidas con el afán de no desaparecer, de no ser llevados por el viento del tiempo y desvanecerse. Pero yo vivía con una tribu nómada, y en la ligereza del vuelo de las aves migratorias ningún lugar nos pertenecía.

La tierra que nos sustentaba guardaba emocionantes relatos sobre nuestros ancestros. Pero ¿y de mí? Podía contar lo mismo que los bosques del norte en los que me veo trepando al rebuscar entre mis primeros recuerdos. O que la humilde pradera de las anchas llanuras. Sabían de mí, pero no me conocían, sólo podían contar pequeñas historias, y pocas alegres, la verdad. De lo más importante: mi origen, callaban.

“Fruto de Madre Tierra y nuestro amor por sus montañas más elevadas”. Cuando Ichante, compañero de Nahkohe, me dio esa respuesta, además de conseguir callarme por un tiempo, me hizo sentir especial, preciosa. Él sabía ver en los ojos del otro cuál era la medicina acertada para sanarlo. Pero por entonces aún no había recibido la sangre de la Madre. ¡Qué digo!, ni siquiera había cambiado todos mis dientes. ¡Era una cría! A medida que mi cabellera creció, así también lo hizo la certeza de cuánto me ocultaban.

Los hombres que cuidaron de mí como padres eran *doble-espíritus*. Habían encontrado a su ser amado sin limitarse a buscarlo sólo entre mujeres. Ni sólo en su tribu. Su amor era verdadero, y no negaba que los espíritus de las montañas fuesen poderosos, pero estaba segura de que ni los hombres ni las montañas podían dar a luz.

Sabía que una mujer me había traído al mundo. Lo que ignoraba era si después no había querido o no había podido ser parte de ese mundo, de mi mundo...

Un mundo enormemente pequeño.

Aún no sabía cuán basta es la Tierra, ni cuán diversas las gentes que la pueblan, pero sí que el

pequeño grupo formado por la tribu no lograba abrazarme. A mis quince inviernos aún no tenía un hogar en la tierra, por eso lo buscaba en las alturas.

Perdida en estas, tan familiares inquietudes, mi sombra —y la sombra de mí— dio con el risco calizo de veta rojiza. Me detuve frente a él. Jadeaba, pero traté de quedarme quieta como una roca más, como siempre hacía antes de escalar. Porque si prestaba la debida atención, podía escuchar cuanto la piedra tuviera por contarme. Lo digo de verdad.

Recibí aquel don en la niñez.

La intuición más certera imaginable. Mi nuca se erizaba y de pronto llegaba a mí una melodía de sensaciones que me cantaba el devenir de mis pasos, de forma sutil, normalmente.

Sumida en mi silencio interior, llegó la advertencia. Llegó como el primer trueno en una noche de tormenta, quebrantando el sueño, sin paños.

Me sacudió tan súbitamente que caí de rodillas, incapaz de sostenerme. Con la rapidez que pasa un latido del tambor a otro en *la danza de los lobos*, sentí con abrumador realismo la arcada de la sangre en la boca, seguida de la quemazón del fuego en la cara y el escozor del humo en los ojos.

No había tenido una premonición violenta jamás. Más o menos vívida, en las sensaciones que me llegaban antes de escalar siempre había dicha. Pero la emoción que envolvió aquella fulminante melodía fue de absoluta desolación.

Todavía de rodillas, me aparté del risco, asustada. Y, sin embargo, como puede que incluso fuese más idiota de lo que lo soy ahora, tras dudar, simplemente lo achaqué al dichoso cactus de Chanku. Así, me juré devolvérsela y traté de alejar aquella funesta sensación mientras me ponía en pie.

Alargué el brazo y agarré suavemente el primer saliente de piedra que me llevaría hasta arriba, en lo que dura la carrera de un relámpago. Verá, nadie podía seguirme el ritmo al trepar. Lo achacaban a mi altura, inhumana para ser tan joven, y chica. Aún recuerdo las miradas de lástima en los ancianos, de rechazo en los adultos y de miedo en los niños.

Inicié la trepada con un deje de vacilación, temblorosa. Incapaz de reconocer el miedo que me había transmitido el aviso de la roca. Por fortuna, como solía pasarme al alcanzar la altura de una caída mortal, mi seguridad se abrió paso.

El cuerpo del risco que estaba trepando se estilizaba hasta crear una cima en la que apenas podría hacerse fuego sin quemarse el trasero, a una altura en la que no habría diferenciado entre una aguililla real y una rojinegra.

Sin embargo, aquella mole no me planteó ningún paso complicado. Resultó ser como un manso oso jugueteando con su oseznó. Sólo sudé por encadenar todo el ascenso sin descanso. Había tantos salientes, y tan seguros, que pude escalar a mí ritmo y gusto. Después de dos días llenos de agitación y alucinaciones, volvía a sentir el placer de tener el control sobre todos mis sentidos.

La roca reseca mis manos con la misma arenisca rojiza que, junto con sangre, savia, raíces, insectos y orina, usábamos de pigmento. Estaba habituada a llevar la cara pintada. Mi piel, comparada a las demás, era tan pálida que parecía enferma. Incluso en verano. Vivía convencida de que esa era la razón por la que Nahkohe me pintaba la cara tan a menudo.

Solté un agarre y pasé los dedos por mi rostro sudado. Pinté motivos lineales para ayudarme a ir directa al objetivo, como las flechas. Mis fuerzas se redoblaron en cada agarre, mi precisión en cada apoyo. Sentí que podía seguir escalando mucho más lejos de donde la roca se atrevía a alzarse. Y así, mientras el sol ganaba altura en su vuelo y hacía sentir humildad a las sombras,

encogidas ante su dominio, alcancé el pico.

Habitar la siempre solitaria cima, tan cercana a las nubes, hacía que todo pasara de largo y no pasara nada. Allí nadie me hacía sentir extraña, y eso era lo que más tristemente se acercaba a estar en mi lugar que había experimentado.

Situada en el centro de la cima y, sin apenas moverme, pateé el suelo mientras llamaba y agradecía a mis ancestros en las cuatro direcciones. Después, dancé como una posesa. Giré, salté, canté y reí. Imaginé a Chanku allí arriba, hincando los dientes en la roca, disimulando su miedo a las alturas. Me puse de puntillas y blandí el cuchillo tan alto como pude, pero no llegué a cortar las nubes. «Algún día», me dije, ilusa.

Celebré aquella mañana primaveral, sin darme cuenta de que lo que en verdad festejaba era la primavera de mi propia vida, florida, prometedora. No es que quisiera engañarme; faltaban cosas esenciales en aquella vida, pero el viento cantaba y sentía la emoción de un largo camino colmado de descubrimientos. Creía en todo lo bueno que estaba por venir.

Y en un instante, la miel se hizo hiel en mi boca.

El cuchillo se deslizó entre mis dedos y cayó al abismo, sin golpear piedra alguna, en un atronador silencio.

Miré hacia el campamento de nuestra tribu, a poco más de medio día caminando. Y allí, a lo lejos, lo vi. Humo. No un par de tenues cortinas claras como las que atendíamos con cuidado. No, lo que vi fue una vasta fumarada formada por demasiadas columnas negrizcas, por demasiado fuego.

Mi corazón se encabritó, como mi respiración, anhelante de un aire que no me consolaba. Imaginé muchas explicaciones, pero ninguna me resultó alentadora.

—¿Hace falta que seas tan melodramática todo el rato? —suelta la anciana con aspereza. En la negrura que nos envuelve no ve cómo afilo la mirada en su dirección, pero parece percibir algo hiriente—. Bueno, es tu historia, o tu interpretación de ella. Te pedí escucharla; me callo... por ahora— recula.

Pero lleva razón, por más revivir los capítulos de mi vida, el río de recuerdos sigue arrastrándome en su torrente de emociones. El opio no me está atontando lo suficiente, no esta noche.

—Vuelvo al día que estaba recordando —digo cortando el silencio. Tomo aire y preparo mi tono más trágico—. Aquel en el que soñaba que respiraba bajo el agua y en el que desperté ahogándome sobre la tierra. Aquel en el que sería sumergida en las llamas y abrasada por mis lágrimas contenidas.

El pesado suspiro de la anciana me produce algo vagamente familiar al placer. Ella no lo ve, pero sonrío mientras una lágrima se reseca, camino abajo por mi mejilla.

—Vamos —la animo—, trate de que sus ojos miren, sus oídos escuchen y su corazón sienta, como lo harían a la edad que yo tenía por aquel entonces.

—A esa edad yo ya sabía más que tú ahora... —sisea.

Raíces consumidas

Quise bajar de inmediato, pero no podía sentir la piedra. Mis manos temblaban de forma incontrolable; el cuerpo entero era un hervidero de convulsiones, de hecho. Mi mundo era ridículamente pequeño, sí, pero era cuanto tenía, y podía estar extinguiéndose entre llamas.

Recorrí con la mirada el sinuoso curso del río, semi oculto entre el pinar. Ni rastro de Chanku. Lo llamé a alaridos, pero sólo respondió mi eco. Éste chillaba histérico, hasta que lo entendí: sólo me tenía a mí. Me sacudí un tortazo con ambas manos, me llené de aire y lo dejé ir con la escasa lentitud que aquel siniestro horizonte me permitió. Algo más serena, me descolgué de la arista.

Descendí entre tropiezos y resbalones. La prisa y el miedo absorbían mi habilidad como sanguijuelas. Cuando apenas quedaba tres veces mi altura para llegar abajo apuré con un movimiento más largo. El único canto que así cedió y fue directo a mi boca. Caí de espaldas, sin poder reaccionar. Sólo en el último momento, el instinto hizo que girara y me incorporase un poco.

Una caída así podría haberme roto varios huesos. Debía estar agradecida, pero tras rodar sobre mi dolorido costado no mostré gratitud. Sólo escupí, un diente; y sangre, abundante. Y maldije, también a raudales.

Salí disparada como la flecha del cazador joven, de forma torpe e impaciente. Me dolía el costado, pero no había tiempo para el descanso. La acelerada carrera y el sabor de la sangre en la boca me pedían vomitar, pero tampoco había tiempo para eso.

¡La arcada de la sangre en la boca!

Temiendo la forma en que se manifestarían el fuego y el humo de la advertencia de mi don, llegué hasta el tipi.

Allí sólo encontré ascuas casi extintas y una piel de liebre extendida al sol. Después de cazarla, desollarla, vaciarla y asarla, Chanku se habría llevado al animal como almuerzo.

Me dirigí al tramo más cercano del río. No fui nada precavida, como si ninguna otra desgracia pudiera acecharnos aquella mañana. Una vez más, llamé a mi amigo con todas mis fuerzas. Respondió. Era su voz, sin duda. Pero también era un grito lleno de sufrimiento que me heló la sangre.

Entonces entreví su cuerpo, inerte. Flotaba boca abajo, cerca de la otra orilla. El corazón se me salía por la boca mientras vadeaba el angosto, pero frío caudal que nos separaba.

Por mucho que creyera lo contrario, era tan cándida.

—Tranquila, ¡la siguiente trucha no se me escapa! —dijo socarrón, incorporándose de golpe cuando iba a voltearlo—. Es que el río me había atrapado en sus redes heladas, ¿sabes? Ay, aaay... —sollozaba risueño. Creo que pensó que, rediviva, iba a abrazarlo, pero cuando una pícaro sonrisa sobrevoló sus labios, lo volví a sumergir de un puñetazo.

—¡Hay que ver! Con lo que te has alegrado al verme, ¿¡ahora quieres matarme!?! —gimoteó, palpando la mandíbula.

Lo mandé callar, salir del río y vestirse. Vernos desnudos no nos daba pudor. Aún no sabíamos nada del pecado original ni ninguna de esas bochornosas historias. Tampoco era excitante, ya habíamos disfrutado explorando nuestros cuerpos lo suficiente; éramos más hermanos que amantes.

Chanku me prestó más atención de lo habitual y, para mi asombro, no me disuadió. No hizo ni un solo comentario mordaz sobre mi engañosa vista u otra tontería. Cuando acabé, llené una

vejiga de búfalo con agua fresca y me obligó a mordisquear la liebre. Tenía el hambre voraz de dos días sin comer, y arrastraba un invierno de bayas, pero apenas evité vomitar. Después, ciñó su puñal, agarró el ramillete con las raíces que aún nos quedaban, se encajó arco y carcaj a la espalda y, con rostro serio, hizo ademán de emprender camino.

Aunque no hubiésemos conocido el camino de vuelta al campamento, habría sido fácil seguirlo. El humo seguía elevándose desde su ubicación con el aciago tono de las tinieblas. Traté de no pensar cuán rápido habríamos vuelto de contar con los *shunka wakan*, los perros sagrados. Tontamente, por una vez, habíamos decidido no meternos en problemas y así ahorrarnos sermones por “tomar prestado” algún caballo.

Durante la primera mitad de la marcha, a pesar del creciente calor, de correr buena parte del tiempo y caminar veloces el resto, hablé mucho. Normalmente era al revés, Chanku no callaba y yo hacía como si lo escuchase. Iba exponiéndole mis temores sobre un ataque de los *sha hi'ye* —*cheyenne*— o los *arapaho*; cualquier explicación habría sido bienvenida, pero él, por primera vez en su vida, no abrió esa boca.

—Tal vez sea cosa de los *wasicu*, los perros ladrones —escupió cuando, no aguantando más, paré y exigí su voz—. He oído que los rostros pálidos van pintando rayas en el polvo de la tierra, marcando límites mientras separan la hierba. Que hacen suyo cuanto encuentran, o si no... lo queman.

Prestamos más atención a aquella tierra baldía. Alertas, buscábamos huellas, polvo en el aire, sombras entre los matojos... pero sólo vimos que la cantidad de humo mermaba. No sabría decir si aquello nos alegró o angustió, pero cuando vimos buitres sobrevolando la zona, aceleramos el ritmo.

Así, antes de que el sol estuviera en lo más alto, casi habíamos llegado. Y, sin embargo, debido a un leve collado, era imposible ver qué nos aguardaba en el campamento.

Durante un instante creí ver algo entre unos jóvenes pinos cembro que había no muy lejos, pero cuando miré con más atención sólo vi los efluvios bailarines de una tierra febril. Seguí corriendo hasta lo más alto del collado, donde Chanku se había detenido.

Donde me quedaría congelada.

Frente a nosotros, nuestro mundo reducido a cenizas. El pulcro terreno que habíamos ocupado en paz durante meses era ahora un horrendo escenario de guerra, con charcos oscuros y huellas de cuerpos arrastrados aquí y allá.

La herida mortal nos llegó al ver que aquellos cuerpos no habían sido llevados lejos. Ocho de las nueve tiendas eran ya círculos carbonizados en una tierra negra, pero sobre ellos, entre algunas ascuas, había decenas de bultos. No lo podía creer, no quería, pero tuve que reconocer a la fuerza unas manos contraídas hacia lo alto, coléricas.

Ni siquiera grité. No aullé. No había manada a la que llamar. Caí de rodillas, empalada de dolor. Incapaz de seguir mirando, me hundí, contraída sobre mí misma. Con los ojos cerrados, pero aquella estampa en mi interior, cristalina. Deseaba que la tierra se abriera debajo de mí, como la semilla que anhela su entierro. Sólo que yo no me transformaría, carecía de vida en mi interior. No podía ni llorar. Estaba vacía.

Chanku reaccionó de otra forma: puñal en mano, corrió hacia la única tienda en pie sobre el desolador cementerio. Sólo reparé en ello cuando lo oí gritar bajando el collado. Un grito arrebatado, un grito de desafío a la muerte; eso fue lo que me hizo abrir los ojos y levantarme.

Nuestros campamentos cada vez eran más pequeños. En los últimos años muchos nos habían abandonado. Aún no sabía que yo era la razón. Este campamento era el menor de cuantos

recordaba, pero cuando comencé a cruzar entre sus restos, entre los restos de nuestros compañeros, me pareció que aquel horror no tenía fin.

El silencio sólo se quebraba con algún chasquido y el cuchicheo de las cenizas. El aire, que aún rezumaba a brasas, contenía un olor que me revolvió el estómago. Evité mirar los cuerpos. Temía reconocerlos. Me centré en la esperanza de encontrar a alguien con vida en la tienda. Nahkohe, o el padre y el hermano de Chanku. A Nawaji. Incluso a todos ellos.

Casi había alcanzado a Chanku cuando llegó al tipi. Buscaba la entrada, en la parte posterior a nuestra dirección. El silencio se hizo muy pesado. El cielo estaba despejado, pero sentí como si un rayo estuviera a punto de estallar sobre nosotros. Recuerdo que, en el instante que Chanku rodeaba la tienda para dar con la entrada me pareció oír un forcejeo. Iba a hacer una señal de alto a mi amigo cuando algo salió disparado hacia su cara a toda velocidad. No lo esquivó, y del golpe, cayó de espaldas, inconsciente.

Un hombre alto, de piel y cabellera morena y una mirada tajante, asomó de la tienda y delató mi presencia.

—¡¡Estamos de enhorabuena, güeys!! —dijo mientras bajaba aquel extraño madero con hierro con el que había golpeado a Chanku—. Pensábamos que sólo nos habían dejado las sobras y resulta que aquí tenemos más carne para la brasa... ¡y otro juguetito bonito para jugar! Esta se ve güera...

Comenzó a caminar hacia mí, despacio, relamiéndose.

No entendí casi nada, pero aquel hombre de uniforme me dejó helada. Su mirada y tono de voz me paralizaron. No era una cobarde, pero me sentí más amenazada que frente a un oso iracundo en medio del bosque. Sí, habría sido más fácil encontrar humanidad en los ojos de un oso que en los de aquel desgraciado.

Instintivamente busqué mi cuchillo a la espalda, pero sólo me pude agarrar a su ausencia. Estaba sola y desarmada.

Entonces escuché un forcejeo, y los sollozos. Otro hombre, algo más bajo, salió del interior de la tienda. Una cicatriz irregular desde su mentón hasta el pómulo desfiguraba lo que, debía de ser su sonrisa: una suerte de pozos granas y dientes negruzcos. Tiraba de una mujer desnuda y maniatada a la espalda. La reconocí de inmediato, a pesar del rostro hinchado y de la sangre mezclada con sudor que la bañaba. Era Nawaji, una prometedora *mujer medicina* degradada a despojo que a duras penas se tenía en pie.

—¡Vaya! Nos ha tocado el trabajo más duro... ahora tendremos que enseñarle a esta también cómo se chinga civilizadamente —se burló el de la sonrisa desgarrada—. ¡Chaparro, trae al viejo! Estos también parecen de la jauría. Querrá darles la bienvenida —dijo haciendo señas al interior de la tienda.

—¡Claro! Tráelo —exclamó el que se dirigía a mí, que, aunque se detuvo, no se giró ni apartó su mirada para nada—. No seamos descorteses con el ruco —añadió guiñándome el ojo — ¡Puede que a esta sí le quiera meter “la pipa sagrada” por la panocha! —Los dos malnacidos rompieron a reír.

No podía ser otro. Nahkohe apareció tras la lona de piel del tipi. Agarrándolo por detrás, un hombre bajo y algo rechoncho, de mirada nerviosa, se esforzaba por hacerlo caminar a punta de cuchillo.

“Mi padre” llevaba la cabeza colgando. De su boca caían esputos de sangre y bilis que se le pegaban a su hermosa melena azabache. Sus pómulos altos estaban aplastados. Un reguero de sangre oscura goteaba desde cada brazo, que colgaban decaídos. El hueso entre el codo y el hombro sobresalía de la piel, quebrado, en ambos brazos. Le habían roto las alas y estaba a punto

de desplomarse sobre su tumba.

—¡Padre! —aullé mientras me lanzaba hacia él.

Apenas di tres zancadas, el hombre alto me atrapó.

—¡Tranquila, preciosa! —Su lengua dejó olor a carne podrida cuando me lamió la mejilla —. Tú eres más de mi talla, seguro que así te duele menos cuando te la... —una voz lo interrumpió.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Alto, por el amor de Dios! —gritaba una espigada figura a lo lejos, acercándose al trote con su montura. Sacó algo brillante de su pecho justo antes de trincar al aire su negruzco sombrero.

Pero el forzado no se detuvo. Tiró con fuerza de mi cabellera hasta dejarme de rodillas. Un rápido rodillazo en la cara me abrió de nuevo la herida de la boca. El golpe me lanzó cerca de los restos de una tienda carbonizada. Antes de levantar la vista ya lo tenía encima de nuevo. Una brutal patada en el costado ya dolorido por la caída de la mañana me derrumbó al borde de las brasas, al lado de los cuerpos calcinados. El dolor, que se extendía por todo mi cuerpo, me tenía inmobilizada. Entonces se detuvo, alzó su arma con ademán amenazante y apuntó a la persona que se acercaba.

—¡Chale, cuates! —alarmó nervioso el rollizo.

—¡Lo vemos, culero! —le espetó el de la sonrisa, que con la mano que no sujetaba la presa de Nawaji desenfundó de su cinturón otra de aquellas armas de madera y hierro, aunque de menor tamaño.

—El señor no perdona a quienes... —seguía el jinete.

—Ese huevón es el cura errante que va diciendo a todos lo que deben hacer, en el nombre del señor, claro —dijo mi captor—. Está tardando en visitar a su superior, ¿no creen? —susurró antes de bajar el arma—. Pero antes, divirtámonos un poco.

Sin perder el tiempo, aquel sádico me arrastró hasta las brasas y aplastó mi cabeza contra ellas, retorciendo su bota sobre mi cara. Mi oreja, sien y parte del pómulo izquierdo estaban chamuscándose. No eran látigos de fuego, pero sí lenguas de arena ardiente que me arrancaban la piel a lametazos. ¡La quemazón del fuego en la cara! La segunda advertencia.

—Por Dios... ¡Sabe que somos hombres de bien! —mi torturador alzó la voz por encima de mis alaridos—. ¡Órale, acérquese a purgar a estos salvajes *pieles rojas*, padre Javier!

El chisporroteo de las brasas en mi piel resultaba tan estridente que no oí el nombre, pero Nahkohe sí lo hizo. O simplemente vio una oportunidad. En cualquier caso, con unas fuerzas que no podían ser sólo tuyas, se giró hacia su opresor y se lanzó como un lobo, con las fauces abiertas, sedientas de sangre. El gordo no llegó a gritar. Cayeron al suelo, Nahkohe sobre él, mordiendo su garganta.

Todo sucedió muy rápido, aunque el beso de las brasas, cada vez más penetrante, me pareciese eterno. El de la cicatriz, que ya no sonreía, dirigió su arma hacia Nahkohe. Nawaji, como la loba que sigue el aullido de la manada, mordió con rabia a su violador, justo en la muñeca que sujetaba el arma. Se oyó un trueno y relinchos de caballo. Cerca de Nahkohe la tierra silbó y dejó volar algo de polvo.

Por un instante dejé de sentir dolor. Sin nube alguna alrededor, temía más lo que aquel estruendo podía significar. Aún no conocía la sucia magia de las armas de fuego.

El alto, con su bota aún sobre mi cabeza, se estremeció al escuchar un impetuoso “¡¡Hoka hey!!” a su espalda. Sin darle un instante para reaccionar, Chanku saltó sobre él, clavándole su cuchillo entre el hombro y el cuello. Ambos cayeron enzarzados, pasando sobre mí.

Me aparté de mi martirio, pero no él de mí. Apagué las llamas de buena parte de mi

cabellera, pero aun entonces, sentía que me quemaba. La cicatriz iría más allá de la piel.

Otro trueno. Otro. Y otro más. Pero estos no resonaron contra la tierra. El de la cicatriz se había liberado de Nawaji y con cada uno de esos estruendos disparaba flechas invisibles contra su desnudo pecho, a bocajarro. La rabia me poseyó y me arrancó de la tierra. Me lancé directa a por aquel cobarde. A pesar de los agujeros que se abrían en el cuerpo de Nawaji, no dejó de luchar. La ira que también soplabla en ella aumentó su llamarada. El arma apuntaba a su cabeza cuando, sin saber cómo evitar su mordisco, derribé al hombre.

La pelea se centró en tomar el control del arma. Él era más fuerte, y sabía cómo usarla. No habría sobrevivido de no ser por Nawaji. Tambaleándose, se dejó caer cerca de nosotros y con un rápido movimiento de piernas comenzó a estrangular al hombre entre sus muslos.

—¿Ya no me quieres tan cerca? —le escupió Nawaji en nuestra lengua, justo antes de toser sangre violentamente.

Dos ensordecedores truenos más restallaron, pero éstos se perdieron hacia el cielo. Entonces, su magia se acabó. Su arma apenas emitía unos débiles chasquidos. Aquel rostro de pesadilla, colorado por la presión en torno a su cuello, mostró incredulidad, y después un asfixiante pánico.

Nahkohe no había soltado su presa. Toda su voluntad estaba enfocada en abrirle la garganta. El rechoncho, tratando de zafarse, lo apuñalaba con torpeza. Lo hacía con escasa fuerza, pero la hoja debía de estar bien afilada, pues entraba y salía entre las costillas con facilidad. Al fin, Nahkohe, con salvaje frenesí y un brusco tirón, arrancó la vida de su víctima. Una fuente carmesí regó a sacudidas la tierra, aún sedienta.

Llegué hasta “mi padre”, lo giré y nos miramos. Justo entonces hubo un estallido más atronador que los anteriores. Al mirar atrás vi a Chanku, todo él salpicado de sangre y algo más. Su enemigo había perdido media cabeza.

Parecía que el peligro había pasado. Y, sin embargo, temblaba más que antes. La rabia me devoraba. Un fuego abrasador que prendía en mi interior y que sólo pedía sangre. Necesitaba sangre, más sangre para apagar aquel fuego.

El jinete que se acercaba era Javier, o Xavier como era conocido para nosotros, el único rostro pálido al que daban trato en la tribu, pero eso no iba a librarlo de mi odio. Me levanté, dispuesta a matarlo cuando Nahkohe me agarró del tobillo. Me dedicaba una mirada de gran ternura. Toda fiereza en él había desaparecido.

—Kay... —intentó llamarme, pero la voz se le ahogó en su sangre.

—¡No hables! Vamos a curarte... Nawaji va a curarte —gimoteé impotente, mientras veía crecer un charco bajo él.

Me giré, buscando su ayuda. Chanku estaba a su lado. Ella miraba hacia el cielo. La ira la había abandonado, parecía en paz, con sus piernas aún en torno al cuello de su asesino.

Xavier, aquel misterioso rostro pálido curtido por los años, descabalgó con un azote de dolor en su cara. Las arrugas de su rostro se apretaban entre sí, como buscando amparo. Su angustia parecía real. Aquello me calmó. Dio tres zancadas hasta arrodillarse frente a Nahkohe, lo examinó de arriba abajo y, recomponiéndose, forzó una sonrisa.

—Vamos, levanta —le espetó—. ¡Ya te he visto hacerte el muerto antes! —Ambos sonrieron con honda tristeza.

Con Chanku también en torno a “mi padre”, éste parecía a punto de contarnos una de esas escaramuzas de las que siempre había sabido salir indemne.

—Es mi última cabalgada —susurró el caído con un hilo de voz—. Iré hacia el este, hacia la

luz que renace en paz. Llegaron aquí por el sureste, pero vienen del este. Esto lo sé. Les cantaré para enseñarles a ver la tierra que el sol ilumina, pero que nunca quema.

—¡Cantaré sobre sus cuerpos! —bramó Chanku.

—Tu padre y tu hermano viven —le informó Nahkohe, emocionándolo—. Chankoowashtay, “Buen camino”, honra tu nombre. No lograrás caminar con respeto, gentileza, modestia y orgullo mientras la venganza sea tu horizonte —Su cara palidecía con cada palabra.

»Tú tampoco, Kayah. Este nunca ha sido tu hogar. Te dieron un lugar, pero ya no hay espacio para ti —Yo no podía entenderle, estaba aterrada—. No temas, Xavier te mostrará la leyenda que te espera desde antes de tu nacimiento.

El rostro de Nahkohe se despintaba mientras ambos se miraban y sellaban una antigua promesa. Sentí miedo, pero también una rara esperanza. Antes de su gran silencio, Nahkohe dejó volar las palabras que aún hoy se me escapan.

—Puedo ver... Hoy es un buen día para morir, Kayah, y también para nacer.

Como la hoja al capricho del viento

Nos quedamos allí los tres, juntos pero solos.

—Sé cómo llegar hasta donde están tu padre y tu hermano —le confió Xavier a Chanku—. Vengo del asentamiento al que se dirigían junto a varios *hunkpapa*.

Nadie dijo una palabra más hasta poco antes de irnos.

Después de arrancar las tres cabelleras, Chanku rastreó la dirección dejada por los asesinos. Sí, habían venido por el sureste, pero habían huido hacia el oeste. Una veintena de monturas, al menos. Xavier despojó a los tres infelices de cuanto consideró útil: plata, uniformes y calzado. También cogió sus armas y cinturones, llenos de extraños dientes de hierro; las balas. Dejamos sus cuerpos para los buitres.

Dentro de la tienda, atados a los palos mayores, cuatro jamelgos esperaban inquietos. Chanku había visto aquellos grandes ojos asustados en otros caballos que había robado. Se entendía mejor con ellos que con las personas, y pronto los calmó. Uno cargaba con abundante agua, viandas y mantos y objetos que hasta aquel día habían pertenecido a la tribu. Después dejó atado el caballo de mejor porte y llevó los otros tres a la calmada presencia de la montura de Xavier.

En el suelo, hecho añicos, encontré el collar con garras de oso de Nahkohe. Su *bolsa medicinal* también había sido desparramada por el suelo. Sus objetos sagrados yacían cubiertos de sangre y polvo. Su piedra solar, el pico de águila, el colmillo encerrado en una piedra de las colinas sagradas... todos. Los recogí, los limpié y, junto con una garra del collar, los devolví a la bolsa. No me pertenecía, y sabía que guardarla podía impedir al espíritu de Nahkohe alzar el vuelo; sin embargo, necesitaría su medicina para encontrar la sabiduría que me permitiese crecer y ser una persona honorable, como él.

Así pensaba cuando até la bolsa con fuerza a mi cinto.

Sin tiempo para levantar dos cadalsos, llevamos a Nahkohe y Nawaji al interior de la tienda,

los tumbamos con los pies hacia la puesta de sol y dejamos comida y bebida a su lado. Después cortamos el pescuezo de aquel precioso caballo y lo echamos junto a sus nuevos jinetes. Por último, colocamos sobre ellos un manto bellamente bordado e iniciamos el fuego que los elevaría al mundo de los espíritus, junto con los demás corazones en el suelo.

Chankoowashtay y yo cantamos mientras las llamas se engrandecían y el sol se abatía. Las lágrimas surcaban nuestros rostros, compungidos por el calor del fuego y el intenso escozor del humo en los ojos. El escozor del humo que cerraba la advertencia que, estúpidamente, ignoré.

Cantamos para ensalzarlos. Cantamos para pedir a los *wanagi*, espíritus protectores de los muertos, que los guiasen en su vuelo. Cantamos para sanarnos, para purificar nuestras almas tras la batalla. Chanku derramó su dolor haciéndose varios cortes en el pecho. Incapaz de arrancarme un dedo, trencé el cabello que sobrevivió a las llamas, corté la base de mi coleta y la arrojé al insaciable fuego.

—Adelante, hay camino que recorrer —instó Xavier.

Era el inicio de un viaje mucho mayor del esperado. Todo un mundo me esperaba delante. Toda una vida. Pero yo no podía dejar de mirar atrás. Tuvo que ser mi caballo quien, con un sobresalto, relinchase sobre sus dos patas y me desarraigase de aquella tierra —que parece, no volveré a pisar—.

Chanku y Xavier cabalgaban en dirección norte. El caballo que cargaba con mi cuerpo los seguía con los últimos rayos del sol en la crin, y el soplo de los fantasmas en mi nuca. Íbamos al encuentro de una avanzadilla guerrera organizada por un grupo hermanado. A veces intercambiábamos materiales e información, pero esta vez habían pedido guerreros para una escaramuza. Sin duda Chanku habría viajado allí con su familia de no haberse escapado conmigo.

Avanzamos al trote, aunque lastrado por el pesar, hasta entrada la noche. Armamos un discreto cobertizo al refrescar, pero no encendimos ningún fuego. Arriesgado, e hiriente. Tras tratar mis heridas con sábila, Chanku me pidió que descansara. No hablé ni para oponerme. Debí hacerlo, así no habría dado mil y una vueltas en el lecho, reviviéndolo todo.

El desvelo me sirvió para observar a aquel espigado y nervudo hombre. Xavier se movía con mayor vigor del que cabría esperar de un hombre con un pie en la vejez. El hilo de una luna menguante bosquejaba su silueta. Bajo el sombrero que siempre llevaba calado, una enorme nariz caía, como achacada por los años, sobre una poblada barba grisácea a juego con sus ojos. Era el rostro de un perro solitario.

Aquel viejo había dado muchas veces con nuestra tribu, incluso en los extensos bosques del norte. Nunca entabló conversación conmigo, pero mientras Nahkohe y él charlaban, lo había encontrado a menudo mirándome.

“Hoy es un buen día para morir...”, susurró la brisa.

Esa misma mañana, la perspectiva de ampliar mi mundo me habría llenado de alegría, pero en la noche que cerró el día en que la civilización llegó a mi vida de salvaje, ese fue mi último pensamiento: hoy es un buen día para morir. Después, las lágrimas contenidas, las violentas sacudidas, los baños en sudor y el llanto mudo debieron de consumirme.

Anda por el buen camino, mi hija,
y te seguirán las manadas de búfalos, anchas y oscuras,
desplazándose como negras sombras sobre los páramos...

Chanku sacudía mi hombro y alejaba la voz de Nahkohe, las palabras que me dedicara en mi *Isnati olowanpi*, tras dejar mi primera sangre de madre en lo alto de un fresno.

No se intuía el alba, pero ya habían ensacado y desatado las cuatro monturas. No me levantó

mi habitual nervio. Más allá de los golpes y la quemadura, todo mi cuerpo adolecía.

Para cuando las nubes se arrebolaron ya habíamos vadeado un remanso del río Grande y nos adentrábamos en terrenos sin tanto bosque, más expuestos de lo conveniente. No me preocupaba. Creí ver un tocado de púas de puercoespín *pawnee* sobre un peñasco y seguí sin abrir la boca, ni siquiera me volví para comprobar si realmente era un enemigo.

Xavier prometió dar con la avanzada antes del ocaso. Conocía bien aquellas tierras. A pesar de ello, si Chanku insistía en tomar algún desvío, aceptaba con aparente humildad.

—No nos siguen —informó mi amigo con satisfacción. En realidad, se excusaba por el último rodeo.

—Toda precaución es poca, Chankowashtay —Xavier evidenciaba lo obvio con el tacto justo para no dañar el orgullo del joven explorador. Al viejo le gustaban esas lecciones mudas. Siempre que aún le quedase algo de paciencia, claro.

—Gracias a las buenas enseñanzas de tu padre, Otaktay, pronto llegaremos hasta él y tu hermano mayor, Wehinahpay. Entonces podrás tomar la voz y contar lo sucedido —Xavier sabía que Chanku necesitaba reafirmar su fuerza y posición para hacerse un nuevo sitio al llegar al asentamiento.

—Así lo haré —respondió el piel roja con confianza—. Dime, tú que en otras reuniones nos hablaste de los wasicu que algún día llegarían. ¿Quiénes eran estos y por qué crees que atacaron nuestro campamento?

Chanku quería tener palabras de peso en el consejo. Yo suponía que haría lo imposible por convencer a todos los guerreros para dejar la escaramuza a un campamento llamado “Fuerte John” y salir antes en busca de la venganza.

—Parecían mexicanos, pero llevaban uniformes estadounidenses. Venían de Texas, eso seguro —Aquella nube negra de rostro blanco describió tramas de las que jamás habíamos oído hablar—. Hace un par de años los Estados Unidos y sus exigencias expansionistas anexionaron Texas, pero las seis banderas que ya acumula esa tierra le hacen seguir en guerra —Chanku insinuaba estar al corriente, pero a juzgar por su semblante, entendía tanto como un castor—. Tal vez fuesen perdedores... O desertores, más peligrosos aún.

A pesar de ir descabalgada de ambos, no me hizo falta aguzar el oído para escucharle entre el rítmico sonar de los cascos. Tampoco tuve que hacer esfuerzos por comprender su acento. Dominaba nuestra lengua. Hablaba alto y claro.

Sobre las tierras que hollábamos, viniendo del este, avanzaba el hombre blanco, pero también desde el sur ganaban terreno otros hombres. Unos como el sol que avanza durante el día, otros como el sol que gana altura entre la primavera y el verano. Y allí, en medio de aquella tierra que empezaba a abrasarse, nosotros.

—Esta ha sido una tierra libre, pero los intereses estadounidenses disfrazados de deseo por civilizar no frenarán ante las nuevas fronteras de la Provincia Unida de Canadá, ni ante los mexicanos, ni, mucho menos, ante la inmutabilidad de los nativos —se lamentó—. Desde la compra de Louisiana a Francia, su avidez no tiene límite. Temo que cubrirlo todo de este a oeste con su ensangrentada bandera no les baste.

Nos describió todas las decisiones que el *Gran padre blanco* —el Presidente— y los demás rostros pálidos habían tomado en sus reuniones. En ocasiones, Chanku estaba tan absorto por todas aquellas revelaciones que olvidaba hacer sus habituales gestos de aprobación y Xavier se recreaba, pienso, preguntándole si también estaba al tanto de aquello.

—Destino manifiesto, lo llaman —continuó—. Quemar cuanto no roban, escondidos bajo sus solemnes pelucas. Escribir una nueva historia, con gran inventiva. ¿Qué Dios permite escribir una

historia que precisa plagarse de mentiras para poder ser contada a sus hijos sin rehuir la mirada?

»Tenéis muchas estupideces que aprender si queréis funcionar en este mundo sin sentido — nos advirtió—. Un ejemplo —sacó una de esas armas ruidosas—: El revolver. Arranca la vida con facilidad, sin precisar fuerza ni habilidad. Nahkohe siempre rechazó su presencia en el campamento, pero si las balas no frenan ante la carne y el hueso, menos aún lo hacen ante el espíritu, por elevados que sean sus valores.

Llegamos al asentamiento circular con las últimas luces.

Yo seguía con los labios cosidos. Si no me había dirigido a Xavier todavía no era porque cuando los lakota conocen a alguien guardan silencio por un tiempo, convencidos de que las acciones se interponen menos que las palabras en el camino para conocerse. No había reunido coraje para preguntar sobre la leyenda o sobre mi lugar porque temía toda respuesta.

Habían elegido la orilla sobresaliente de un río rápido. Una quincena de pequeñas tiendas daba la espalda a la misma luz naranja que cabrilleaba en el río con candor.

Ellos nos vieron antes, claro. Una decena de guerreros espoleaban sus caballos a nuestro encuentro coreando gritos que ensalzaban su fuerza y valor mientras una pequeña jauría de perros los seguía comiendo el polvo. Los hombres iban armados con hachas arrojadizas, lanzas, escudos de piel curtida, arcos e incluso, para mi sorpresa, varios revólveres.

Cuando llegaron hasta nosotros con sus miradas iracundas, Xavier sólo los llamó a la calma pidiendo hablar con el *hombre-cabeza*. Me pareció que lo reconocieron rápido.

Así mismo, Chanku aludió al nombre de dos guerreros, y ambos sonrieron al saludarle — seguro que en los anteriores encuentros sus bromas no defraudaron—, pero algo los inquietaba. Una sombra cruzaba su rostro cuando me miraban.

Invitaron a Xavier y a Chanku, pero no a mí. Mi amigo se negó a dejarme sola, cosa que Xavier aprovechó.

—Será un momento, tranquilos —quitó hierro—. Voy, presento nuestros respetos, fumamos y sois bienvenidos —se despidió mientras tomaba las riendas de la cuarta montura, con la mayoría de enseres, y se alejaba custodiado por la jauría.

—¡Deja algo de tabaco! —bromeó Chanku, ocultando con talento su tensión, mientras los demás guerreros nos rodeaban. Para ser hombres curtidos, se les veía intranquilos. Quería creer que la razón era la pronta batalla, pero era yo.

Xavier no volvió en seguida. La noche cayó sobre nosotros con un manto de nubes rasgado que dejaba entrever un cielo estrellado, y seguimos esperando. Las reuniones siempre eran largas; todos los que asistían tenían voz, y antes de hablar, observaban y escuchaban. Justo al revés de lo que, imagino, Chanku habría hecho.

En la distancia, intuíamos el círculo de antorchas donde se daba la reunión. Al fin, tres figuras se desmarcaron del grupo y vinieron al galope.

Aun en la negra noche, Chanku reconoció de inmediato a su padre y su hermano. Se fundieron en un enérgico abrazo, entre llantos. Rieron cuando se miraron a los ojos, sólo para volver a llorar después. Fuera de aquella constelación familiar, yo miraba una diminuta y solitaria estrella de la que, incluso los jirones de nubes rehuían.

—Nos aceptan con honor —me informó Xavier, seco, al regresar—. Sígueme.

Nos dieron el tipi más apartado y pequeño, empero, y no hubo una sola persona que viniera a recibirnos.

Otaktay y Wehinahpay le dijeron a Chanku que contaba con un lugar en la tienda a la que ellos habían sido invitados.

—Dormiremos aquí esta noche, hasta preparar un tipi mayor mañana —me dijo Xavier. Yo seguía sin abrir la boca, pero percibió mi duda, se acercó y me susurró—: Aunque puede que cuando mañana te escuchan dejen que te sumes a la partida que irá en busca de los asesinos.

Vi a Chanku dividido, pero tras guiñarme el ojo con complicidad, se fue con su familia. Lo entendí, claro. Pero entender algo, a veces, sólo hace que duela más.

Atamos las monturas fuera del precario tipi y entramos. El terreno estaba sin aplanar. No habían usado el cerebro del búfalo para curtir sus pieles, y el intestino que las ataba estaba desmenuzado. ¡No había ni un cráneo de búfalo hacia el este!

Xavier preparó una frugal cena que apenas probé. La desconfianza no me dejaba mirarlo, ni siquiera cuando limpió mi quemadura. «Contento que no le muerdo», me dije.

Para mi sorpresa, realizó todo el ritual de la pipa sagrada, con resolución. Sacó la cazoleta y la cánula de su propio bolso, así como el tabaco seco. La encendió con las brasas del fuego, poniendo cuidado de no quemar las plumas de cuervo que pendían. Finalmente, inhala con los ojos cerrados, lacónico, y soltó el humo con reverencia en las seis direcciones: hacia el oeste, el norte, el este, el sur y hacia el cielo y la tierra.

—El mayor regalo que recibieron los lakota. Déjame que te cuente algo, hija —dijo buscando en vano mis ojos—. En una época en que la hambruna devoraba todo, dos jóvenes de la tribu salieron a cazar búfalos, sin éxito. Al regreso, vieron acercarse a una mujer vestida con piel de búfalo blanco. —Conocía aquella historia de la tribu de memoria, ¿pero él?

»Uno de los jóvenes advirtió que se trataba de una mujer sagrada, y llenó su mente de buenos pensamientos. El otro, en cambio, sólo vio una mujer hermosa y se adelantó para alcanzarla. Entonces, una oscura nube tapó el sol. Al despejar, no quedaba nada del segundo, salvo sus huesos. La mujer le dijo al buen cazador que llevaría a su gente un objeto sagrado. Y así lo hizo —Xavier apuró una larga calada.

»Les entregó una pipa cuya cazoleta estaba hecha de piedra roja, que representaba la carne y la sangre de *Tatanka*, los espíritus búfalo, así como del resto de animales y, claro, de los hombres, que compartían su caminar sobre la tierra. La boquilla de madera representaba todas las plantas que crecían desde el corazón de Madre Tierra. Y las plumas que colgaban representaban a todos los animales del aire.

»Les explicó cómo toda creación se uniría a quien fumase de la pipa sagrada, y que, el humo que saldría al fumar llevaría sus plegarias con la voz de todos al creador, *Wakan Tanka*, el Gran Espíritu —Dio otra calada y el humo ascendió.

«Porque en un buen pensamiento hay cabida para todos los seres vivos», la voz de Nahkohe resonó en mi interior.

—Se despidió de ellos y, transformada en búfalo blanco, se marchó. Los búfalos regresaron a esos territorios. Desde entonces siempre se emplea la pipa en los rezos —Xavier hizo una honda pausa, estiró su brazo y me ofreció la pipa—. Ahora, hija, llénate de buenos pensamientos, y reza.

Me quedé dormida con los pies cerca de las rocas y la madera candente, y con la cabeza algo embotada, mientras escuchaba el resonar de los tambores en la oscuridad. Mi corazón iba descabalgado, tras el galope de aquel tam-tam. Me dije que estarían honrando a nuestro grupo.

Demasiados corazones en el suelo.

Soñé con mi presentación de la mañana siguiente. Recé para que me pidiesen unirme a la partida. Merecía venganza. Oré, además, por ser una más allí; por dar con mi lugar.

—Shhh —Una mano me despertó tapándome la boca, en lo que me pareció la hora previa a un amanecer helador—. Debemos irnos. Ya —Era Xavier.

—¿Qué pasa? ¿y Chankoowashtay!? —pregunté, destemplada y confusa, cuando me libré de su manaza. El sobresalto también había despertado mi voz.

—No hay tiempo para réplicas cansinas —me cortó. Pero cuando vio que, desconfiada y asustada, iba a ponerme a aullar rabiosa, se me adelantó—. ¡Este no es tu hogar! ¡No te quieren aquí! —ladró con crudeza.

Todo volvió a sumirse en el silencio, salvo por algunos ladridos en la distancia. Xavier apoyó con suavidad su mano en mi hombro y habló, con aparente pesadumbre.

—Apenas he conseguido favor por esta noche, hija. No sólo somos mensajeros de funestas noticias, no. Tú... y yo, ambos, representamos la muerte de su cuerpo y la desaparición de su espíritu. El olvido de su historia —Pese a la hoguera que había mantenido viva, su rostro se ensombreció por completo—. No eres uno de ellos, hija. Tu verdadera familia te espera en el viejo continente, en la tierra del hombre blanco. Allí está la leyenda de la que habló Nahkohe.

Deshonrada, me preparé para arremeter contra él.

—Conocí a tu madre —me desarmó—. Puedo acompañarte hasta su hogar. Dime, ¿quieres mi ayuda?

Claro que la quería.

Me moría porque me ayudasen, y más si era para llevarme hasta mi madre. Quería creer. Así que dejé que el viento me llevara, aunque fuera directa a un acantilado, al final de la tierra; hasta mi hogar: la tierra del hombre blanco...

*—Así que llegaste al viejo continente sobre una oscura nube llena de secretos...
Empiezo a entender cómo acabaste aquí —me corta la anciana entre las sombras.*

No. Aún no te haces a la idea.

Es una suerte haber encontrado a alguien que comparta mi lengua, pero no estaría mal que la usase menos.

—No se adelante a sacar conclusiones; y menos, a juzgarme —le contesto—. No fue tan sencillo, ni fácil. Cuando acabe de contarle mi historia verá que usted tampoco habría tenido muchas oportunidades para librarse de mi desgracia.

La vieja estalla en carcajadas, sin miedo a despertar a las demás, o peor, a ellos.

Nacer, vivir y morir en jaulas

Mirando atrás bendije a Chanku. Mirando adelante, bolsa medicinal en mano, rogué por que Nahkohe, todos mis ancestros y, sobre todo, aquellos a los que Xavier había llamado “mi verdadera familia”, bendijesen mi camino.

La oscuridad ocultó nuestra marcha bajo un telón de nubes plomizas. Sólo al alba, y durante un momento, el sol refulgió frente a nosotros, un instante, antes de ser engullido. Cuando mis ojos reposaron en la negrura, me costó creer haber visto amanecer. Comencé a preguntarme sobre cuánta luz había en las palabras de Xavier, y me lancé a interrogarlo.

—Naciste aquí, en el prometedor “nuevo mundo” —comenzó, tras mi insistencia—, pero, como Nahkohe dijo, tu hogar no está aquí. Tus raíces te unen a otro mundo, al viejo continente —dijo mientras los caballos trotaban hacia un negro horizonte—. Te llevaré a tu hogar, tienes mi palabra.

Me preguntaba sobre cuánto valdría su palabra, cuando se excusó por huir así del asentamiento: mi claro origen era suficiente para que las tribus que entablaron relación con los rostros pálidos tiempo atrás y ahora lo lamentaban, no me aceptaran. Temían que los blancos se tomasen como afrenta tener a uno de los suyos en un campamento piel roja.

—Por eso, cuando un joven y malherido Nahkohe apareció con un pálido bebé frente a su tribu natal, los cheyenne, le exigieron deshacerse de él. Dejarte morir, hija —me desveló en un susurro—. Les dio igual que él asegurase haberte encontrado abandonada entre los restos de una diligencia. El consejo presagió que atraerías la muerte de todos. Nahkohe no pudo negarte la vida y fue apartado, lejos de su familia y allegados. Vagasteis, él herido, tú sin alimento y ambos sin hogar; hasta que Ichante, de los lakota, dio con vosotros y os llevó junto a su tribu.

Sus palabras despertaron un eco de mi niñez.

Tendría unos ocho años cuando, durante cierta caravana, se nos echó encima una tormenta. La noche caía y no íbamos a poder avanzar mucho más antes de que la tormenta estallase, pero Nahkohe no quería detenerse. Señalaba la escasa protección del lugar, hasta que alguien llamó tras una loma; un sotobosque aguardaba cerca. Él asintió, pero en su silencio se oía la tensión del tambor que espera el golpe.

Aquella noche me despertó el restallido de una piel contra el tejo que apuntalaba nuestro improvisado refugio. Quienes hacían guardia trataban de atar la piel y me dijeron que durmiese, pero me di cuenta de que Nahkohe no estaba.

Salí del refugio. La lluvia había cesado, pero la ventolera era más violenta, como agitada por pesadillas, y arrastraba murmullos. Dispuesta a mostrar mi valor, decidí explorar.

—Una noche, dos exploradores de otra tribu visitaron a Nahkohe —solté a Xavier, hosca—. Tenía el rostro apesadumbrado, costaba reconocerlo tan grave. Los tres hablaban una extraña lengua, con idéntico acento, y se parecían mucho —seguí—. Apenas teníamos contacto con otras tribus y no entendí nada, salvo la despedida: los extraños se acercaron hasta Nahkohe y se *contaron un golpe* en su cara —Esperaba que me explicara por qué no hizo nada por evitar tal deshonra.

—Sí, recuerdo hablar con Nahkohe sobre el episodio con los rastreadores cheyenne —me confió—. De la amenaza que sus antiguos compañeros le habían lanzado: Alertarían a los rostros pálidos de que él y su huidiza tribu habían raptado a una niña blanca. No querían dar ninguna excusa al hombre blanco para que desatase su rabia contra los considerados piel roja, sin distinción alguna —Xavier detuvo su montura y señaló una arboleda de alerces.

—Haremos una breve pausa. Estate atenta, seguimos en el salvaje oeste —me advirtió con triste ironía. No alcanzaba a imaginar lo qué me deparaba en el “civilizado este”.

Xavier había entregado dos caballos, el rifle y otros enseres como regalos antes de tratar mi porvenir en el asentamiento, pero, cauto, había guardado el revolver, la comida y el dinero. Tras quedar cubiertos por la foresta, ató las dos monturas y sacó unas tiras desecadas de carne para almorzar.

Yo no tenía apetito. Pensaba en cuánto había perdido Nahkohe por mi culpa. Mi cabeza no paraba de dar vueltas, necesitaba pararla, y mi cuerpo exigía moverse, de modo que me encaramé a un árbol y perdí el contacto con la tierra.

Colgada, mientras cada músculo de mis brazos y espalda se estiraba por mi peso, el hilo de

los recuerdos tiró de mí hasta sentarme frente a una cena con Chanku y su familia. Fue poco después del encuentro con aquellos exploradores, a la par que empezara a llamarme “Osezna”. Osezna perezosa, osezna soñadora... Le pregunté por qué lo hacía.

—Nahkohe. Su significado en la lengua de los sha hi'ye es “Oso”. ¿No lo sabías? —No contesté por no parecer idiota, pero pensé «¿Y por qué le pusieron un nombre de otra tribu?». Era, definitivamente, idiota.

Con su familia descubrí que lo normal era aprender sobre las tribus cercanas. Sus lenguas, tradiciones... Era desde el liderazgo de Nahkohe que, hacer trueques o compartir con otros “amigos que hablan” se evitaba en todo lo posible.

Ahora sabía el porqué: me había estado ocultando.

Los retales deshilachados que había ido guardando iban encajando. Puntada a puntada, empezaba a entrever el dibujo del telar. Pero, a cada respuesta brotaba una nueva pregunta.

Trepaba entre las ramas esforzándome tanto en dejar atrás esas preguntas, como en aras de alcanzar más respuestas.

Sabía que Nahkohe fue ganándose el respeto de la tribu hasta que Takoda le confió a él guiar al grupo. Que hubo una gran discusión, donde más de uno se sintió ultrajado y se fue, pero la mayoría lo aceptó. Nahkohe portaba los cuatro pilares del liderazgo: valentía, fortaleza, generosidad y sabiduría.

Lo respetaban. Daban gracias porque patease el suelo a su lado en las danzas, sin necesidad de mirar de dónde venían sus pasos. Yo era la única razón por la que el grupo había ido mermando, el porqué de evitar encuentros, de moverse lejos...

Respecto a la persona que me alejó de su vida, mi madre, Xavier no parecía ir a decir más. Ni de qué la conocía, ni cómo supo que yo era su bebé y que estaba con los lakota. Nada.

La corteza de los árboles desgastaba mis callos mientras me balanceaba de una rama a otra. El aire volvía a cargarse con el olor de la lluvia, pero quise trepar más alto y, como tanto me gustaba, saltar hasta la rama de otro árbol.

Cercana a la copa, afiancé pies, solté apoyos y, en pleno equilibrio, me enfoqué en la rama a la que quería lanzarme. Estaba a punto de saltar cuando una flecha se incrustó en ella.

—¿He fallado? ¡Pero si esa ardilla es más grande que un oso! —se escuchó. Esa voz, tamaña sandez... Entre la maleza, agazapo, ahí estaba Chanku—. ¿Cómo pensabais llegar hasta donde nace el sol sin mí? —se vanaglorió.

Bajé a su encuentro con las primeras gotas empañándolo todo y desatando la indómita fragancia del bosque. Al pasar junto a Xavier pude escucharlo susurrar, “cómo pensamos llegar hasta donde nace el sol contigo, más bien”.

Otaktay y Wehinahpay le contaron a Chankowashtay cómo el consejo de Xavier había sido que fueran tan al norte como pudieran. Les advirtió sobre las luchas que los blancos tendrían entre sí para apropiarse de todas aquellas tierras.

—En el mejor de los casos, al principio sólo los manipularán y usarán unos en contra de otros —Xavier recordó su consejo—. Conocen el territorio y tienen información valiosa sobre las tribus, pero, tarde o temprano, les estorbarán... y entonces no dudarán en exterminarlos bajo cualquier falso pretexto —afirmó mientras montaba sobre su caballo para reanudar la marcha—. Doy fe de ello, lo he visto antes.

Pidieron a Chanku que se quedase a luchar. Le dieron a *elegir entre la pluma o la piedra*, y él, con absoluta libertad, eligió.

Al recordar los primeros días del viaje, me duele sentir lo libre que yo también era, y lo

poco que en realidad me creía.

Chanku y yo éramos todo oídos para cuanto Xavier quería desvelarnos del mundo al que nos dirigíamos. Nos contaba historias maravillosas, y otras aterradoras. Escuchándole, era difícil saber de qué mundo se sentía en su corazón. Cada día, la tierra crecía frente a nuestros pies, y en nuestro interior. Avanzábamos tan agitados como atentos. Ambos vivíamos cada instante con intensidad adolescente.

—He dedicado casi veinte años a patear estas tierras —nos dijo Xavier—. Conozco bien buena parte del camino a transitar. Evitaremos todo posible encontronazo, ¿entendido?

Yo quería sangre, pero lo cierto es que las jornadas se sucedieron con la rítmica redundancia de nuestro vaivén sobre el lomo de los caballos, con tedio, sin novedades. Xavier era cauteloso. Tanto que parecía que viviésemos en altozanos, cerciorando la ruta más segura cada jornada.

Gracias al fecundo invierno pasado, los ríos nos servían pletóricos. Remontamos las prístinas aguas de arroyos desconocidos mientras Madre Tierra nos proveía con alimentos.

Finalmente, como el goteo que se cuele por una cubierta empapada, empezamos a ver blancos yendo hacia el oeste. Gente harapienta nada preparada para las vastas praderas. Agujereaban las orejas de las sobrecargadas mulas para poder beber, aunque fuese sangre. Roñosos sin nada que perder, dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de sobrevivir.

—Es cosa pasajera, tranquilos —Xavier y su humor de cuervos—, esta procesión desaparecerá. Incluso los que van en diligencia, esa especie de cáscara cuadrada arrastrada por caballos. Todo pasará... gracias al negro ferrocarril en el que sentarán sus traseros para cruzar América de costa a costa.

Un anochecer recibimos un adelanto de la civilización.

Desde un mirador, Chanku y yo no podíamos apartar los ojos del último hallazgo de Xavier: un Fuerte. Una lamentable jaula construida recientemente con madera suficiente para calentar diez tribus durante al menos diez inviernos.

Los blancos no vivían allí encerrados por amor al lugar. Usaban el fuerte como refugio en su ansia por conquistar más y más tierras. Talaban primero los árboles para podar después la voluntad del hombre. ¿Cómo podían vivir encerrados entre cuatro paredes y, a su vez, querer quitarnos nuestra libertad?

Chanku ya corría hacia su montura —estoy segura de que iba a entrar en el fuerte gritando su nombre para mostrar su valor—, cuando Xavier volvió a llamar nuestra atención.

Eran cinco. Salían del fuerte caminando, con lentitud. Cinco almas vagando en pena. Sus sombras se alargaban hacia los peñascos en los que nos escondíamos. Reconocimos sus ropajes: eran los uniformes que llevaban los miserables que acabaron con Nahkohe, Nawaji, el grupo... con nuestra vida.

Xavier mandó que Chanku y yo nos escondiésemos. Tensos, pero preparados, arco y cuchillo en mano, esperamos.

—Pase lo que pase, no pidas clemencia, Kayah —Chanku apretaba mi mano en torno a su cuchillo—, ni la des.

Oímos sus jadeos cuesta arriba y algunos cantos rodantes antes de que el cuarto de luna creciente los delatase con aura plateada. Tan sólo debíamos esperar unos segundos para caer sobre ellos por sorpresa, pero entonces apareció Xavier, antorcha en mano, llamándolos con voz amiga.

Gritaron algo incomprensible y salieron despavoridos. Chanku preparaba la flecha cuando oímos gritar algo sin sentido a Xavier. Entonces, uno de los fugitivos se paró, giró y nos miró con

frágil firmeza. Xavier habló otra vez y el hombre cayó de rodillas, aliviado. Todo huesos temblorosos, pero con honor en sus ojos, como vimos al llegar a él junto con los demás fugitivos, tan confundidos y tirantes como nosotros.

Eran dos hombres y tres mujeres. Tenían la piel curtida y los ojos avellanados de quienes habían vivido en esa tierra, pero vestían los ropajes, aunque sucios, rotos y destallados, del hombre blanco. Parecían a punto de desfallecer.

Fue una noche larga. No querían encender fuego, decían que nunca lo hacían —no entras en calor si el miedo anida en tu interior—, pero Xavier no paró hasta que todos se sentaron y dejaron de mirar temerosos fuera del círculo. Luego, encendió un pequeño fuego y, a la lumbre, supimos que eran de la tribu de los *ani-yun-wiya* o *cherokee*. Una de las primeras tribus que estrecharon la mano del hombre blanco. Unos de los primeros en sufrir sus enfermedades y ambición.

Eran los supervivientes de una familia que se negaba a abandonar las tierras de sus antepasados tras la llamada “Ley de Remoción”, por la cual el gran padre blanco exigía a todos los clanes de su tribu abandonar las tierras y emigrar al oeste.

Los rostros pálidos convencieron a muchos de que en aquel prometedor oeste estarían colmados de honores. Los agasajaron con ropajes, efectos de hierro y otros engañosos regalos, y les hicieron quemar las pieles y todo lo tradicional en aras de una vida nueva. Al final, nos dijeron, los metieron en unos monstruosos caballos de hierro que tosían humo negro y los arrojaron a un interminable viaje, expulsados lejos de las tierras que ambicionaban por su oro.

—“El sendero de las lágrimas” —nos tradujo Xavier—. Viajan aplastados, separados, enfermos... Vidas en contacto con la cálida tierra segadas con el acero más frío. Mostraron su voluntad de quedarse, lucharon, pero los blancos llovían del cielo. Sin un lugar al que volver, pensaron en encontrar la tierra a la que sus parientes fueron con los ojos vendados, pero el viaje está siendo un calvario; no hallan refugio ni en los fuertes que les dijeron seguros —Xavier resopló con ira—. No eran cinco, los han atacado desde su partida. Blancos y rojos, por igual. Dicen que dudan si quedan lobos nobles.

Una de las mujeres nos contó cómo ellos creían que en nuestro interior habitan dos lobos. Uno noble, lleno de amor; el otro vil, henchido de rabia. Cómo cada día ambos luchan por el liderazgo de nuestro espíritu. Pero cómo, de hecho, somos nosotros los que resolvemos la lucha con nuestros pensamientos y acciones, nutriendo y fortaleciendo a uno u otro.

Pensé en cómo había alimentado a mis lobos desde la matanza. Mis acciones no habían derramado sangre, no había matado a ningún blanco, pero lo había deseado. Y lo deseaba.

Xavier asintió antes de quitarse el sombrero. Nunca se lo quitaba, y supe el porqué. Buena parte de su cráneo se veía descarnado, en un retorcido erial de cicatrices. Le habían arrancado la cabellera. Después se desabotonó la camisa y vi la cicatriz de su pecho: una quemadura con la forma de la cruz.

—Aquí no faltan salvajes, en ningún bando —añadió con un suspiro pesado—. Ese maldito lobo está bien cebado.

A la mañana siguiente los acompañamos hasta un río en el que pescamos. Era temprano, pero el aire cargaba calor como si ya pesase el sol de verano. Antes de despedirnos, Xavier habló *cherokee* otra vez y les dio algo de comida y plata. El líder y una mujer se desnudaron y lavaron su ropa en el agua. Nos ofrecieron las prendas y se quedaron mirándonos.

—No seáis descortes, donde vamos os serán más útiles esos viejos uniformes —instó Xavier—. Ah, Chankoowashtay, puedes guardar el cuchillo, pero debes darles el arco.

Aquel día cabalgamos en cueros, esperando que aquellos odiosos uniformes se secaran. Pero

lo peor no sería empezar a vestir así, ni ir menos armados. El cura sacó su cruz y comenzó a enseñarnos poemas y cantos en dos lenguas blancas. Debíamos memorizarlo todo, desde la primera palabra hasta la última. Así, incontables veces al día, insistía en que uniésemos nuestras palmas y recitásemos pesadamente.

Padre nuestro que estás en los cielos...

Recuerdo que, días más tarde, cuando supimos el significado de aquella extraña oración, ambos preguntamos con inocencia por la Madre del hombre blanco.

—Se fue de los cielos para intentar ayudar en la tierra. Abandonó a Dios, por su falta de humanidad —bufó Xavier.

Mostré gran facilidad para aprender aquellas oraciones y pronunciar aquellas extrañas lenguas: castellano e inglés, como Xavier las llamaba. Empecé a comprender y relacionar palabras y frases. Mi curiosidad quería más y más.

La luna ya había rejuvenecido por completo su rostro desde que iniciamos el viaje. Acariciaba la bolsa medicinal de Nahkohe, cuando avistamos la ciudad de Independence.

Utilizaríamos la penumbra para pasar desapercibidos. Xavier pretendía conseguir unos papeles que, supuestamente, harían más seguro nuestro viaje. El cura se disfrazó de hombre confiado, experimentado, pero las costuras se le saltaban desde el interior. Estaba nervioso. Iba a probar la tapadera con la que pretendía abrirse paso, y no sabía si funcionaría.

—Os presentaré como “nuevos hijos del señor” y haréis ver que, en verdad, nada queda de piel roja en vosotros —nos recordó Xavier una vez más.

—Salvo, quizá, ¿el color de piel? —se mofó Chanku.

Un piel roja y yo —que ni siquiera sabía si era una blanca o una mestiza—, vestidos con aquel uniforme azulado, repitiendo sermones cristianos sin ton ni son. Menudo disfraz.

—No sois los únicos. Visto el hábito y porto la cruz, pero hace mucho que perdí la fe en el hombre, y en Dios.

La ciudad era una mancha negra en la noche que caía. Se arrastraba deforme hasta mancillar las aguas de un gran río. No era redonda, como nuestros campamentos, como los nidos, como la naturaleza cíclica de la creación. Era una sombra amorfa y desvaída. Sin armonía. Un grotesco asentamiento de cabañas cuadradas apelmazadas entre sí sobre el polvo.

—Y pensar que algunos creyentes ubican aquí el Jardín del Edén —renegó Xavier cerca de la entrada a la ciudad.

Observé la tensión en las riendas de Chanku, luego miré mis manos, contraídas. Xavier seguía recordándonos la vital importancia de no reaccionar, ante nada. Íbamos a llamar la atención y podrían darse situaciones tensas, pero debíamos mostrarnos inofensivos, sumisos como dos cachorros.

—Sed como un perro medroso con el rabo entre las piernas —insistió al ver al primer hombre—. Os verán, pero haced que nadie quiera perder el tiempo en miraros.

Un hedor, fruto de la mezcla de alcohol, sudor, serrín, polvo y desconfianza nos envolvía con nauseabunda intimidad a medida que cruzábamos las empalizadas de entrada a la ciudad. Un par de hombres de camisas sudadas recogían lomos sangrientos de animal que colgaban de postes, otros acallaban ruidosas máquinas con las que serraban troncos que, más tarde supimos, convertirían en jaulas para los difuntos.

Lo de pasar inadvertidos no iba a funcionar. Apenas había un alma a la vista, y, sin embargo, podía sentir cómo se multiplicaban las miradas furtivas y los susurros aquí y allá.

—Calma, sobre todo tú, Chankoowashtay —repetía el cura, pero con la ciudad y sus cabañas llenas de clavos apuntalando una jaula a nuestro derredor, su tono se tensaba.

Las miradas tenían dueños: rostros de pocos amigos que pronto salieron a recibirnos. Hombres armados. Cinco tipos dieron pie a tres más de otra cabaña, cuatro más acogieron la invitación y así, hasta que un gentío formó otra barrera entre nosotros y el campo, el río, la tierra; entre nosotros y la vida.

Uno susurró algo y los demás rieron. Chanku buscaba su puñal oculto en la espalda cuando alguien preguntó:

—¿Qué trae por aquí a dos indios disfrazados de soldados con un cura? ¿O se trata de un indio disfrazado de cura con dos soldados? Porque de ser así... ven conmigo, preciosa, ¡yo sí que te voy a dar guerra! —Una algarabía estalló.

—Con la gracia de Dios, buenos señores —salió del pasó Xavier—. Sólo buscamos amparo de la oscura noche. También quisiera hablar con mi estimado amigo, el Sheriff Leavenworth, quien dispondrá un doble salvoconducto para estas dos almas. ¡Mirad! —Tras el consabido padrenuestro, hicimos una reverencia—. ¡La prueba del milagro de la fe en dos indios! Observad la dichosa conquista de nuestro señor. ¡Pronto convertirá el salvaje oeste en la tierra prometida!

Unos distantes, sordos y huecos aplausos pusieron fin a la interpretación del salvador. Un hombre de baja estatura, pero con un rostro que sugería acatarle, se abrió paso. Con un último aplauso su gélida mirada se clavó en mí. Ojos muertos, como los del asesino que restregó mi cabeza contra el fuego.

—El viejo Leavenworth murió hace un par de años, afortunadamente —Aquel hombre sonrió, sin el más mínimo brillo en los ojos—. Soy el Sheriff Sutter. Ahora soy yo quien decide quién entra y sale de este vertedero —Embalado, desenfundó su revolver y nos encañonó. Chanku reaccionó.

Mi amigo unió sus manos frente al pecho y predicó con voz clara una oración. Oró en el silencio que le rodeó, caminando sobre una arista, en un macabro juego de equilibrio.

—Librados seamos todos del mal, amén —El Sheriff no disimuló la sorna—. Dios os acoge en esta ciudad de buenas gentes. No temáis por estos —Y, al tiempo que encañonaba cómicamente a todos los hombres, aclaró—: Pueden parecer lobos, pero sólo son borregos del rebaño de nuestro señor.

Con falsa cortesía, nos llevaron hasta el lugar donde nos prometieron encontrar descanso. A falta de árboles, atamos nuestras monturas a unos toscos palos, las liberamos de nuestros fardos y subimos las escaleras cuadradas, cruzamos unas puertas cuadradas y entramos en un salón cuadrado, lleno de mesas cuadradas. Todo asemejaba una jaula, una trampa de palos y barrotes creada para atrapar los intereses del hombre, sin atender a la naturaleza, tan ajena a esa forma.

Nuestra aparición detuvo el bullicio del lugar. Los hombres pausaron su jolgorio para clavarnos una repulsiva mirada. El Sheriff mandó que siguieran como si no estuviéramos. Todos obedecieron, pero hubo alguien a quien le costó apartar su mirada: una mujer pelirroja, blanca como la leche de yegua.

El Sheriff ordenó a sus ayudantes esperar y nos condujo escaleras arriba hasta una habitación. Alegó poder hablar por la mañana, y se fue. Xavier nos pidió seguir con la pantomima: oramos, alto y claro, en agradecimiento a Dios por llevarnos allí a salvo. Cuando callamos, por toda respuesta, llegaron los eructos, cristales rotos y amenazas desde abajo; y gemidos y berridos de hombres y mujeres tras las paredes.

El cura recomendó descansar y, tan pronto se echó en un catre cuadrado, empezó a roncar. Chanku y yo preferimos colocar algunas mantas en el suelo. Ya era extraño estar tan alto sobre la

tierra como para poner aire en medio.

—Cuanto más sé del wasicu menos creo que podamos convivir en paz —En la oscuridad, mi fiel confidente me susurraba sus impresiones e intenciones. Bajó aún más la voz—. Si sigo yendo al este, además de para cuidarte, osezna, es para llegar al corazón del campamento enemigo y asestarle un golpe letal. Voy a matar al gran padre blanco, al presidente.

La noche siguió su curso y el silencio reinó al fin, pero yo seguía dando vueltas, inquieta. Tras toda una vida al raso sintiéndome segura, bastó una sola noche bajo techo para sentirme acorralada, como una presa conducida hacia su fin.

Era mi don, cantando. Intuía que algo malo se acercaba.

Varios tablones que daban a nuestra puerta crujieron con la pesadez de quien no quiere ser oído. Busqué a tientas el puñal de Chanku, pero antes de encontrarlo, una mano me tapó la boca. “Silencio, osa ruidosa”. Chanku estaba ya en pie, puñal en mano. Xavier también se movía entre las sombras.

Alguien nos traía una cálida bienvenida a la civilización.

Wašicun wašin icu

Los tres nos colocamos tras la puerta. El pomo giró suavemente y la puerta se abrió. Un cañón de revolver penetró hasta las entrañas de la oscuridad y quietud de la habitación. Un farol de aceite sólo iluminaba por detrás al pistolero, pero era uno de los hombres del Sheriff, lo supe. Trataba de adaptar sus ojos a la tenue luz cuando, con la mano libre del arma, abrió más la puerta y quedamos expuestos a la luz.

Temiendo la brujería del revolver, Chanku derribó al hombre mientras le abría el cuello con una mano y controlaba el arma con la otra. Quise dejar fuera a las otras sombras, e instintivamente, pateé la puerta, cerrándola de un portazo. Junto con el golpe de la puerta, oí cómo al otro lado el farol de cristal estallaba. Los gritos de dolor debieron erizar el pelo a media ciudad. Varios hombres lloraban aceite ardiente.

Xavier atrancó la puerta y ganó el tiempo que el infeliz bajo Chanku tardó en ahogarse en su sangre. Entonces, las balas atravesaron la puerta como si fuera de piel de mariposa.

—¡Por la ventana! —chilló Xavier.

Sin pensarlo dos veces corrí hacia la ventana y salté, traspasando tablillas y cristales. La altura fue lo suficientemente grande como para subir mi corazón a la garganta, y la vista cegada no me permitió calcular bien el momento de la recepción, pero caí y rodé con destreza. Miré a mi alrededor. Estaba en el traicionero favor de la penumbra de una de aquellas estrechas callejas entre cabañas.

Chanku me siguió limpia y silenciosamente. Xavier tardó algo más en aparecer y cuando lo hizo estaba colgándose su zurrón. Se oyeron más disparos y muchos gritos mientras se descolgaba, pero nadie más entró en esa estancia hasta que Xavier llegó al suelo. Se asomaron, eso sí, mil

miradas desde las ventanas cercanas.

—¿¡Cómo salimos de aquí!? —chillé.

—No podemos —dijo Xavier mirando en todas direcciones—. Nos han llevado al centro de la ciudad y nos han dejado sin monturas. Sólo queda esconderse.

Varias figuras nos delataron desde una de las bocas al callejón y comenzaron a disparar.

—Saben que no tengo un arco, por eso no me temen... —Chanku se soltaba el cinturón—, ¡pero no es la flecha, es el indio! ¡¡Venid, cobardes!! —gritó mostrándoles el trasero.

Xavier nos agarró como pudo y se lanzó hacia una puerta cercana. Antes de asir la manilla, la puerta se abrió.

—¡Rápido! —dijo una voz, apremiante.

Alguien nos tendió una decidida mano desde el interior. Xavier no dudó, y estrechándola, se adentró en la oscuridad. Agarré la mano de Chanku y nos sumergimos en las tinieblas.

Primero los oí, después escuché sus relinchos. Era una cabaña abarrotada de caballos. Tras seguir a tientas a quien nos guiaba, el candor de un farol fue iluminando una esbelta silueta de larga cabellera rojiza. Al llegar a la luz la reconocí, era la mujer blanca de cabellera roja. Sonreía, osada. Levantó un tablón que bloqueaba una gran puerta y la abrió con un fuerte empujón. Luego reventó el farol contra el suelo, atiborrado de paja. Los caballos comenzaron a encabritarse ante las llamas, y los que no estaban atados, huyeron en estampida.

—¡Seguidme! —No dijo que pudiéramos confiar en ella.

Nos llevó frente a un trillado carromato cargado de cajas y bultos en su parte superior. Abrió la portilla y, levantando las bancadas interiores, descubrió dos falsos fondos.

—¡Adentro! —señaló. El carromato no tenía atados caballos que tirasen de él, y el fuego que se extendía a nuestro alrededor parecía hambriento, pero, perseguidos como estábamos por la muerte, entramos sin rechistar en aquella tumba. Chanku y yo en uno de los espacios, Xavier en el otro—. Ni el más mínimo ruido hasta que os saque de aquí —dijo.

Tan pronto selló nuestra tapadera, la mujer se puso a chillar histérica, “¡malnacidos!”, una y otra vez. “¡¡Ayuda!! ¡Sheriff, sheriff, por aquí!”, repetía como una loca.

Chanku maldijo y fue a alzar la bancada, pero lo impedí. Entendí lo que ella pretendía. Parecía querer vender la piel del lobo, pero sentí que todo iría bien. “Calma, salvaje”, susurré.

Pronto oímos pasos que se acercaban entre maldiciones.

—¿¡Dónde están!? —inquirió una violenta voz.

—¡Se han llevado varios de mis caballos y me van a costar mis carromatos! —chillaba ella fuera de sí—. Tiene que atraparlos, Sheriff, ¡es todo lo que tengo! ¡Mátelos! ¡Mátelos!

Se escuchó el restallido de un tortazo.

—¡Que a dónde han ido, mujer!

La respuesta fue seca, el dolor se encajó sin voz.

—Ama, ¿es usted? ¿Está bien? —se sumó otra voz masculina, grave y profunda, con un extraño acento.

—Dakule, tranquilo, estoy bien —respondió la mujer, serena—. Despierta a todos, hay que sacar de aquí a los caballos que quedan y los carromatos. Adelantamos la partida, aquí ya no hay descanso, ni seguridad. Ni siquiera caballería.

Aún siento el calor y la falta de aire; y la tensión de saber que nuestra tapadera era tan fina como un tablón y un cojín.

Salimos de aquella trampa de ciudad, pero seguimos escondidos. La mujer compartía el carromato con varios niños. Les habló de nosotros, los salvajes a los que buscaban. Intuía que

éramos menos peligrosos que esos agentes de la ley. Dijo que, a menudo, las apariencias son tan falsas como el agua en el desierto. Pero olvidó mencionar que nos llevaba ocultos.

Cuando el cansancio y el repetitivo traqueteo comenzaban a descabalgarme y cabeceaba —a Chanku ya lo había despertado varias veces para evitar sus ronquidos—, me espoleó un tono de alarma. El carromato se detuvo. Distinguí la voz del Sheriff, directa como una bala.

—¡Bajad! Quiero hablar con vuestra madre—. La mujer pidió intimidad a sus acompañantes, con ternura. El carro se aligeró, hasta que subió aquel hombre y el peso de su poder.

—Dígame que han acabado con esos forajidos, Sheriff.

—¿Por qué te preocupa tanto? Según el inventario del hostel no has perdido absolutamente nada, Ann.

—Señora O’Cougham, por favor —Hubo una tensa pausa—. Gracias a Dios así ha sido. Me angustié y creí...

—No te imagino como una mujer que se angustie fácil —En estrecho contacto, sentía a Chanku listo para saltar—. No los encontramos, es como si hubiesen desaparecido. Junto con una buena oportunidad para dar con oro en el oeste. No es fácil capturar pieles rojas, ¿sabes? Y estos traían traductor —suspiró—. Pero no voy a perder también el tesoro que escondes entre las piernas —Ingenua, temí ser descubiertos—. Mi ayudante está fuera, con tus hijos y *los negros*. Sin espectáculos, ¿eh? Por más placer que te dé, no gimas demasiado fuerte.

La tensión se agudizó en un chillido mudo.

Sentí el peso abusador de aquel miserable sobre nosotros. Chanku y yo no hablamos, no hizo falta. Empujamos al unísono nuestra tapadera, pero no la levantamos medio dedo.

Todo sucedió en un instante. Oí un portazo, una maldición entrecortada del Sheriff y un alarido asustado de Ann. Después escuché acercarse entre gritos al ayudante del Sheriff y al instante escuchamos un ensordecedor disparo.

Conseguimos abrir la tapadera tras volcar un bulto. Ann encañonaba el revolver del Sheriff. Uno de los hombres de la ciudad yacía frente al carro, con un agujero en la cabeza. Después vi que el bulto que volcamos era el cuerpo del Sheriff. Xavier le había incrustado su larga cruz de plata en el ojo, donde seguía clavada, brillando entre hilos de sangre.

—Apuesto a que esto sí que lo has visto, ¿eh, padre? Para esto sí que has sido omnipresente, ¿verdad? —susurraba Xavier mirando al cielo con una amarga sonrisa.

De una violencia descorazonadora.

Así continué viendo la civilización. Desde aquel día temía encontrar la mirada del asesino en los ojos de cada blanco. No sería así. En la mayoría encontraría sobre todo miedo, pero el miedo es como la pólvora; bastaba con que un solo blanco encendiese el fuego de la violencia para que todo estallase sin que nadie entendiese la razón.

Chanku estaba en lo cierto. No se daría la convivencia.

Comprendí por qué en los días de la tribu, que parecían de otra vida, nadie mencionaba jamás a aquellos monstruos blancos delante de mí. De niña, empero, gracias a mi habilidad para acercarme a las tiendas a hurtadillas, había oído historias sobre ellos. Con lo vivido, empecé a temer que la realidad superase las pesadillas que no apresaban los atrap sueños.

Historias sobre pálidos fantasmas que usaban hechizos para hacer caer enfermas a tribus enteras a fin de devorarlas. Porque lo más terrorífico era su apetito: voraz e insaciable. Lo mismo les daba oro, tierras, pieles, que carne humana.

Debíamos matar al presidente.

“Anda por el buen camino, mi hija...”, me susurró una brisa con voz de Nahkohe aquella noche, fuera ya del carromato, mientras compartía una sopa aguada con Chanku. Nos habíamos

alejado lo bastante de Independence como para poder dormir unas horas, y lo suficiente de Xavier y la caravana de Ann como para hablar claro.

Chanku y yo, decidido, daríamos a los blancos el golpe que merecían, el que les haría huir de aquellas tierras. Eso, o cuando ni mi amigo ni nadie mirase, yo huiría tan al oeste que nunca vería acostarse al sol. No sé qué temía más.

Xavier trató de convencernos de que nuestro próximo encuentro con los blancos iría mejor, pero cada vez sostenía sus palabras con menor seguridad y firmeza. Lo que hizo que mi odio hacia el blanco no siguiese envenenándose, y que yo continuase adelante, fue aquella familia.

No he olvidado a esa valerosa mujer, Ann Ó Deoráin. Viuda del buscador de oro, Joseph O’Cougham. Le gustaba que la llamasen señorita Ann, o aún mejor: Ann, a secas.

—No tengo intención de vestir el negro el resto de mi vida, sea esta larga o corta —confesó durante la marcha.

Por precaución, pasamos gran parte de las primeras jornadas encerrados en los falsos fondos, aunque con la bancada mal colocada a fin de respirar mejor y escuchar a Ann.

—Abandonamos “Isla esmeralda”, que por su pobreza mejor sería llamar “Isla musgo”, en busca de oportunidades en el nuevo mundo; y formar una familia. Fue difícil dar con esas oportunidades, pero muy fácil encontrar cuatro hijos.

Los rumores los llevaron al oeste, pero la vida les resultó más incierta que en Irlanda. Pensaban en regresar cuando él dio con el regalo del río que bañaba las tierras del Colorado: oro. “Buenos años”, hasta que un avaricioso quiso librarse de la familia pelirroja. Mató al padre, pero debió temer más a ella.

Ann viajaba de vuelta a su tierra natal, a contracorriente, como nosotros. Decía preferir vivir comiendo avena de por vida que morder pepitas de oro, pero convivir con asesinos.

Viajaba con los Jaheem: Dakule, su mujer e hijo. Tenían la tez marrón oscura, como la más húmeda de las tierras; y el espíritu brillante, como la primera nevada bajo el sol. Ann los llamaba ayudantes, pero Xavier me explicó que eran *esclavos*.

Traté de comprender esa condición. Los comparé con los prisioneros, pero Xavier se rio, “es distinto”. El blanco consideraba justo apresar a un inocente, separarlo de sus seres queridos, someterlo al miedo con hambre y dolor y cambiarlo por oro para que otros hiciesen con este lo que quisieran.

Cuando Dakule supo que el estado vecino había abolido la esclavitud, escaparon. La familia O’Cougham los encontró, pero no antes que su amo. Casi había desangrado a la pareja a latigazos y los espabilaba hundiéndoles la cabeza en agua para que atendiesen el festín que se darían los perros: su hijo.

—Los compramos, ¿cómo no hacerlo? —Ann apoyó su mano en el hombro de Dakule—. Dimos prácticamente todo lo que llevábamos. Sabíamos que en el oeste no necesitaríamos tanto dinero como arrojó, habilidades y motivos para sobrevivir, y de aquello, ambas familias íbamos bien servidas.

Cuando Ann preguntó por nuestro viaje durante la comida, nuestro guía dio las explicaciones que Chanku y yo conocíamos. Pese a que Xavier lo hizo con más gracia de la que lo conocíamos, Ann parecía perseguir un aroma distinto al de la comida presentada sobre la mesa.

—Durante los últimos veinte años mi labor ha ido cambiando —añadió Xavier, consciente de la duda de Ann—. Comencé llevando la palabra de Dios a los llamados indios en una “Reducción”, una misión que los ingleses aún mantienen con el fin de arrancar la esencia nativa y plantar los buenos ideales cristianos, pero pronto descubrí que el indio no existía.

»Los nativos tenían lenguas y culturas muy diferentes. Había grupos nómadas y grupos

sedentarios de ciudades bien organizadas, cazadores y agricultores, estructuras patriarcales y matriarcales, pueblos pacíficos y bélicos... El indio, como modelo único, no existía —vivía su discurso—, lo crearon los conquistadores. Querían sus tierras y recursos naturales. Y sirvientes. Para ello, no cabía respetar las diferentes naciones, ni tratarles con sus mismos derechos, de modo que los convirtieron en una caricatura: el salvaje piel roja, el indio.

Xavier sabía que Ann sentía simpatía por los nativos.

—He pasado mis últimos años tratando de interceder en favor de los pueblos nativos. Sin éxito, huelga decir. Sin frenar un ápice la embestida —Xavier modulaba su tono de voz con increíble habilidad—. Mi cometido actual es llevar a estos dos cristianos de corazón hasta la presencia del Presidente. Ojalá los escuche y le devuelvan la cordura.

—Así sea —dijo Ann, con cierta ironía—. Y así será... Un hijo de Dios jamás mentiría —Afiló sus ojos en Xavier.

La descarada desconfianza que Ann sentía por Xavier no le impidió ofrecernos pasaje hasta su destino final, y el recelo oculto que ella provocaba en él, tampoco le negó aceptar.

Una vez Independence quedó lejos, pasamos a ser uno más en el viaje. Navegamos en el ondulante mar de hierba y árboles que nos rodeaba sin sentirnos amenazados. Lo agradecíamos montando y desmontando el campamento cuando no nos alojábamos bajo techo —la mayoría de veces—, en la orientación, en la caza y pesca y en la cocina. Incluso llegamos a preparar *pemmikan*. Chanku, además, se ganó el favor de todos con sus teatrales historias y su flauta. De todos, y todas.

Recuerdo algunos nombres del camino: Franklin, Sant Louis, Indiana polis, Columbus... Los primeros blancos no preguntaron el nombre de los lugares a quienes los habitaban. Tampoco escucharon a la tierra para bautizarlos. A menudo, simplemente reutilizaban nombres de sus lejanas tierras, como construyéndolos de nuevo, con el afán de hacerlo mejor. Un nuevo comienzo, en el Nuevo mundo, sin importarles que su comienzo pudiera ser el final de otros. Como el de los búfalos, cuya cantidad mermaba con cada jornada avanzada. No había tenido la fortuna de asistir a una cacería del Tatanka, pero Chanku decía que de no aproximarse al búfalo a contraviento —pues tenían mal ojo, pero excelente olfato—, hacían temblar la tierra entera en su dilatada retirada.

—Hace unos años escuché que unos nativos mataron 1.500 de ellos para hacer trueque en un fuerte con sus lenguas en salazón por whiskey —lamentó Xavier—. “Tú, oh, búfalo, ¡eres la tierra! Esto debemos esforzarnos en comprender”, empezaba la oración de *la danza del sol*... —Así era, recordé.

Xavier sugirió evitarlos, pero Ann le auguró lo mejor.

—Escribirán sobre ti y te cantarán canciones —dijo—. Y lo más importante, se llevarán la esperanza de que los nativos no sean unos asesinos salvajes. ¡Vamos, acerquémonos!

Acampamos con una caravana de más de dos millares de mormones, creyentes tan ciegos que llamaban “Camino de la gloria” a la ruta de Oregón que los llevaba al fuerte que nuestra tribu hermanada habría atacado casi dos lunas atrás.

Ciertamente, los mormones estaban satisfechos de ver indios convertidos. Xavier supo sacar partido y dinero de ello. Ann continuó con la tarea que se había propuesto semanas atrás: educarme, hacer de mí “una mujer llena de virtudes”.

Aquel crepúsculo, en el interior del círculo formado por las carrozas para mantener seguro al ganado, Ann se afanaba en enseñarme a leer. Pese al calor, seguía vistiendo faldón, enaguas y demás. Era paciente y metódica, y yo buena aprendiz. Interpretar aquellas extrañas marcas sin parecido a ninguna criatura era todo un desafío, pero me encantaba.

Ann me recordaba a Ichante. Él fue la madre que faltó, el cálido abrazo que siempre me abrigó cuando lo necesité. Una enfermedad se lo llevó, mucho antes de lo que merecía.

Nawaji había querido ayudarme, pero nunca acepté la ayuda de ninguna mujer. Esperaba a mi madre. Agradecí, no obstante, tener a Ann. Era blanca, pero no como la fría nieve, sino como la nube de verano que resguarda.

Anda por el buen camino, mi hija,
y te seguirán las manadas de búfalos, anchas y oscuras,
desplazándose como negras sombras sobre los páramos.

Haz tu deber con respeto, gentileza y modestia,
mi hija, y anda con orgullo.

Si pierden la virtud las mujeres, vendrá la primavera,
pero las cañadas de los búfalos se llenarán de hierba.
Sé fuerte, con el corazón cálido sobre la tierra, mi hija.

Ningún pueblo sucumbe hasta que sus mujeres quedan

débiles y sin honor.

Las voces de Ichante y Nahkohe me recordaban a coro la dirección, y Ann me mostraba el mapa.

—Tienes facilidad para aprender —Ann me sonrió con la misma dulzura que a su preciosa hija. Después acarició mis mechones y ocultó mi cicatriz—, como si lo llevases en la sangre —La falsedad de nuestra tapadera era obvia, pero Xavier y ella jugaban así—. Incluso el verdor de tus ojos me lleva a pensar en mi hogar... pero como no puede ser, porque eres una nativa, déjame al menos decirte algo —Antes de hablar se aseguró de que Xavier continuase hablando con un grupo de hombres—: de lakota nada, cielo. Tienes la cara dulce de los *hopitu*, “la gente amable”. Ese pueblo siempre respetó a mi familia, aun siendo intrusos, y me ayudó cuando más lo necesité —cerró los ojos un segundo—. Por eso os ayudé. No acabo de saber qué esconde ese falso cura... pero ten cuidado.

—Xavier no mentir de mi padre, él sólo decir no saber nada —mis temores escaparon tropezando con su idioma.

—Xavier miente incluso cuando calla, cariño.

—Disculpa, hija, pero hay algo que no entiendo —dice la anciana, que, tras noches sin aparecer, está de vuelta—: si todo apuntaba a que Xavier mentía, ¿por qué le seguías?

Esa pregunta es fácil, incluso colocada como voy.

—Porque necesitaba buscar a mi madre. Necesitaba creer que formaba parte de una leyenda y que un lugar me esperaba —Sudo a mares, pero estoy helada. Doy otra calada al opio y toso sin control antes de continuar—. Porque prefería morir libre tras encontrarme con una gran mentira, que vivir presa, ocultando una pregunta que no me cabía.

Me parece escuchar pasos en el pasillo y estoy a punto de destrozar el canuto, cuando distingo qué produce el sonido.

—Supongo que ya no te sientes presa —me hiere, certera, mientras continúa toqueteando con los dedos los barrotes.

Fin de la tierra, albor del mundo

Lo buscó en cada diligencia, pero al final, Chanku entendió que Xavier decía la verdad: aquella gigantesca caravana no era todo el pueblo blanco, sólo otra avanzadilla, mayor de lo usual hasta entonces; y no, allí no encontraría al presidente.

La caravana continuó su viaje hacia el prometedor oeste con más fe y menos dinero y libros. Lejos de disuadirlos, Ann y Xavier, representaron a la perfección el sueño americano. El destino manifiesto los había llevado al oeste y les había entregado oro y la conversión de los salvajes.

Gracias a consolidar la fantasía que conducía su cruzada, nuestros guías recibieron, además de regalos, contactos útiles en “la gran ciudad”.

Hubo otros encuentros durante las semanas que tardamos en cruzar toda la tierra hasta el este, pero salvamos los conflictos. Las interpretaciones de nuestros guías nos permitieron cruzar sin problemas las fronteras que el blanco dibujaba sobre el papel y creía firmemente, pese a ser invisibles. Las tramposas escrituras de Xavier —en cuya elaboración comenzó a instruirme— demostraron ser muy útiles.

Procuramos rodear la civilización tanto como pudimos. Sin embargo, la libertad que ofrecía al viaje la vastedad de las llanuras y viajar en caballo quedaba lejos. Muy pronto nos vimos adentrándonos en estrechos cañones y cruzando densos bosques y valles cerrados por los que, al viajar en carramato, era mejor no perder de vista los caminos trillados. El sendero de Oregón nos llevó a la lengua de Boone, y desde allí sólo quedó seguir la carretera nacional como una trucha a contracorriente, ignorando el torrente de colonizadores.

Encarar las provocaciones a las que nos sometían era más fácil que mantener la vista en los esclavos de las explotaciones de algodón. Sombras carbonizadas bajo flores níveas.

Cada día descubría novedades, desagradables, en su mayoría. Frente a la, cada vez más callada compañía de Xavier, Ann se mostró encantada de documentarme. Sus explicaciones eran precisas y detalladas, y solían tener acento positivo, pero a menudo quedaban opacadas por mi primera sensación.

Como cuando vi el gigantesco barco vaporero que cruzaba un río llamado Meschacebé, padre de las aguas, rebautizado Mississippi. Incluso después de la explicación, sólo veía una colosal bestia de hierro arrastrándose por el río con un centenar de personas en su lomo. Vi con claridad cómo, para que aquella criatura les obedeciese, los blancos hacían que le ardiesen las entrañas, lanzando el humo más negro al cielo más puro. O como los caballos de hierro que mencionaron los cherokee, los ferrocarriles, que más me parecieron búfalos atados a un líder malhumorado que echaba humo por su hocico, pero que se sabía sometido y avanzaba desconsolado.

Cuanto más nos acercábamos al corazón del hombre blanco, más pretenciosos eran sus asentamientos. Pittsburg, Cumberland, Baltimore... cada cual mayor y más abarrotado, de cabañas más altas, más robustas y más vanidosas. Por mucho que Chanku y yo lo negásemos, el oeste quedaría cubierto por la bandera azulgrana. Sólo era cuestión de tiempo.

Avanzamos por terrenos plagados de soldados, incluso debajo de la tierra. Unos venían de una guerra, otros se preparaban para otra. También estaban las compañías que supervisaban los terrenos cedidos a los nativos civilizados, a los *cree* y *osage*, principalmente. Era fácil ver mestizos, aquí y allá. Se les reconocía rápido, en sus ojos vivía el rechazo de dos mundos. Ann decía que, si alguien podía ser el puente entre blancos y nativos, esos eran ellos, esa era yo.

“Cuando des con tus raíces blancas puede que quieras regresar a cuidar de tus flores encarnadas”, me dijo una vez.

Entre tanta experiencia durante los dos meses de viaje compartidos hasta la ciudad que desnudó nuestro horizonte, hubo algo que cambió especialmente: nuestras relaciones. Tardó, pero mi escudo se rasgó y permitió al otro tocarme.

Unirnos fue más que nuestra salvación. Fue también el aprendizaje para entender un mundo nuevo. La prueba de que el juego de la vida era igual para todos, como demostraron los niños. El despertar de cierta esperanza en el hombre blanco, y fue, incluso, el amor para algunos.

Convertimos esos dos carramatos en tipis ambulantes. Gracias a sus bromas y lecciones de

caza, Chanku gozaba del cariño de los niños... y pasó a ganarse el amor de la madre. Lo vivieron con discreción, pero a mis ojos no se les escapó la forma en que Chanku hizo rejuvenecer a Ann, y cómo ésta, para mi incrédula admiración, lo hizo madurar a él.

El tiempo y las distancias pasaron rápido, incluso sobre un lento carromato. Y así, llegó el momento de que aquel extraño grupo formado por la familia de la cabellera de fuego, los espíritus de la noche, un nativo, una probable mestiza y un cura de mentira, se separase.

Cerca de una enladrillada Baltimore, Ann entregó a los Jaheem los documentos y firmas necesarios para que su libertad quedase reconocida y los obligó a punta de caricias, lágrimas, besos y abrazos a seguir su camino hacia Washington.

Dakule me había hablado tanto de África que creía haber estado allí en mi niñez. Volverían, pero no antes de encontrar a su hija. La separaron de ellos nada más desembarcar, desnuda, como la habían exhibido en la subasta. Tenía mi edad, y una familia; ahora dudaba si conservaba la vida.

Descubrimos que Washington era el lugar en el que podríamos encontrar al presidente, pero le dimos la espalda.

Ya no teníamos sed de sangre. En realidad, sí, pero no tanta. Con cada paso, había ido alimentando más la ilusión de poder encontrar a mi madre. Chanku sabía que sería así desde el principio, creo, y me acompañaría hasta el final, eso seguro.

Evitamos Filadelfia y las demás ciudades que restaban hasta Nueva York, el fin de la tierra. Entré en la gran ciudad sin prestar atención a sus gigantescos bloques-colmena, ni a los rimbombantes ropajes que sacrificaban agilidad por dudosa elegancia. No les presté atención a los blancos ni a sus miradas altivas y asustadas porque me sumí en un sueño.

Mi vista se perdía en un horizonte de llanuras azules salpicado de escurridizas polvaredas blancas, allá donde las embarcaciones lo surcaban. Aquello sólo se parecía al gran lago sin orillas del sueño que tuve el día que empezó todo.

—Al fin. El océano, querida —Ann nunca desaprovechaba una lección, y llevaba mucho preparando esta— Mira, aquellas parecen goletas de dos y tres mástiles, como las de *Baltimore Clippers* que nos recomendaron. El *Transatlantic Steam* se vanagloria de tardar menos de un mes en llegar al viejo continente —Ann miraba a sus hijos feliz, y orgullosa—. También daremos con vuestra embarcación, tranquila. No en vano, el puerto de esta ciudad es el más importante del país.

El suelo asfaltado que otras veces maldije por hacerme sentir descuidada al no necesitar mirar dónde pisaba, me permitía ahora flotar hacia esas misteriosas aguas de mi sueño. «Pronto me adentraré en ellas y bailaré con las estrellas y los mundos, y después», me decía, «después me posaré sobre aquella descomunal montaña, e iluminada por las dos lunas, creciente y menguante, llegaré hasta el Gran Espíritu».

Chanku debía de ser la luna joven y Xavier la vieja, claro. Ellos me guiarían hasta que me convirtiese en águila y pudiera volar hasta el fin del mundo para encontrar a mi madre.

De veras lo creía así.

—Esta es la ruina de Los Estados Unidos de América: ¡los indios! Y Su Accidencia, claro... Presidente por accidente —Un hombre con más alcohol que sangre en las venas ahogó mis fantasías cuando nuestro carromato casi lo arrolla.

Poco después llegó la despedida de Ann y los pequeños. Siguiendo el consejo de Xavier, apenas salíamos de los barracones en los que nos alojamos, y fue allí, bajo una tormenta de verano, donde nos dijimos adiós.

—Xavier encontrará pronto vuestra embarcación, descuida —me dijo Ann—. Llegan tantos barcos desde mi tierra que parece la antesala de una invasión irlandesa. Sólo necesita la protección de su favorecedora congregación, de modo que no habrá ningún problema, ¿verdad? —lanzó a Xavier.

Nuestro cura no dijo una palabra, pero tampoco apartó la mirada. Chanku reía con ganas. Durante esos meses había aprendido mucho sobre los blancos, pero no sabía decir si ya era capaz de entender las conversaciones o se las inventaba.

—Y tú, civilizado —dijo ella dirigiéndose a mi amigo—, último aviso para embarcar con nosotros.

Ella tenía la esperanza de convertir su “buen camino” en paseos con ella por los jardines de Irlanda, pero él se negó. Fui egoísta y me alegré de mantenerlo a mí lado, de que su buen camino fuese sólo mi acompañamiento y cuidado.

Pero tampoco fue así.

Las jornadas pasaban y el favor de la iglesia no llegaba. “A mayor ciudad, mayores sus costes, y menores los corazones de sus gentes”, decía Xavier. Apenas nos quedaba dinero. Empezaba a preguntarme qué precio me supondría el enorme continente blanco.

Un día fui a pedir consejo a Nahkohe y mis espíritus protectores. Al abrir el petate en donde guardaba la bolsa medicinal encontré un guijarro de oro del tamaño de mi pulgar. Aquel último regalo de Ann consiguió el dinero que, a falta de permisos, compró los pasajes. Dos pasajes.

—Vuelvo al oeste, osa estudiosa —aclaró Chanku con una sonrisa mientras me cerraba el último libro que Ann había comprado para mí: *La odisea*, de autor ignorado.

Se lo rogué. Supliqué para que me acompañase, pero tenía muy claro lo que quería hacer. Resignada, imploré para que, al menos fuese al norte, tras la frontera, donde el apacible dueño de nuestro alojamiento decía, había un respeto mayor por los nativos. Pero Chankoo washtay no había cambiado un ápice en lo que a terquedad se refería.

—Es más apetecible la silenciosa blancura del crudo invierno norteño que la inquietante negrura de la mayoría de los corazones blancos, pero ese no sería mi “buen camino” —Su semblante se serenó, maduro—. Han venido para quedarse. Aprenderé a convivir con ellos, y ayudaré a mi pueblo. Tal vez, incluso logre que el blanco aprenda algo de nosotros, aunque sigamos siendo simples salvajes —sonrió burlón, como siempre lo recordaré—. No tenemos cárceles, pero por eso no hay delincuentes. Sin cerrojos, ni llaves, no hay ladrones. Si alguien es tan pobre que no tiene abrigo, se lo regalamos. Somos tan incivilizados que no damos importancia a la propiedad privada, ni usamos la moneda. Tampoco tenemos leyes escritas, ni jueces ni políticos. ¿Será por eso por lo que no nos engañamos? —Chanku se quedó ensimismado—. ¡Me pregunto cómo hemos sobrevivido hasta su salvadora llegada!

Caminamos bajo las vías férreas aéreas que permitían a los humeantes ferrocarriles cruzar la ciudad, como gusanos devorando una gran manzana, hasta llegar al puerto. Chanku vino hasta la pasarela que subía a bordo de la fragata.

Casi había amanecido cuando Xavier consiguió que el salvaje aceptara algunos víveres y algo de dinero.

—¿Esto también se come o es para limpiarse el culo? —se burló Chanku. Xavier gruñó algo y desapareció con la excusa de atender los últimos preparativos.

Despedirme de Chanku era despedirme de mi lengua y mi tierra; de todo lo que creía mi mundo. Pero, me engañé diciéndole que volvería, y nos reencontraríamos pronto.

—Prométeme algo —me pidió—. Si das con tus raíces, y sobre ellas crece un hogar, no vuelvas.

—¿Te digo yo dónde deberías plantar tu culo?

—Venga, osa lagrimosa, que no me engañas. No vayas a pretender ahora ser una guerrera. Vive en paz donde vas, con eso me ayudarás a sanar también la tierra que dejas atrás —Se acercó y posó su frente en la mía, sin dejar de mirarme.

Había tanta profundidad en su ser, una profundidad tan cálida y brillante, que me habría quedado a vivir en ella, en él. Después de que todos los años compartidos pasasen entre nosotros, me abrazó y me dio las gracias.

—La mujer es la eternidad, de ella se nace y a ella se vuelve. ¡Volveremos a cabalgar juntos, osa preciosa!

Me quedé allí, en pleno *chantognake*, quieta, mirando; colocando y sosteniendo en el corazón aquel momento, hasta que Xavier regresó, junto a un hombre y una caja con patas. Nos hizo un fotograbado, o tal vez nos robó el espíritu.

Con el último cabo suelto, la embarcación se separó de la tierra. Desde cubierta escuché el canto de Chanku. Hablaba de volver a casa. De que mis ancestros y el Gran Espíritu me dirían de dónde soy, que la vida era hermosa. Guardé su melodía en el interior de su flauta de águila, regalada la víspera, y oré para que los vientos lo acompañasen todos sus días.

El sol emergía del mar entre destellos de gloria, bajo un cielo limpio de nubes, prometedor, lleno de buenos augurios.

Recuerdo la forma en que todo se alejaba. El mundo como hasta entonces lo conocía se adentraba más y más en el horizonte. La única tierra que conocía se hundía bajo el agua.

Me vi pequeña, débil y sola; como siempre temí.

¡Oh, Gran Espíritu!

Cuya voz oigo en el viento, cuyo aliento da vida al mundo.

Escúchame, soy pequeña y débil,
necesito tu fuerza y sabiduría.

Déjame caminar en la belleza.

Que mis manos siempre cuiden lo que has creado
y mis oídos siempre puedan escucharte.

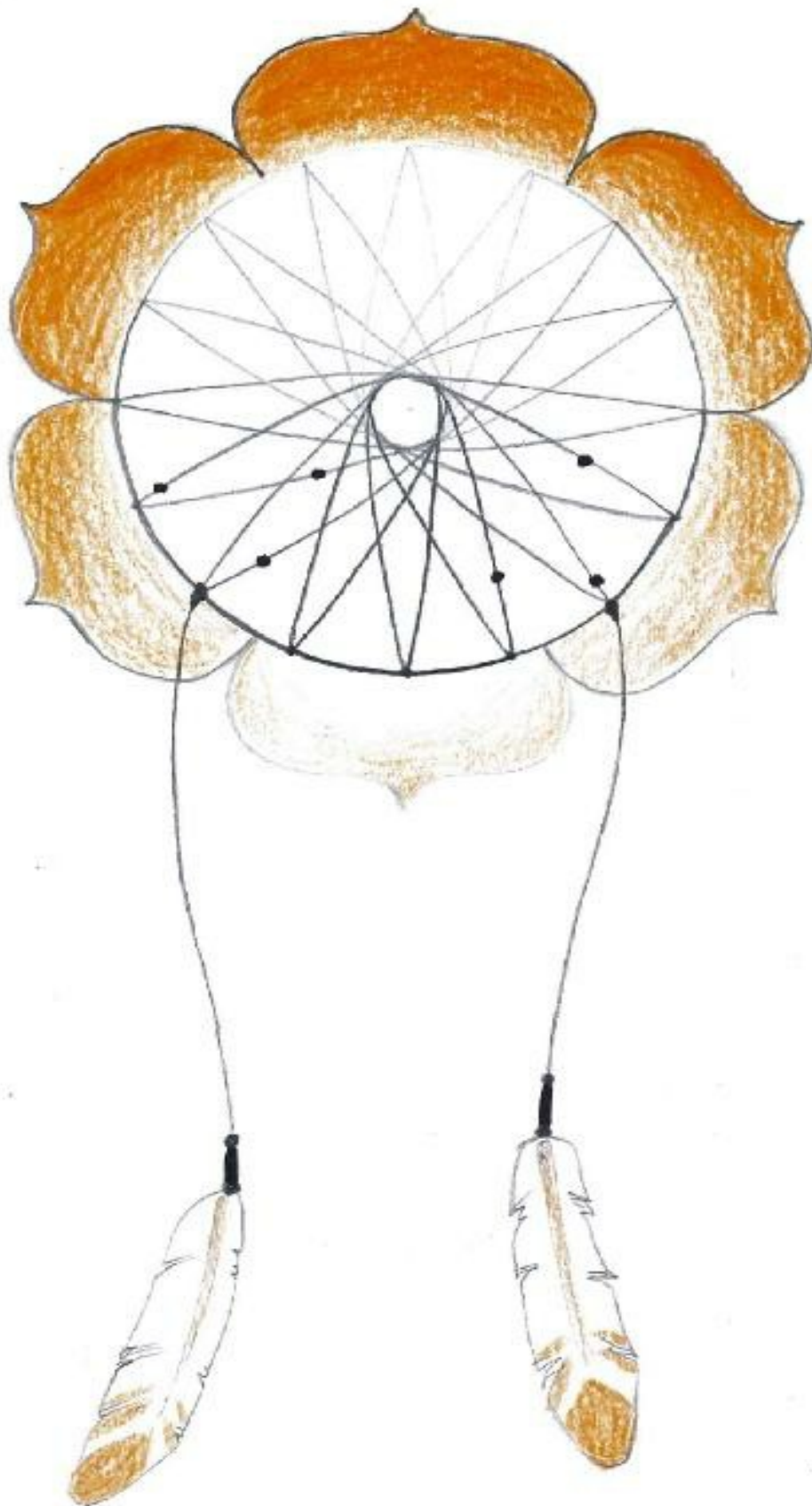
Hazme sabia para que pueda entender las cosas
que has enseñado a mi gente. Déjame aprender las lecciones
que ocultaste en cada roca, hoja y gota.

Busco la fuerza, no para ser más grande que mis hermanos,
sino para luchar contra mi mayor enemigo: yo misma.

Mantenme preparada para venir a ti
con las manos limpias y la mirada recta.
Para que cuando la vida se desvanezca,

como el sol que se pone al atardecer,
mi espíritu pueda venir a ti, sin vergüenza.

II La aproximación



[...]
*o si bajo ella sólo se extiende un vacío, la nada;
si no será una semilla estéril, en una tierra baldía.*
[...]

Aurora consurgens

Ahora puedo recordar aquella travesía con nostalgia, pero las primeras jornadas de navegación fueron una agonía.

Aquel era el lago sin orillas de mi sueño, pero estaba distinto. El mar, hermoso hasta lo indecible, podía ser también aterrador y cruel. Una colosal criatura a la que estar agradecida por no alzarse un día y tratar de devorarlo todo.

Cuando la tierra pasó a ser una palabra, un recuerdo, un sueño sin una base firme y estable

sobre la que pisar y danzar, sobre la que erguirme, comencé a desvanecerme. Zarandeada con desdén por un monstruo de escamas de cambiante azul, día y noche, noche y día, tardé lo suficiente en acostumbrarme como para quedar hecha un tablón más de cubierta: consumida, sudando sal y pringada de vomito. Pero aquella travesía se prolongaría por casi dos lunas, con lo que, una vez rehecha, pude aprovechar el tiempo.

Enjaulada en una decrepita embarcación, rodeada de una achacosa tripulación y perdida en un mundo de agua donde cada día me parecía estar en el mismo lugar, encontré, para mi sorpresa, una inmensa fuente de saberes y habilidades.

Xavier, que se presentó como Javier, eligió concienzudamente la embarcación en la que viajamos. El oro de Ann podría haber pagado pasaje en un bergantín, o incluso en una goleta de tres mástiles, más veloz incluso con menos tripulación, pero él anteponía otros requisitos.

Él sabía que en una travesía tan larga era muy probable que, por más que lo ocultásemos, antes o después, mi sexo saliese a la luz. “Eso no nos traerá más que trabas, incluso apuros”, me explicó. Dedujo que, entre marineros con mucha experiencia, pero con poco vigor, y unos pocos hombres de la iglesia, la cosa sería más sencilla.

Viajamos en una fragata de apenas 25 metros de eslora. Un arca llena de correo, pieles, textil, pescado, y tabaco. Eso a la vista. Entre todas las puertas a las que Xavier llamó en Nueva York dio con una congregación de la misma orden a la que él decía pertenecer. Supo de varios monjes que organizaban el regreso a sus respectivos lugares en una pequeña embarcación de mercancías. Un monje iba a España.

—Nuestro destino, más o menos —me dijo Xavier una vez en el camarote, tras llevarme entre empujones, medio fingidos, medio veraces—. Esos monjes vuelven para relatar las “maravillas” del nuevo mundo y pasar el testigo de evangelización a otros necios. Y no parecían peligrosos, ¿verdad?

Pasé encerrada la mayor parte de las primeras jornadas, sin más compañía que los temblores, sudores fríos y vómitos. Xavier, que volvió a sorprenderme con su dominio de nuevas lenguas, se encargó de explicar a la tripulación y al resto de enrolados que él era un entregado misionero y yo un pobre diablo del lejano oeste. Un joven salvaje solicitado por el abad de una indómita región del norte del malogrado reino español para demostrar la fuerza transformadora de la fe.

—¿Un chico, y salvaje? No pienso llegar hasta mis raíces oculta entre mentiras —le espeté cuando, la noche anterior a hacernos a la mar, Xavier me explicó mi nuevo papel.

—Mejor llegar entre mentiras que no llegar, hija. Como mujer, te conviene tenerle miedo al miedo que te tienen los hombres —se excusó—. Por temor a un poder que lo haga sentir inferior, el hombre somete con fuerza a la mujer. Mejor que crean más seguro no acercarse ni mirarte demasiado.

Así, antes de embarcar, tuve que vendarme con tirantez mi irrisorio, pero obvio, pecho. Me negué a cortarme el poco pelo que conservaba cierta longitud, pero a tal condición, me obligó a ocultarlo bajo un pañuelo. Pensé en las mujeres que había visto en los primeros asentamientos del hombre blanco, en cómo aceptaban con normalidad vivir constreñidas. Cómo no veían que sus corsés, sus peinados y esos sombreros eran un disfraz, un engaño; cómo, en realidad, eran como mis vendas y paños: suaves ataduras, pero ataduras, al fin y al cabo.

Todo me daba vueltas en aquel camarote, sin embargo, en cierto modo me sentí agradecida de estar encerrada allí. La primera noche, después de que Xavier trajese higos, queso, tocino, galleta —pan tostado seco— y vino y empezase a disponerlo para racionarlo durante el siguiente

día, me escapé.

Bajé unas escaleras, desorientada y dando tumbos, hasta dar con los barracones en los que se agolpaba la tripulación. Dormían mecidos en el aire, sostenidos por unos largos, y sucios y resquebrajados, trapos. Codo con codo. El tufo fue tan repugnante y mi estómago estaba tan sensible que dejé un regalo al pie de las escaleras. Volví de inmediato a mi cubículo.

Odié tener que ocultarme y salir sólo por la noche, pero no me costó mostrarme reacia a comunicarme, también con Xavier, que no volvió a dirigirse a mí en dialecto lakota y pretendía seguir con la educación que Ann empezara gracias a los muchos libros y material de escritura que subió a bordo.

Él me traía comida, los demás me ignoraban y yo me acercaba milla a milla a mis raíces. Lo cierto es que parecía que, si sobrevivía al tedio, el viaje acabaría sin sobresaltos.

Hasta que alguien me tiró por la borda.

Ocurrió un atardecer, en torno a la semana de partir. Ya me estaba haciendo al baile del mar y pensé en salir a cubierta algo antes para disfrutar del crepúsculo. Caminé chepuda, envuelta en harapos y con la mirada gacha hasta la baranda de popa, tras el trabado timón, tratando de parecer un peligroso salvaje. Reí para mis adentros cuando, por el rabillo del ojo, vi a un par de los que se hacían llamar “hijos de Dios” apartar de mí la mirada y santiguarse, asustados. Me quedé allí, hipnotizada por las espumas que se apagaban tras nuestra estela y las estrellas que se encendían sobre nosotros.

Las voces se fueron acallando. Los hombres se iban, buscando alimento o descanso, hasta que hubo una gran paz. Absorta por el modo en que el leve rubor del cielo se extinguía allá por mi antiguo mundo, no pude reaccionar a las manos que me elevaron sobre la baranda y me lanzaron al vacío. Ni tan siquiera vi a mi atacante. Sólo chillé, un grito de alarma.

Descubrí que el mar tiene las entrañas más negras que la más oscura noche y que, a diferencia del río, no quiere llevarte a ningún lugar, sólo bambolearte en su frígido abrazo, contrayéndote el cuerpo hasta congelar tus pulmones.

A duras penas podía respirar en aquel vaivén de olas. Veía cómo el viento alejaba de mí la embarcación, en silenciosa despedida. No podía creer que mi búsqueda, después de tanto tiempo de marcha en terreno siempre peligroso, fuera a sepultarme ahí, en ese negro abismo. Me revelé, me agité y peleé contra esa injusta condena. Fue entonces cuando apareció un hombre sobre la baranda. Sujetaba un farol y se afanaba en ver algo. “¡¡Hombre al agua!!”, alertó tras mucho dudar.

Siguió el rescate más torpe y lento que jamás desearé a nadie. Ningún religioso, incluido el que había dado el aviso, sabía qué hacer. El capitán no aparecía, como la mayor parte de la tripulación. Afortunadamente, Xavier, que parecía saber un poco de todo, indicó los pasos a seguir.

Mientras plegaban el velamen y soltaban el pequeño bote de popa, mi respiración se acompasó un poco y pude acercarme nadando. El capitán se sumó justo cuando Xavier bajaba al bote. No les costó llegar hasta mí a golpe de remo e izar me a bordo. Xavier me tapó raudo entre mantos.

Todas las miradas estaban clavadas en mí cuando subí a la fragata. “Sí, es el salvaje”, “¿y sabe nadar?”, comentaban. El esfuerzo por mantenerme a flote en estado de flojera me llevó a caer de rodillas ante un ataque de tos. En ese momento, alguien me echó boca arriba sobre cubierta al grito de “¡hay que sacarle el agua del cuerpo!”. Y apartó mis mantos.

Todos los ojos se abrieron ante el espectáculo. En mi refriega con el mar las telas de mi busto se habían aflojado, y mi pecho derecho, liberado, los saludaba con descaro.

—¡Es una mujer! ¡Es una mujer! —chillaron alarmados los devotos tras unos segundos de incredulidad. La ofensa también saltaba a la vista en el ceño de la tripulación.

Después de haber estado a punto de morir, aquello me pareció tan delirante que, desoyendo toda advertencia, di un fuerte empujón a aquel hombre, me puse en pie, me arranqué las telas que aún ceñían mi pecho y mi cabellera, y tras quedarme mirándolos, retadora, añadí:

—Y pienso, y no me callo —en un mejorado inglés.

Fue demasiado, llovió hacia el cielo. Hubo un silencio que nadie se atrevió a cortar hasta que Xavier, a carcajada limpia como jamás lo volvería a ver, rasgó aquella pantomima.

Hubo una gran revuelta a bordo. Xavier recibió palabras duras, pero, de alguna manera, diría que me miraba complacido, casi orgulloso. Todos se mostraron contrarios a compartir pasaje con una mujer, mestiza y salvaje. Tanto los monjes como la tripulación hablaron de confinarme bajo llave hasta arribar a tierra, pero sería el capitán quien decidiese.

El flemático capitán templó el ambiente con una doble ración de alcohol para la tripulación, “por su raudo rescate”. Después nos mandó acompañarlo a su camarote.

—Hay menos de salvaje en ti que en cualquiera de mis marineros, niña —me escupió el capitán tras cerrar la puerta.

—Yo no ninguna niña, viejo.

—¿Lo ve? En realidad, es una niña salvaje, capitán —señaló Xavier, asomando la bolsa con el dinero del zurrón.

Cenamos juntos. Conversamos durante horas en torno a deliciosos pucheros de legumbres y guisados y al pescado en salazón. Nos emborrachamos con vino y otros alcoholes bajo la premisa de que beber agua era un peligro por los gérmenes que ésta podía acumular en la travesía. La verdad era que el capitán quería sonsacarnos la verdad de la extraña pareja que formábamos, así como de nuestro objetivo.

No lo consiguió. Observar a Xavier improvisar nuevas redes de mentiras con las que pescar la confianza del otro me inquietó. Su habilidad pudo salvar nuestros planes, y sabía que podía ser de ayuda más adelante, pero me preguntaba cuántas veces habría caído yo en su trampa.

El capitán informó a todos sobre mi verdad: compartirían pasaje con una nativa en vías de evangelizarse que iba a desarrollar una importante labor de cartografía religiosa para la iglesia española. Los beneficios influirían también a los países vecinos, claro —no fueran a ponerse celosos los monjes de otras nacionalidades—, pues permitiría formalizar los territorios y tribus que se iban uniendo al amparo del único dios.

Al comienzo todo fue desconfianza y desaprobación. El mal fario de la mujer a bordo y las tentaciones no ayudaron. Yo misma, a pesar de ser libre de moverme y hablar con quien quisiera, seguí aislándome. Ahora ninguna mirada me esquivaba, todas me traspasaban. Volvía a ver la mirada del asesino, capaz de lanzarme al agua otra vez. O algo peor.

Podría haber aprovechado mejor aquel viaje, pero, aunque no lo aceptase, ni aparentase, tenía miedo de mi sombra.

Sin embargo, poco a poco, el ambiente cambió. Algunos hombres, tanto de la tripulación como entre los piadosos, fueron dando paso a algunas bromas. Al principio no supe reaccionar. Fui más ruda que cualquiera de ellos, pero, tras varios torpes intentos, las bromas se hicieron recíprocas y fui ganándomelos. Para mi sorpresa, ellos también fueron ganándome.

Los parroquianos descubrieron en mí una insaciable estudiosa de la historia y lenguas del viejo continente, además de una particular combatiente en las refriegas ideológicas.

Por su parte, la tripulación se maravilló con una joven con la fuerza y voluntad que muchos

hombres ya quisieran. Cuando asumieron que ninguno me ganaría trepando hasta la cruceta, no me alabaron, pero clavaron tacos de madera a la largo del casco, a estribor y babor, y me facilitaron cuerda de cáñamo para descolgarme con seguridad sobre las espumas y escalar cuanto quisiera. Cómo lo disfrutaba... y cómo lo sufría Xavier, sin apartarse un segundo de la baranda.

Los días se desarrollaron en un infinito lienzo azul. Me recuerdo entre trabajos de escritura y lectura, estimulantes conversaciones —unas desde la cabeza y los conocimientos, otras desde el corazón y los sentimientos— y el aprendizaje de idiomas. Además de continuar aprendiendo castellano e inglés, el hermano Stephanè me descubrió el francés, y chapurreé algo de portugués con el capitán y la tripulación.

Con los marinos lo mejor fue comerciar con historias del oeste por conocimientos del mundo celeste —me esperanzó saber de la Osa mayor y su estrella guía—, de los nudos o de la propia navegación y sus utensilios: brújula, astrolabio náutico, compases, octante y sextante, anemómetro...

Pero si bien durante el día estaba ocupada y todo fluía, al acostarme en el catre, el momento de encarar el gran vacío que me aguardaba me ahogaba. Era una inquietud que crecía cada noche, hasta que empecé a tomar una botella de vino como compañera de cama.

—¿Podrías dejarlo ya? —me preguntó Xavier una noche. No supe si se refería a la botella o a la flauta de Chanku, no sabía si bebía o tocaba—. Algunos se acuestan pronto.

—Cuando me des el fotografiado —eructé—... Chanku.

—Estás desgastando la imagen, si sigues así vas a perder su recuerdo, Kayah —Usaba un tono paternal que odiaba.

—Vale, entonces cuéntame alguna historia —me obcecaba en hablarle en lakota—. Una en la que puedas mirarme a los ojos sin vergüenza por mentir. Dame respuestas, ¡asqueroso wasicu mentiroso de enorme nariz que se arrastra...

—Alguien no tiene edad para el vino —me cortó y quitó la botella—. Estarás hambrienta —Se alejó hacia la puerta—, quedan pocos quintales de arroz y azúcar, pero tranquila, no hará falta tirar de las ratas, galletas agusanadas, caldo de serrín, ni del cuero cocido de los aparejos. Tenemos que estar muy cerca de nuestro hogar, hija.

Esa misma tarde había trepado por el palo mayor, mirado el siempre acuoso horizonte y respirado tranquila; por eso me pareció una broma de mal gusto escuchar, en ese instante, el grito desde cubierta de: “¡Luces! ¡¡Tierra a la vista!!”

Xavier se giró y formó una tensa sonrisa. No dijo nada. Resultaba tan desesperante no saber nunca qué pensaba ese hombre, que disfruté aquella extraña tensión suya.

—Esto hay que celebrarlo, ¿no? —dije mordaz, a la vez que estiraba la mano para señalar la botella de vino.

—¡Claro, hija! —me sobresalta la anciana—. Era la tierra del hombre blanco, la tierra de tu madre. La tierra en la que, sin tú saberlo, habían yacido inmersas algunas de tus raíces... ¡y algo aún mucho más grande y profundo que desconocías por completo!, ¿no es cierto?

Su tono, exageradamente crédulo, no me engaña. Lo que me hace mantener el silencio de la noche y dudar, es pensar si simplemente se está burlando de mí o, además, cree que yo también me estoy burlando de ella.

El viejo mundo y las viejas mentiras

—Ignoro qué saldrá a la luz cuando escarbe esta tierra. Puede que comparta antepasados con vuestros asesinos, que mis raíces blancas estén negras —explicaba a mis parientes en los últimos minutos de intimidad del camarote—. Pero la mayoría de lo que sé, mi forma de entender la vida, me la disteis vosotros. Descuidad, aunque no sea del todo lakota, nunca seré del todo blanca.

Dejé de frotar la bolsa medicinal preguntándome dónde me dejaba aquello. Sí, tenía verdadero arte para torturarme. Por eso, y porque necesitaba poner tierra sobre el mar de dudas que no lograría dejar atrás al desembarcar, me llené de pensamientos estúpidos sobre mi grandeza en la tribu al regresar a América: La tierra era redonda, avanzaría hasta dar con mi madre y, juntas, volveríamos a mi lugar de nacimiento.

Nuestra llegada fue recibida entre vítores de un pequeño gentío en aquella mañana gris de un pueblo pesquero. Atracamos en las “terras galegas” del reino de España. Finisterre, así se llamaba ese pueblo: el final de la tierra.

Íbamos a continuar yendo a contracorriente.

Pero fue una suerte que Xavier diese con Dionisio. Aquel monje español había pactado con el capitán esa escala antes de que la travesía los llevase hacia Portugal, costas interiores de España y Francia y más allá, “lo que nos habría alejado de nuestro destino”, me explicó Xavier.

Recuerdo las gentes que nos rodearon, más chillonas incluso de lo acostumbrado para los blancos. Me resultaba imposible comprender su dialecto. De hecho, mientras trataban de vendernos verduras u ofrecernos alojamiento, ni siquiera podía distinguir cuando reían y cuando maldecían. Eran estridentes e impredecibles, pero los rodeaba cierta gracia.

Así, mareados ante la quietud de la tierra bajo nuestros pies, nos internamos en el pueblo dando tumbos de borracho. El olor de los guisos que salía por las ventanas tenía notas de colores más vivos. El color de la tierra, húmeda por la bruma, tenía el aroma de la verdad, de lo auténtico.

La piel de verde fertilidad que vestía esa tierra me hacía desear sentirme parte de ella. Me daba la esperanza de que mi espíritu reverdeciese con el alimento que mis nuevas raíces podrían darle... Si bien el hombre blanco no tardaba en darme motivos para resistirme.

Los hijos de Dios, parte de la tripulación y Xavier y yo fuimos a dar gracias a la iglesia, el templo donde vivía su dios. Una gran lápida de piedra y musgo. “Qué hogar tan frío, húmedo, duro y pequeño”, me dije bajo su resquebrajado techo, entre sus estriadas paredes, envuelta en un somnífero salmo.

A la mañana siguiente todo estaba preparado para la caminata. Dionisio y Xavier habían planeado la marcha muchos días antes de arribar, de modo que, despuntada el alba, los tres nos despedimos de los monjes, el capitán y un par de oficiales que se habían resistido al baile local nocturno y, cargados con los petates de viaje, echamos a andar. Sin monturas. Serían tres o cuatro

jornadas hasta la ciudad en la que nos abasteceríamos para hacer “el hermoso camino de regreso a casa”, en palabras de un exultante Xavier.

Pasarían años hasta volver al mar, y nunca sería aquel océano. Si lo hubiera sabido, me habría vuelto a mirarlo.

Caminamos a través de bosques frondosos, inmensos campos cultivados y pequeñas aldeas habitadas por más ganado que hortelanos. Dionisio era oriundo y disfrutó hablando de cuanto conocía. Xavier fingía escucharlo gozoso.

En la cuarta jornada, tras una cortina de densa lluvia, oteamos el perfil de una gran ciudad: Santiago de Compostela.

La ciudad estaba rodeada por una monumental muralla. A medida que nos acercábamos comprobé que los fuertes del oeste habían tomado la imagen del viejo continente, salvo porque, a falta de piedra, eran de madera.

—Un muro de contención ante las amenazas —me dijo Xavier, y bajando el volumen, añadió—. Seguro que todas las brujas y pobres diablos que viven dentro duermen mejor.

Cruzamos sus puertas a media tarde con Dionisio como guía. Avanzamos sobre adoquines cuadrados, entre casas cuadradas. Todo cuadrado, como en América, pero de piedra. Habían perpetuado ese modelo antinatural con obstinación.

Santiago era una ciudad santa, según decían. Yacía allí el cuerpo de un hombre bendecido por su dios. Había cruzado un mar sobre un barco de piedra y caminado sobre las estrellas para entregar la verdad a cuantos encontró en su camino. Era una inspiración para los creyentes y una esperanza para los pecadores, y muchos se lanzaban al camino que los llevara a su encuentro con la ilusión de ganarse el amor de Dios.

Xavier había dado muestras de férrea fe durante la travesía y la caminata. Dionisio confiaba en él. Por eso, a pesar de no contar con un solo documento que nos amparase bajo la iglesia —Xavier fue lo bastante listo para no intentar engañar con papeles falsos a un hombre versado—, Dionisio se ofreció para tutelarnos y darnos asilo en el monasterio.

Por consejo de Xavier, esperamos la decisión del claustro asistiendo a la misa de tarde de la catedral. Cuando llegó, Dionisio relucía bajo la oblicua y multicolor luz de las vidrieras, henchido de alegría, envuelto en un nuevo hábito. La cofradía no sólo nos acogía, estaba deseosa de escuchar nuestra historia de inmediato. Nuestra presencia era un valor añadido a cuanto él traía de las Américas, parecía orgulloso.

El ánimo del misionero no se truncó cuando Xavier le dijo que necesitaba continuar en aquel santo lugar un tiempo. “¿Lo siente, hermano? Arrodílese, cierre los ojos y vea. Deme su hábito para que el calor de nuestro señor lo envuelva”, le dijo con adoración en la voz. Y allí, en la casa de su antiguo señor, Xavier le robó la bolsa con la plata que portaba.

Tras la iluminada salida de nuestro adalid, Xavier me reveló que no tenía ninguna intención de dar explicaciones y ser juzgado por quienes creían tener la voz de Dios en la tierra. Dedicamos la luz que quedaba a comprar víveres, preparar nuestra salida de la ciudad la próxima alborada y cabecear unas horas en una posada. Xavier salió bien entrada la noche aduciendo que tenía algo que hacer en el monasterio.

Cuando desperté, la oscuridad seguía reinando. Sólo la luz de dos faroles me permitió distinguir al falso cura, estrechando la mano del hombre con el que habíamos negociado. Lo seguimos hasta las afueras de la ciudad, donde tenía una pequeña choza y había guardado nuestros víveres, ropajes y el viejo burro que habría de cargarlo todo.

—Bueno, peregrina, y ahora que contamos con el favor del apóstol —y me mostró los documentos que certificaban nuestra gesta de peregrinos—, ¿regresamos a nuestro hogar?

Xavier contaba con que mandarían buscarnos. Rastrearían los alojamientos y hospitales de peregrinos cercanos, por eso, una vez más, volvimos a fingir ser quienes no éramos. Él envejeció al dejar crecer su barba para convertirse en el padre de un jovencito mudo que, tras la peregrinación en busca del don de la palabra, regresaba defraudado. Yo, claro.

El viejo y tozudo asno, los ropajes, las conchas, los rostros curtidos tras muchas jornadas bajo el sol del verano y las compostelanas respaldaron nuestra identidad cada ocasión. Seguí el mandato de ser mudo como el sepulcro del apóstol, y me dediqué a escuchar las nuevas mentiras de Xavier. Medio en broma, le pregunté si no sería más creíble hablar de abuelo y nieto. El ceño fruncido precedió una pequeña risa. Su humor mejoraba a medida que nos acercábamos a nuestra meta.

Volvimos a arrastrarnos en dirección opuesta a la corriente, en esta ocasión a través de los píos caminantes que avanzaban doloridos. Los peregrinos, como los colonos de América, avanzaban hacia el oeste. Aquello, a medida que desandaba su maldito camino santo y trataba de olvidar su destino manifiesto, y que dejaba atrás sus anquilosadas ciudades de piedra y musgo que tanto se afanaban en reproducir al otro lado del océano, hizo que me preguntase si, tal vez, no sería que la civilización entera caminaba hacia su ocaso.

Durante la primera semana entrábamos y salíamos del camino, por precaución, pero pronto nos permitimos seguir la comodidad de la vía oficial. Los mapas y la abundancia de señales no dejaban lugar a la aventura, aunque, de acompañarnos Chanku, pensé, seguro que habría sido más agitado.

“Puede parecer un gran salto, pero el mundo que hay más allá no es tan diferente”, aún podía oír la voz de Ann, “no vas a encontrarte peligros más grandes que los de aquí. Es más, en el viejo continente siguen reinando leyes y creencias que constriñen al hombre y, en cierta medida, evitan que salga la bestia que campa tan flamante por aquí”.

Ella llevaba razón. Aquella España barroca, pobre y decadente, estaba habitada por gentes supersticiosas que evitaban en lo posible el conflicto, temerosas de las consecuencias espirituales. Gracias a eso respiramos casi un mes sin violencia. Realizamos casi la totalidad del camino oficial que debíamos seguir antes de tener un altercado.

Era una tarde pesada, cargada de nubes que no dejaban escapar el calor de la tierra. Xavier pidió una pausa del largo y solitario tramo que recorriamos sobre un monte, y salimos a un lado de su pista forestal, cercada de robles, pinos y brezo. No eran mis ensoñadas montañas, pero esa cierta altitud y el verdor circundante me aligeraron; me sentía fresca, viva.

—¿Sabes?, me repatea admitirlo, pero tenías razón —confesó Xavier al poco de sentarse. La curiosidad hizo que forzase al asno a adentrarse entre la espesura, lo amarrase y me sentase—. Parezco más tu abuelo que tu padre. ¿Qué le vamos a hacer? Nací el siglo pasado, hija. Aunque por poco, fue a punto de entrar en el invierno del año de 1795.

«¿Xavier hablando de él?», me extrañé. Su lengua parecía animada, no podía perder aquella ocasión. Le hice ver que tenía toda mi atención y reí sus bromas, dispuesta a ir tan lejos como me llevase.

—Aún queda un pequeño trecho, pero nos acercamos al lugar donde nací, a nuestro hogar, Kayah —Un fugaz nubarrón cruzó su rostro. Hice como si nada y él continuó—. No sé si las cosas estarán como cuando me fui, han pasado tantos años... La mayor parte del tiempo que vivimos nos da la sensación de que nada cambia —No pensaba aclararme por qué compartíamos hogar, pero

temí cortarle—, pero las cosas no paran de cambiar, aunque sólo nos demos cuenta después, cuando ya es tarde para tomar parte en esos cambios.

Xavier habló tanto como nunca, y de forma sincera. O al menos eso me pareció. Me contó acerca de su niñez, tan marcada por la religión. La iglesia era su segunda casa desde que recibió el bautizo, y empezó a ser su hogar cuando aún era un niño. Sus padres habrían preferido que, como sus dos hermanos mayores, ayudase en casa trabajando la tierra y cuidando de los animales, pero no pudieron negarse a la advertencia que les dio el cura: “No olvidéis que, por encima de ser vuestro hijo, es hijo de dios”, les dijo al reclamarlo.

—¡Qué pocas alegrías me dio la vida secular! No es que me arrebatara felicidad, directamente me la vedó. ¿Recuerdas ese verbo? —Asentí—. Los juegos con otros niños, las cacerías, el primer beso... La libertad de la niñez.

En 1808, cuando el ímpetu de la pubertad lo empezaba a empujar fuera de aquella vida, todo el país se sorprendió descubriendo que los soldados franceses eran tan numerosos a lo largo y ancho del país que, sin duda, habían estado siendo conquistados sin darse cuenta. Estalló una guerra, la de la Independencia. Una más, como ya iba descubriendo. Encontró que, quedándose bajo la protección de la iglesia podía dar ciertas facilidades a su familia, y así lo hizo. Durante un tiempo.

—Unos meses antes de cumplir 18, en la primavera de 1813, me ausenté de mis quehaceres como próximo diácono y me fui al campo de batalla —El brillo en sus ojos hablaba solo—. Ayudé a ganar una batalla decisiva, ¡sin llegar a luchar! —Rio con ganas, embebido en sus recuerdos.

La guerra acabó al año siguiente. Para entonces, Xavier ya estaba harto del hábito negro, de officiar funerales, y sabía que no se quedaría en aquellas tierras mucho tiempo.

—Estaba decidido a buscar vida —me dijo—. Así, pasé cuatro años preparándome para partir como misionero evangelizador. Mi sueño era dejar una tierra ensombrecida por la guerra y descubrir tierras iluminadas por la vida.

»En 1818, con 23 años, partí en santa misión al continente africano —Me contuve y no pregunté por el país de los Jaheem—. Tras caminar sus áridas tierras durante dos años me dijeron que me necesitaban en Sudamérica. Medié en las revueltas que precedieron la independencia de algunos países, como Perú o México —El último nombre me adelantó el cierre del círculo—. Poco después me adentré en el norte. Como ya sabes, entré en aquellas tierras con la intención de salvar las almas de los nativos, pero acabé tratando de salvar sus vidas al comprender que sus almas estaban mejor sin Dios.

Guardó silencio al pronunciar la última palabra. El atardecer se acercaba y supe que no me contaría nada más.

—Viajaste solo, y mi madre y tú, criados en el mismo pueblo, ¿os volvisteis a encontrar en los confines del mundo? ¿Cuándo? ¿Cómo? —Mis pensamientos empezaron a tropezar entre sí al salir a trompicones por la boca.

En ese momento me indicó que guardara silencio. Pensé que estaba echando la llave del baúl de los secretos y fui a maldecirlo, pero me tapó la boca; a lo lejos, escuché los gritos.

Avanzamos entre las frondas, silenciosos. No tardamos en llegar al estrecho claro de un cruce de caminos donde dos jóvenes robaban a punta de cuchillo a un peregrino, Belarmino, el viejo regordete con la cara más bonachona que había visto. Le gritaban, tensos, pero él se veía totalmente calmado.

Hasta que salí de la vegetación, sin pensarlo, para consternación de Xavier. Asusté a los tres, pero el peor parado fue el asaltado, que incluso chilló. Xavier me siguió, delatado. Mostraba su cruz, junto con sus mejores plegarias.

—¿Qué haces, viejo? —chilló uno de los ladrones, que aun siendo mayor que el otro, era claramente joven—. Sólo hay un hierro que vale: el que está afilado. ¿Te ha servido alguna vez de algo esa crucecita?

«Si tú supieras», debió de pensar Xavier, pero, sin ánimo de demorar más aquel juego, sacó el revólver de su petate.

—Buena tarde —saludó Belarmino—, eso no será necesario. Los mozos entienden que no puedo darles el poco... —El mayor le golpeó en la cabeza con el pomo del cuchillo, pero, aquello sólo acalló al peregrino un instante—. Mírelos bien, sus caras dejan entrever una vida corta, pero llena de miserias. Hoy no es un buen día para morir, muchachos.

—Un golpe y todas las bellas filosofías estallan en gritos de dolor y en súplicas o amenazas. No así en tu caso —señaló Xavier mientras cargaba las balas en el tambor del arma.

—Mientras le clavaban clavos en las manos y los pies, todavía perdonaba —respondió Belarmino.

Los ladrones temblaron cuando Xavier avanzó hacia ellos encañonándolos con el revólver. El joven rogó a su compañero que huyesen; parecían tener algún vínculo familiar. Xavier comenzó una cuenta atrás con cada paso adelante:

—Tres...

—Esforcémonos en no desalentar jamás a nadie en la búsqueda, ya sea por nuestra exigencia, negligencia o intolerancia... —dijo Belarmino, con el cuchillo al cuello.

—Dos...

—Esforcémonos, más bien, en ser ejemplos vivos para quienes no oyen la voz de Dios, o dudan en su corazón... —continuó inalterable, el peregrino.

—Uno... —Aquel desdichado joven buscó piedad en mis ojos, pero sólo encontró rencor. Al final huyeron—. Amén —dijo el cura, haciendo la señal de la cruz con el arma.

Aquella noche, cenando en un pórtico, Belarmino me confió por qué había chillado al verme salir entre los árboles.

—Creí que eras una *Basandere*, una señora del bosque, pareja de los *Basajaun*, parientes de los *Gentiles*. Dicen que no son seres agresivos, pero ¿quién sabe qué se le pasa por la cabeza a alguien que sólo ama las montañas y vive del bosque?

No supe por qué, pero en ese momento, Xavier creó un denso silencio negro al fulminar al peregrino con una biliosa retahíla de ladridos en un idioma desconocido para mí.

Era el *eusquera*. La lengua de mis ancestros, supongo.

Xavier no me había enseñado ni una sola palabra en la lengua materna de mi madre, del pueblo al que nos dirigíamos. “Tendrás tiempo de aprender una vez allí instalada”, me dijo, “tú hogar está ubicado en un lugar de paso, y muchos hablan ya el castellano. Te harás entender, y aprenderás rápido”.

Muy estúpida debía de considerarme el cura si pensaba que no me había dado cuenta de que me quería sin voz al llegar a nuestro destino. Sin voz, y sin comprender nada, claro.

Amalur

El posadero acababa de contar la leyenda del peregrino que años atrás murió allí, asaltado por un falso penitente. Nos dijo cómo fue vengado por el mismísimo apóstol Santiago, que, convertido en lobo, lideró una hambrienta manada hasta la guarida del delincuente. «Vaya con los santos», me dije.

Éramos los únicos peregrinos de regreso. Los únicos silenciosos. En otra mesa unos peregrinos reían algún chiste.

—Mientras sólo hagas el bien por temor, no amas a Dios —Belarmino ya estaba en pie, para bochorno de Xavier, que llevaba tres días tratando de hacer ver a aquel fiel lo ciego que estaba— Mientras actúas como un esclavo, no amas. Si amas, eres libre. En vez de temer el castigo, ¡amemos lo justo!

—Amemos, ¡sí! —Se alzó un hombre— ¿Cómo dijo el Aquino?.. Dame castidad y continencia, ¡¡pero todavía no!!

Aproveché la algarabía para robar un cuchillo de la mesa. No esperaba encontrar al apóstol transformado en lobo, pero era fácil que diésemos con más lobos de dos piernas.

Fue una lástima que esa fuese la última noche en la que compartimos cuarto, o pajar, en ese caso. Belarmino tenía la barriga repleta de sermones y fantasías, motivo —junto a su aspecto cándido— por el que se burlaban de él a menudo, pero me dio calor y cercanía en el estío de aquel verano; y planteó, creo, cuestiones que hicieron titubear a Xavier.

Se habían pasado tres jornadas hablando más que caminando. El falso cura tratando de despertar al soñador peregrino, y Belarmino deslumbrando a Xavier en cada respuesta. Lo negaba, pero Xavier no tenía claro si aquel hombre estaba loco o, en realidad, era feliz, y no cesó en su empeño por averiguarlo hasta que el camino nos separó.

—No sé cómo te dormiste tan rápido anoche —espetó Xavier a Belarmino frente a la posada—. Esos maños tuvieron guasa para rato a cuenta de tu misa.

—Cuanto más nos agitamos, más nos hundimos en este mundo; cuanto más reposemos, mejor flotaremos en el cielo —Tras desayunar, Belarmino era toda una enorme sonrisa—. Anoche morí. ¡Y la noche anterior y la anterior de la anterior! Sólo me queda renacer cada día con gratitud, querido amigo.

La respuesta no satisfizo a Xavier, y antes de que el sencillo peregrino continuase de regreso a su antiguo reino de Navarra, achicado a comunidad foral tras perder una guerra, quiso darle un golpe bajo y acabar con su bonhomía:

—Casi olvido comentártelo, amigo. ¿Oíste que el féretro de Santiago lleva 300 años perdido? —Belarmino, apoyado en su palo de avellano, esperó—. Dicen que por temor a una correría del pirata Drake, el abad lo emparedó, y que el pobre hombre murió sin tiempo de desvelar dónde.

—Verdad o no —respondió Belarmino—, no cambiaría el descubrimiento de mi experiencia: la individualidad es una ilusión. Nuestra identidad es un cruce de caminos interconectado con todas las formas de vida en un momento intemporal.

No entendí una palabra, pero aún recuerdo la cara colorada de Xavier al darle la espalda para salir del camino.

—Quiero ser un instrumento de paz —Oí canturrear a Belarmino camino al hogar donde le esperaba su mujer—. Donde hubiere odio, poner amor. Donde ofensa, perdón. Donde discordia,

unión. Donde tristeza, alegría. —Se giró y me miró, estoy segura—. No buscar tanto ser consolado, como consolar; ser comprendido, como comprender —Hizo una pirueta con su bastón y añadió—: ser amado, como amar.

El camino a Santiago quedó atrás, pero no así las iglesias y las gentes abatidas que lo jalonaban. El viejo mundo seguía pareciéndome una piedra áspera y quebradiza.

Avanzamos durante unas horas, hasta que, tras encumbrar un puerto que serpenteaba a través de una sierra, Xavier dejó caer su petate y estalló de emoción.

—¡Ya está! Hemos entrado en nuestras tierras, hija. ¡Estamos en Eusquel erria! ¡Álava, de las provincias vascongadas!

Me contagió su alegría al momento. Aquellas tierras parecían la antesala de un territorio boscoso y montañoso, las antípodas de las grandes llanuras que, aun siendo mi cuna, me habían resultado tan ajenas. Aproveché el alto para andar bajo encinas y quejigos que ya amarilleaban, y escalar en un muro.

—¿Sabes, hija? —captó mi atención al regresar—. En realidad, yo no tuve demasiado mérito en aquella batalla que vencimos sin luchar. Y en honor a la verdad, tampoco debemos tantas distinciones a Sebastián Fernández “Dos dedos”.

Xavier me contó cómo, cuando, tras cinco años de luchas en el país, las tropas francesas estaban reagrupándose en el norte y tratando de hacerse fuertes, hubo un momento crucial. La ciudad de Vitoria estaba en plena contienda, no sólo por su libertad, sino por la independencia de toda la península. Era una contienda reñida, pero mientras los vascos luchaban con todo, los franceses esperaban refuerzos desde el sur.

—Esos refuerzos estaban aquí, a nuestros pies. Más de 11.000 soldados, los vi con mis propios ojos. El hierro que decantaría la balanza de la guerra hacia Francia. Entre Vitoria y ellos sólo estábamos “Dos dedos”, escasos 1.500 soldados, un aterrado puñado de pueblerinos y yo... Y ella —añadió con la llama de una sonrisa avivando sus labios—. Una *sorguiña*.

»Aquella bruja sabía que no los frenaríamos con armas —continuó Xavier, con los ojos chispeantes—. Convenció a Dos dedos para seguir una descabellada idea: llegada la noche, cada persona portaría tantos cirios, faroles y antorchas como pudiese, valiéndose de todo su ingenio.

»Las tropas francesas no sabían el número de soldados que habían sido movilizados para frenarles en aquel alto, y sin tiempo de mandar exploradores, se encontraron con una extensa luminaria que barría toda la sierra, ojo avizor.

»Avanzábamos en parejas, con largas ramas de las que colgábamos una decena de luces que penduleaban con el más disciplinado ritmo. Parecíamos diez millares —sonrió orgulloso—. Aquello hizo que se lo pensaran dos veces y frenó su avance el tiempo suficiente como para que, una vez llegaron a Vitoria no tuvieran nada que hacer. Pero fue todo gracias a aquella mujer, aquella increíble mujer.

Vitoria era el perfecto ejemplo del corazón blanco. Enrocada en lo alto de una colina, rodeada por una alta muralla, con puertas afiladas de hierro y calles organizadas en torno a una iglesia vacía llena de fisuras. Su singularidad, me pareció, residía en la forma en que montes y sierras envolvían también la llanada sobre la que se levantaba, en una doble fortificación.

Entramos a tiempo para conseguir alojamiento, darnos un baño templado y conocer la ciudad antes de cenar, pero Xavier no tenía ninguna intención de enseñarme la ciudad.

—No hay mucho que ver, te lo aseguro —insistió al verme decidida a salir a las calles—. Escucha, mejor espera la cena conmigo, Kayah... acabo de recordar algo. Es curioso que no lo

haya recordado antes, pero mi cabeza no es la que era. No te he contado el significado de tu nombre, ¿verdad?

Salté de la puerta hasta la ventana por la que él miraba, le agarré las barbas, aún húmedas, y lo obligué a mirarme.

—¿Lo conoces?

—Sí, hija. Nahkohe me lo contó—soltó mis manos con cuidado y señaló una silla para que me sentara—. Verás, como sabrás no es un nombre lakota...

—El significado —lo corté.

—Kakahoyah, “pequeña, pero sabia”.

Si Chanku hubiera estado allí se habría muerto del ataque de risa. “Ahora eres grande, pero idiota”, habría dicho.

—No es que nacieses pequeña —trató de aclarar—, es que esperaban un bebé mayor, dado el tamaño de tu madre.

—¿Quién lo esperaba?, ¿Cuál es el origen del nombre?

Xavier se volvió a la ventana, ensimismado, como si estuviese solo. Harta de sus silencios, volé de la hospedería.

La luz menguaba y algunos hombres empezaban a encender los faroles que pendían en las calles. Me llamó la atención que el fuego no se alimentase con sebo o aceite, como ya había visto, sino con algo invisible llamado gas.

A medida que corría por la calle de los zapateros empecé a escuchar música y voces de parranda. Llegué a un cantón y me encontré con un gentío, muchos disfrazados de figuras cabezonas y gigantes con muecas de susto, de borrachera y de cólera... Los músicos reían y bailaban en torno a guitarras y a unos extraños sacos cuadrados con teclas de fuelle ruidoso.

No quería perderme ni un detalle de aquella escena, pero tampoco tenía intención de exponerme a las miradas curiosas, así que seguí corriendo, hasta estamparme con alguien.

Un joven yacía de espaldas, bajo una lluvia de papeles. Iba a salir huyendo cuando vi el bastón y una de sus piernas, mucho más corta que la otra. El chico, de ojos gris azulados y oscura mata rizada, trató de incorporarse. Empecé a levantarlo, por instinto, pero de pronto pensé que podía sentirse deshonrado y lo solté, haciendo que cayese otra vez.

—Tranquila —dijo, desnudando mi disfraz de chico y mis pensamientos—, nadie se ha levantado siempre a pulso. A todos nos han ayudado alguna vez, o eso espero.

Lo ayudé a recoger los papeles e incorporarse y, no sé cómo, sin darnos cuenta, estábamos sentados en un portal inclinado del cantón, hablando por los codos frente a la fiesta.

Aquellos fardos de papel eran de la imprenta que pronto heredaría. Un trabajo familiar del que escapaba siempre que podía, yéndose a trabajar la tierra a un pueblo. Me sentí identificada con él en seguida. Marginados de destino escrito.

—La imprenta viene del reino vegetal, pero está muerta —decía—. Aunque se use para revivir la historia, nunca nos dará tanta vida como un árbol, como Madre Tierra.

Aquel chico y yo nacimos en mundos muy distintos, y, sin embargo, de alguna manera, sentí que mirábamos la vida con los mismos ojos, que el aleteo de una mariposa vibraba con mayor vigor para ambos que el mundo de los hombres.

Nos sentamos, nos sentimos y nos comprendimos.

Un tullido y un mestizo que se entendían más con gestos y miradas que por palabras. Incluso entre disfraces de cabezudos y gigantes no escapamos a los cuchicheos, pero me dio igual. La noche nos envolvió en un instante, antes de que ambos recordásemos que teníamos una vida. Fue un bello encuentro raro. Al final, Xavier dio conmigo y se llevó a rastras mi rabia y mi vergüenza,

sin que siquiera supiese su nombre.

Llegó la esperada jornada. Esa noche dormiríamos en nuestro destino. O esa fue la razón por la que madrugamos y caminamos con ímpetu desde el primer paso.

En lo alto de las ruinas de un antiguo castillo, Xavier señaló nuestra meta. «Último tramo al este», me dije. Mi hogar me esperaba al final del embudo formado por dos sierras.

El cielo, sin embargo, quiso aplacar nuestro ardor arrojándonos una tremenda tormenta. Tuvimos que guarecernos el tiempo suficiente como para que, a pesar de arrastrar al pobre burro, el atardecer truncase nuestras ansias.

Xavier resolvió que sería mejor así, llegar por la mañana, y buscamos cobijo en un pueblo cercano, Salvatierra. No se me escapó cómo, si bien apenas caía lluvia ya, Xavier llevaba lo más calada posible la capucha; tampoco los avivados cuchicheos entre algunas ancianas. No eran los habituales siseos, parecían correr la voz de rumores a gritos. Me acosté recordando la noche en la que esperaba que alguna tribu hermana me acogiese. La víspera de salir huyendo hacia donde estaba.

Me despertaron los murmullos de Xavier.

—Quien se abra a la verdad, germinará como un hueso de fruta regado —musitaba, parafraseando a Belarmino—, quien se cierre a ella, tornará en piedra apartada del camino.

Siguió absorto lo suficiente como para que yo también recordase algo que me dijo aquel peculiar hombrecillo: “Dios juzga al árbol por sus frutos, no por sus raíces”. Me consoló.

La mañana era pasmosamente brillante; clara y fresca como la promesa de un niño. Después de un corto trecho, Xavier me señaló la preciosa muralla pétrea de la sierra norte que empezaba a cerrar el embudo y me invitó a desviarnos.

Mi maravilla no tuvo palabras al ver, tras remontar un pequeño repecho, la mayor cueva que había visto en mi vida. Parecía la boca bramadora de una inmensa criatura. A medida que nos acercamos pude sentir su aliento, frío y húmedo. Al llegar a su entrada, Xavier me incitó a meter los pies en el pequeño río que salía de las entrañas de aquella bestia gris.

Según decía, estábamos tan cerca de nuestro hogar que lo empezaba a oler. Tal vez fuese el afeitado, pero Xavier se veía más ligero, como rejuvenecido. Parecía de muy buen humor mientras se descalzaba para refrescar sus pies, pero una vez se sentó a mi lado, volvió a tensarse.

—Belarmino llevaba razón —empezó—... Verás, no he querido hablarte antes de ciertas cosas porque... Todo ha sucedido muy rápido —Se detuvo, sin saber cómo seguir—. Y porque temo que tu juventud no te deje comprender.

—El ojo joven ve más que el viejo —contesté altanera, irritada por su trato infantil y porque intuí que sólo obtendría otro pequeño atisbo de verdad, diminuto y calculado.

—Nahkohe no te encontró abandonada entre los restos de una caravana. Mentí —confesó, evitando mi mirada—. Para tu nacimiento, yo ya llevaba un lustro en Norteamérica. Estaba en pleno periplo evangelizador cuando un tropel de nativos se me acercó. Eran hopi, a toda luz. Y alguien más.

A Xavier le tembló la barbilla al recordar cómo, recortada contra el cielo matinal, reconoció la figura de mi madre.

—Amalur. Así se llamaba tu madre. Por fin he podido decírtelo. *Ama*, es madre en eusquera. *Lur*, significa tierra.

La tierra es mi antepasada. Madre y sagrada.

Cada paso que doy es una oración para abrazarla.

—Madre tierra. La conocí poco antes de entrar a vivir en el seminario de Vitoria, cuando

ella llegó al pueblo con su familia —«Con mi familia», pensé—. Era una mocosa asilvestrada —Xavier rio con ganas—. La fuerza de su mirada gritaba que nada la contendría. Recuerdo que cada vez que volvía al pueblo, Amalur siempre era motivo de discusiones y reyertas por su carácter salvaje. Hasta que un día, algo más tarde de que la Guerra de la Independencia acabase, desapareció.

»Puedes imaginarte la sorpresa del reencuentro pasada una década desde la última vez que nos vimos. Yo, tan lejos de las iglesias, y ella, no sólo viva, ¡sino conviviendo con los nativos americanos!.. y siendo madre de una preciosa niña.

Xavier hizo una pausa y empezó a recoger guijarros del lecho fluvial. Debió de notar mi esfuerzo por no hacer preguntas y soltó una pobre descripción de mi supuesto padre.

—Tu padre era el *Observador del sol* de la tribu. Casto en palabras, de rostro despejado y permanente sonrisa... muy alto para ser un hopi, casi alcanzaba a tu gentil madre —Tiró una piedra al río. Su rostro se ensombreció al desaparecer la honda—. Quisiera contarte más de él, pero no llegamos a conocernos. Esa misma noche, tu padre, su grupo, así como tu querida madre, murieron —dejó caer entre lágrimas secas.

Tuve que contenerme. Quería golpearlo, hundir su cabeza en el agua... ¿Cómo me había ocultado todo aquello?

—Habíamos acabado de cenar y cantábamos en torno al fuego —continuó, antes incluso de que pudiera respirar—. Entonábamos cánticos de festejo y dicha, hasta que una flecha atravesó la garganta de uno. Después sólo recuerdo los gritos de guerra, y los de dolor; la lluvia de flechas, y la de sangre. Me tiré al suelo, sometido por el miedo. En algún momento, un desdichado hopi me sepultó —Xavier miraba lejos—. Fue una cacería, obra de los cheyenne. Fue la tribu de Nahkohe.

Las respuestas manaban, sucias, enturbiando aquel río.

—Eran guerreros temibles, pero en aquella ocasión sobrevaloraron su fuerza y subestimaron la de los hopi —Saqué la bolsa medicinal y me quedé mirándola—. Creía que el pueblo amable era pacífico; ya me extrañó que se alejaran tanto de sus huertos, pero cuando los vi luchar no podía creerlo.

»Esperé mi muerte conteniendo la respiración, como el cadáver que me ocultaba; y rodeado de lamentos y gemidos, escuché cómo tu llanto sobresalía por encima de todos ellos —Ambos mirábamos el río—. Cuando el estremecimiento de las estrellas, los árboles y los cuchillos pareció ir a detenerse, un grito abrió la tierra en dos. Fue tu madre. Me dio el arrojado suficiente para desenterrar la cabeza de mi tumba y ver el final.

»Miré alrededor y contemplé a la muerte, dando besos de buenas noches, sonriente. Tu madre, de espaldas, ordenaba detenerse a unos hopi que estaban a punto de abrir en canal al último cheyenne en pie, Nahkohe.

Una brisa dejó caer varias hojas de roble sobre el agua.

—Cuando se giró pude verte entre sus brazos; entre las dos flechas que le traspasaban el pecho y el estómago —tragó saliva—. Avanzó hacia mí y, con un llanto contenido te acomodó sobre el cuerpo de quien me cubría, tu padre.

»A nuestra excepción, todos estaban malheridos. Sin nadie con fuerzas o ánimo para avivarlo, el fuego se extinguió en medio de la noche. La negrura quiso llevárselo todo y no dejar recuerdos, su frialdad aguardaba deseosa el momento en que maldiciones y gemidos cesasen para siempre. Pero tú no estabas dispuesta a ello, Kayah, tu llanto clamaba por la vida.

»El alba se asomó entre las copas de aquel improvisado cementerio y descubrí que ningún hopi había sobrevivido. Vi cómo un amordazado Nahkohe contemplaba a Amalur, y cómo, ésta, sonreía mirándote. Yacía de lado, contigo en su pecho. Tenías el rostro empapado en leche y

sangre y tratabas con todas tus fuerzas de que ella se quedara a tu lado.

—No lo conseguí —me lamenté.

Rompí a llorar, pero cuando me pareció que Xavier también lo hacía, me puse en pie y tiré la bolsa medicinal al agua.

Había pasado toda mi vida bajo la protección de Nahkohe, bajo una gran mentira. Xavier lo sabía todo y lo había encubierto. Me había visto sufrir y vagar, y le había dado igual.

—¡Me habéis engañado toda la vida!

—Aunque hubiésemos logrado llevarte viva hasta los hopi, y estos te hubiesen aceptado, no habrías estado segura.

Cubrió sus espaldas y las de su amigo alegando que los lakota y los blancos estaban fustigando tanto a los cheyenne, que empezaban a verse en la necesidad de hacer encerronas tan temerarias como aquella. Después, me describió la forma en la que la acción de Amalur caló en Nahkohe y cómo quiso enmendar su error salvándome.

—Yo solo no habría podido hacerlo —siguió excusándose—. La tribu de Nahkohe, en la que había varias mujeres amamantando, estaba cerca. Confié en él, pero siempre me mantuve cerca, cuidándote. ¡Perdóname! —imploró—. Pero necesitaba traerte aquí, hija...

—¡De hija, nada! —Con un rápido movimiento saqué el cuchillo que escondía y lo llevé hasta su garganta. No hizo ademán de protegerse, y al ver que no le dañaría, continuó:

—Tras la masacre del campamento tu situación era igual de peligrosa. Antes de irnos, para los colonos eras una blanca secuestrada y asalvajada por los piel roja, una absoluta desconocida para los hopi, una sabrosa recompensa para los cheyenne y una aciaga carga para los lakota —La hoja del cuchillo no hizo que maquillase sus palabras—. Por más que hubieras querido, no habrías podido quedarte. Lo hice por ti.

Lo hizo por él.

Aparté el cuchillo y salí corriendo hacia el este, descalza. Directa al pueblo natal de mi madre, Eguino.

Mis raíces habían quedado expuestas, y estaban secas, pero me impulsó el delirio de que aún existiese un lugar esperándome. Xavier dejó atrás al burro y los petates y se lanzó a mi carrera. Lo escuché gritar por el bosque.

Para aplacar mi enfado recurrió a mi madre.

—Fue ella... la mujer que venció a los soldados sin que muriese un solo hombre. Fue tu increíble madre —le oí decir entre jadeos—. Compartís esos ojos verdes... tan vivos y profundos. Y las canas prematuras, ¡sí! Y esos fuertes pómulos... y el férreo mentón —gritaba sin perderme de vista—. Y, ante todo, el amor por las montañas.

Salí al claro de un prado y vi el pueblo. Era diminuto. Me dio igual, mi delirio era inmenso. Daba las últimas zancadas hacia la entrada del pueblo por un pequeño sendero lleno de huellas de ovejas, cuando una campana empezó a tañer.

No sé si aflojé el ritmo al pasar delante de las primeras casas o si Xavier aceleró, pero casi lo tenía encima cuando intentó detenerme con su última baza.

—Te contaré el verdadero porqué de todo —Casi era mediodía, y la paz era absoluta, pero al cercarnos a la sencilla iglesia, un gentío, mi jadeo y las campanadas me ensordecieron—. Te hablaré de la leyenda que... —La campana repicó.

Seguramente me habría contado otro cuento, o tal vez no. Nunca lo sabré, porque, aunque la puerta de la iglesia se abrió para congregarse a sus fieles aldeanos, el gentío comenzó a amontonarse a nuestro alrededor. Cuchicheaban de tal forma que pronto tuvieron que chillar para escucharse.

Una anciana se acercó a Xavier. Lo llamaba por su nombre, emocionada. Yo no entendía una palabra de lo que decía el gentío, pero su tono entremezclaba incredulidad y alegría. Parecía que, después de todo, tendríamos una bienvenida.

Hasta que se hizo el silencio, cuando un enorme y fornido hombre se abrió paso. Tenía una espalda descomunal, y firme como la de un joven, pero sus canas hablaban alto. Aunque de rostro rudo, irradiaba un aire solemne; al menos hasta que vio a Xavier. Porque entonces, sus ojos y dientes se estrujaron con intenso odio, antes de lanzarse a por él.

—¡Arcaich, espera! —fue todo lo que Xavier pudo decir antes de recibir el puñetazo que lo derribó y dejó inmóvil. Ante el espanto del gentío, el corpulento pateó a Xavier entre insultos hasta que cinco hombres lograron contenerlo.

Fue entonces cuando, entre el forcejeo, los ojos de aquel gigante se encontraron con los míos. Su cara se desencajó, como si estuviese viendo un fantasma, y cayó de rodillas.

—¿Amalur? —me preguntó, se preguntó y le preguntó a su dios.

—Menuda una bienvenida... —dice la anciana.

Sí, fue toda una bienvenida. La que merecía, imagino.

—Pobrecito —resuelve.

—¿Disculpe? —suelto, irritada—. ¿No le basta para pensar que se merecía eso y más, con lo que ha escuchado?

Esta noche la luna debe de estar lucida, pues su luminosidad me permite distinguir la flacucha figura de la anciana contra los ladrillos de la pared.

—Me basta para pensar muchas cosas, hija. Todo suele tener muchas lecturas, pero acostumbramos a creer en una sola, cegada, verdad —Es una suerte no poder vernos las caras—. Sólo quiero decir que, tal vez, Xavier no se merecía eso.

Sus palabras dejan suspendidas en la oscuridad una mezcla de aires de superioridad e ingenuidad.

Como si lo conociera... Se creará lista la vieja...

Presa por sorpresa

Una vez más, mis expectativas distaron de la realidad.

Tras unos segundos de vacilación, aquel hombre mandó a quienes lo contenían que lo soltasen y que, en su lugar, me llevasen a una estancia posterior de la iglesia. Estaba tan confusa que no pude reaccionar. Antes de que me encerraran, pude ver cómo aquel gigante se llevaba a Xavier en volandas, como si fuese una pluma. Una pluma de cuervo.

Los gruesos muros de piedra caliza de aquella pequeña estancia se me caían encima. Podía oír cuchicheos fuera. No distinguía una palabra, pero parecía haber una gran excitación. Tenía la esperanza de que todo fuera un malentendido. Que Xavier pudiese explicarlo todo, con la verdad o con mentiras.

La primera visita no llegó hasta la noche. Las bisagras del portón graznaron y, a la luz de un farol, apareció el titán. Sus rasgos parecían más brutos aún que a la luz del sol. Tras agacharse para cruzar el arco de piedra se dirigió a la única mesa de la estancia, donde colocó la llama, un botijo con agua y el bulto envuelto que traía bajo el brazo: queso y pan duro. No dijo una palabra. Se retiró hasta la pared y me observó.

Su rostro quedaba velado por la penumbra, pero pude notar cómo sus ojos espiaban cada uno de mis movimientos. No probé bocado, ni bebí, terca. La tarde, sola y encerrada, me pesaba, pero me dolió más aceptar que estaba preocupada por Xavier... y que temía la soledad. Pregunté por él.

—¡Olvídalo! —gritó. Su grave resonancia hizo temblar toda la estancia, yo incluida—. ¿¡Sabes lo que ese desgraciado te ha hecho!?! —El arrebató le hizo avanzar un paso. Unos ojos iracundos hicieron que yo diese un paso atrás. Observé sus nudillos, estaban ensangrentados—. ¡No puedo ni imaginar cuántas mentiras te habrá contado en toda tu vida, hostia!

Colérico, el hombre empezó a destrozar cuanto encontraba entre nosotros. Tiró abajo unas estanterías con candelabros y demás objetos de misa, volcó unos bancos y puso patas arriba la mesa, rompiendo el botijo, aplastando queso y pan y tumbando la vela del farol.

—¿Acaso te ha contado cómo se llevó a la fuerza a tu madre? —Se detuvo a tan sólo un paso, mientras la llama perdía fuerza por el beso del frío suelo. No hizo la pausa porque esperase mi respuesta. De alguna forma, ese bestia sabía que no contestaría. Esperaba poder ver la respuesta en mis ojos, antes de hacerse la oscuridad—. ¡Apuesto a que te ha llenado la cabeza de leyendas sobre Gentiles y demás estupideces!

Aquel hombre estaba sacudiendo con tanta violencia el suelo donde intentaba sostenerme que no me di cuenta del momento en que la luz se apagó.

—Ni siquiera habrá reconocido ser tu padre, ¿verdad?

Me hirió tan profundo que reaccioné al instante. Saqué el cuchillo y me lancé a tientas. Pero antes de que tropezase con algo, la hoja sólo cortó el aire, y, tal vez, el hilo de humo dejado por la mecha apagada. Pude escuchar el rápido abrir y cerrar de la puerta, de rodillas aún sobre la piedra.

La certeza con la que hizo la pregunta fue tan certera que me destrozó por completo. Rompí a llorar ante aquel delirio de preguntas sin respuesta seguido de respuestas sin sentido en que mi vida se había convertido.

La puerta chirrió justo cuando, me pareció, empezaba a dormirme, pero la luz que entró en la estancia señalaba la mañana con claridad.

Era él, aunque parecía otro. La expresión de su cara era serena. Incluso tenía cierto brillo de alegría. Recién afeitado, se había vestido con un pantalón azul tan vasto como el mar y una camisa y chaleco añejos que podrían ceñir tres bustos. Traía un botijo con leche fresca, y también una cuerda.

—Buenos días. Siento lo de anoche... —se disculpó—. Debo llevarte a otro lugar donde podamos hablar con más intimidad. Puedes tomarte la leche ahora.

No respondí. Me sentía tan confusa como humillada, y tan incómoda con las malditas ropas compradas para nuestra ansiada llegada, como rabiosa con lo encontrado.

Ví que se acercaba, cuerda en mano. No iba a atarme, ni a aquel lugar ni a nada. Saqué el cuchillo, decidida a no fallar. Lo encaré, desafiante. Yo era más alta que cualquiera de los hombres que había visto en el pueblo, pero mi amenaza parecía ridícula frente a él, y así también

debió de parecérsele, porque empezó a reírse con todas sus ganas. La boca abierta de par en par, las cejas, que parecían bosques poblados, sacudiéndose. Y al instante, sin verlo venir, me había desarmado y me estaba atando ambas manos al frente con la cuerda.

—Imaginé que acabaría necesiéndola. Muy propio... —dijo todavía entre carcajadas. Parecía feliz.

Dejamos atrás la iglesia y la calle principal del pueblo para tomar un camino hacia las primeras luces de la mañana. Mis ojos iban de aquí a allá, creo que buscando al resto de la familia que aún fantaseaba con encontrar. Los ojos terrosos con motas de hierba del grandullón no se apartaban de mí.

Avanzamos entre campos de cereal en los que laboreaban algunos labradores. Después de saludar al hombretón con gesto respetuoso, se detenían para poner todo su esfuerzo en mirarme como si estuvieran viendo algo imposible.

Muy cerca del linde con el bosque que separaba el pueblo de la sierra llegamos a una pequeña caseta de piedra. Tenía la esperanza de encontrar allí a Xavier y aclararlo todo, pero en su interior sólo había cachivaches; herramientas de hierro, afiladas u oxidadas que me recordaron la invasión del oeste. Aún en el dosel, volví a preguntar por Xavier. Necesitaba saber la verdad, toda y la única verdad.

—Puedes olvidar a ese miserable —contestó mientras esperaba a que yo entrase en la caseta—. Más importante es que hablemos de Amalur. ¿Dónde está? No me salgas tú también con lo de que murió, ¿eh!? —ladró.

—¿Dónde está Xavier? —insistí.

—Puedes estar tranquila... ¿Kayah? ¿Es ese tu nombre? Esa víbora no va a contar una sola mentira más —zanjó, con absoluta tranquilidad, mientras se acercaba con mi cuchillo.

Fue un reflejo involuntario. Cogí una de aquellas trampas, similar a otras que viera en América y, apenas esquivé el agarre de aquel oso, salí corriendo hacia el interior del bosque. Él hizo lo propio, y lo hizo sorprendentemente rápido.

Durante la carrera traté de cortar la cuerda con los dientes de aquel hierro, pero eran más punzantes que serrados, y desistí. El bosque empezó a empinarse y a llenarse de barro. Flojeé. La falta de comida y descanso me había debilitado.

Sentía cómo mi captor me ganaba terreno mientras mi corazón se abría paso por mi garganta. Entonces recordé lo que Xavier nos explicó a Chanku y a mí sobre esas trampas. Armé aquel trasto y lo tiré delante de mí, entre los helechos. Después de saltarlo, me giré. El cazador no iba a andarse con juegos: antes que dejarme escapar, me aplastaría. Así, acabó llevándose el mordisco de esa chatarra en torno a su tobillo.

Sus gritos de dolor no le impidieron actuar a mi instinto, que hizo lo de siempre: dirigirme hacia el lugar más elevado, buscar un hogar, la salvación; huir.

Corrí poseída, sin saber dónde guarecerme. El bosque era más espeso de lo que esperaba y no encontraba rastro de senderos, pero sentía que, de pararme, me encontraría. Sin embargo, cuando los gritos del gigante se fueron apagando y apenas podía respirar, me dejé caer y oculté entre la maleza. Traté de liberarme y pensar qué hacer. Recuerdo que incluso pensé en vagabundear hasta Irlanda, en busca de Ann. «No puede haber muchas familias pelirrojas», me dije.

La cuerda era sólida y el nudo, firme. Mis recursos, inconsistentes y mi plan, débil: encontrar a Xavier y a mi familia. No tenía comida, bebida, dinero, ni documentación. Tampoco esperaba ayuda de nadie. No tenía nada.

De pronto comencé a oír gritar a todo un gentío, así como ladrar a varios perros. Aún atada, seguí moviéndome. Seguí huyendo, ahora arriba,

ahora al oeste, durante una opresiva infinidad. Tanto los ladridos como las voces sonaban cada vez más fieros, cada vez más cercanos.

Busqué árboles altos de denso follaje, pero abandoné la opción; incluso en la copa, el olfato de las bestias me delataría. En estas, juré ver temblar un matorral cerca de mí, pero no salió nada, ni nadie. Justo entonces, delante, descubrí mi salvación: la imponente muralla pétrea.

Cuando llegamos no había podido ver qué tipo de roca tenía aquella sierra, tampoco la dificultad que podía presentar en algunas paredes, pero estaba segura de haber visto algunas pequeñas cuevas aquí y allá. Suficiente para desaparecer.

La distancia entre el pueblo y la sierra no era tan grande en realidad, pero la hambruna, los ropajes, el cansancio, la cuesta, el barro, los espinos, los cantos rodantes del último tramo y la cacería hicieron que, al alcanzar el pie de muralla, cayese sobre mis rodillas y vomitase.

Cuando levanté la vista entreví un socavón ovalado. Estaba casi en línea recta a mi posición y a tan sólo unos quince metros de altura. La pared era de piedra caliza, dura y afilada, pero honesta. Podría confiar en mis pies cada vez que tuviese que liberar mi maniatado agarre para ascender. O eso pensé.

Me puse en pie entre tembleques. No era el estado ideal para escalar, pero sabía que no tenía tiempo. Levanté el brazo, estiré la mano y mis dedos buscaron la piedra. Tan pronto la toqué, aunque lo hice sin poner atención, la melodía de una risa nerviosa me cosquilleó. Era mi intuición, cantándome un buen desenlace.

Comencé a escalar sin la seguridad que poco tiempo atrás aún me acompañaba, con mucha más tensión de la necesaria y con lagunas negras en la mirada, pero también ascendía con la esperanza de encontrar una salida.

Oía las voces y los ladridos a mi espalda, muy cerca, pero por su tono, sabía que no me habían descubierto, no aún. Si escalaba rápido podría llegar hasta la covacha sin ser vista.

El comienzo de la vía tenía incluso escaleras, pero a cada brazada que me separaba del suelo, la vertical se fortificaba. No pude dedicarme a buscar los mejores agarres, y en cuanto asía un canto que me permitiese levantar mis pies desnudos hasta el siguiente apoyo, incrustaba mis dedos como si la vida me fuese en ello. La vida me iba en ello.

Me notaba torpe, y apenas sentía la piedra bajo mis dedos. Tal vez fuera por el nudo de la cuerda, pero mis manos estaban como adormiladas. En cuanto a mis pies, los últimos meses yendo calzada —pese al calor, “por guardar formas”— los habían ablandado, y ahora sufría cada apoyo afilado de la roca como una chiquilla de ciudad. Era como si no fuera yo la que, palmo a palmo, se separaba de la tierra.

Apenas faltaban un par de metros para llegar al amparo de aquella cueva, cuando me descubrí atascada. Hasta ese momento había salvado todos los apoyos para los pies, había podido cambiar los cantos romos por otros mejores al pasarlos y ganar visión, pero ahora tenía los pies encajados en una grieta estrecha.

La piedra se me clavaba en el empeine y la planta del pie mientras desesperaba, buscando un agarre seguro. No quería arriesgar. Mis dedos, faltos de práctica, apenas me mantenían pegada a la pared gracias a un pequeño fleje. Empecé a angustiarme. Pensaba lo estúpido que había sido tratar de escapar así, lo ridículo que, en verdad, había sido todo, toda mi vida.

—... gora!.. —fue lo único que entendí de la voz que llegó hasta mí, desde arriba. “Gora, arriba”, decía Belarmino.

—Venga, ¡no desesperes, no ahora! —Un lozano joven de ojos saltones, pelambreira enmarañada y espesa barba me miraba desde la boca de la cueva—. Has subido mucho más alto de lo que cualquiera de esos pueblerinos podrá nunca. Mira, tienes un buen cazo ahí, justo encima

de ese pequeño fleje —Me guiñó el ojo—. Confía y lánzate. ¡Vamos!

“Confía y lánzate”, casi reí. “¡Vamos!”; claro.

«Bueno», pensé, «hoy es un buen día para morir»; y justo después, salté.

Nietos de los Gentiles

Un regalo del cielo. Llegó entre el frescor de la tormenta de verano y la pureza de la primera nieve, previa al invierno.

Había un agarre bien profundo en la roca, claro. Aunque invisible a mis ojos, real para mis dedos, una vez me lancé. Él lo celebró con vítores mientras me tendía la mano. Mi mirada disuadió su gesto. Dedujo que no quería más ayuda y se retiró al fondo de la cavidad, confiado de que me las apañaría sola.

—¡Enhorabuena! —dijo cuando alcancé la entrada—. No sabía que este pueblo podía agitarse tanto. ¿Has visto a la vieja Hortensia? —Abrió los ojos y los oídos esperando una respuesta, como si supiese de quién hablaba—. ¡Pero si puede correr como un corzo! —Se puso a reír como loco.

Era altísimo, poco menos que el gigantón. Tampoco era tan fornido, pero aún era joven, poco mayor que yo, pensé; crecería. Por lo demás se parecían como dos hojas de un mismo árbol, salvo en la mirada. Aquel joven cuidaba un campo primaveral en sus ojos, llenos de verdor, luz y alegría.

—Por favor... silencio —pedí mientras me recuperaba.

—Tranquila, aunque gritemos no mirarán hacia arriba, creen que sólo las lagartijas pueden escalar esta peña —dijo con natural desparpajo—. Para ellos el hombre debe vivir con los pies en la tierra, y si es con la cabeza enterrada en estiércol, mejor que mejor —Su acento al hablar castellano era gracioso.

—Cuando ellos lejos, yo huir y tú poder... —me interrumpí al pensar qué le habría llevado a él allí arriba. Sólo veía un par de bultos en telas y una piel tirada— hacer tú quieras...

—Ya... —Su rostro se ensombreció, con lo que se pareció, más si cabe, a mi perseguidor—. Te irás como una loba solitaria, ¿verdad? Aunque sin fauces, y desorientada. A vete a saber dónde, sin pajolera idea de quién eres —me apuñaló.

La precisión de la estocada me dejó sin palabras, pero no por ello iba a dejar de responder. Me incorporé, lenta pero decidida. Iba a demostrarle que, al menos, sí tenía fauces, cuando sonrió y sin darle demasiada importancia, añadió:

—Ah, por cierto, soy tu primo, Silverio Garai Martínez. Encantado —Sigo sin poder evitar sonreír al recuerdo de su caballeresco ensayo de besarme la mano, y cómo le escupí—. ¡Vaya, pero si eres más vasca que yo! —rió.

No salimos de aquella cueva en todo el día. Las horas volaron alto, junto con los aguiluchos de la peña. Silverio era transparente como el cielo despejado, cándido como el brote que asoma confiado. Ví una inocencia aún mayor que la mía en su forma de hablar, de vivir; en sus sueños. Y me desarmó.

—Bueno, ante todo, tú tranquila —Se esforzó en calmarme antes de contarme cuanto sabía, pero percibí un inmenso ímpetu contenido—. Tenemos toodo el tieempo del muuundo —Creo que quería asegurarse de que lo entendía.

Cortó mis ataduras con una pequeña navaja y me ofreció una manzana, zarzamoras, nueces y setas como las que había visto durante la persecución sin poder pararme a coger. También me ofreció vino de un pellejo bovino, pero le corté. Necesitaba respuestas para saber qué hacer, a dónde ir.

—Somos primos, palabra —juró. Sus precoces canas y una firme mandíbula nos asemejaban, desde luego—. He oído historias de tu madre toda mi vida. *Aita*, padre, es su hermano; tu tío: Arcaich, el chiquitín de la cálida bienvenida de ayer.

—Pues no haber empezado bien —Bromeé. Mientras ambos reíamos recuerdo cuánto me sorprendí de mí misma. Me sentía más animada, incluso contenta, de lo que, pensaba, debería. Pero no estaba sola, y quise creer que nunca lo estaría.

—A veces es un poco bestia —concluyó. Sin embargo, tras las risas, añadió—. Pero tiene ese pedazo de tamaño porque si no, no le cabría el corazón.

Los ojos de Silverio, tan saltones como sus prominentes cejas, eran el reflejo de la curiosidad que sentía por el mundo. Quería saber qué había más allá de las sierras que estrechaban su pueblo, pero sólo era el hijo único del más humilde alcalde; otro ganadero con deudas a la espalda, en realidad.

Para Arcaich, el deber y porvenir de Silverio era sencillo y noble: cuidar del ganado y trabajar la tierra. Y aunque mi primo hablaría con agradecimiento y amor de esas labores, se le antojaba pequeño, reducido, limitado. Sentía que se perdía algo demasiado grande. “Por ejemplo, la vida”, decía.

Para su madre, Isabel, el enfado que le producía su nula intención de ingresar en la guardia civil sólo se veía eclipsado por su estrechez de miras al noviazgo. Mi primo no dijo nada que su madre valorase de él. No era, ni sería, quien ella quería.

Por esto y más, ganó el mote de “oveja negra”, pero antes de que mi primo me contase esto, mucho antes, nada más arrancarle la comida de las manos, lo primero que hice fue exigirle tres respuestas: qué sabía de mi madre, quién era mi familia y la verdad sobre si Xavier era mi padre.

Arcaich le había hablado de Amalur desde que tenía recuerdo. Se refirió a su aspecto físico sin dejar de mirarme y sonreír, como complacido con la comparación. La apasionada descripción que hiciera Xavier palideció ante al entusiasmado retrato que pintó mi primo. Mi tío debía de admirarla.

—Estaban muy unidos —siguió Silverio—. Aita la cuidó como hermano mayor hasta que la montaña que había en ella creció. Después, fue ella quien empezó a cuidar de él, “como sólo ella sabía”. Con algún vino de más, me ha confesado estar seguro de que lo conocía mejor que él a sí mismo.

»Aita ha contado los años desde que “ese maldito diablo disfrazado de cura”, como él lo llama, se la llevara. Tenía la esperanza de que algún día regresase —Se puso serio—, pero cuando Xavier apareció ayer sin ella...

—Si mi madre ser tan fuerte, decidida y valiente, ¿cómo obligada a ir lejos? —le corté.

—Eso mismo le dije una vez... bueno, aunque hablando mejor, si me perdonas —sonrió—. Se puso hecho un miura... De todos modos, tú eres quien conoce al cura. ¿Qué me dices, lo ves capaz de haber hecho algo así?

No lo conocía, de hecho, en realidad no sabía ni quién era, pero reconocí que era lo que me había hecho a mí: arrancarme de mi mundo, llevarme lejos. Me quedé callada y esperé a que respondiese a la segunda pregunta: quién era mi familia.

De vez en cuando me asomaba a la entrada de la cueva y comprobaba que seguían buscándome abajo. Distinguí siluetas entre la ambarina arboleda, pero nadie se acercó más.

—No te espera mucha gente —Silverio usó su tono más dulce—. Verás, nuestros padres tenían un hermano menor, Quimech, con quien vivían junto a sus padres: nuestros abuelos, Ángel y Mari —Paró un instante para asegurarse de que podía entenderlo—. Vivían en el país vasco, pero aquí y allá, en base a las labores que tocasen en la temporada, el clima y sus necesidades. Aita nunca me ha reconocido esto, pero yo creo que, por encima de todo, valoraban la libertad.

»Una noche me desperté entre voces. Me agaché y miré a través de las rendijas del tablado. Eran aita y un amigo suyo, borrachos en la cocina. Aita confesaba su mayor pesar: él tendría diez años, tu madre ocho y Quimech pronto haría siete. Para mi sorpresa, escuché cómo aita decía que, en esos días, lo que más amaban era escalar en familia. ¿Te lo puedes creer? Aprendían juntos, se apoyaban como uno.

Silverio amaba escalar, pero no sólo había aprendido solo, sino que tenía que hacerlo con cuidado de que nadie lo viese, o atenerse a los palos que mi tío le daría.

—Como decía, aita tendría sólo diez años, pero por la forma en la que habló, jamás se ha vuelto a sentir tan grande, ni tan unido a nada como entonces, hasta que se rompió.

»Los cinco escalaban una sencilla arista guipuzcoana cuando la cuerda que unía a nuestra abuela, Mari, con su hijo menor, Quimech, no reaccionó como esperaban ante la caída del pequeño. La cuerda de cáñamo no se trabó en el saliente donde la habían colocado, sino que giró, resbaló y barrió la mano y el pie de Mari. No pudo conservar el equilibrio y el peso de Quimech hizo el resto, ambos cayeron.

Nuestro abuelo decidió que aquel fue el fin de sus vidas. Llevó a nuestros padres al pueblo en el que siempre era bien recibido para laborear, Eguino, y consiguió un cuartucho donde encadenarles a esa vida. Sólo debían pensar en trabajar. Ganarse la vida, aunque fuese perdiéndola.

Arcaich aceptó, pero no así mi madre. Amalur fue el mayor quebradero de cabeza de mi tío y mi abuelo. Cuando no estaba en las nubes, escalaba hacia ellas. Y según le contó Arcaich a Silverio, parece que esa insensatez fue la soga de la se valió Xavier para llevársela.

No conocí a mi abuelo, Ángel. Para cuando llegué allí la línea directa de mi sangre se limitaba sólo a mi tío y mi primo. Por otra parte, estaba la madre de Silverio, Isabel, y su familia. Mi primo le debía a su madre dos tíos y sus esposas, tres tías y sus maridos y un total de trece primos y primas. La mayoría vivían en otros pueblos de la comarca, repartidos como semillas al viento. De entre toda esa rama de parientes, Silverio me confesaría que no se sentía unido a nadie.

—Y no —Mi primo respondía a la última pregunta—. Lo siento, pero no sé si Xavier es tu padre. Ayer se me pasó la misa paseando con las ovejas y para cuando volví a casa, aita no estaba. Pasé la tarde entre la huerta y las cuadras y sólo supe de lo de la iglesia a la noche, cuando escuché llegar tarde a aita, bajo el inútil interrogatorio de madre.

Me quedé callada, con la mirada perdida sobre el bosque que se tendía entre nosotros y el pueblo. Silverio sabía valorar el silencio, pero también cuando éste me hacía bien o no.

—Y ahora cuéntame tú —me sobresaltó—. Quiero saberlo todo, toodo de tu vida.

Había conocido a blancos que veían una conversación como un asedio a su fuerte. Oían mis palabras desde lo alto, pero sólo como ruido, mientras preparaban su respuesta. Mientras preparaban sus armas. Silverio era tan distinto. Él saltaba por encima de todas las barreras hasta llegar a mi tipi, donde entraba sin miedo, se tumbaba, apoyaba sus manos en la cara y abría los ojos, los oídos y todo su ser para escuchar.

Le conté toodo.

Acabé, precisamente en el punto en el que compartía cueva y vino dulzón con un entrañable barbudo.

—Es lo más alucinante que he escuchado —dijo a la par que golpeaba mi hombro—. Tu vida, no el final.

—No. Leer Homero... o Cervantes —contesté, queriendo atrasar el momento de encarar el verdadero final.

—¡Sí, claro! En todo el pueblo sólo sabe leer el cura. Jamás lee o cuenta nada que no esté en sus libros letárgicos, litúrgicos, o como se diga —Empezó a reírse—. Justo va a alucinar... Es mi mejor amigo. Vive en Vitoria, y sabe leer, pero nunca habrá escuchado nada tan increíble.

No nos dimos cuenta, pero alguien nos robó la tarde. Anocheceía entre nubes cerradas cuando vimos la fuerza con la que soplaban el viento norte. Había encapotado todo el cielo. Sólo al oeste, unas rasgaduras dejaban ver el fuego del sol, como si se tratara de una hoguera, donde las nubes eran los troncos que definían la silueta de las llamas.

—Debemos dar con el rebaño y bajarlo; huele a mala noche —dijo, y me tensé. Él lo sintió y añadió—: Vamos a aclararlo. Encontraremos a Xavier y todo se solucionará.

Silverio bajó sin problemas en la oscuridad. Mi vista cansada vagó en aquellas casas. Todas daban la espalda al monte. Me preguntaba si podría salir del bosque y ser aceptada, y si era eso lo que quería, cuando un ulular me llamó desde abajo.

Me asomé, pero apenas distinguía una sombra. Viendo que pasaba algo, Silverio subió a por mí. Era una sombra que se deslizaba fluida y silenciosamente. No parecía que escalase, ni siquiera que caminase por la pared. Él nadaba en la roca.

Cuando asomé la cabezota me sentí lo suficientemente segura como para mostrar mi inseguridad.

—Yo ir —dije, moviéndome con tanta torpeza como hablaba eusquera—, pero si no saber seguir...

—Yo volver —contestó él, imitándome—, y enseñar que poder conseguir —Ambos nos echamos a reír.

Aquellas palabras se convertirían en nuestro ritual.

Fue fácil pasar desapercibidos hasta llegar al caserón. Vivían lo más cerca posible de la sierra, bajo el cementerio. La idea era que preparase a sus padres para mi entrada, pero, las cosas se torcieron nada más cruzó la puerta.

Pude escuchar los gritos de, imaginé, su madre.

—¿¡Dónde te habías metido!?! Todo el día ganduleando, perdiendo ganado... cof cof —tosió — Hay una salvaje suelta que ha herido a tu padre, y tú por ahí, ¡paciento! No te bastó faltar a misa ayer y avergonzarnos... —seguía su bienvenida.

Silverio saldría a buscarme en el momento apropiado.

—Sabes dónde está, ¿verdad? ¡Dímelo inmediatamente! —Era la voz del gigante, lo supe. Mi primo dijo algo y pareció aplacarlo un poco—. Mira, si es su hija no es tan fácil. ¡Nunca aprobé esa relación! —gritó. Vi asomarse gente en otras casas.

—¿¡Y qué!?! —La voz de Silverio se alzó también—. ¿Por qué tenía que aprobarla? ¿Por qué

tiene que aprobarla a ella ahora? ¡Porque las cosas tienen que ser sólo como usted dice!, ¿verdad?

La puerta se abrió de golpe. El sobresalto me puso en pie y comencé a caminar hacia la entrada, tratando de dejar atrás mis dudas, pero antes de doblar la esquina un furibundo Silverio me empujaba cuesta arriba, al interior del bosque.

Empezó como una chiquillada, por aquella discusión. Silverio no tenía intención de pisar su casa en un par de días. “Eso le dará qué pensar al viejo”, decía, “se cree que porque sólo él se llama roca es el único tarugo de la casa, pues verás”.

Comenzaron así unos de los días más felices de mi vida. Las interrogantes sobre Xavier y mi madre me atormentaban, y nos buscaban como a fugitivos, hasta vimos guardias peinando el bosque, pero éramos libres.

Libres incluso de nuestros sueños.

Las primeras horas de las noches nos adentrábamos en las callejas del pueblo y buscábamos a Xavier, pero no había forma de dar con él, parecía que hubiese desaparecido. Tras el fracaso diario llegaba el momento del pillaje. Mi primo conocía al dedillo la ubicación de las despensas de cada vecino, así como a los perros y demás animales. Volvíamos a la cueva cargados de abastos, remontando la cuesta entre risas.

Nos costaba despertarnos, claro, sobre todo cuando era con el ruido de mil cencerros. “Lo ves, rebaños enormes guiados por un solo pastor”, me decía, “aquí está todo enseñado, sometido, y ese el ejemplo que quieren transmitir”. Esa falta de libertad es lo que le hacía preguntarme por cada aspecto de la vida en mi antigua tribu. Le fascinaba aquel modo de vida, lo salvaje. Y, a fuerza de preguntar, acabó consiguiendo que ambos “hiciésemos el indio” de lo lindo.

La verdad es que volver a vivir asilvestrada, lejos de la incómoda comodidad de la civilización, y volver a pasar por el corazón algunas tradiciones lakota, me revitalizó. Como cuando Silverio supo que colgábamos cuervos y halcones desecados en el interior de los tipis y se empeñó en trampear varios. Era un burro, pero aprendía rápido. Y sabía cosas.

Sabía escuchar. A las personas, y a los árboles.

Decía que siempre había podido oír la voz del bosque. Se echaba sobre sus raíces y lo sentía. Aquel era su don.

Aunque el revuelo del pueblo duró sólo un par de días, y luego los ánimos se fueron calmando, Silverio me hizo ver que no estábamos solos en el bosque.

A las noches oíamos pasos y susurros, creíamos ver moverse arbustos e incluso encontramos restos de comida, pero, aunque seguimos la pista, nunca vimos a nadie.

—Gentiles, seguro —insistió Silverio—. Ese Belarmino sabía cosas. Piénsalo, ¿por qué les quitó importancia Xavier? Dicen que son criaturas mitológicas, de cuento. Gigantes que vivían en los bosques, aunados con la Madre Tierra, Amalur. Cuentan que desaparecieron con el nacimiento de Jesucristo, por paganos. ¡Pero existen, prima, estoy seguro! Pasa que son seres libres, y eso da más miedo a la gente que los monstruos.

Me llevó a un dolmen cercano, “erigido por gigantes, seguro”, decía, “un lugar de encuentro para recordar su pasado, quizá”. Lo cierto es que cuanto más lo pensaba, más posible me parecía que existiesen. No los imaginaba tan grandes, ni cubiertos por plantas en vez de pelo, ni nada de eso, ¿pero por qué no iba a haber un grupo de gente que se hubiera separado del camino que llevaba la civilización?

Eguino me suena a montes, aun hoy. Los mansos Umandi u Olano, el volcánico Arach, el serrado Aichgorri... pero, por encima de esto, ante todo, decir Eguino me suena, y me sabe, a

escalar en “la peña”, nuestro amado hogar.

Silverio me guio por decenas de vías distintas, de todas las dificultades. Se maravillaba, decía, viéndome cómo lo seguía, tan suelta y capaz. Había vivido creyendo que, en efecto, tenía una habilidad sin igual, pero viéndolo a él comprendí lo que era escalar de verdad. Se movía de una forma que yo apenas podía soñar. Eran movimientos serenos pero continuos, suaves pero poderosos. Juraría que su cara cambiaba: no había un atisbo de ingenuidad, sólo seguridad, confianza. Además, conocía cada piedra de la peña como cada callo de sus manos.

Nos recuerdo bailando entre la roca afilada y el viento, sobre árboles cada día más dorados y la berrea de los ciervos. Aquel anhelo por volar más alto fue lo que más nos vinculó.

Yo había querido elevarme para aislarme, pero entonces lo hacía para ganar visión y comprender mi entorno. Silverio, por su parte, aspiraba a volar en busca de nuevos horizontes, privado como se sentía de la belleza de la tierra de alrededor.

Pasó una semana desde nuestra fuga, pero seguíamos sin pistas del cura. El tiempo había ido empeorando, y al final nos cayó una nevada prematura. El verano acabó así, helado.

Estábamos en la cueva, esperando que acabase de caer la noche. Silverio descansaba, yo miraba a través de la silueta rocosa cómo caían copos de nieve a la tierra.

—Los copos caen, pero seguros —musité, para mí—. Van a la tierra, a juntarse con iguales; en paz.

Me quedé mirando a un copo de nieve que, como atrapado en una corriente cálida, se elevaba lejos de Madre Tierra, de Amalur; como yendo al sol, para derretirse y desaparecer.

—Tal vez sea hora de volver y encarar al gigante. Juntos —dijo Silverio, levantándose tan vivaz que se llevó un golpe en la cabeza—. ¡Sí! Encarar lo que sea necesario hasta que te acepten y puedas aclarar todo con Xavier, ¿no?

Al salir del bosque vi caer nieve de una rama; la capa era ligera para caer así, y no había viento, pero no lo mencioné. No quería buscar Gentiles, quería encontrar un hogar. Quería encarar mi porvenir de inmediato, y así, seguimos llevando nuestras pisadas hasta la puerta de la casa.

Olía a estofado de carne con salvia y laurel. Nos sonreímos, iba a salir bien. Pero cuando Silverio echó mano de la manilla, algo lo detuvo. Dentro se oían voces. Sus padres estaban discutiendo. Aún recuerdo cómo se fue transformando su cara y lo estrepitoso de nuestros castillos en su derrumbe.

—... pero Pedro, ¿qué vas a hacer? ¡No puedes enterrar al cura y listo! —Isabel chillaba, más asustada que enfadada.

—Habla más bajo mujer, o mejor cállate. Déjame a mí —trató de silenciarla Arcaich, al que sólo ella llamaba Pedro.

Silverio y yo nos miramos. Ya no sonreíamos.

—Y de nuestro hijo también te vas a ocupar tú, ¿no? Cof cof —espetó en medio de un ataque de tos—. No has salido a buscarle, ¡ni un día! Y no ha sido por la herida de la pierna, que otras noches ya has salido cargado, no sé para qué, ni a dónde, pero espero que no esté relacionado con lo de...

—Ese mocosito necesita probarse —le cortó mi tío—. Y si su prima es como su madre, ya habrán llegado a los Pirineos, como cuando ella pasó un mes allí... Seguro que ese malnacido también estuvo detrás de eso... —No chillaba, pero hablaba alto y claro—. Pasarán hambre, se descubrirán en su fragilidad y volverán con la cabeza gacha, dispuestos a trabajar a destajo por una cama y un mendrugo. Ya lo verás.

Me dije que no lo había entendido bien, Xavier estaría vivo, con todas las respuestas. Fui a preguntar a Silverio, pero apretaba dientes y puños. Creyendo que él también quería entrar a coces, fui a empujar la puerta, pero mi primo me detuvo.

Insistió en quedarnos allí, ocultos, hasta que el sueño se apoderase del hogar. Entonces, entró en casa como un felino y, tras unos minutos, sacó dos bultos. No reconocería mi raído petate de viaje hasta las luces de la mañana.

—Nos vamos —soltó rotundo. Cercano, pero remoto.

De regreso sobre nuestras huellas, sentí que además del petate, cargaba otros lastres. Llevaba a cuestas el miedo a quedarme sin saber quién era mi padre, y la decepción por no haber encontrado el hogar que salí a buscar. ¿Y la leyenda? Me convencí de que sólo fue otra de las invenciones y mentiras de Xavier y Nahkohe. Esa rabia también me pesaba.

«¡Al cuerno!», me dije. Tenía a Silverio, y él necesitaba irse. Y fuese sólo hasta la cueva, o más allá, lo acompañaría.

Amanecimos arrebuajados en los mantos de la covacha. Silverio tocaba la flauta de Chanku —era su rutina—, cuando, de pronto, recogió eufórico todo y se me quedó mirando.

—¿Qué? —pregunté.

—Que, ¿sabes qué? —sonrió—. Un viajero gallego me habló de los *Xentis*, y unos franceses de *les Joutons*. Los Gentiles viven en esta peña, Kayah, pero pertenecen a una familia más grande, repartida por toda la tierra, ¡seguro! —No veía a dónde quería llegar, así que dejé que mis ojos se deslizasen sobre la fina escarcha que cubría todo afuera.

—La raíz no tiene fin —dije adormilada, recordando una cita lakota que me enseñó Ichante.

—¡¡Eso!! —gritó eufórico mi primo—. ¡Eso! No somos ovejas negras, Kayah. Somos el abolengo de los Gentiles.

—¿El aborrezco?

Quería creer en aquella magia. Vivir una realidad menos cruda que la que esperaba nuestra derrota, pero estaba tan dolida... Silverio apoyó su mano en mi hombro. Sus ojos refulgían llenos de vida con los primeros rayos de sol en días.

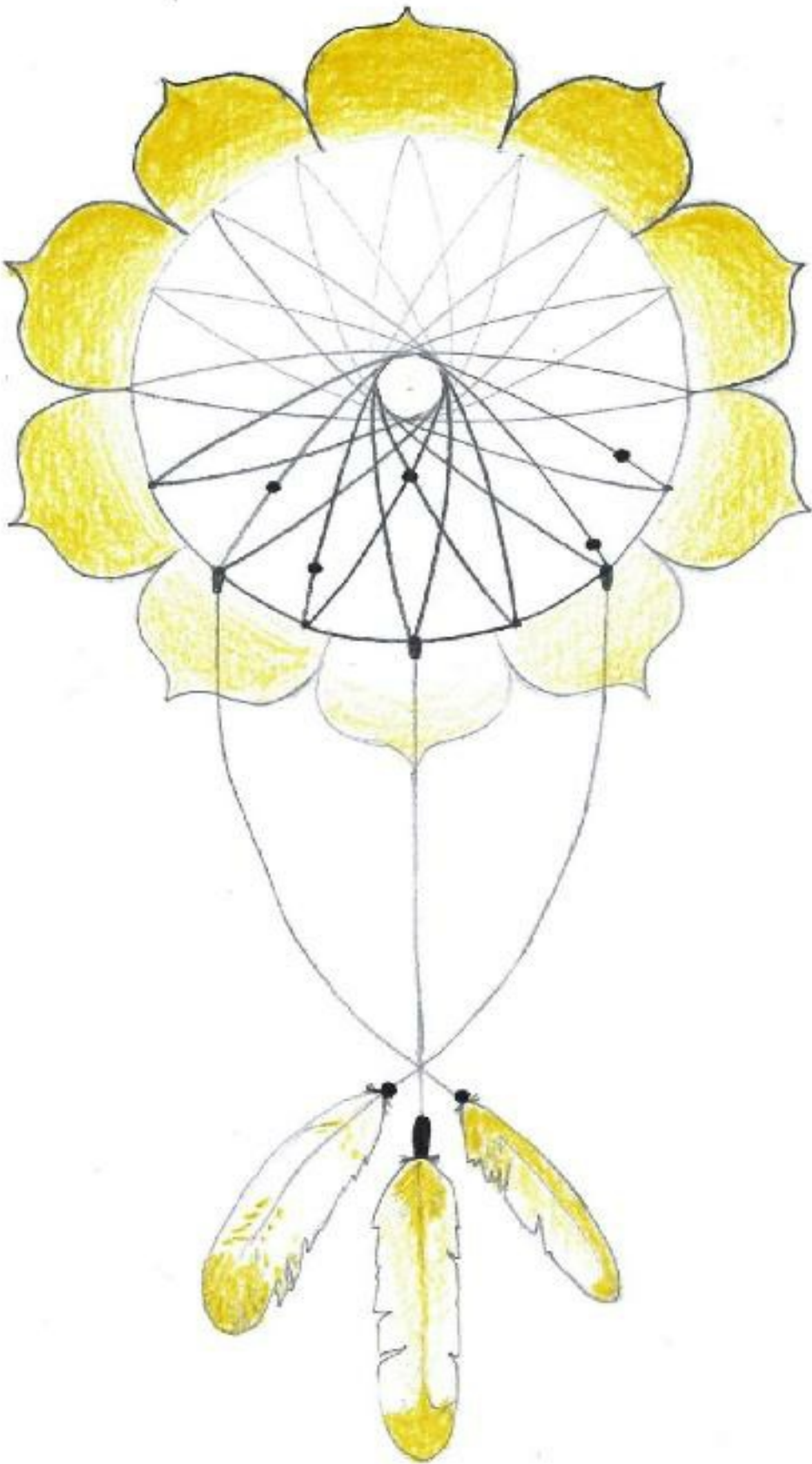
—Quería parecer culto, he olvidado que eres una salvaje —rio—. Creo que somos los nietos de los Gentiles. Algunos de los descendientes de su esquiva tribu, vaya. Tú y yo, Kayah. ¿Y sabes qué? Que vamos a buscarlos, toparlos y averiguarlo.

—¡Vaya! Así que ibas a averiguar quién eras... ¡otra vez! —salta la vieja. Puedo calar su cara entre las sombras. Me mira con inocencia mientras sonríe con picardía—. Debes de saber mucho sobre ti a estas alturas, ¿no es cierto?

No la aguanto más.

—Esto sólo era la introducción, ¡vieja! —Arquea las cejas. Debería sorprenderla más que le haya aguantado tanto—. Mira, como tú eres tan sabia, puedes imaginar el resto, porque yo voy a cerrar mi maldita boca, aquí y ahora.

III La Base



[...]
*sin saber cómo, deja salir algo de su interior,
brillante, un rayo de luz: un brote.
El anhelo de erguirse solemne en la vida.*
[...]

Ovejas negras de sombra blanca

Mi primo creía que Arcaich no había matado a Xavier.

—Al volver daremos con él y descubrirás si eres su hija, si tu madre sigue viva, y todo lo que quieras saber, ¡ya lo verás! Y si aita lo ha matado, ¡mira, no tendrás que darle más vueltas!

Llevábamos prisa. El invierno no tardaría en seguirnos, y nosotros necesitábamos encontrar el rastro de los Gentiles antes de que las nieves lo ocultasen. A eso jugamos al inicio.

A simple vista el paisaje apenas cambió, pero el primer paso fuera de Eguino nos abrió todo un mundo. Miramos adelante, anhelantes. Pronto todo era nuevo también para mi primo, que nunca había ido más allá de Pamplona, hogar del bonachón Belarmino, a donde acompañó a Arcaich una vez.

Tomamos el ramal que llevaba al principio del camino de Santiago desde Francia. Nos llevó por tres días de subibajas y subidas hasta los Pirineos, una inmensa cadena de sierras que

separaban al país del resto del continente.

Tal y como Silverio había escuchado a varios mercaderes de paso por Eguino, la belleza de la naturaleza crecería cada día. Al principio todo era tan frondoso que costaba creer estar ganando altura, pero al alcanzar una cima que, aunque peinada por altas hierbas, tenía vista despejada al este, surgió un horizonte donde los montículos verdes iban dejando paso a las vértebras grisáceas de las rocosas montañas.

«¿Cómo partió Belarmino de peregrinación al oeste, tras una catedral, teniendo estos templos al este?», me pregunté.

Llevábamos los petates cargados de ropa, enseres de cocina y comida, pero tozudos, no echamos en falta un burro. Además, el vino que compramos para beber en Roncesvalles, el pueblo que más alto se agarraba a las faldas de los Pirineos, nos hacía creer que la fiesta apenas había empezado.

Había allí un gran hospital para peregrinos donde, gracias a mi falsa credencial, tuvimos derecho a cama y comida. A falta de encontrar Gentiles, supimos acerca de las cimas y distancias a cubrir: estábamos en la punta de la cola de una criatura colosal, nos emborrachamos de entusiasmo y sueños.

Cuando despertamos a media mañana, Silverio se llevó el mal trago de descubrir que le habían robado su poco dinero.

—¿Tú qué pensar comprar a la tierra, a los árboles, a los ríos o a las piedras? —le pregunté entre risotadas.

Un peregrino ladrón. De haberle pasado a Xavier, se habría muerto de la risa, o lo habría matado. O ambas cosas.

Elevamos la mirada y comenzamos a caminar. Buscábamos las cuestas arriba, los retos, las dificultades. Estábamos convencidos de poder con todo y volver indemnes.

El plan era seguir la columna vertebral de aquel gigante al que llamamos Piris hasta llegar a su corazón, justo en la mitad de su extensión, la cima más elevada: el monte Aneto. Allí descubriríamos algo sobre los Gentiles, nos decíamos. Calculamos que nos tomaría unas tres semanas estar de vuelta en Eguino. Veríamos acabar de desnudarse al bosque y vestir el blanco a la peña desde el calor del hogar. Esa idílica imagen nos reconfortó más veces de las que ninguno reconocería. Yo incluso imaginaba allí a mi madre, junto a Xavier...

En la naturaleza, nos sentíamos honrados, bienvenidos. Fuimos gorriones, zorros, ciervos, ardillas, lobos... parte de la hermandad que aún conservaba el vínculo con Madre Tierra. Me costaba creer que ninguna tribu habitase esos parajes.

Apenas teníamos posesiones, pero las habríamos dado todas antes de perder la humildad de la tierra bajo los pies y la ternura en la caricia del musgo que arropa al árbol, la infinita entrega del río y la promesa de volver a empezar de la lluvia, la sincera gratitud del sol y la protección del fuego en la noche, o la inspiración y el arrojito del viento al golpear el acantilado.

Ascendíamos, y la tierra se volvía más salvaje. Las montañas se alejaban del mundo para no poder ser sometidas. Se mantenían erguidas, como recordándonos que no teníamos por qué rebozarnos en el barro, ni vivir de rodillas, sino que había un camino para elevarse; queríamos crear.

Este tipo de desvaríos eran el centro de las conversaciones a menudo. Estábamos exultantes; fuertes e ilusionados. Silverio exploraba lo que había más allá de los montes allende su imaginación. Y yo... yo ya no estaba sola en las alturas.

Pero la montaña nos enseñaría a tener los pies en la tierra. La primera en enseñarnos fue “La mesa de los tres reyes”. Los petates llevaban demasiada carga, nos lo avisaron en el pueblo, al darnos consejos para no perdernos. Tenían razón, pero cuando, tras pasar la mañana envueltos en la fría humedad de la niebla, el sol nos rescató, no nos pesaba nada.

Lo que más nos revitalizó no fue el hipnótico mar de nubes que se evaporaba a nuestros pies, sino el reino que se abrió sobre nosotros. Hacia el este, montañas y montañas, cada vez más altas, sin final alguno al alcance de la vista.

Logramos coronarnos con gran festejo, aunque tarde para el banquete real, como apuntó mi primo. Nos quedamos allí como dos piedras más, en el profundo silencio de las cimas cuando el viento no las visita, hasta que Silverio empezó a dar pisotones en la roca y emitir extraños ruidos guturales. Era su particular interpretación de una danza nativa. Intenté enseñarle, pero sólo consiguió que me doliese la boca de tanto reír.

Y tanto reír, las sombras eran ya largas cuando bajamos. Con los petates a la espalda y las piernas y la vista flaqueando, no descendimos lo que queríamos y nos vimos obligados a montar refugio sobre la dura piedra de las alturas, al amparo de una gran roca. La noche fue más fría que las anteriores. No teníamos nada para prender, así que nos apretamos tanto como pudimos, temblamos y esperamos el amanecer.

Por la mañana tuvimos que convencer a nuestros entumecidos cuerpos de que no eran piedras. Buscamos el valle con caminar lento y torpe. Necesitábamos fuego y comer algo caliente. Al alcanzar el primer pinar me detuve. Entre los verdes guardianes de la loma, vagaba una oveja nebulosa. Mi primo aguardó tras un tronco mientras yo dibujaba un arco y me colocaba detrás del animal. A mi señal, la atacamos con piedras hasta herirla en la cabeza, derribarla y degollarla.

Honré al animal y le di las gracias. Silverio no acababa de entender por qué. “Tampoco está tan mal que, de vez en cuando, una oveja negra acabe con una brillante oveja blanca, ¿no?”, dijo. Mi primo desarrolló su idea mientras se afanaba en prender fuego y yo desollaba al animal.

—Ambos somos ovejas negras de nuestras tribus, descarriadas, irremediablemente — continuó—. Pero ¿qué hace tan interesante ser una oveja más del rebaño, qué te lleven donde quieran, sin afectarle al pastor tus sueños?

La sombra de las ovejas blancas era más negra cuanto más pura parecía su lana, estábamos convencidos. Empezamos a jugar a algo peligroso: creernos mejores que el pastor.

Nuestras extenuantes andanzas nos llevaron así a comer cuanto estuvo a nuestro alcance. Aparte de la fruta, los frutos secos, las bayas y los hongos de la estación, cazamos varias marmotas y tres armiños. Además, algunas aves menores cayeron en nuestras trampas. También degustamos varias serpientes, muchas lagartijas y demasiados gusanos. No eran manjares como los que encontraríamos descendiendo hasta los poblados, pero no queríamos alejarnos de las cimas, y mucho menos detenernos entre los hombres y sus leyes de papel.

“Un fuego, arrojo y listo”, solía decir mi primo, pero nos las vimos y deseamos en más de una ocasión. Vivimos en una montaña hecha de pena y gozo donde, en realidad, aunque no lo admitiésemos, hubo muchos días en los que sólo la cima estaba compuesta de alegría. Vivimos hipnotizados por esa guinda que hacía que cualquier pastel reluciese.

En honor a la verdad, durante esos días, una víbora mordió a Silverio y yo recibí la coz de una yegua que no estaba dispuesta a dejarse montar. Enfermamos, demasiadas veces. Bebimos aguas que, curiosamente, nos dejaron sin líquidos. Pasamos fulminantes fiebres e interminables fríos. Tuvimos un número incalculable de caídas, con torceduras incluidas.

Pero la vida salvaje era tan sufridamente placentera...

Intentábamos ascender cada cima que veíamos, y con el paso de los días, empezamos a notar que el cuerpo pedía descanso. Fue entonces cuando dimos con un valle sin parangón. Ordesa lo llamaban sus secos, pero honrados pobladores. Allí, a cambio de trabajo, nos acogieron durante casi una semana. Nuestros cálculos se iban al traste, pero era impensable irse antes. Cortar leños, recolectar o acarrear agua eran masajes después de días tan exigentes. Por no hablar del encargo de un pueblerino: tallar decenas de caballitos para sus nietos.

Observándolo todo desde lo más alto, se erguía, majestuoso, Monteperdido, hasta no hacía demasiado, la más alta cima del Pirineo. A los lados de la alfombra que nos llevaba a su encuentro se levantaban unos exuberantes murallones que clamaban por una increíble escalada, y que, claro, atendimos.

Volví al único hogar que conocía, con el agradable añadido de la compañía. En la roca, con unos pocos y rápidos movimientos era capaz de dejar a buena distancia la tierra, sin alterar lo más mínimo mi respiración. Con seguridad, plena de confianza. Escalaba y todo encajaba. Era el salmón que remonta la corriente para volver al lugar en que nació, el águila que circunda segura el reino bajo sus plumas.

Mi don escuchaba con claridad las hermosas canciones que la roca nos cantaba. Nuestras manos encadenaban uno tras otro los salientes, incluso los más reducidos y escurridizos, gracias a la guía de Silverio.

Ninguna pared se le resistía. Era espectacular verlo. Siempre encontraba la vía para continuar hasta donde se proponía. Aunque eso supusiese horas o días de estudio.

Ascendíamos de forma constante, salvo cuando dábamos con algún punto de descanso o algún reto, entonces nos deteníamos a observar, exactamente igual que como lo hacen las lagartijas: aplomados con firmeza, como si fuésemos parte de la roca. No había temor al mirar abajo y descubrirlo todo tan pequeño y lejano. Allí encaramados, éramos diminutos como hormigas, pero al conquistar cada muro sentíamos el mundo a nuestros pies. En aquel entonces creía que algún día, en algún lejano lugar, al estirar el brazo, llegaríamos a las nubes, las cruzaríamos y tocaríamos el cielo.

Casi lo tocamos, pero descubrimos que el cielo seguía siendo escurridizo incluso desde la cima del Monteperdido.

Ascendimos bajo un techo plomizo que nos impedía ver la cima. Alcanzamos la pendiente final entre valles, cascadas, circos, pedregales, lagos escondidos y cumbres partidas. La nieve se negaba a abandonar los hombros y la cabeza de la montaña; había resistido todo el verano esperando el gélido aliento que la fortificase en invierno. Reptamos sobre aquel cuello envuelto en nubes, clavando los pies con toda nuestra fuerza. Un mal paso podía significar resbalar y caer a un lugar que escapaba a la vista, y a la vida.

Cerca del final de la pendiente las nubes perdieron altura y quedamos expuestos a la incendiaria luz solar. A nuestros pies, un océano de nubes envolvía el mundo entero. Mi primo y yo éramos los únicos habitantes de “Islaperdida”.

—Por esto ascendemos, Kayah —Silverio me tendía el palo—. ¡¡Por la necesidad de salir de la niebla!! Amalur también vino aquí buscando respuestas, ¡seguro! Era otra oveja negra, y sabía de los Gentiles... ¿Y si los encontró?

—¿Y por qué ir a América? —pregunté para callarlo.

Pateé el suelo de la cima agradeciendo a mis ancestros, quienesquiera que fuesen, mientras Silverio sumaba piedras al murete que alguien había empezado a levantar. Nos sentamos a su

socaire dispuestos a empacharnos de las vistas que parecían abarcar el mundo entero, pero, no queriendo cometer antiguos errores, no tardamos en emprender la bajada.

La montaña tiene, sin embargo, mil peligros distintos.

Comprendí con horror que la cuesta se había transformado en una lengua deseosa de escupirnos al abismo cuando Silverio resbaló y cayó en picado. No íbamos encordados.

De no haber sido por el penetrante extremo del pico de labranza que un labrador nos recomendó llevar, y por la pericia con la que Silverio puso todo su peso sobre él, no habría logrado frenar, ni evitar el letal acantilado que lo esperaba.

La montaña es así. Ahora te envuelve en un hermoso abrazo de calma y seguridad, ahora se rompe a tus pies y te abandona en su vacío. La montaña era un pastor muy particular, pero íbamos aprendiendo, nos decíamos.

En un alarde de madurez, comprendimos que no podíamos seguir avanzando por las crestas, coronándolo todo. Ya nos habíamos perdido, dado largos rodeos y expuesto al peligro de acantilados y pasos imposibles demasiadas ocasiones. Afortunadamente, cuando yo no me daba cuenta de la temeridad que estábamos a punto de hacer, lo hacía él.

El tiempo volaba y nuestro plan empezaba a volverse imposible. En general, tuvimos mucha suerte con el clima, pero llegados a este punto sentimos cómo el sol y la temperatura caían y entendimos que era la señal para bajar a los caminos de los valles y los pueblos.

La idea de descender nos pesaba. Perder lo conquistado para buscar caminos sosos más directos a meta, pero lo vimos compensado por el hecho de “volver a la vida”, al rumor de los ríos, al canto de mil grillos. Al otoño en llamas.

El bosque lidiaba entre la vida y la muerte. Los árboles iban de uniforme lima, verde, amarillo, dorado, ámbar, granate o púrpura en base a su rango o cuánto aguante les restase. Los caídos descubrían el gris o marrón de su corteza desnuda sobre el tapiz parduzco de la hojarasca en descomposición.

Añorábamos la misteriosa magia que se escondía arriba, entre los pliegues de las montañas, pero supimos reconocer la belleza que se ocultaba, expuesta, en cada loma, en cada recodo de los caminos horadados por los pueblerinos, tras cada meandro turquesa de aquellos vivos ríos.

Llegamos a nuestra meta con el vacío de no haber dado con ninguna prueba de la existencia de los Gentiles. Fue eso, precisamente, lo que nos catapultó a la montaña.

Al entrar a Venasque teníamos tal ansía por pisar la cima de los Pirineos que, aunque los locales lo intentaron, no lograron detenernos ni un día para preparar la marcha. Insistieron en que necesitaríamos guías, y se nos ofrecieron por un disparatado precio. Reímos a carcajada limpia, en parte por los modales aldeanos de Silverio, en parte por creernos superiores a aquellos guías de patates ligeros y chalecos elegantes.

“No creeréis ir a ser los primeros en darle cima al Aneto, ¿verdad? Llegáis un lustro tarde”, aguaron nuestra risa, antes de indicarnos el camino más seguro dando un amplio rodeo y pernoctando en un refugio... por otro módico precio, claro. ¡Querían llevar las leyes y el orden a las montañas!

—Os daremos una lección y abriremos una nueva vía, directa por el oeste. Tardaremos un día menos —dijo mi primo, altanero, a los caballeros de acerados bigotes con aspecto de no haber hollado más alto que la colina más cercana.

Ascendimos como pudimos por una endiabladamente empinada ladera atiborrada de pinos, el escudo natural contra las avalanchas. Montamos un penoso refugio al alcanzar una zona en la

que decenas de árboles pendían cabeza abajo, con las raíces arrancadas mirando al cielo y las ramas aplastadas contra la pendiente. “Mi amigo Justo ya estará en Eguino, haciendo leña con aita. Alguien debería aprovechar esta madera, antes de que se humedezca”, dijo un práctico Silverio, pero yo sólo vi mi reflejo: raíces voladas y sueños enterrados.

Nos echamos a dormir agotados, pero no pegamos ojo. Intuíamos que, lejos de ganar un día, lo perderíamos. Sin embargo, no era eso lo que nos quitaba el sueño. Aquella cima sería lo más alto que habríamos llegado, y según Arcaich, lo más alto que llegaríamos a estar. Subirlo significaba bajarlo, y si el rastro de los Gentiles seguía siendo una fantasía entonces, regresaríamos a Eguino cabizbajos, derrotados.

Nos despertó la luz del relámpago y la voz del trueno. La lluvia no tardó en envolvernos y calarnos desde antes del alba, pero cuando paró, creímos que la tormenta se alejaba. Estábamos faltos de descanso y hambrientos, pero decidimos hacer cumbre. No podíamos esperar... Cuánto por aprender.

No esperamos a que escampase, acabamos de remontar la ladera y salimos del pinar para encontrarnos en un lapiaz, previo a la morrena de un enorme glaciar.

En el estado en que nos encontrábamos priorizamos la prisa. Dejamos casi todo el equipaje entre varios bloques de roca. Uno de los lujos de la juventud es la sensación de inmortalidad; pronto nos coronaríamos. Sin embargo, una incómoda sensación hizo que pusiese especial atención a todo el paisaje que recorríamos para orientarme incluso sin vista, por el eco en las formas de la montaña, en caso de perdernos.

El sol decidió no acompañarnos, y varias horas de marcha después, apenas veíamos diez metros por delante de nosotros, pero ni siquiera tanteamos la media vuelta. Creíamos que con el breve estudio del terreno que habíamos hecho sobre un plano estábamos capacitados para conseguirlo.

Durante unos preciosos segundos la gélida nube que nos tenía presos permitió que viésemos cuánto nos habíamos apartado de la ruta, pero creímos estar a tiempo de enmendar el fallo. Caminamos sobre piedra, nieve y hielo, abriendo nuestras huellas con la ayuda de los picos hasta que la niebla se abrió por completo y nos vimos a escasos metros de la descarnada cima. Sólo nos separaba de ella una pesadilla.

Una cresta de rocas destrozadas tendía un puente de aspecto inestable hacia la cumbre, pero no nos achicamos. El viento que soplabá nos obligó a morder cada piedra en aquel aéreo tramo. Tardamos, mucho, pero lo logramos.

Lloramos de alegría y agotamiento, abrazados. Habíamos domado a la gran bestia. Nos erguíamos sobre el mundo. No sabíamos de ninguna montaña mayor, pero intuimos que sólo atisbábamos la grandiosidad de Madre Tierra, que nos incitaba a elevarnos más aún. Fue la última gota del veneno de las montañas, ese por el que, en caso de no morir en ellas, pereces si las alejas demasiado de tu vida.

Emprendimos el regreso bajo un cielo atormentado. La cumbre desapareció ante nuestra mirada, que se volvía una y otra vez, devota, y temerosa de que no quisiese dejarnos ir. El viento se violentó y nos volvió peonzas en la tormenta.

La escasa luz y la niebla anularon nuestros ojos, y el vendaval robaba a nuestros oídos los gritos con lo que tratábamos de comunicarnos. Sin sombras de formas, ni eco alguno, nos fue imposible ubicarnos, de modo que, temerosos de caer por algún talud, nos guarecimos junto a unos peñascos nevados. Encajados con la roca, muertos de hambre y ateridos de frío bajo una capa creciente de nieve, pasamos la primera noche.

Nos durmió el cansancio y nos despertó el instinto; queríamos salir con vida. Sacudimos las botas y la única manta que habíamos subido, caladas por la nieve y el húmedo manto de la niebla que seguía envolviéndonos. Debíamos movernos. Después de comer el tasajo de cerdo que quedaba, retomamos la búsqueda del camino, pero no dimos con nuestras huellas, barridas por el viento u ocultas bajo la nevada.

Pasamos el día perdiendo fuerzas en un lento y ciego vagar que no nos acercó un paso a nuestros petates. Bebimos la nieve fundida en nuestra boca, sin pasar por el fuego que nos habría salvado, y comenzamos a sentirnos enfermos.

Así llegó la segunda noche.

No queríamos dormirnos por miedo a no despertar. Y no lo hicimos, porque pasamos la noche levantándonos para hacer de vientre entre terribles retorcijones de estómago.

En algún momento de aquella eterna noche, el cielo desgarró parte de la nubosidad y dejó entrever su enjoyado tapiz. Ahí estaba el *Wanagi Takanku*, el camino de los fantasmas, como lo conocíamos en la tribu. La Vía Láctea. Los lakota creían que aquel sendero estrellado era reflejo de las fogatas encendidas en los campamentos de los fantasmas que, recién fallecidos, hacían el camino hasta el encuentro con la anciana que habría de juzgarlos y decidir su futuro. Aquella larga y heladora noche oré por no convertirnos en dos estrellas más.

Nos despertamos muy débiles, nos moríamos. El viento había cesado, pero la niebla seguía reinando. Desesperados, tomamos una dirección y la seguimos a ciegas, arrastrando los pies amoratados. Hubo suerte y dimos con una vía por la que, lentamente, bajamos. Bajamos por lo que nos parecieron días. Dejamos atrás la nieve, pero no había forma de saber si nos habíamos pasado los petates o aún estábamos sobre ellos.

Famélicos y helados, nos tambaleábamos sobre un mar sin marea, en un vaivén atemporal, cuando frente a nosotros se levantó una pequeña arboleda. Pinos. Eso nos dio fuerzas, no demasiadas, pero sí las suficientes para agarrarnos a la esperanza de volver a la civilización antes de caer la noche.

Seguimos tropezando como piedras rodantes, hasta que la negrura comenzó a devorarlo todo. Entonces, empecé a imaginar ovejas entre los árboles, y voces a mi espalda.

—Anda por el buen camino, mi hija... —me decía la voz de Nahkohe. «No hay camino, bueno ni malo, viejo», le contestaba yo—. Hoy es un buen día... —«¡Hoy no es un buen día para morir, maldito mentiroso!», le gritaba.

Perdida en mi discusión, apenas reparé en que Silverio señalaba algo, adelante. Luces, ladera abajo; lo que parecía el pueblo, tan cercano y tan lejano. Después se giró, diría que, sonriendo, y se desplomó como un muerto.

Me empujé hacia él con la lengua hinchada, las piernas pesadas y rígidas, con pozos negros en los ojos, entre sollozos. Tropecé y caí. Me puse en pie, corrí y volví a caer, y esa vez no pude volver a levantarme. Continué arrastrándome hasta llegar a mi primo. Di todo lo que me quedaba en un endeble esfuerzo por espabilarlo, pero no sirvió de nada.

La oscuridad se echó sobre la tierra, junto a ambos.

Antes de perder la conciencia, sin embargo, pude ver una esbelta figura acercándose desde las luces. Era enorme.

Era un gigante.

La oportunidad

—... lo que no me creo es que nos bajase un hombre, señora —La voz de Silverio tiró de mí hasta despertarme.

—Pero mira que eres duro de mollera —Una mujer obligaba a mi primo a tumbarse sobre una cama. Yo también yacía sobre una, sudada, bajo paños empapados—, te digo que sí. ¡Al Fermín no le llaman “el basajarau” por nada!

—¿iVe!?, a eso me refería. Lo vi, era enorme, puede que no fuese un gentil, pero sí al menos un basajaun..

Ambos callaron y sonrieron cuando me incorporé.

No di las gracias al espíritu del Aneto por dejarnos ir. Tampoco se lo agradecí a la señora, aunque nos cuidó en su casona durante las dos noches que dormimos desfallecidos, ni al fornido pastor que nos bajó sobre un mortificado burro. Y menos agradecí aún a quien les había pagado por salvarnos.

Odón hizo gala de su pedantería, antipatía y egoísmo desde el mismo momento en que apareció en escena. Tenía el gesto indolente de quienes viven en las grandes ciudades y se creen por encima de los demás. Aprenderíamos a reconocer rápido a los de su casta. Conseguía que sus pomposos ropajes pasasen desapercibidos ante su acento encopetado y sus gestos rígidos. Irrumpió en la habitación mientras tomábamos una sopa, pobre, pero reparadora.

—Oh, el bello durmiente y la bestia, ¡sanos y a salvo! ¿No se lo dije, querido Iván? El pastor ha devuelto al camino a las dos descarriadas ovejas. Hallado hemos las últimas piezas del puzle —Guiñó el ojo al fino hombre que lo acompañaba como su sombra, y que pasaba tan desapercibido como ésta.

—Sí, don Odón —se limitó a contestar el delgadurrio.

—Les agradecería no se levantasen, por favor —nos dijo, pese a que no nos movimos—. Continúen degustando la comida que les suministro, en el lecho que les proporciono, tras el rescate con el que les he brindado la posibilidad de caminar entre vivaces hombres como una merced —Aunque hubiésemos querido ser agradecidos, era imposible no sentir rechazo hacia aquel fofu presuntuoso.

»Y se lo ruego, no me den las gracias, aún. Ustedes no lo saben, pero les queda por conocer el mayor motivo por el que estarme agradecidos, de por vida —dijo repasando con los dedos el contorno de sus patillas largas y puntiagudas y su perilla afilada, que nada encajaban en su rostro redondo.

Odón habló durante horas, dando vueltas innecesarias, hasta contarnos la razón que lo había llevado de su Zaragoza natal hasta aquel marginado pueblo de las montañas.

—Un mes atrás, fui invitado a una cena de etiqueta, como me corresponde. En ella se reunió la gente más destacada del estado y ciertas celebridades del extranjero. Pues bien, verán, entre éstas últimas se encontraba un jovencísimo noble del reino de Baviera —suspiró—. Espero que puedan comprender la limerencia, aquel hombre y sus gestas por apuntalar su patria me cautivaron por completo.

»Decidido a que su reino no capitulase ante los intentos de otros estados por unirse bajo un mismo estandarte, hizo algo inefable: elevarse sobre la cima de Europa para declarar al mundo

entero su inconmensurabilidad —No entendí nada.

No tuvo demasiado tacto, pero sí tomó el tiempo que hizo falta para explicármelo. El hombre del que hablaba había coronado el Mont Blanc, la montaña más alta de Europa.

—¿¡Casi el doble de alta que el Aneto!?! —Silverio, como yo, no daba crédito a aquella revelación.

A Odón, que había mamado desde su infancia historias acerca de la grandeza del antiguo reino de Aragón, emular esa hazaña le pareció una magnífica forma de recuperar la gloria perdida ante el reinado de España. Sólo había una pequeña pega, no había subido una montaña, ni un monte, en su vida.

—Y para eso están ustedes aquí, es el destino divino. Supe de su existencia en plena búsqueda de montañeros, por los dimes y diretes del labriego sobre una pareja que llevaba viviendo un mes en las cumbres —aclaró.

Sabía que habíamos hollado Monteperdido y que nos habíamos lanzado a la apertura de una nueva y radical vía hacia la cima del Aneto. Viendo que no bajamos, pagó al único guía que se atrevió a buscarnos en plena tormenta, un pastor.

—Es mi deseo que me acompañen hasta la mismísima cima de Europa —dijo—. Todos los gastos de la empresa correrán a mi cuenta, y una vez realizada la gesta, obtendrán un premio añadido de un isabelino per cápita. ¿Aceptan?

Yo no lo tenía claro, pero a Silverio se le salían los ojos.

—¿Quieren ir a las montañas más altas que jamás hayan imaginado? Pues bien, necesitan mi ayuda más que yo la suya —nos apretó, aguantando el aire en su pecho cuanto podía y simulando hombría donde había barriga.

Silverio aceptó de inmediato, y en nombre de los dos. Yo guardé silencio hasta que nos quedamos solos. Entonces, sólo farfullé algo sobre la distancia. Oculté mi desesperación por volver a Eguino a por respuestas porque no aceptaba verme presa en un laberinto. Dejé que mi primo se explicase.

—Podemos volver a Eguino y plantar puerros de por vida, claro; o, agarrar esta oportunidad y viajar, ver mundo, aprender... incluso descubrir algo sobre los Gentiles, ¡seguro! Conquistar algo tan grande que ni siquiera podríamos haberlo soñado... ¡y regresar con honores y cien reales en el bolsillo! —chilló en un delirante alarde de ilusión.

—Eso si nosotros lograr regresar —puntalicé.

—Hemos hecho cima aquí; igual haremos allí —Sabía usar bien nuestro ritual—: Yo ir, pero si no saber seguir...

«Hemos hecho cima, pero nos han bajado», pensé.

—Yo volver, y enseñar que poder conseguir —dije.

La oportunidad conllevaba dos condiciones.

Por un lado, debíamos pasar los cinco meses restantes hasta la partida ganándonos el pan en una de las canteras de alabastro de Odón, muy cercana a Zaragoza, y asistiendo a clases de aprendizaje de “français, hochdeutsch e italiano. Nunca se sabe cuán vital podría resultar”, nos explicó. Pagaría nuestra educación, y aunque una miseria, también el trabajo.

Por otro lado, una vez más, yo debía maldecir por haber nacido en el cuerpo de una mujer. “Señorita indiana, siento pasmo ante su ruda, e incluso algo grotesca, fortaleza, pero la labor que realizarán en la cantera es trabajo para hombres. Disfrazarse será también provechoso para que durante el viaje no caigamos en males de líos de faldas. Hábitos pueriles como embriagar a un hombre con el vicioso aroma de su aireada melena podrían meternos en graves apuros”, se

excusó.

Lo que más motivaba a Silverio era la idea de poder hacer algo más grande de lo que jamás habrían esperado de él, sin dejar de ser él mismo. Quería dar una lección a sus padres, a toda su familia. Es extraño, pero comprendí muy bien su voluntad, si yo hubiese sabido quien era mi familia, ésta estuviese viva y me anduviese diciendo quién debía ser yo, habría hecho lo mismo. Asentí, “total”, repetí las palabras de Odón, “será algo menos de un año”. Agarramos la oportunidad.

Odón mintió. La labor de la cantera no era trabajo para hombres; era inhumano. Cada día nos transformaba en una extenuada fila de hormigas polvorientas. Apenas trabajé en el desbroce y desmonte de la capa vegetal, lo normal era que me tocasen las labores de arranque y carga del alabastro. Aquel otoño no fue dorado ni ocre, ni blanco el invierno que lo siguió; recuerdo ambos cubiertos por una asfixiante capa grisácea. Era otro de los muchos regalos de la revolución industrial. Sin embargo, aquellos meses nos valieron para madurar y curtirnos para el mundo que nos esperaba.

Vivimos en el propio pueblo donde estaba la explotación, en una casona compartida con otros ocho trabajadores. Al principio fue como si sólo tuviesen ojos para los bolos de alabastro. Trabaron amistad con Silverio, pero mi disfraz y yo pasamos desapercibidos. Al cabo de dos o tres semanas descubrieron que era mujer, pero, tal vez por el cansancio acumulado, siguieron tratándome con la misma desidia que antes.

Mi primo y yo compartíamos un cuartucho en el que sólo parábamos a dormir. Trabajábamos toda la jornada, seis días a la semana. Más tarde descubriría que era afortunada. Pero lo que sí era una suerte y esperábamos con más ardor que el gélido baño en el río Ebro al final de la jornada laboral, eran las cartas por las que Odón nos llamaba a Zaragoza.

Aquellos permisos solían durar unos diez días, y nos los daba en torno a una vez al mes. Al entrar a la ciudad, y, sobre todo, al palacete de “don Odón, oh, duque de pichapelada”, como lo llamábamos en la intimidad, siempre nos sentíamos torpes, faltos de libertad, como si todas las trivialidades de la civilización pusiesen cadenas sobre nuestros movimientos.

Los maestros de lenguas acentuaban esa sensación. Era innato, no les pagaban por ello; seguían la idea de que todos debían ser cortados por el mismo patrón de sastre. Nosotros éramos un desastre, y supimos aceptarnos y disfrutarlo.

—Un respeto por el mío vecino Cristoforo Colombo, ¡le debes tutti! —Me reñía un día el maestro genovés.

Recordé las palabras que pude leer en la copia del diario de Colón que Odón tenía en la biblioteca. El conquistador alababa los bellos rasgos y bondad de los nativos para, seguidamente, pensar que serían unos criados magníficos y calcular cuántos hombres precisaría para doblegarlos...

—En buen pensamiento hay bondad pa todo el mundo, dice los salvajes. In buen pensiero, bene per tutti il mondo —chapuocé. Lo entendió, pero se limitó a subrayar mis fallos.

Con Silverio el tema de la educación iba aún mejor.

Decía que quería aprender, “pero no como señores, encerrados entre cuatro paredes y solos, y tampoco repitiendo palabras como un calzonazos”. Entre visita y visita olvidaba lo aprendido, daba igual el idioma; empezaba de cero. Por eso no solía tardar en levantarse e irse a dar vueltas por la ciudad. Yo sé que buscaba mujeres, tanto como luego las rehuía, mitad decepcionado por sólo encontrar “palomitas engreídas”, mitad asustado de romperlas si se posaban en sus manazas.

Silverio no quiso aprender a leer con aquellos hombres de caras empolvadas, me pidió que

le enseñase yo. Fue fácil, porque además de ser menos idiota de lo que les parecía a todos los urbanitas, Silverio quería saber de buenas historias, y de eso, la biblioteca de Odón estaba bien servida.

Nuestro benefactor era odioso, pero tenía una librería descomunal a la que me dio acceso libre. “Puedes tomar tantos gustes, siempre que no sean para comer o hacer fuego”, sonrió cortés. La verdad es que devoré tantos como pude.

La ciudad tenía, además, música. Aún recordaba bien los tambores que me habían ligado a los espíritus de la tierra en la tribu, pero lo que encontraba allí era distinto: los violines o el piano me elevaban al cielo cada vez que los escuchaba. Me fascinaba que el blanco hubiera sabido crear algo así, «aunque, tras tanta sobreinvención: máquinas para coser, aparatos que dicen si hace frío... algo útil tenían que encontrar», pensaba.

Por lo demás, la ciudad, pese a todos sus suntuosos edificios y avances tecnológicos, parecía en declive. Ver al noble indiferente junto al pobre indigente era habitual, como si la costra de suciedad del necesitado lo separase de la sociedad.

—Nunca he visto tantos imbéciles juntos —me dijo Silverio tras un encontronazo, una noche, camino al palacete. Nunca lo habían hecho sentirse tan imbécil—. Cuando escalo no hay dobles significados, ¿sabes? Es fácil...

—La montaña es muda, pero habla claro —dije.

—¡Eso es! No como esta gente. Se creen muy listos...

La luz de los faroles de gas me cegaba al tratar de ver las estrellas. Tenía la clara impresión de que cuanto más luz ponían en la ciudad, más oscura se volvía.

—La muchedumbre es un lugar mucho más solitario que las montañas, ¿no crees? —preguntó mi primo cuando entramos en la habitación. No le respondí. Solía languidecer al cabo de varios días. Se le pasaría. Me asomé a la ventana, el edificio contiguo devoraba todo el cielo. Se nos pasaría.

»Ahora entiendo mejor a Justo. Ya no veo disparate en la vez que huyó en pijama de unas fiestas de Vitoria. Pasó dos noches al raso hasta que llegó a Eguino, y cuando sus padres vinieron a buscarlo, se enterró en el pajar. Sólo lo sabía yo, bueno, y los ratones que le robaban la comida que le subía... —Siempre que hablaba de su amigo Justo sonreía—. Estoy deseando que os conozcáis —Yo también lo deseaba.

Sé que le costó, pero Silverio aguantó las navidades sin mencionar el hogar. No quería poner en riesgo la aventura. Fue al término del invierno, con el aviso de Odón dándonos la cercana fecha de partida, cuando me pidió escribir dos cartas. Una para Justo y otra para sus padres.

Les informó de su perfecto estado de salud y del trabajo para el que se había preparado todo ese tiempo. Quiso hacer saber a mi tío que estábamos juntos, por eso, con cuidado, pues era seguro que sería el cura quien le leería las noticias, introduje un, “por aquí las gentes son estupendas; ya ve, aita, no es ningún salvaje quien escribe con pluma”.

Y así, comenzada la primavera —un año después de que mi vida diese su primer vuelco—, Odón, su sirviente Iván, Silverio y yo emprendimos el viaje hacia los Alpes.

Mi primo y yo pensamos que salíamos en primavera para minimizar el tiempo en el extranjero, que sería cosa de llegar rápido, coronar en verano y regresar, pero Odón tenía otros planes, aunque lo descubriríamos demasiado tarde.

—Como ven, el viaje será más dilatado de lo esperado —nos dijo al cabo de casi tres meses del itinerario que nos llevó a visitar a cuantos nobles y señoritos podían existir de paso, y no tan de paso, en nuestro camino—. Aguardamos la llegada de los tibios aires primaverales porque

abomino ir en carroza con frío, pero deben saber que restan aún muchos compromisos sociales, y que, aun llegando a las montañas en temporada, no la escalaremos este año.

Deberíamos habernos dado la vuelta, pero no teníamos dinero ni pasaportes. Y no habíamos coronado la montaña.

Su idea era crearse una reputación en el viaje para conseguir relaciones y negocios, y alojarse cerca del Mont Blanc para generar cierta expectativa hasta la siguiente primavera o incluso verano. “¡Tardar más de un año en regresar dotará a mi proeza de más épica si cabe!”, se aplaudió.

Pero la vida, como yo ya sabía, se ríe de nuestros planes a menudo, y entonces también, así lo haría.

De veras parece otra desde que la puse en su sitio.

Guardar silencio las noches que la traen aquí y dejarme fruta entre los harapos de mi rincón a escondidas le han valido la continuación de mi historia, pero a estas alturas ya habría soltado alguna lindeza de las suyas.

Incluso ahora que he dejado de susurrar, cuando sólo se oyen las respiraciones aletargadas de unas y los ronquidos de otras, la vieja calla y espera. El halo lunar que se cuele por el respiradero potencia la plata de su melena y me permite entrever sus ojos, muy abiertos, brillantes, claros.

Parece verdaderamente interesada en mi historia.

Sólo encontraréis piedras

Peinados ridículos, vestidos, trajes y disfraces pedantes, maquillajes y perfumes con el olor mate de la insatisfacción; artilugios estúpidos como la noria, inventados para dar vueltas alrededor de su ombligo lentamente en un derroche de frenesí y agitación; parasoles para no manchar su enfermiza piel...

El mundo que nos presentaron Odón y sus semejantes distaba mucho de lo que había fuera de sus recintos amurallados. La gente acomodada mandaba construir grandes muros bajo sus pies para que los indeseados no entrasen en sus propiedades, para que la ruina del mundo real quedase fuera.

La miseria que vimos en España se debía, además de a la guerra por la que se independizó y a las guerras por las que otras tierras de América se le independizaron, principalmente, a las guerras internas. Cuando nos fuimos, de hecho, estaba en plena segunda guerra carlista. El desgaste de pelear entre hermanos y no encontrar un jefe fuerte que liderase con honor era lo peor que le podía pasar a un pueblo, había oído.

Y eso era lo que pasaba en los Reinos de Francia y Piamonte, en el Imperio Austríaco, las Confederaciones Germánica y Suiza, y, probablemente, en el resto de Europa. Eso, y que no

decidían si querían seguir dando tanto poder a su dios, ni si unirse en grupos más grandes o separarse... La llamaron “La primavera de los pueblos”, pero aquel año de revueltas sólo florecieron los cabecillas, el pueblo sólo tuvo invierno.

No dominar los idiomas me llevaba a concentrarme en la expresividad del tono de la voz de las gentes, en sus gestos y movimientos del cuerpo. A veces no entendía las palabras que nos dirigían al pasar en la carroza, pero siempre sentí el dolor en sus ruegos, y la rabia en nuestra espalda.

Al mismo tiempo que el pueblo moría de hambre, conocíamos a hombres y mujeres de posición acomodada que se encontraban en viaje de placer. Podían deleitarse con las luces de electricidad de los faroles más modernos mientras, a sus pies, una mujer huesuda daba a luz a un niño muerto.

Recordé unas palabras que dijo Chanku en Nueva York: “Demasiada gente con demasiado y demasiada gente sin nada en absoluto”. Los países que estaba conociendo y quienes los dirigían se valoraban por cuánto tenían, pero los lakota me habían enseñado a valorar por cuánto se daba. Y empecé a dar cuánto estuvo a mi alcance, fuera mío o no.

Fue en el hermoso lago Constanza, en la Confederación Germánica, precisamente porque me cogieron robando unos ridículos candelabros, donde tuvimos que abandonar la mansión en la que nos mantenían a pensión completa y seguros de las revueltas nacionalistas que surgían en todas sus orillas.

—¡Eres una nefelibata! —Odón seguía desquitándose aquella tarde de verano, mientras Iván obligaba a los caballos a remontar un puerto de montaña camino a Suiza—. Esto manchará mi reputación, ¿y para qué? Cada día expiran cucarachas a millares. ¡No vuelvas a hacer algo así o...

No escuché la amenaza porque, como Silverio, tenía delante algo mucho más grande a lo que atender: en el interior del bosque se alzaba una enorme picea de corteza desgajada, y deslizándose sobre ella, cual lagartija, un hombre descalzo.

Saltamos del carro para alivio de las monturas y desquicio de Odón, que salió detrás nuestro todo lo lento y torpe que era. Nos descubrió al pie del árbol, maravillados ante la precisión y elegancia de aquel escalador. Desgraciadamente sus gritos hicieron que el hombre empezase a descender. Mi primo y yo decidimos aguantar el chaparrón para intercambiar unas palabras sobre la escalada, y los Gentiles, pero antes de que bajara, Iván apareció resoplando. Estaba aterrorizado.

Había abandonado el carruaje y toda pertenencia ante la repentina aparición de una horda de nacionalistas germanos. Sabía que no tendría el perdón de Odón, pero supo con igual certeza que aquella turba rabiosa no le tendría piedad alguna.

Odón llevaba consigo lo esencial: dinero y documentos, pero nos obligó a regresar y recuperar todo lo demás.

—Yo no lo haría —nos sobresaltó una voz en la altura.

La cara de Odón se desencajó al descubrir a Bernd desescalando los últimos metros de la preciosa picea con el tacto meticuloso de un caracol y la agilidad de una pantera.

Ese hombre de mechones desiguales, barba desaliñada, harapos andrajosos, y pies negros era lo opuesto al mundo de Odón, en todos los aspectos. En su hedor había más honor y verdad que en cualquier perfumada pompa burguesa.

Bernd no había tenido acceso a la educación de nuestro noble, pero había aprendido mucho más que él de la vida. Se había alejado de las ciudades dos décadas atrás, de joven, decidido a no

colaborar en el modo en que el mundo industrializado explotaba al hombre y envenenaba a la naturaleza. Toda una vida en los bosques, tan sólo con lo primordial.

Nos advirtió del peligro que corríamos con respecto al asalto nacionalista y nos ofreció escondite. Iván se puso a su lado de inmediato, así como mi primo y yo, más por interés hacia él que por miedo. Odón tuvo que resignarse a seguirnos.

Esa noche valoramos la seguridad dada por la montaña en el vacío de una de sus cuevas. Nos habían robado, y nos vimos ante un fuego, con una alfombra de musgo como cama y follaje como abrigo, y con los restos de una culebra y una liebre como alimento, pero Silverio, Iván y yo nos sentimos dichosos. Odón no veía por qué, así que seguía refunfuñando.

—Adelante, sal al pedregal —le invitó Bernd—, duerme al raso y lame piedras en busca de sal. Volverás y valorarás esto —dijo mientras amontonaba huesos con la intención de extraerles el tuétano después—. La naturaleza nos da la vida, y no hace falta añadirle mucho para vivirla plenamente. La gente como tú quiere más y más. Queréis una vida más cómoda, pero sólo conseguís viciarla y vivir más incómodos.

Odón miró su reloj de bolsillo, por instinto.

—¿Tienes reloj, pero no tiempo? —preguntó Bernd—, ¿o es que esperas la hora en que estalle otra guerra?

—Pues mire, eso podría crearme lucrativos negocios... —Bernd se abalanzó sobre él, lo tumbó y levantó el puño. Iván no habría podido pararlo, y nosotros ni lo intentamos, pero Bernd abrió su mano y se hizo a un lado.

—Soy débil, aún me enseguece la ira—suspiró Bernd—. Necesito más fuerza para expulsar el veneno del odio, para darle paz a esta tierra que se sangra.

—No se sangra sola —dijo Silverio, mostrando haber puesto atención en las clases—. Son los soldados, por miedo a futuro, que ponen miedo en presente del pueblo; que lo sangra con armas —Posó su mano en el hombro de Bernd.

—Pensáis como perdedores —se alzó Odón, torpe—. Si pensaseis como vencedores veríais los beneficios de...

—¡Eres tú quien no ve! —estalló el primitivo erudito—. ¿Quién pierde la guerra?, ¿qué bando? Los que sufren, los míos, los tuyos, los del amigo que no conozco, ¡¡los de todos!!

Bernd nos contó todos los conflictos de los que, a pesar del silencio del bosque y la soledad de la montaña, había ido sabiendo. Habitaba un terreno plagado de fronteras invisibles. El escenario político, a punto de prender en llamas, remarcaba tanto la existencia de esas fronteras que casi podían verse.

—Todas las fronteras que existen se crearon primero entre dos corazones —expuso Bernd—. ¿Dónde trazamos tú y yo la línea que nos convierte en extraños el uno del otro? Antes incluso de conocernos, nuestras banderas nos invitan a juzgarnos y separarnos; y aislados, nos volvemos solitarios. Nada mata como la línea a través del corazón.

Bernd era mayor, pero parecía sufrir más por nuestra compañía y los tormentos de la civilización que por las penurias de una vida tan rudimentaria y la soledad. Lo envidié.

—Dudo que lo logren —siguió—. Dudo que se den cuenta de que no es una frontera u otra, el pasado o el futuro, los reinos o las repúblicas... sino que la sabiduría está en la cresta, en el encuentro del medio, en el camino estrecho que se abre entre dos precipicios de ideas extremas.

Si hubiera tenido en su mano el poder de decidir cómo debía vivir el ser humano, todos habríamos vuelto a las cuevas. Lo entendía, ¿por qué perpetuar la inteligencia que, con frío motor, arrollaba el mundo para conseguir sus objetivos?

Odón se quedó dormido tras hartar a Iván con la falta de sus comodidades y exigir a Bernd hacernos de guía hasta la ciudad más cercana por la mañana. Silverio y yo nos quedamos a charlar con el hombre prehistórico.

—Hemos visto cómo escalas —empezó Silverio. Era habitual que hablase él, aunque lo hiciese peor que yo—. Tus pies van sin zapatos... ¡Vaya! ¡Muy duro! Casi magia... y vives en una cueva... ¡también de fantasía! —Era pura sutileza...— ¿Eres tú un gentil? Un jouton, jotun, geant, gigante...

—¡Los Omo servadzo! —soltó Bernd antes de reír y exhibir cuántos dientes le faltaban—. Oí muchas leyendas sobre ellos alrededor de los Dolomitas... ¡Los hombres selváticos! Parte hombre, parte animal y parte árbol. No suelo mirarme en el río, ¿tanto he desmejorado? No, yo sólo soy un hombre —paró de reírse—. Pero quiero revelaros algo sobre ellos...

Tal vez porque tenía toda nuestra atención, tal vez por lo aislado de la cueva, pero para cuando los escuchamos ya estaban dentro, apuntándonos con sus armas.

Un grupo conformado por ocho hombres uniformados. Uno de ellos disparó hacia la entrada que se abría al cielo para despertar a Odón e Iván y tratar de paralizarnos a los demás.

—¡También somos nacionalistas! —gritó Odón, como un gallo que despierta entre las fauces del lobo e intenta aullar.

Dejó de temblar cuando escuchó a otro de los hombres presentarlos como guardias de la Confederación Suiza.

—¡Pues bien, son nacionalistas!! —corrigió el noble—. ¡Estos dos! —nos señaló—. Vascones que quieren separarse de la gloriosa corona española. Nos llevaban a punta de navaja a mí y a mi sirviente para cobrar un rescate de nuestra excelentísima reina en su ilustre patria, caballeros.

Nos registraron mientras Odón se limpiaba el culo con nosotros y Bernd miraba el fuego. Cogieron nuestras navajas, y toquetearon la flauta de Chanku. No pude evitar resistirme; con las sacudidas perdí sombrero y pañuelo, descubriéndome.

—Que no les encandile, mis señores, ella es con mucho, la más peligrosa de los dos —dijo un crecido y atildado Odón.

Un hombre tiró hacia atrás de mi coleta.

—Lástima de cicatriz —dijo antes de que le escupiese. Me abofeteó y agarró el culo. Silverio dio un puñetazo a uno de los tres hombres que le retenían justo al tiempo que yo le rompía la nariz de un cabezazo a ese cerdo.

Y entonces, la culata de un rifle me dejó fuera de juego.

Me habría gustado ver el momento en que la horda de nacionalistas entró en la cueva. Silverio me contó que Iván huyó. Odón se tiró de cabeza al suelo; su cara debió de ser un poema cuando, en vez de escuchar disparos, escuchó risas. Maldije no ver el instante en que los germanos, ya sin disfraz, dejaban al noble en el monte, desnudo, sin dinero ni títulos; pero no me apenó perderme la despedida de Bernd, mientras le tiraban piedras, “por gallina y no ayudar al compatriota”.

—Lo que quería deciros... —le dijo Bernd— sobre...

—¡Los Gentiles! —le ayudó Silverio, que deseaba escucharlo tanto como verlo lejos del alcance de los pedrazos.

—Sí... ¡Fantasías! —gritó—. Sólo encontraréis piedras.

Silverio ganó pronto su confianza, éramos nacionalistas vascos, de verdad, y haríamos cuanto pudiésemos por ayudarles en su justo objetivo. Una semana más tarde recuperamos los pasaportes y algo de dinero para nuestra primera misión y huimos a Suiza desde el principado de Liechtenstein.

Qué lejos quedaba lo simple y honrada de la vida salvaje, sin leyes ni banderas, sin huir. Pensé mucho en mi tierra natal mientras seguíamos la estela de los Alpes hacia el oeste, mientras pasábamos tanta hambre que casi probamos las piedras.

Perdido el objetivo, estábamos perdidos. Sólo nos quedaba dejarnos caer hacia el ocaso, por el pueril instinto innato de regresar a la seguridad de lo conocido.

Silverio se había dado por vencido, pero no estaba preparado para volver, no así. Yo tampoco. Intuía que la verdad que me esperaba sería más dura de enfrentar que las dudas. Mi madre estaría muerta y jamás conocería a mi padre, o sería Xavier, pero también estaría muerto. Lo sabía.

Decidimos adentrarnos en los Alpes, huir a la montaña.

Para entonces ya sabíamos que cuando el hambre estruja las entrañas llegan nuevas habilidades y conocimientos, y que perdemos vergüenzas y complejos que sobran. Así, abriéndonos paso entre fértiles valles habitados por gente de corazón reseco y montes con espíritu de hierba fresca, cruzamos todas las fronteras y llegamos al cielo de las montañas.

¿La verdad? Temía que, sí, sólo encontraríamos piedras.

Ojalá hubiera sido así.

Aire que llena el vacío entre cimas

Perdemos el vínculo con la naturaleza junto a nuestra capacidad para prestar atención, alterados por el apremiante ritmo de la civilización. En las cumbres, donde el viento no encuentra edificios ni banderas que obstaculicen su vuelo, donde puede bailar con la floresta de todo un bosque y correr por las lomas hasta perder el aliento, sólo entonces, el viento nos trae sensaciones de otros espacios y tiempos.

Lugares y momentos que nos trascienden, pero que, a su vez, nos conforman. La naturaleza va más allá de nosotros, pero nos incluye, tan en su centro como toda creación.

En los Alpes, en aquellos valles y montañas, la sangre, el óxido, la miseria y el miedo de la guerra que todo lo resquebrajaba no existía. Todo era sagrado, y lo que el ser humano manchaba no tardaba en purificarse con sus intensas nevadas.

Encontré un lugar allí. A falta de un hogar, encontré las emociones que lograron devolverme un latido firme y sereno, y también, las dos personas que me aceleraron el pulso.

Los Alpes eran el cielo de las montañas, el paraíso, pero, aunque gozamos como bestias desarrollando pezuñas, plumas y una mata de pelo enmarañado, y nos hinhamos a respirar aire libre de las cimas desiertas de roca desnuda, a beber los ríos y a devorar luz que atravesaba los

bosques y caía a la mesa ardiendo sobre las rocas; llegó un momento en que sucumbimos ante la idea de las terrenales comodidades de la sociedad.

Fue en Aarmühle, el puente de tierra cetrino habitado entre los lagos turquesas de Thun y Brienz, al que algunos llamaban Interlaken. Bajamos buscando acallar el rugido del estómago, amortiguar el dolor del cuerpo, el frío de los pies, y, tal vez, un trabajo. Fue allí donde nos encontró Claire, hija de Marie Paradis, la primera mujer en dar cima al Mont Blanc.

—... claro que como mi difunta madre no era francesa, ni de la nobleza, dieron el título a Henriette d'Angeville cuando hizo cima... 30 años más tarde —Claire dibujó una sonrisa después de apurar su vaso de sidra, y antes de decidir llevarnos a su Chamonix natal y conseguirnos un trabajo allí.

Esa mujer conseguía todo lo que se proponía. Por eso, una vez que llegamos a su valle, no le costó dar con dos plazas de trabajo en el aserradero. Para dos hombres, claro. Suspiré. Le estaba agradecida, pero para entonces, esa mujer bajita y no especialmente fibrosa, pero tremendamente fuerte, ya nos había hablado de la *Compañía de Guías de Chamonix*.

—Querida, hay unas cuantas mujeres alpinistas. Ahí arriba no te mirarán mal si tienes buenas referencias y sabes con quien rodearte —me advirtió la mujer a la que vería como hermana de Ann, otra matrona—, pero olvídate de la fama, y más aún, de hacerte guía —alzó manos y hombros.

»Puede que por aquello de que las montañas son protuberancias erectas hacia el cielo, los hombres creen que el reino de las montañas es sólo cosa de ellos, como su juguete. Nunca aceptarán que les digamos cómo se hacen las cosas, aunque sepamos hacerlo tan bien, o mucho mejor que ellos.

Y ya. Ella aceptaba esa realidad como algo inalterable. Lo más que hizo fue enseñarme a moverme en ese mundo de hombres para lograr lo que quería sin que se notase mucho.

—Si el hombre ve que la mujer saca la mano del delantal para conseguir algo, si no la amputa, la golpeará; temeroso de que la codicia que lo domina a él la convierta a ella en alguien tan o más poderosa —me dijo en otra de sus lecciones.

Los lakota también tenían roles bastante definidos para hombre y mujer, pero no eran del todo cerrados y, sobre todo, ninguno era superior a los otros. Se comprendía la necesidad circular de todas las tareas para la supervivencia del grupo.

Asumí que ese mundo era cuadrado, y jugué.

Volví a llamarme Raimundo, Ray. Volví a ser un gitano español de andar rápido, respuesta arisca y mirada esquivada. Volví a encorsar mi pecho, mancharme la cara y ocultar mi melena cada día, antes de ir a trabajar. Volví a desaparecer.

Prácticamente llegamos al valle de la mano del otoño. Hubo tanto trabajo el primer mes que apenas levantamos la vista hacia las montañas cuyo níveo vestido crecía con prisa. Nos dijimos que aquel paréntesis de roca nos vendría bien para fortalecernos de nuevo, pero antes de que tuviésemos ocasión de ir más allá de las laderas cercanas, el invierno se adelantó con un señorío como jamás lo habíamos vivido.

La nieve lo sepultó todo con su silencio durante meses. Olvidamos cómo era el color de la pizarra de los tejados, de la hierba de los campos, incluso de la piedra de las montañas. La única nota de color era la del calor de nuestra cabaña, especialmente los días en que recibíamos la visita de Claire y varios amigos de confianza y poníamos a prueba nuestra capacidad de escalar borrachos en los tabloncillos con agujeros y presas que instalamos en el salón.

No sabíamos si aquel frío congeló al cartero, si las cartas que escribimos mientras aún nos asentábamos se perdieron, o si ni Arcaich ni Justo quisieron responder, pero cuando llegó la primavera, Silverio estaba decidido a hacer realidad la cita que oyó a un cura y que me pidió escribirle a su amigo.

—Escribe, escribe —me había dicho—: Justo, es más hermoso iluminar, que simplemente brillar; igualmente, es más hermoso transmitir a los demás lo que se ha contemplado, que solamente contemplar —Asintió burlón, pero de acuerdo—. ¡A ver si cuando vuelva logramos sacarle de su contemplación y nos lo llevamos de aventuras, Kay... ¡Ray!

Cuando las nieves remitieron y el sol se elevó, empezamos a prepararnos para nuestro objetivo: ser los primeros alpinistas en coronar el Mont... Cervin.

Porque verás, además de trabajar, entrenar y emborracharnos, durante el invierno estudiamos todos los mapas que estuvieron a nuestro alcance y escuchamos a nuestros amigos cuanto quisieron contar. Íbamos a cumplir nuestro objetivo de dar cima al Mont Blanc, claro, como los primeros españoles, además, por si eso nos servía de algo al regreso; pero nuestra verdadera diana cogió el nombre de Cervin, o Matterhorn, una montaña piramidal que había escupido precipicio abajo a todo aquel que había osado tratar de doblegarla.

No estaríamos solos. La primavera, además de destapar miles de flores en el valle, también atrajo a cientos de montañeros. Mi primo y yo contemplamos atónitos cuánto amor compartíamos por la montaña. No se agolpaban a millares, como en el asfalto de la ciudad, pero era fácil encontrar expediciones preparándose en cada hostería. Eran los alpinistas, otros hechizados más, diferían de nosotros en su procedencia pudiente, pero nos sentimos menos ovejas negras.

No nos podíamos permitir dejar el trabajo del aserradero, pero lo hicimos, impacientes por darnos a las montañas. También me arranqué el disfraz de hombre, contra el consejo de Claire. Por fortuna no era una mujer orgullosa, y pudimos disfrutar de su compañía y conocimientos a menudo.

Después de un par de meses, con los pocos francos que nos quedaban colándose por los agujeros de los pantalones, pero creyéndonos ricos en el conocimiento de los Alpes, pedí a Silverio que me dejase intentar conseguir trabajo de guías.

Sabía que era ilegal ofrecerse sin título, y no habíamos hecho cimas destacables —tuvimos algún susto en cotas bajas y decidimos ir poco a poco; señal de que madurábamos—, pero creía firmemente que podíamos vivir de aquello. Sabía interpretar fisuras, prever el riesgo de aludes,

conocía los senderos más seguros... pero toda esa habilidad no sirvió para que un sólo grupo accediese a ser guiado por una mujer. Claudiqué, y esta vez me pondría el disfraz por todo un año.

Silverio y Raimundo sí consiguieron trabajo como guías de montaña, claro. “Ha sido gracias a mi barba de leñador, no te pongas todos los méritos”, bromeó mi primo ante mi rabia.

Trabajamos al margen de la Compañía de guías, por poco dinero, pero hicimos más de tres meses de salidas. La mayoría fueron excursiones de señoritingos y damas de falda larga que querían ahorrarse el papeleo legal, y unos francos. Dimos a conocer la facilidad con la que nos movíamos con el último grupo de la temporada, que nos bautizó y dio la fama.

Era un grupo de tres fornidos bávaros y un tieso inglés de alta alcurnia. Su objetivo era la Dôme du Goûter, una mole de más de 4.300 metros de altura a la que no habíamos quitado ojo desde nuestra cabaña en todo el invierno. Para salvar todos los obstáculos, nos proveyeron del material más puntero: cuerdas de mayor calidad y longitud que las nuestras, raquetas, crampones y, no ya *alpenstocks*, sino *piolets*, similares a las hachas de hielo pero con mango largo, que demostraron ser muy útiles, si no vitales, para llevarnos hasta la cima.

En el frenesí del triunfo, el inglés, que creo, temió por su vida cada vez que el encordado le obligaba a dar un paso, se deshizo en halagos hacia nosotros. Dijo que nos desenvolvíamos como “niños jugando en las colinas”, y prometió hablar de nosotros allá donde quisieran oír de montañas y sus héroes. “Silver and Ray, the hills children!”, coreaba eufórico.

La fama no hizo que consiguiéramos nuestros objetivos esa temporada, ni que no tuviésemos que retomar el trabajo del aserradero para pagar la cabaña hasta la siguiente primavera, pero llamó la atención de la Compañía de guías del valle. Pensamos en que, por precaución, se registrase sólo mi primo, pero descubrimos que habíamos perdido los pasaportes.

Pasamos aquel otoño e invierno a la espera, de ser deportados, de la primavera, de los grupos atraídos por la fama de los niños de la colina, de alguna carta con respuesta desde España... Los meses se abatieron oscuros, lentos y pesados.

—¡Ya puedes abrir los ojos! —dijo al fin mi primo. Mi cara debió de ser un poema— ¿Qué? ¿No sabes lo que es?

Frente a mí, en un claro abierto entre helechos y alerces, una maraña de palos y telas se esforzaba por no derrumbarse.

—¡Es un inipi! —aclaró—. ¡Una de esas chabolas para purificarse vuestra! Mira, empieza la primavera de 1850 y...

—Hacíamos este ritual en el solsticio de verano —solté. Luego caí en su mirada, lo hacía tanto por mí como por él—. O antes de otras ceremonias importantes... sigue.

—Empieza la primavera de 1850. Tienes 18 años, yo 20, y ambos una vida por delante —retomó ilusionado—. Ya hemos hecho más de lo que se esperaba de nosotros —cerró los ojos y noté cómo intentaba creer en sus palabras al tragar saliva—, por eso lo que vamos a hacer esta temporada de montaña lo vamos a hacer ¡sólo por nosotros! Bueno, y por el dinero que necesitamos para regresar y montar esa agencia de viajes de la que hemos hablado, o esa escuela de escalada o...

El inipi resultó un espanto. Silverio puso brezo en lugar de salvia en el agua, se quemó al echar las piedras candentes, nos quedamos helados porque el vapor se escapaba entre los pliegues y, al final, toda la estructura se nos cayó encima por las sacudidas de las carcajadas; pero consiguió centrarnos en nuestros objetivos, dejando para después lo de después.

Comenzamos atendiendo los grupos con los que pactamos ascensiones en el estío del año anterior. Nuestra labor ya no consistía en paseos a comodones de vientres blandos y extremidades

flácidas. Nuestra fama atrajo más alpinistas como los bávaros, bien preparados. Nobles con tanta ambición en la montaña como sobre el mapa. Las peticiones rara vez bajaban de los 4.000 metros, siendo muy demandado el célebre Mont Blanc, claro, cuya cima coronamos por primera vez como veteranos, con los pocos miembros de la expedición exitosos coreando: “¡Vivan los niños de las colinas!”

Nuestra juventud y la facilidad para escalar y respirar con serenidad en las alturas hacía que transformásemos las altas montañas en modestas colinas, o al menos eso decían.

Empezamos a creérnoslo.

El verano pasaba entre los cantos de nuestras gestas, las extrañas historias sobre enormes y escurridizas sombras en la nieve y las de algunas embestidas truncadas contra el Cervín, cuando nos llegó la oportunidad de encararlo.

Un par de expediciones nos llevaron ante él.

En el primer intento, con unos caballeros del Reino de Cerdeña a los que se les fue aguando el humor, tuvimos que hincar la rodilla pronto. Reconocieron la superioridad de la roca. Nosotros también sentimos su dominio, pero sabíamos que no estábamos en nuestro límite, y aquello era más que suficiente para intentarlo con más ardor...

Y eso fue exactamente lo que trajeron los ingleses.

Hasta entonces nuestros clientes tenían un aire a Odón. Tenían mejores modales y más preparación, pero compartían ese deje pedante. Los ingleses que nos contrataron para nuestro segundo embate al Cervin, sin embargo, eran distintos. Eran soldados. De entre los seis, sólo le recuerdo a él.

Oficial técnico de 1ª clase, Alastair Robbins.

Alas...

—¿A dónde te has ido, hija? —me sobresalta la vieja.

Alas.

Aún recuerdo la primera vez que lo vi, sentado en lo alto del pedrusco que había escalado. Los pinos cembro que nos rodeaban ensombrecían todo alrededor, pero el sol centelleaba glorioso sobre su fornido torso desnudo. Su pulida musculatura, su parco pelo castaño peinado con refinamiento militar, su nariz recta y su mentón elevado saludaban, firmes.

Ajeno a su imagen celestial, Alastair esperaba nuestra llegada con esa mirada pesarosa y profunda que siempre lo acompañaba, pero cuando nos vio, sonrió.

Sus compañeros nos saludaron con alegre fanfarronería. Mientras Alastair desescalaba, con tanta precaución como seguridad, lo presentaron no como su superior al mando, sino como “el menos chiflado” de todos. Y así era, porque al menos él contaba con experiencia en montaña y era consciente de la temeridad que estábamos a punto de abordar.

—Pero ¿cómo se te ocurre, Silverio? —le había gritado Claire cuando se enteró de que había apalabrado esa salida—. ¿¡El Cervin!? ¡y con soldados ingleses! Kayah, sueles mantener las distancias, pero esta vez quédate aún más lejos. ¿Me oyes? Los militares son desconfiados, violentos... y de descubrirnos sin licencia ni pasaporte ¡pueden deportaros al instante!

La tranquilicé prometiendo quedarme tan lejos como pudiera. Era verdad. Los soldados representaban lo peor de lo peor de la humanidad. No pensaba acercarme ni a saludar.

Tardamos casi una semana en llegar a Zermatt, la base del Cervin. En nuestra anterior incursión habíamos quedado con los sardos directamente allí, pero en esta ocasión viajamos con los ingleses. Fui la sombra del grupo, guiada por Silverio y liderada por Alastair. Silverio era ya muy hábil ganándose la simpatía de las personas, pero con el oficial no necesitó esforzarse, le caía bien de verdad. En realidad, todos le apreciaban.

Podíamos oler el final del verano en el aire, pero los entendidos del clima no temían lluvias en un par de días, de modo que nos lanzamos a por aquel monstruoso colmillo.

El primer día avanzamos raudos. Alastair nos mostró porque lo respetaban tanto. No sólo era un hombre ejemplar; en la montaña se convertía en toda una fortaleza de seguridad, y se distinguía por su ritmo y decisión inquebrantables.

Los seis durmieron en su tienda, nosotros en la nuestra. Descansamos bien, lo duro fue el despertar.

Desde primera hora empezaron a sacudirnos fuertes vientos, nubosidad y una caída en picado de la temperatura. Sin embargo, a juicio de los isleños, aún estaba aceptable, “nos sentimos como en casa, ¡vamos!”, dijeron, y decidimos seguir.

No habíamos progresado demasiado cuando nos topamos con unos germanos que descendían decaídos, rendidos. Uno de los ingleses se burló de ellos.

—Sé amable con quien te cruces —le riñó Alastair—. Hoy ellos bajan y tú subes, mañana puede ser al revés —El soldado no rechistó. Parecía que Alastair escondía algo tras su mirada, pero sus palabras y acciones eran cristalinas, y negarlas te relegaba a la talla de un chiquillo contestón.

Observaba su rostro, aún tirante, cuando algo llamó mi atención por el rabillo del ojo. Me giré y vi, a un centenar de metros, una sombra enorme saltando tras un cerro. Sucedió en un pestañeo, e igual de rápido pensé en las historias que Silverio había oído en las tabernas y con las que fantaseaba diciendo que, por fin, los Gentiles daban señales.

Continué vigilando, pero el tiempo empeoró hasta el punto de no distinguirme los talones. El soldado burlón insistió en seguir, alegando que sólo era “viento y nubes”, y convenció a sus compañeros, un rato. Pero llegó un momento en que no pudo sino aceptar haber dejado de estar “en la proa de un buque” para estar “en el culo de una jodida tormenta”. Por el mapa, aún quedaba trecho para lo más difícil: la nieve y el hielo. El burlón empezó a pedir que dios los sacase de allí.

Ciegos a causa de las nubes y sordos por el viento, intentamos descender lo máximo posible antes del anochecer. Íbamos encordados en fila, en paralelo a una pared próxima, con Silverio delante y yo a la cola, cuando escuché crujir el cielo. Era una lluvia de piedras, pedruscos y rocas liberadas de un manto de polvo blanco, ávidas de una alfombra carmín.

Con más o menos reflejos, cada cual buscó protección. Unos corrieron, otros nos pegamos a la pared. Una roca del tamaño de una puerta cayó justo delante de Alastair y de mí, machacando al inglés que ya no volvería a reír. Esa u otra roca debió de cortar la cordada, porque más allá del charco de sangre no había rastro de la cuerda, de ningún extremo.

Una vez pasó el castigo, reparé en que chillaba. No había oído mi voz, ensordecida por el viento. Alastair estaba a mi lado. Por señas, coincidimos en avanzar. Después de unos metros a tientas, descubrimos que poco más adelante había una caída de final desdibujado. No habíamos subido por ahí, estaba segura. Nos habíamos desorientado.

—¡Yo ir, pero si no saber seguir!.. —chillé con todas mis fuerzas, pero nuestro ritual quedó cojo por primera vez.

Alastair me pidió desenterrar al caído, pero fue en vano. Estábamos solos y perdidos. La luz

menguaba, y como solía pasarme, mi instinto creció. Encontré una estrecha, pero profunda fisura en la pared. Nos arrastramos dentro.

Incluso obstruyendo la entrada con los petates, creando un pequeño fuego y con toda la ropa encima y apretados, nuestros dientes no paraban de castañear. La humedad no ayudaba. Yo estaba aclimatada, pero eso no me dio la certeza de ir a pasar aquella noche y lograr salir viva de la montaña.

El soldado me contó todo de él. Abrió su corazón como lo hace alguien que piensa morir. Y yo no fui más reservada, al fin y al cabo, de nada valdría que no descubriese que Ray era una mujer si moría congelada; así que me desnudé, tal cual.

No sabría decir si Alastair se sorprendió o ya imaginaba mi engaño. No dijo nada, simplemente se desnudó. Abrió sus brazos hacia mí, solemne, cuidadoso, sin una pizca de mezquindad. Nos sepultamos bajo los ropajes y nos prendimos fuego el uno al otro, incendiando las entrañas de la montaña.

—Vaya, vaya, vaya... —ríe pilluela la vieja.

Revolución

El amor no mueve montañas, pero sí las hace temblar.

Ojalá hubiésemos caído hasta el corazón de la montaña, arrastrados sin salvación; olvidar el mundo y el habla, y limitarnos a amarnos hasta morir de agotamiento.

—En realidad no soy inglés —me confesó Alastair en la cueva, abrazados bajo los ropajes —, nací en Escocia, 25 años atrás. A mis padres les arrebataron las posesiones que tenían en las Tierras altas y el vagar en busca de las oportunidades que la revolución industrial prometía, nos llevó de ciudad en ciudad, hacia el sur —Sus ojos reverberaban la pequeña llama.

Él tampoco sabía lo que era un hogar. Por su vida había pasado mucha gente, pero estaba solo, lo podía sentir.

—Entré en el ejército siguiendo a mi hermano mayor, George. Él siempre había sabido llenar de orgullo a nuestros padres, de modo que creí, sería lo mejor —Me retiró un mechón de pelo y descubrió la cicatriz. Volví a tapanla—, pero el ejército no era para mí, me di cuenta en la primera salida.

—Pero sigues vistiendo el uniforme y lideras hombres armados —Había observado que él nunca llevaba armas.

—Sí. El ejército me dio la oportunidad de salir al mundo y conocerlo; de descubrir las montañas y encontrar mi pasión en ellas... pero también de descubrir la guerra, el mayor dolor de la humanidad, y plantearme qué iba a hacer yo al respecto.

Alastair anhelaba la paz, pero a diferencia de mí, él no odiaba la guerra. Era como si

supiese alguna forma de arreglar el mundo y la guardase en silencio, esperando su momento.

—No descansaré en paz hasta que los hombres no dejen de matarse —me confió—, hasta que la vida en la Tierra deje de ser un infierno para millones, y podamos vivir libres, en el lugar que llamemos hogar. Viviré, y lo cambiaré todo.

Quería creerlo, pero no podía; quería seguir mirándolo, pero la luz de la vela improvisada con aceite se desvanecía.

—Estás en tu hogar... —empecé a cantar, recordando una vieja melodía lakota. Improvisé sobre su pecho, con él muy dentro de mí—. El Gran Espíritu te dirá, esta es tu tierra —Llevé mis manos del techo de piedra a mi corazón y después al suyo—. El Gran Espíritu te dirá que la vida es bella —Llevé las manos a mi boca y después a la suya—. El Gran Espíritu te dirá... estás en tu hogar —Y llevé las manos de mis ojos a los suyos y después al techo.

Justo entonces, la vela se apagó y con ella, el centelleo de las perlas que la humedad de nuestro hálito dejó en la roca. En la oscuridad, mientras el chispeo y la canción se apagaban, regresé al universo, donde bailaba, en aquel lejano sueño.

Nos despertó el calor que se escapaba y el frío y la luz que entraban a través de la grieta liberada. Esa grieta con la forma tan similar a la cueva de Eguino. Silverio sonreía al sol desde fuera. En seguida aparecieron también dos ingleses.

Aquel era un buen día para vivir.

Los soldados nos explicaron que una piedra dejó fuera de conocimiento a Silverio —lo que explicaba su vendaje— y cómo otro compañero se había roto una pierna en la caída, donde nos separamos. No viendo forma de remontar el muro en esas condiciones, esperaron nuestro avance, pero al final decidieron montar refugio, confiando en que su oficial y el otro guía, esa desmelenada salvaje que miraban fascinados, sabrían salvar la situación. Los dos soldados que ahora abrazaban a Alastair y lloraban al muerto espabilaron a Silverio al amanecer para buscarnos, mientras el otro cuidaba del herido.

—Vale, como quieras —cedía al fin mi primo, dos días después—, quédate con él. Pondré la miel en los labios de los tres nobles franceses que te comenté y lograré traerlos aquí con un dineral y el mejor material. Volveré en menos de veinte días —Se me quedó mirando, sin moverse. No nos habíamos separado en casi dos años—. No hagas ninguna tontería por él, ¿vale? Me gusta, pero mira qué fama tienen los militares...

Con Silverio camino a Chamonix y los soldados trasladando el cuerpo de vuelta a Inglaterra, quedamos Alas y yo. No me atreví a preguntar si se quedaba por mí. Aquellos días me limité a acicalarme como Ann me había enseñado, pero nunca hecho. Estaba obsesionada con él. Los pocos minutos del día que no pasábamos juntos, fantaseaba con él. Sentía un deseo compulsivo de fundirme con él. Él era la respuesta a la oración por la que pedía no estar sola, que me amaran. Él.

Durante diez días fuimos dos hojas que reverdecían mientras el bosque bajo amarilleaba; dos fieras despreocupadas de llenar su madriguera, atiborradas como estábamos de caricias, besos y promesas; dos aves solares que no paraban de elevarse en el cielo... Durante diez días fuimos felices.

No es que perdiese aquella mirada melancólica que solía llevarlo lejos, pero creo que lograba traerlo al aquí y al ahora a menudo. En las marchas que hicimos por laderas y montes cercanos, a veces bajo la lluvia y el frío, veía admiración en sus ojos. Me habían mirado así antes, pero llevando el disfraz. Sucedió lo mismo en la cama. Me habían mirado con deseo desde que entré en el continente, mujeres y hombres seducidos por algo exótico. La diferencia era que ellos

se asomaban fantaseando con conseguir algo especial que no tenían, y, por su parte, Alastair simplemente celebraba que yo lo tuviese.

—Cada vez llegan más pinturas y relatos desde América —me susurró una noche bajo las mantas, con sus latidos aún a la carrera—. En la mayoría sale algún indio...

—Nativo —le corregí, tirándole del pelo del pecho. Me enseñaba infinidad de cosas sobre flora, astronomía... lo menos que podía hacer era enseñarle bien—, o mejor, ¡te reto! Di nombres de las tribus de las que te he hablado, ¡adelante!

—Creo que, por ahora, no me la jugaré —Trató de impedir mis pellizcos—. Tanto en las pinturas como en los relatos os pintan de dos formas posibles: pacíficos y bondadosos o viriles y brutales. Ahora lo entiendo, eres todo eso, y más.

Diez días perfectos. Un chispazo de vida ante el otoño venidero. El fruto más sabroso, carnoso, nutritivo y reparador. Porque aquellos días comimos, claro, no vivimos del amor... pero incluso cuando preparamos la *fondue*, acabamos esparciendo y lamiendo el queso sobre nuestros cuerpos desnudos.

Salíamos de excursión sin preocuparnos de a dónde ir. No importaba el destino, sólo el camino, como tampoco importaba las dificultades que encontrásemos. Si resultaba ser un paseo de abuelos, hacíamos el tonto usando alguna rama como bastón; y si nos tocaba escalar, lo dábamos todo. Éramos de la misma talla, pero pese a su escultural figura, no logró resolver varios problemas que le propuse en alguna roca.

Qué más daba, amaba las montañas, todas ellas, y con todo lo que tenían. Porque Nahkohe me había enseñado a poner atención en cada detalle de la creación, pero no como él; Alastair era capaz de pasar horas hablando en torno a una flor. Para él eran como personas: tenían un reino, una clase, una familia... Le encantaba aprender sobre su hábitat y su forma de distribución, los principios activos que tenían y qué usos medicinales se les podía dar. Sentado junto a las flores, con un cuaderno y su pluma como únicas armas, y con los anteojos que usaba de cerca, era todo menos un soldado.

Las noches también fueron perfectas. No sólo las que no salimos de la pensión, también las que fuimos a ver el firmamento. Las estrellas no eran hogueras de difuntos lakota, ni referencias de navegación. Eran mitos, leyendas e historias de los ancestros de Alastair. Eran sabiduría de la antigüedad esperando ser observada, recordada.

Todo fue perfecto, por eso no hubo momentos en los que las dudas o los miedos, la necesidad de agarrarlo, me llevaran a hacer preguntas, a buscar promesas de amor eterno.

Los diez días volaron como una estrella fugaz, y cuando pasaron, nada fue capaz de ocupar el vacío que quedó.

—No quería ensombrecer estos días radiantes, Kayah. Mi permiso expira —me informó la última tarde que compartimos, sentados entre rododendros y viendo hundirse el sol en una botella de sidra—. Debo marchar, mañana. Lejos.

Las montañas acumulaban nieve a cotas más bajas cada día, y en ese momento fue como si una avalancha me llevara.

Me arrepentí a los días, pero fue un arrebató. Me giré hacia él, y de rodillas, me quité el colgante de alabastro que llevaba desde el trabajo de la cantera y se lo ofrecí, solemne.

—Alastair Robbins, déjame seguirte.

—No sabes a dónde voy —contestó, después de cerrar mi mano y hacer que miraba el atardecer, ocultando algo.

—Si estamos juntos, ¿qué importa? Si no estás conmigo, nada importa —Abrí la mano y

volví a ofrecerle el colgante en forma de escudo. Pensé que, por lo que había visto en una ocasión, no lo estaba haciendo tan mal—. Alastair Robbins, ¿quieres casarte conmigo? —El escudo temblaba en mi mano.

No contestó. Me miró a los ojos, pero no me contestó. Quería hacerlo, lo veía en su mirada, pero algo le impedía hablarme. Al cabo de un duradero silencio, me contó todo. Casi.

—Ya te he hablado de mi hermano, George. Hace tres años se desplazó a la India, donde fue ascendido a teniente y participa en lucrativos negocios con la Compañía Británica de las Indias Orientales —Recuerdo que no sabía a dónde quería llevarme, pero estaba atentísima, esperando a que surgiese un saliente en el muro que acababa de levantarse entre ambos.

»Antes de marchar me propuso un traslado para ir con él, pero decliné la oferta. No quería participar en nada relacionado con el sangriento disparate que fue la Guerra del Opio. “Si quieres convencerme para que te visite en algún permiso, escíbeme sobre sus montañas”, bromeé. Y llegaron las cartas.

Aquel ocaso engalanó los picos con oro y los perfumó con malvas, regaló a las nubes vestidos lilas y morados de brocados dorados, pero yo pendía entre el negro y el blanco.

—Mi hermano siempre ha sido un poco ordinario. Sólo le mueve su objetivo, no pierde el tiempo en mirar alrededor. Por eso, me sorprendí tanto al leer sus cartas. Su tinta estaba impregnada de admiración por algo que, creí, nunca llamaría su atención: la cordillera del *Himalaya*.

Alastair me la describió como “la morada de las nieves”, la mayor cordillera de montañas descubierta en el mundo. Sus cimas estaban diseminadas a lo largo del norte de India y el interior de otros países vecinos a los que el acceso había quedado prohibido, bajo duros castigos, para el hombre blanco. “Fuimos a hacer negocios y acabamos colonizándolos o matándolos en el intento. Nos lo hemos ganado a pulso”, aclaró.

—Inglaterra trata de medir esas montañas desde hace mucho. La razón por la que aún no ha acabado es, justamente, por la imposibilidad de adentrarse allí. Pedí India como destino, Kayah —Calló, pero su silencio gritaba que había más.

—Nada de eso impide que sigamos juntos —le solté. Él lo sabía, le costaba mirarme.

—Mi misión será mejorar los tratados internacionales hasta lograr entrar allí y finalizar las mediciones —Volvió a pensar con cuidado qué quería decir—. Descubriremos que una de esas montañas es la más alta del mundo, y eso hará de ese paraíso un lugar muy peligroso, Kayah.

—¡Conoces los peligros por los que he pasado! —grité.

—No lo entiendes. Todos los países harán lo que sea necesario para entrar allí y clavar su bandera en esa cima, para coronarse los reyes del mundo... —Otra vez ese silencio—. Si la reina lo permite, también yo lo intentaré —dijo al tiempo que se giraba. Sus palabras me supieron a amargo sacrificio.

—Subir “La Montaña”, estar ahí el primero. ¿Ese es el sueño por el que me sacrificas? —dije reteniendo las lágrimas, pero no el dolor—. Por eso estás aquí, preparándote para la misión imposible de tu vida —Me equivocaba. Ocultaba algo más, pero aún no lo sabía—. Todo para jugar a ser un gentil...

—¿Te refieres a los *Climbahi*!? —se giró bruscamente, ansioso; pero alicaída, ni siquiera respondí—. Sé que se los conoce así en España. Los nombres cambian de un lugar a otro, pero esos seres dejaron huella en toda la tierra. Fueron los primeros habitantes... —No le prestaba atención, no podía entender que estuviese tan entusiasmado. Guardé el colgante.

El húmedo peso de la noche caía en el valle, pero fue como si Alastair acabase de despertar. Habló sin parar, sin silencios. Que si los *Climbahi* habían llegado al continente en una remota

época de oscuridad y lo habían iluminado con los conocimientos traídos desde su hogar, sumergido en el mar, que si la pureza de su sangre había sido perseguida y se había ido diluyendo al correr a través de las culturas y los tiempos, que si en muchos lugares los habían exterminado por ser diferentes, poderosos, pero que aún seguían existiendo y eran custodiados por un reducido y encumbrado grupo secreto...

—Tú también crees en ellos —Dijo al final de su soliloquio. No fue una pregunta, su sonrisa lo afirmaba.

Pero en ese momento yo no creía en nada. No le confesé la delirante sospecha de Silverio por la que salimos de Eguino creyéndonos los nietos de los Gentiles, los Climbahi, o como demonios quisiera llamar al delirio que nos había unido, sólo para separarnos. Me quedé callada.

Y fue mi mudez lo que le devolvió a su silencio, a esa mirada contrita, a esconder algo gigantesco en su interior.

Perdida y encontrados

—Los dos jóvenes fueron al tipi del *hombre medicina* buscando un amuleto, un conjuro... algo, que les garantizase que no se separarían nunca, que su amor crecería por siempre —le contaba—. El chamán los separó en dos direcciones. Debían llevarle el halcón más rápido de las colinas negras del norte y el águila más fuerte de las montañas rocosas del sur.

Sólo había escuchado esa leyenda una vez, y fue en boca de Ichante, en lo que debía ser otra vida, pero la recordaba.

—Lo consiguieron, ¿sabes? Ambos le llevaron las aves —continué, derrumbada en la cama —, pero no recibieron ningún amuleto ni conjuro. El chamán les pidió que atasen las patas de las aves entre sí con una cuerda y luego las liberasen. Cuando lo hicieron, vieron cómo, después de arrastrarse por los suelos la una a la otra en sus intentos por volar, ambas empezaron a darse violentos picotazos entre sí.

Su mano acariciaba mi cara, mi espalda... decía que lo comprendía, pero sólo quería apartar el dolor de mí. «¿Para qué?», pensaba yo, «si se lleva el dolor no me quedará nada».

—El viejo los sermoneó sobre cómo dos amantes podían acabar igual si trataban de atarse el uno al otro... ¡Pero yo no quería atarlo! —Volví a caer en el llanto—. Sólo quería estar con él, volar con él, donde fuera... Y ni siquiera dijo adiós, desapareció en medio de la noche, en su silencio...

Después de escucharme durante horas, no aguantó más.

—¿Qué esperabas? —preguntó Claire, aparecida en la pensión de Zermatt a petición de Silverio, justo a tiempo para evitar que muriera de soledad y amargura, e inanición—. Lo siento, cariño, pero tengo que decírtelo: te lo dije; los soldados nunca traen nada bueno. Es mejor así. ¿Qué habrías preferido, verlo marchar y desangrarte con un “te esperaré”? Decir dos palabras es muy fácil, sostenerlas es distinto.

La mañana en la que desperté sola, antes de buscarlo hasta hundirme en el camino que caía

de vuelta al mundo, busqué algo: una nota, una dirección; pero no encontré nada. De hecho, faltaba algo. No di con mi collar de alabastro en forma de pequeño escudo. Se me podía haber caído en el descenso, atormentada como iba, pero abrigué la esperanza de que se lo hubiera llevado consigo; de que quisiera recordarme.

A Claire se le ocurrieron dos formas de animarme.

Primero me contó las desgracias que agitaban el mundo en ese momento, especialmente mi antiguo mundo. Cómo las revoluciones del 48 habían quintuplicado la emigración a América, donde la guerra con México había acabado dando vía libre a Estados Unidos para seguir barriendo el oeste, lugar en el que habían descubierto tanto oro que enloquecía a las personas en una extraña forma de fiebre. Aquello no ayudó a que me sintiese mejor. Menos, cuando supe de la hambruna que arruinaba Irlanda y recordé a Ann y sus pequeños.

La otra brillante idea de Claire fue salir. Creí que se refería a respirar el aire puro de las montañas y me negué. No quería pasar por nuestros lugares especiales. Pero se las apañó para disfrazarme, hacerme caminar y meterme en una taberna. No esperaría, claro, que borracha hasta vomitar, me desnudase ante conocidos y desconocidos y soltase una perorata sobre el amor, la soledad, y hasta sobre los Gentiles.

Del turbio lago de alcohol de esa noche, refresco los soplidos de Claire arrastrándome de vuelta a la pensión sin aceptar ayuda de hombres, y pesco, también, la escurridiza imagen de una sombra mirándome desde la ventana de la habitación.

—No te pongas así, prima. No le llamo mentiroso...

Varios días después, cuando Silverio regresó, me sentí menos sola. Lloviznaba, pero me animó a remontar la ladera, y me escuchó, presente, codo con codo con mi dolor; pero al hablarle de las nieves del Himalaya, fue como si lo quemase.

—Parecía honesto, no creo que cuando te habló de esa cordillera mintiera. Existirá —siguió—, ¿pero más grande que la cadena montañosa donde estamos? Salir en su búsqueda sería demasiado fantástico, incluso para nosotros, Kayah.

—¡Sabía de los Gentiles! ¡Mucho más de lo que hemos descubierto en estos tres años! —Me jugué la última carta para convencerlo y viajar a la India—: Y creo que sabía más incluso de lo que me contó. Creo que están allí, Silverio —nos mentí.

—¿Y Xavier?, ¿y Amalur?, ¿y todo? Dar con alguien que ha oído historias sobre los Gentiles no los hace existir, como desgraciadamente hemos comprobado; pero Eguino está ahí, esperándonos, prima, igual que esta cima —Silverio señaló la monstruosa garra del Cervin. Estaba decidido a cumplir con el objetivo que nos quedaba y regresar a casa.

No tenía ninguna posibilidad de hacerle cambiar de idea.

Al día siguiente, poseída por una mezcla de rabia, impotencia y desesperación, nos empuje hacia la montaña. Él insistía en esperar una semana, a la llegada de los tres franceses con los que había pactado la ascensión, pero impuse la condición de subir nosotros dos antes, ese mismo día.

El tiempo era fresco, y el cielo cargaba nubes pesadas, pero ambos nos movíamos muy rápido cuando íbamos solos, y para cuando la noche cayó, ya montábamos el refugio cerca de la altura del desprendimiento de rocas.

Salimos hacia la cima antes del amanecer. Al poco de empezar a calentar el cuerpo, empujando la montaña paso a paso, distinguí la grieta que nos salvó la vida a Alastair y a mí; la sombra me atraía, prometía un calor que sabía extinto.

Mi ritmo se redobló, obstinada en la cima, donde Alastair quería haber llegado, y

ensordecida por las rachas de viento y mis recuerdos, arrepentimientos y maldiciones, no reparé en lo lejos que había dejado a Silverio hasta que, pasada la empinada ladera de roca suelta, empecé a ganar altura escalando por varias chimeneas naturales.

Me obligó a esperarlo a base señas. “¿Pero qué bicho te ha picado!?, ¿jes que quieres matarte!?”, gritó al alcanzarme, mientras me ataba una cuerda en torno al pecho y la cintura.

Reemprendimos la escalada entre roca descompuesta y las primeras manchas de nieve. Yo iba delante, la vista arriba, tirando como una loca. Miré a los ojos a esa bestia indomable y le manifesté mi amor y odio por ella. Nos devolvió la mirada y luchó con la fiereza que le había valido su reputación.

No me paré a admirar las vistas, ni a descansar, iba disparada. La cuerda me molestaba, Silverio me molestaba; no quería que nada me frenara, que nadie me dijera que esperara.

Cuando llegamos a su arisca arista final y ya vislumbraba la cima, Silverio insistió en picar una repisa en la nieve helada para serpentear ese tramo evitando un resbalón fatal. Llegamos a la escarpada cresta con buenas condiciones, pero eso no evitó que mi primo caminase agachado, como si cargase con el peso del cielo sobre su espalda; tenía miedo. Tras caminar unos pasos sobre el labio que nos sostenía entre una profunda boca de nieve helada y un acantilado lleno de rocas afiladas, hollamos la cúspide de la pirámide.

Silverio estaba muy excitado. Decía que habíamos hecho historia, que jamás, nadie, había estado allí antes, cuando:

—¿Has visto eso? —preguntó.

Imaginé que se refería a las vistas, pero yo no miraba.

—No —contesté indiferente, con los ojos en mis pies y buscando en vano mi colgante—. ¿Y sabes que más no veo? A Alastair, ni a los Gentiles, ¡ni nada de nada!

—¡Mira! —Al mirar donde señalaba, vi tres sombras.

Decir tres sombras no sería correcto. Vi tres fantasmas, con sus sombras. Tres grandes siluetas, vestidas de blanco, unos 200 metros por debajo.

Silverio se puso nervioso. No quería reclamar esa primera ascensión así, en solitario. Los falsos pasaportes que había preparado no habrían pasado ningún control serio, por eso pretendía hacer cima con gente bien posicionada que nos ayudase a escribir nuestro nombre en la historia del alpinismo.

Pero cuando bajamos, lo que fue bastante más afanoso que subir debido a las pocas rocas seguras que encontramos para atar las cuerdas, no nos encontramos con nadie.

No quedaba mucho antes de que la naturaleza impusiese su sueño a la montaña y el valle. Por eso me sorprendió ver que los tres franceses que pensaban conquistar el Cervin, eran tres delicados nobles. No obstante, Silverio había acordado una generosa cuantía lo consiguiesen o no, debido a malas condiciones o su propio deseo de abandonar; recibiríamos más dinero del necesario para regresar a Eguino.

“Los tres mosqueteros”, como se hacían llamar, demostraron más fortaleza de la esperada. Volvimos a usar la cara sur, y aunque las condiciones empeoraron hacia el final de la primera jornada, a un par de horas de la grieta, no pidieron regresar, quisieron apurar la marcha hasta montar el refugio. Aquella noche, como todas las que compartíamos en altura, Mi primo fue la cara visible y el motor del buen ambiente y yo, “Raymonde”, me mantuve al margen.

Silverio y yo sabíamos que el cuello del Cervin no iba a estar como en nuestra anterior visita; el mismo día que bajamos se puso a nevar, y no paró en tres días. Vimos cómo la montaña se estiraba el vestido blanco con recato sibilino.

La segunda marcha comenzó poco antes del amanecer, con un claro entre nubes y un enérgico envite de los franceses. Llegué a pensar que lo conseguirían y cómo nos afectaría eso, pero cuando el sol se apagó en una nubosidad húmeda y fría, y las pendientes tomaron el ángulo que las convertía en rampas fatales, se plantaron. Los tres habían ido conteniendo el miedo que sentían para no frenar a sus compañeros, pero durante la pausa que hicimos para ponernos los crampones, uno a uno, se miraron a los ojos y se lo dijeron todo.

Temblaban, y no era sólo por el viento. Vimos el terror bajo sus pasamontañas. Sólo querían salir de allí. De pronto se abrió una ventana y el sol nos golpeó con toda su fuerza. Pensé que eso los alentaría, no podía quedar más de una hora hasta la cima y quería lograrlo, pero cuando volví a mirarlos estaban desconcertados. Miraban hacia abajo. Iba a recomendarles mirar arriba, “a la belleza de la conquista de la historia”, o alguna sandez similar, cuando oí rodar algunas piedras y unas manos me agarraron. No tiró de mí, ni me empujó, aquel enorme fantasma pasó como un rayo a mi lado y me soltó en cuanto dejó de haber riesgo de que alguien resbalara y cayese.

Pasó junto a un incrédulo Silverio a la misma velocidad. No andaba, ni escalaba; corría, daba saltos y se lanzaba de una roca a otra. Aquello era imposible, lo sabíamos, por eso no podíamos parar de mirarlo. Tenía que ser el fantasma de algún montañero caído... Y de pronto, otra sombra blanca cruzó junto a mí. Resbalé y a punto estuve de caer, pero recuperé el equilibrio a tiempo para distinguir unos mechones dorados.

Donde los nobles no se atrevían a encaramarse y donde nosotros habíamos hecho un gran esfuerzo, y en mejores condiciones, esas dos figuras ascendían al trote.

—¡Buen día! —Miramos atrás al unísono. Era un acento germano— No haréis cima y bajaréis hasta un punto seguro a este ritmo —nos advertía un hombretón vestido con el mismo abrigo descolorido que los otros dos—, se avecina una tormenta —Llevaba unas extrañas gafas de madera cuya apertura para la visión era un estrecho corte horizontal.

—¡Nos volvemos ya! —chilló un gabacho, impotente.

—Mirad, yo también me planto aquí, he desayunado demasiado y me da pereza seguir —rio el desconocido—. Hemos visto vuestro refugio de anoche. Conocemos uno más seguro y cercano —Se retiró la capucha y apartó las gafas. Parecía un crío, cándido e inofensivo. Justo como él era—. Goswin Oppenheim, a vuestro servicio. ¿Volvemos?

Nuestros clientes ya estaban a su lado, a la espera de la señal de salida. Silverio y yo, desconcertados, no sabíamos qué decir. Mi mirada se escapó hacia las dos siluetas que trepaban por aquel escarpado tramo con admirable habilidad.

—Puedes tratar de alcanzarlos, si te atreves— dijo Goswin, intuyendo mi deseo—. Sería hermoso, ¿verdad? Tu amigo y yo podemos apuntalar la cordada y bajar al grupo.

Una locura, sin duda. Posiblemente la mayor que había cometido hasta la fecha. Pero la intensidad con la que aquella montaña me había atraído hasta que la conquistamos no era nada, comparada con la fuerza magnética que me catapultaba hacia lo más alto, tras aquellos dos, en ese momento.

Anda por el buen camino...

Libre del grupo, y con la necesidad de no perder de vista a esas dos panteras blancas, me lancé hacia la cima incluso con un arrebato mayor al de la otra vez. Fue sin duda mi más rápido y complejo ascenso. El mejor. Nunca había fluido de forma tan natural, pero no logré atraparlos. Habían cruzado directamente a través de la arista y me esperaban arriba.

Seguían encapuchados, pero habían abierto sus túnicas, que ondeaban con brío al viento. Ambas siluetas eran más altas que yo, sobre todo una, y también tenía más espalda. Era la sombra

que pasó primero. Llevaban las mismas gafas, pero pude reconocer un rostro femenino en la segunda figura.

—Enhorabuena, lo has vuelto a hacer —dijo el hombre cuando los alcancé. Sólo se le veían unos carnosos labios.

—El primer ascenso es suerte; el segundo, casualidad —puntualizó ella, con una sonrisa helada y la cabellera dorada revoloteando, en aras de liberarse de la capucha.

Se veían cómodos, como en casa, y no quise ser menos.

—Podría hacerlo cien veces —respondió mi orgullo—. Y si lo vuestro no es suerte, ni casualidad, ¿porque no figuráis en la historia de esta montaña? —«Porque son los nietos de los Gentiles», me contesté, bromeando con seriedad.

—Podríamos preguntarte lo mismo —dijo ella.

Las rachas de viento eran más seguidas y su intensidad aumentaba. Pude sentirlo mientras los tres nos medíamos.

—Tienes miedo de haber llegado a la cima del mundo, ¿verdad? —me traspasó él—. De que no haya nada más, allí —giró sobre sí, señalando la vastedad del horizonte—, salvo fantasías —me leyó el pensamiento, y después se descubrió.

Tenía el rostro puro que pintaban por allí a los ángeles. Una belleza que dolía mirar, por saberla fuera de tu alcance. Sus ojos eran de un azul tan claro, que parecían no tener iris. Dos estrellas de hielo, hipnóticas. El viento peinaba su flequillo de oro a un lado, con suavidad, como si estuviese protegido por un espíritu. Había, en efecto, un aura que lo envolvía. Sólo desentonaba un hematoma en torno a su ojo. Imaginé que, hecho en la montaña, rescatando a alguien. Claramente, no era el tipo de hombre que se pelea en tabernas.

—Sonríe—me dijo, directo—. Ríe, a carcajada limpia para que te oigan en todos los valles. No estamos en la cima del mundo. Esto es poco más que la base —Sonrió con esa absoluta confianza que lo distinguía y se me quedó mirando.

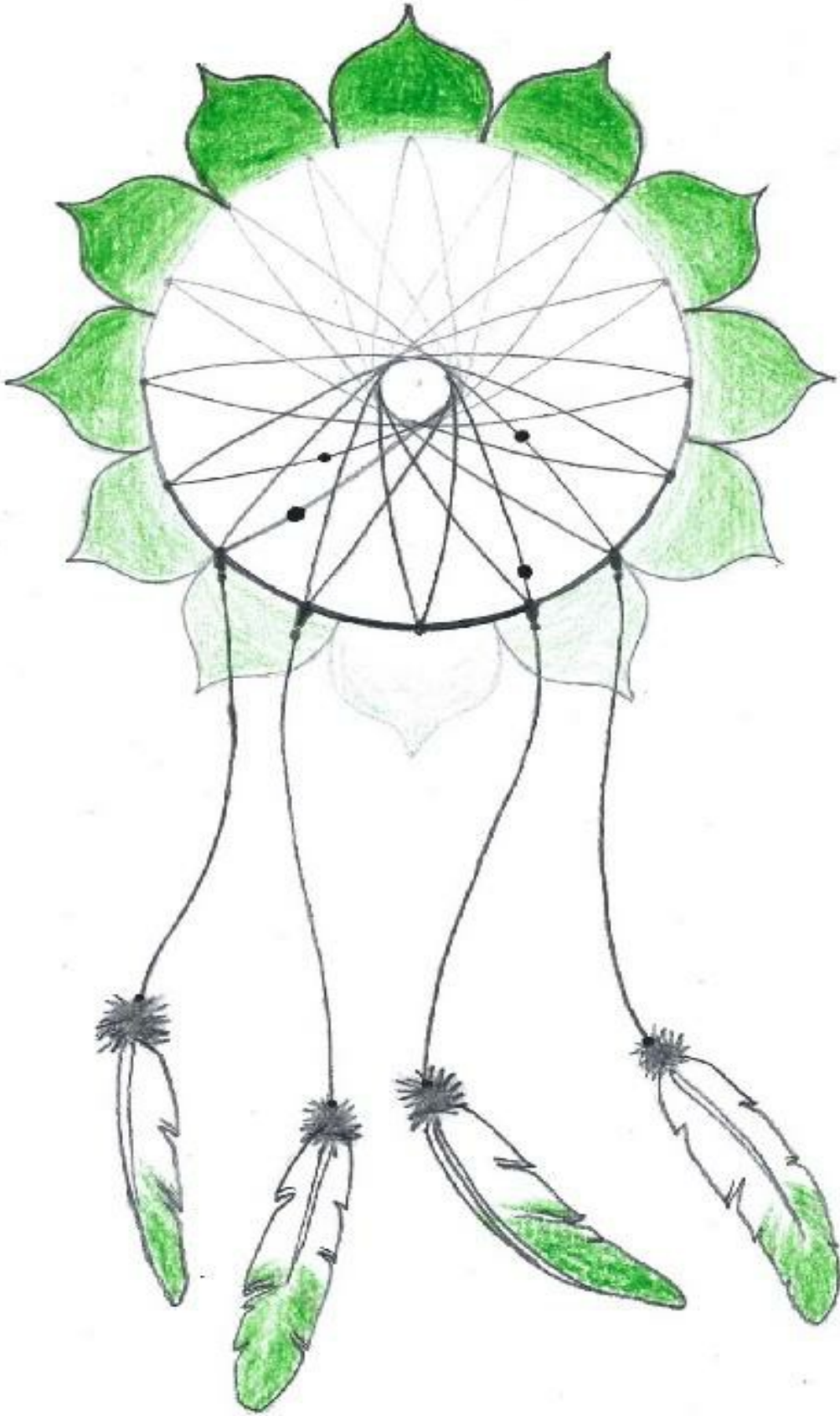
»Buscabas a los Gentiles, ¿verdad? Bueno, pues ya nos has encontrado —dijo mientras me ofrecía su firme mano—. Eckhard Stein, es un elevado placer. Dime, ¿quieres encontrar la verdadera cima del mundo?

—Déjame adivinarlo —dice la vieja—: tras perder a tu tribu, a Chanku, a Xavier, Eguino, a Alastair... llegó, al fin, tu salvación, ¡un gentil!, pero resulta que también lo perdiste en un par de días, como todo, camino a la cima del mundo...

—Creí que eras más lista. Te equivocas —contesto.

—¿En qué? —Puedo sentir cómo afila su lengua antes de que se giré sobre su lecho de yute y me dé la espalda—, porque aquí no te ha visitado un alma en tres años.

IV La Ascensión



[...]
*sus hojas, cuales alas, la impulsan a alzarse,
más y más, hasta la altura que le permita contemplar
el mundo entero bajo ella.*
[...]

Kein problem!

En pie, orgulloso y desafiante, El Ogro. Bajo su fiera mirada, nosotros; apenas unos piojos. Bautizaron así la montaña con la convicción de que un ogro gigante la habitaba, “devora a todo el que se le acerca”, advertían los lugareños.

Habíamos oído de varios intentos por domarlo. Todos habían fallado, incluso por la ladera oeste, la única que, decían, era viable. “Pero eso sería hacerlo a traición, por la espalda. El Eiger mira de frente al norte”, dijo Eckhard, “hagamos algo honorable, escalemos este muro de garras y colmillos”.

El magnetismo que Eckhard generaba sobre sí era como el de un espléndido amanecer fundiendo la noche más oscura del invierno. Hacía que no quisieses perderlo de vista ni un instante, que aquel sol no se pusiese jamás, festejar la vida a su luz y que aquel calor no hiciese sino crecer.

A Silverio ya lo había conquistado antes de decirle su nombre, con aquella presentación volando sobre el Cervin, pero cuando lo escuchó hablar, de esa manera tan vehemente, lo convirtió en su admirador. Sin darnos cuenta, nos convenció para una última aventura antes de irnos de los Alpes.

Aquel germano de porte espartano hacía que todo, absolutamente todo, pareciese fácil. Apenas bajamos a Zermatt, ya estaba despidiéndome de Claire para sentarme en una carroza, camino a la cita con el ogro. Tenía un pequeño arsenal de material para montaña, y no tardó en conseguir lo que consideramos que faltaba: algunos pitones extra, un hacha para el hielo, mosquetones y una cuerda más larga. “Kein problem!”, solía responder orgulloso ante los imprevistos. Consiguió que el material fuese de acero de crisol, y a juzgar por la sonrisa del herrero en su forja y la de los otros hombres con los que negoció, Eckhard era, además, generoso.

Tardamos cuatro días en llegar a Grindelwald, la estación situada a los pies del Eiger, y pasamos dos días más encerrados en las tiendas de lona, bajo un diluvio, pero durante esa semana apenas descubrimos nada sobre ellos.

Aunque la mirada de Eckhard era cristalina, jugaba con sus respuestas hasta que olvidábamos qué habíamos preguntado. Nos quedábamos prendados de todo lo que contaba al abrir esa perfecta boca. Amanda, como así se llamaba esa mujer de belleza natural pulida a la intemperie, parecía siempre airada, y a duras penas nos miraba. Y Goswin... el bueno de Gos hablaba por los codos, incluso sepultado bajo la nieve, pero no nos contó demasiado de ellos.

Lo poco que sacamos en claro fue que venían del reino de Sajonia, y que los tres decían ser colegas de profesión, novicios de la medicina. Y apasionados de la montaña, claro. Eckhard tenía 25 años, siete más que yo; Amanda 21, uno más que Silverio; y Goswin, que tan joven parecía, 28. Más allá de su hogar, compartían algo que, incluso separándolos en medio de una calle atestada de gente, te hacía saber que estaban juntos, que pertenecían al mismo grupo de hermosas rarezas.

Eckhard aplazaba toda explicación sobre los Gentiles, pero no necesitamos saber más para apuntarnos a esa escalada conjunta. De hecho, no queríamos saber más, no fuera a desdibujarse aquella maravillosa pintura que teníamos delante.

Rachear las jornadas de lluvia fue un regalo, en cualquier caso; nos permitió estudiar la vía a recorrer. Eckhard nos dio sus croquis del Eiger antes de desaparecer bajo la lluvia, tan detallados que sólo podía significar que ya lo había escalado.

—Si Justo estuviese aquí me preguntaría por qué necesito hacer esto, seguro —Silverio recordaba una vez más a su amigo—. Y yo le contestaría que no todos somos una patata. El muy infeliz es feliz enterrando las manos en la tierra y cuidando las plantas, ¿sabes? —Sé que lo envidiaba por eso.

Mi primo y yo hablábamos en nuestra tienda la segunda noche, cuando escampó y se decidió que tras cuatro horas de descanso empezaría todo. Con un claro de luna resaltando el monstruoso perfil del ogro, de piel surcada por estrías y manchas de nieve, nos sentimos menos excitados. Empezamos a comprender dónde estábamos a punto de meternos.

—Si queréis hacer algo imposible —Distinguimos la voz de Eckhard en el exterior—, planead hacer algo aún más descabellado en el futuro, como coronar una montaña el doble de

grande que el Mont Blanc, por ejemplo.

Silverio rio. Eckhard sacaba lo mejor de nosotros. Convirtió los fantasmas del ogro en visiones de gloria. Era su don.

—¿Veis esos lujosos hoteles que erigen a contrarreloj? —nos preguntó al salir—. El alpinismo se está haciendo popular. La gente quiere volver atrás, a los orígenes, entreviendo que algo no marcha. Pero quieren hacerlo con comodidad, ya lo veis. Suben una colina y sueñan con rozar el cielo, pero en cuanto bajan vuelven a sus vicios, a colaborar en que todo siga funcionando igual. Igual de mal —Ambos asentimos a la par.

»No hacen lo que de verdad anhelan, permitiéndoles ser su mejor versión y mejorando así el mundo. Es por miedo —subrayó—. Toma mil formas, incluso la de la comodidad. Y la causa del miedo es la falta de confianza en sí mismos.

No queríamos ser unos comodones, queríamos cambiar el mundo, o algo así... y queríamos tener esa confianza. Por eso aguantamos estoicos los disciplinados ejercicios diarios que Eckhard proponía. Conocíamos las bondades de preparar el cuerpo para la montaña, pero él iba más allá. A los juegos de treparlo todo, añadía otros de equilibrio e infinitas series de ventrales, dominadas, sentadillas, flexiones... hasta asegurarse de que cada uno de los músculos lo había dado todo.

Una semana no fue suficiente, empero, para forjar esa confianza. Salimos a por el ogro intimidados. No habíamos escalado nada así antes. Claire y sus amigos usaban material y técnicas para progresar por paredes enormes. Aprendimos rápido, y desde entonces nos habíamos comido buenas trepadas en paredones durante toda una jornada, pero escalar ese monstruo tomaría al menos dos días. ¿Dormir en la pared? ¿En una fría y oscura cara norte, en otoño?

Goswin dijo no encontrarse bien y nos despidió en el campamento. Miraba al ogro, desde la distancia, como la luna.

El Eiger creció con cada paso que dimos hasta sus pies. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando busqué la vía que seguiríamos. Delante, y sobre mí, esa pared lo ocultaba todo. Pero la encaré. Puse mi mano en la roca y escuché. Me costó aquietar mi interior porque sentía las miradas de Amanda y Eckhard. Charlaban distraídamente, pero sé que me analizaban. Tuve la impresión de que estábamos a prueba.

Escuché la melodía del ogro. Comenzó ruda y fría, sentí mi cuerpo más tenso aún que en ese momento, pero tuvo un final que me aligeró. «Todo va a ir bien», me di alas.

La escalada comenzó de forma delirante, desde antes del primer paso. Mi primo y yo nos encordábamos mutuamente cuando Eckhard y Amanda empezaron a subir. Sin cuerda.

—Prefiero ir solo —dijo él—, sin comprometer a nadie.

—Y sin que nadie te comprometa —puntualizó ella.

No acababa de entender el tipo de vínculo que tenían, pero sí que iban encordados. Había una tensión entre ellos, invisible pero sensible. Silverio ofreció a Amanda unirse a nuestra cordada, pero lo rechazó.

Ambos subían ligeros, con un equipo muy reducido guardado en pequeños petates. Iban elegantes, con sus pantalones de cuero y gorros de lana cardada. Si no fuera por esos piolets que sobresalían por arriba, a pesar de ser algo más cortos y curvos que los nuestros, bien podrían haber pasado por unos de esos “turistas ingleses”, como Eckhard llamaba a los alpinistas entre los que veía el rostro de Alastair.

Por el contrario, Silverio y yo cargábamos con mochilas gruesas y pesadas, como cangrejos ermitaños vanidosos. Una vez que sobrepasamos el primer tramo de roca desnuda y empezamos a

tener que escalar con cuidado, tuvimos que alzar los bultos por cuerda, ralentizando el ritmo del grupo.

Eckhard nos señalaba las mejores manos, nos advertía de las zonas más expuestas y, sobre todo, se entretenía limpiando la vía. Además de hablar con Amanda, algo tenía que hacer mientras tratábamos de alcanzarlos. Después de facilitar una cuerda fija tras superar una fisura difícil, pude verlo picando con ahínco en el primer campo de hielo. Paso a paso. Hacía saltar la nieve helada con saña antes de machacar el boquete abierto con los crampones, creando escaleras perfectas.

Limpiaba para nosotros, tal vez también para Amanda; pero él habría subido sin parar. De hecho, no aseguró ningún paso. No vacilaba nunca, fluía. Bailaba una canción que nadie oía, pero que él conocía muy bien, por ser su compositor.

En cuanto nos acercábamos, ambos ascendían, rápidos y decididos. Eran extraordinarios. Incluso viéndolos en vivo costaba creer que alguien pudiera moverse así, sin esfuerzo.

Silverio y yo no lo hicimos mal, sólo lo hicimos seguro. Nos entendíamos por el sonido más o menos agudo del repiqueteo al martillar los pitones, por la tensión de la cuerda y por el garbo de nuestros movimientos. Habíamos hecho escaladas más exigentes, pero no tan expuestas ni dilatadas. Así, pedimos la primera pausa algo antes de la media mañana. Dejé a los tres en la cornisa, fundiendo nieve con el hornillo de gas y descansando. Dándoles la espalda, me separé y saqué el cuerno hueco por el que solía orinar de pie, como un hombre más. Era sucio, y aparatoso, pero me encubría.

—¿Te la sujeto? —Amanda estaba justo a mi espalda. No me caí del susto porque estaba asegurada.

—Con nosotros no necesitáis fingir, nada —Eckhard sonreía apoyado sobre el hombro de mi primo—. Puedes ser tú. Es más, deberías ser exactamente tú, Kayah —Mi primo también sonreía, divertido y confiado. Lo miré, cabreada, preguntándome por qué les habría dicho mi nombre —Él no te ha delatado, tranquila —me leyó el pensamiento Eckhard.

—No, monada —soltó Amanda—, lo hiciste tú sola en aquella taberna de Zermatt, borracha perdida. Fue muy divertido: los Gentiles, el amor, la soledad... tus tetas... —rieron.

Me descubrí riendo con ellos. Y con ganas, de verdad.

Se me hizo extraño reír delante de alguien que no fuese Silverio, Claire o alguno de sus amigos. Pero me gustó. Confié y me abrí. Solté las vendas que me ataban y me desmelené. Eckhard lo aprovechó para pedirme que abriese el siguiente trecho: una vertical lisa e inescalable. Parecía como si el ogro hubiese sentido el picor de algún otro piojo como nosotros y se hubiese arrancado un pedazo de su piel de un machetazo.

Eckhard sabía que Silverio era mejor escalador que yo, y yo sabía que estaba a prueba. No me achiqué.

—Yo ir, pero si no saber seguir... —susurré a mi primo.

—Yo volver, y enseñar que poder conseguir.

Me descolgué una decena de metros y, pendiendo mi vida de un pequeño hierro montado en la roca, comencé a correr por la pared. Primero en una dirección, luego en la otra. Mis botas resbalaban a menudo, a veces sobre el hielo, otras sobre la piedra ennegrecida por la lluvia, y temía que la tensión de la cuerda se deshiciese en cualquier instante, pero gracias a la técnica del péndulo, aferré un saliente y tendí la cuerda fija.

Eckhard me elogió, con esa mirada clara que hacía voto de verdad, hasta que Amanda insistió en seguir.

Pasamos la jornada en aquel mar de roca antracita, salvo por el inseguro paréntesis de un segundo nevero encallado. Entonces el ocaso nos alcanzó. La tensión sostenida por todo el

esfuerzo debería habernos dejado agotados, pero cuando Eckhard nos silbó desde la repisa en la que pasaríamos la noche, sentimos que lo mejor estaba a punto de empezar.

—Descuida, Silver —le decía Eckhard tras asegurar los cabos de anclaje al muro y arrebujarse, al ras del acantilado—, el ogro se habrá sacudido la mayoría de las rocas en verano. Es lo bueno del frío: la pared se congela. Toma, que no te pase lo mismo —Eckhard sacó algunos frutos de la estación y una botella de vino de su petate, entre palmas de mi primo.

Una cena pobre, aderezada con riesgo de aludes y acompañada por una guarnición de granizado, en un comedor cuyo mobiliario se limita a una placa de roca helada no suena apetitoso ni cautivador; pero el sabor del instante en que sientes tu vida en otras manos con confianza, y cómo éstas te acompañan donde nunca nadie ha llegado... Eso es... grandioso.

Amanda y yo, a cada extremo de la repisa, protegimos el fuego que avivó la noche: el vino en la sangre de mi primo y las palabras en la boca de Eckhard.

—Una vez, en un país lejano ahora, escuché una historia —Eckhard estaba decidido a no dejarnos sentir el lento y frío paso del tiempo allí arriba—: Un guerrero se encontró frente a un monstruo de piel invulnerable. Le disparó una flecha que apenas pareció la picadura de un insecto. Cargó con la lanza, pero se rompió sin rasguñarlo. Su hacha se hizo trizas, como su espada. Menor efecto tuvo aún sus puñetazos y patadas. Entonces el monstruo, creyéndose ganador, lo alzó.

»“No cantes victoria hasta el final”, le dijo el guerrero, “cuando esté dentro de tus entrañas, te envenenaré”. La bestia rompió a reír y le preguntó con qué pensaba envenenarlo. “Con la verdad”, respondió el hombre —Eckhard inspiró—. Luchar más allá del final por, y gracias a, tu verdad.

La luz del hornillo me permitió mantenerle la mirada a Eckhard. Verdad. Su mirada era verdad, y era incómoda.

—La pregunta a hacerse es, amigos —continuó—, si la vida os dejara intentar algo que supierais que no iba a fallar, ¿de qué se trataría?

Amanda omitió la respuesta, él saltó su turno y Silverio, extasiado, habló de regresar con la cabeza bien alta, crear una escuela de escalada y enseñar a familiares y desconocidos.

—Eso está bien —Eckhard y él chocaron sus puños—, pero tú vales para algo mucho más grande, y lo sabes. ¿Kayah?

Me gustaría decir que conté mi vida, desde las raíces hasta ese momento, de forma calculada, buscando respuestas sobre los Gentiles, pero no fue así. Me vi en un monólogo sin siquiera darme cuenta, y de pronto, el recuerdo de mi tribu, de Alastair, el odio por aquella civilización y el vacío en torno mi hogar y los Gentiles desató un bélico, e infantil, deseo.

—Vengaría a los diferentes —seguí con garra—, a los desprotegidos, a los solitarios... a los Gentiles, a mí. Acabaría con los soldados —Mi primo me dio la mano bajo el manto escarchado, turbado por mi arrebató—. Mataría a la guerra...

—Yo traeré la paz al mundo —me cortó Eckhard—, sin derramar una sola gota más de sangre —El tono fue más frío y seco que el viento que nos batía. Lo sentí como una bofetada. Me sentí avergonzada, pero él se puso a reír con fuerza—. ¡Hablamos del mismo sueño, Kayah! Sólo diferimos en algo: no vamos a cambiar el mundo a base de leyes, y menos, a base de sangre, ¿no crees que ya ha sido demostrado? —sonríó—. Cambiamos cuando llegamos al convencimiento personal. La imposición produce sentimientos de sometimiento y desvalorización personal, rechazo y rebeldía.

Si escalar montañas era su aire, orar era su alimento.

—Para combatir la guerra, hay que saber interiorizarla —nos explicó—; distinguir el mal

que nos habita para vencer en la guerra más dura: la que libramos contra uno mismo...

—Antes apacigüemos al ogro, ¿sí? —saltó mi primo—. Por cierto, recordadme por qué elegimos la vía más difícil...

—En primer lugar, está la belleza —iluminó Amanda. Nuestra expectación creció con su silencio. Tras esperar y ver que se había quedado a media cuerda, pregunté:

—¿Y en segundo lugar?

—¡La necesidad! —rio Eckhard.

—¡Imperiosa necesidad! —estalló en carcajadas Silverio primero, y todos después. Eran unos locos, unos admirables locos. Y su maravillosa locura era contagiosa.

Esa noche tejíó una capa a nuestro alrededor. Nos unía y calentaba como si fuéramos uno. El viento no la desgastaba y tampoco se arrastraba por la tierra y sus asuntos, tan lejanos. Compartimos vida, cantamos, reímos; nos hicimos amigos.

Despertamos en un mar de nubes que lo ahogaba todo, anclados al casco de un barco que, vertical, parecía ir a pique. No me asusté; sabía nadar, y no estaba sola. Todo volvió a su sitio en cuanto nos sacudimos el frío y miramos a la superficie.

Con una visibilidad reducida pero suficiente, un viento moderado y unas temperaturas asumibles, nos elevamos. Una travesía bastante aérea nos expuso al vacío, siempre tan persuasivo, y no se me ocurrió otra cosa que pedir abrirla yo. Sentía como si flotara, necesitaba ascender, más, y con mayor urgencia. Volar como el humo hacia el cielo, sin obstáculos que lo puedan detener. Y así, antes del mediodía, habíamos traspasado la fisura de salida a la arista y hacíamos equilibrio sobre la reptiliana cresta del ogro.

Lamenté que la nubosidad nos impidiese las vistas, pero me alegré de estar ahí, y no camino a la India. Iba concentrada en apuntalar bien cada uno de mis pasos laterales, cuando Amanda perdió un crampón y resbaló. Silverio se lanzó por la pendiente de hielo gritándome. Sabía lo que tenía que hacer. Salté al otro lado de la arista y, conteniendo la cuerda, lo detuve. La habríamos salvado, seguro, si no hubiera sabido arreglárselas ella solita, claro.

—Tienes agallas —le dijo Amanda a mi primo mientras lo ayudaba a subir—, sólo te falta aprender a conservarlas.

—Y a conservarme —puntalicé, para regocijo común.

Unos minutos después estábamos en la cima, hincando los piolets lo más profundo posible, de rodillas ante Eckhard, que nos aplaudía de pie, con los nudillos en las caderas y las piernas abiertas, abarcando el mundo, en su elemento. Porque él era eso: roca, nieve, hielo y sueños; cimas. Tenía un cuerpo proporcionado con maestría, una musculatura cincelada con exquisitez, un ánimo siempre tan vital y esa cara de ángel... Desaparecido el moratón del ojo, no encontraba nada que lo apartase de la perfección. Parecía recién caído del cielo, que la vida no le había hecho pasar por ningún apuro en la tierra...

—¡Bravo! Habéis hecho historia —brindó Eckhard—. Pero, decidme, ¿por qué creéis que nadie ha hecho esto aún?

—Que nadie ha declarado haberlo hecho, querrás decir —señalé lo obvio: ambos conocían la cima.

—Porque ni se imagina posible, Kayah. Para la inmensa mayoría de ahí abajo esto es imposible para un ser humano —se contestó Eckhard—. Pero estáis aquí. ¿Por qué?

—¿Porque somos especiales? —preguntó mi primo, aparentando que bromeaba, pero ansiando la respuesta.

—Todo el mundo se cree especial —contestó Amanda.

—Pero pocos lo son... como ellos dos —resolvió Eckhard. La respuesta me contrarió casi tanto como me gustó—. Perteneceis a algo mucho más grande. Bajemos, tenéis que ver algo —zanjó, antes de lanzarse abajo a zancadas a preparar las cuerdas para los descuelgues.

Silverio y yo nos miramos. Sus ojos lo iluminaban todo, a falta del sol que se escondía. Reímos, chocamos nuestras manos enguantadas y nos abrazamos.

—Tampoco os lo creáis demasiado, ¿eh? —Amanda nos miraba desde su escultural altura—. Eckhard trazó esta ascensión y dejó ciego de ira al ogro con tan sólo dieciséis años. Y lo hizo solo —Sonríó, nos guiñó el ojo y se lanzó tras la leyenda que nadie llegaría a conocer.

El paraíso de los Klimbahim

Aquellas páginas contenían toda mi historia. La raíz de la que habían salido mis raíces, el pasado que aclaraba mi presente. Todo estaba escrito en las hojas del cuaderno carmesí.

Cuando, poco antes del atardecer, acabamos de descolgarnos hasta la base, nos llevamos una inesperada sorpresa. Un pequeño tropel nos aguardaba. Alpinistas en su mayoría, a juzgar por su aspecto. Entre ellos sobresalía, en estatura y estruendo, Goswin, quien se lanzó hacia nosotros entre alabanzas y aplausos, animando también a los demás a acercarse.

Se había pasado los dos días pregonando a los cuatro vientos la proeza que estábamos realizando. Posiblemente fue su rostro noble lo que hizo que, pese a lo delirante de siquiera intentar algo así, y la nubosidad que impedía corroborar nada, uno a uno, los montañeros y otros curiosos se le uniesen.

—¡Han escrito la historia de esta montaña! —azuzaba a sus oyentes—. ¡Habéis hecho historia! —Se lanzó a abrazarnos, pero Eckhard lo detuvo.

—Lo siento, amigo —le dijo, y mirando al gentío, apesadumbrado, añadió—: Amigos, superamos la mitad de la montaña, nada más —suspiró, alicaído—. Lo dimos todo, pero llegado a un punto, fue imposible continuar. Damos gracias a Dios por seguir con vida, apenas nos quedaban fuerzas para bajar —Una a una, todas las personas allí apiñadas se fueron. Le creyeron, incluso Gos. Por poco le creo yo.

Eckhard no dijo una palabra hasta después de cenar, a la lumbre de una generosa hoguera, en nuestro modesto, pero entonces, más que nunca, grato campamento; algo iba mal. Cuando su humor se veía alterado nos afectaba a todos, sin decir nada, como un eclipse distante que todo lo oscurecía.

—Creí que habías entendido que no era esta la grandeza que buscábamos, Goswin —dijo al fin Eckhard. Lo hizo con tono templado, apagado, pero me dio la impresión de que sus palabras aún desprendían ascuas.

—¡Oh, vamos! En los últimos cinco meses han caído varias cimas vírgenes, pero no has querido declararlas —dijo Goswin—. Decías que había algo “mucho más grandioso”, vale... pero

se nos acaba el permiso vacacional, debemos volver a Dresde, y todos esos sueños han quedado en nada...

Amanda le pasó una espereta con una costilla ensartada a Gos con una mano y los vasos de sal y pimienta con la otra. Quería callarlo, pero por la forma en la que esperó la respuesta de Eckhard, deduje que sus pensamientos eran similares.

Toda la alegría e ilusión vivida en la cima sabía a cenizas. Silverio y yo nos miramos, no necesitábamos hablar en castellano para saber qué pensábamos sin que nos entendiesen. No queríamos regresar, no así. No queríamos separarnos de ellos, no sin descubrir lo que sabían de los Gentiles.

Tras unos segundos Eckhard se levantó, sin hablar, y se fue a su tienda. La noche se hizo más sombría para todos, y el silencio más violento. Íbamos a recogerlo todo, cuando regresó a nuestro lado, con algo en la mano.

Era un cuaderno de cuero. Cuando Eckhard se sentó Amanda y yo, pude ver lo raído que estaba, así como su entintado carmesí. Ese cuaderno tenía tanto que decirnos...

—¿Es el cuaderno de tu padre? —preguntó Amanda.

—Mi historia está escrita en este cuaderno —Eckhard contestó tan rápido que pareció no escuchar la pregunta—. Y también la vuestra, Kayah y Silver, así como la tuya, Amanda. —Nos miró uno por uno—. Puede que incluso la tuya, Goswin. La historia de nuestros ancestros, *Los primeros*; quienes no tuvieron cuadernos llenos de textos que probasen quiénes eran y qué habían venido a hacer a este mundo.

Frente a mí, Gos se agitaba en su tocón de leña.

A la trémula luz de la hoguera, Eckhard abrió el cuaderno para nosotros. No es exagerado decir que fue como si nos abriese su corazón. Aquel ajado libro guardaba el sentido de su vida. En él había atesorado una colección de artículos y noticias en diferentes idiomas, pero con un solo tema: nuestros Gentiles, les Joutons, the Climbahi. Ese cuaderno era la enciclopedia ilustrada que tanto habíamos buscado.

—Pocos investigadores sellan el origen —empezó—, pero todos afirman que, en cualquier cultura, aquellas figuras que se distancian del ser humano en talla y capacidades como fuerza, resistencia, agilidad o clarividencia, y, sobre todo, que, sean ensalzadas en un principio o no, acaban siendo despreciadas y desmembradas, eran Climbahi. Climbers of the High, como atinaron a llamarlos los ingleses.

Pensé en cuánto le gustaría ver ese cuaderno a Alastair.

—Primigenios, titanes, gigantes, hijos bastardos de los dioses, espartanos o Amazonas antaño —explicaba—. Gentes hoy oprimidas entre los que hay aborígenes con poderes sanadores, monjes iluminados, mesías, hombres-bosque —Los ojos de Eckhard volaron de Silverio hasta mí—, chamanes de gran intuición en las Américas... Todos con un poder por el que fueron y son manipulados, perseguidos y, casi, extintos. Un poder que no es para la guerra, para doblegar a los demás; sino que anhela la paz, elevar a cada uno de los seres vivos.

Eckhard leyó, y tradujo cuando fue necesario, la mayoría de los recortes. Muchos eran testimonios que habían pasado de generación en generación, de boca a oído; podían no tener credibilidad, pero mi corazón latía con más fuerza cuanto más oía. Se estremecía bombeando verdad y odio, verdad y odio.

—Esta es la historia que nunca debió escribirse —dijo Eckhard, y girándose hacia Goswin, añadió—, y es, también, la razón por la que no podemos mostrar nuestra naturaleza tan descuidadamente, amigo. Existen personas que buscan el poder que poseemos, con más ahínco que nunca.

Los siguientes escritos estaban firmados por estudiosos de la medicina. Doctores de diferentes países y especialidades coincidían en que, en el presente, existían unos pocos sujetos con pulmones mucho mejor adaptados para habitar altitudes elevadas y con unos músculos y tendones mucho más largos, gruesos, fuertes y resistentes de lo normal en brazos y piernas. Su sangre era distinta, como sus huesos. Eran especiales, y los buscaban. Querían estudiarlos, aprender de ellos; usarlos.

—No hablan de atletas que moldeen su cuerpo entrenando, sino de personas que nacen así, y que, por encima de todo, escuchan la voz de la montaña, llamándolos —aclaró Eckhard—. Montañeros de lo imposible, nos llaman, pero saben quiénes somos. Somos los descendientes de los Klimbahi, los que ascienden lo imposible, ¡los Klimbahim! —Eckhard se puso en pie, imponente; un dios con el fuego a sus pies y sólo las frías estrellas sobre él—. Somos los que escuchan la llamada y saben ya cómo usar su poder. Nuestra existencia y encuentro no es casualidad, amigos. Algo grande nos espera.

—El Ogro era grande... —se excusó Gos, fastidioso.

—Sería insuficiente —le interrumpió Amanda—. Algo así no llamaría la atención más allá de Europa.

—Siempre has sido la más inteligente, Mandi —aplaudió Eckhard—. Si queremos hacer saber la verdad enterrada, y demostrar cuánto podemos aportar para mejorar el mundo, debemos mirar más allá. No somos los únicos descendientes —Puso sus manos en mi hombro y en el de Amanda—. La historia ha estado cerca de tener un mal final, pero aún no se ha acabado de escribir. ¿Y sabéis qué? Vamos a darle el mejor final —Ninguno tenía la más remota idea de a qué se refería, pero sólo Gos contuvo la sonrisa.

»Para eso, queridos amigos, necesitamos una conquista mucho mayor. Una que haga soñar a toda la humanidad, y que después, la despierte a todo su potencial.

Comenzamos a soñar a lo grande.

Y creímos despertar. Despertar ante nuestro destino.

—La raíz no tienen fin, ¡es como dijiste, prima!

Me alegraba tanto de haber seguido mis raíces, hasta las profundidades de la tierra. Sabía quién era: una Klimbahim. Los ojos de Silverio brillaban más que el día en que salimos del pueblo, dispuestos a cruzar los Pirineos en busca de pruebas sobre nuestro linaje; pero aquello parecía un juego, ahora que Eckhard nos había informado de los más de 3.000 kilómetros que nos separaban de nuestro misterioso objetivo.

—Vosotros estáis a más de mil kilómetros de vuestro hogar —nos recordó Gos—. ¿No decíais que apenas tenías dinero para regresar y montar algún negocio?

—Kein problem! —zanjó Eckhard—. Hay una fortuna esperando ser bien invertida, ¿verdad, Mandi? —le clavó su sonrisa. Ella no la aguantó y bajó la mirada—. Verás, Goswin, todo gran logro incluye pasión, fe, coraje, y sí, también dudas, pero darles más peso a éstas lo hará más agotador. ¡Confía!

Al día siguiente emprendimos el camino de regreso a su Dresde natal. Los seguimos a ciegas, confiando plenamente en su caminar; aunque tan peligroso es dudar sobre cada paso que damos, como no hacerlo sobre ninguno.

Goswin no parecía muy convencido de pedir un nuevo permiso para ausentarse otro medio año o más del hospital, y Amanda evadía con rudeza todo lo relacionado con la aventura que nos esperaba, pero Eckhard parecía tan seguro.

—Creo que no fuimos de vacaciones a los Alpes —me confesó Gos en la cubierta del tren

que nos aparearía en su ciudad—, creo que fuimos a buscaros. Que Eckhard había oído sobre vosotros y quería saber si podía sumaros a esa loca empresa de la que habla. Se cree superior... ¿no te parece?

No respondí. El tren rodeó una pequeña laguna llena de patos y fochas y me vino la imagen de un patito, negro y feo. Eckhard me había contado esa historia. No se sentía superior, se sabía diferente; un cisne. Yo me alegraba de que me hubiese encontrado, por fin, y me hubiese mostrado mi aspecto real.

Pasamos algo más de un mes alojados en la villa familiar de Amanda. Era una villa inmensa, llena de polvo, eco y vacío. Su madre había muerto un año atrás, en esas fechas de adviento. El padre ya llevaba años viajando de un lugar a otro de la Confederación por motivos laborales antes, pero desde la muerte de su mujer, de la que culpó a Amanda por no dejar su trabajo y estar a su lado, no se le había vuelto a ver allí.

La navidad, sin embargo, es como una soga para atrapar reses; marcada la fecha, tira con persistencia de los corazones huecos hacia la promesa del lugar en que alguien los acogerá: el hogar, aunque yazca bajo las ruinas de tiempos consumidos.

El esbelto doctor Messner regresó justo a tiempo para sentarse a la cena de nochebuena con su hija, y para su alegría, con el buen partido de Goswin Oppenheim. Se mostró muy interesado en Silverio y en mí, pero su cara se congeló cuando Eckhard volvió de escalar. No se auguraba una noche de paz. Dejamos a los Messner y nos fuimos a la casa de Goswin.

—Lo acogieron con diez años, cuando lo encontraron vagando por el bosque, roñoso y desnutrido como un salvaje. No te ofendas —Al calor de un caldo, con Eckhard dormido, Gos me contaba al fin algo sobre sus vidas—. Eckhard no tenía nada, ni a nadie, y el doctor se lo dio todo.

»Eckhard halló un mentor con quien aprender mucho sobre medicina, ¡y junto a Amy, además! —suspiró—, pero acabó echando al traste todas las oportunidades que le dieron. Todo por escalar. Todo por las montañas.

—No aceptó el camino que el doctor había trazado para él, ¿por eso le guarda rencor? No es justo —sentenció.

—No es tan sencillo. Verás, Amy también empezó a obsesionarse por las montañas. La he visto crecer, ¿sabes? Puedo asegurarte que cambió, y mucho. Durante los nueve años que compartieron casa, seis en la villa y tres en nuestra residencia de medicina, carrera que Eckhard dejó inconclusa, por cierto, ella lo siguió a todas sus escaladas, en el bosque y más allá. Su rebeldía sólo se atenuó cuando su, “ídolo”, desapareció.

Goswin dejó el tazón sobre la mesa, llena de bártulos, y se acercó a la ventana. Su piso seguía tan desordenado como el día en que regresó. Decía que era por falta de tiempo, pero todo el material de montaña estaba empaquetado y guardado.

—Lo pasó fatal dos o tres años —siguió, con la mirada perdida en las calles vacías—. Sólo mejoró cuando comenzó a recibir las cartas de Eckhard; hablaban de viajes y montañas, nada más; pero las escribía él. No se te ocurra preguntárselo, pero juraría que si Amy rechazó la oportunidad que su padre le consiguió para trabajar en un prestigioso hospital de Berlín, fue por miedo a no estar aquí si algún día él regresaba.

»Y regresó. Justo cuando mi escalada hacia el corazón de ella empezaba a dar frutos, regresó. Cuando ya veía nuestras raíces y flores, aquí, seguras; regresó y nos arrancó todo.

Se lo llevaba todo consigo, eso es cierto. Era un tornado. Pero no arrancaba nada, ese era su don. Nadie se fue obligado. Tampoco nosotros. Si para año nuevo ya jugábamos a entrar y salir

del Reino de Prusia y el Imperio Austríaco en dirección al Imperio Ruso, nadie pudo decir que fuera por él.

Amanda zanjó bruscamente la relación con su padre, se retiró del servicio médico, tomó parte de su enorme fortuna y le dijo a Eckhard que estaba preparada para seguirlo. Silverio y yo nos alegramos de reemprender la marcha y Gos... Gos se dejó convencer por mi egoísmo de que, si quería a Amanda, lo mejor sería acompañarla.

Todo se había precipitado un mes antes de lo estudiado, pero fue mejor así, sin perder más tiempo tratando de sonsacar datos sobre nuestro objetivo, la montaña que duplicaba el Mont Blanc, ni pensar demasiado en los riesgos del viaje.

Eckhard demostró que sabía moverse por el mundo. Por este gigante y cambiante mundo que no dejaba de maravillarme, y asustarme. No sólo conocía algo de cien lenguas, sabía de costumbres de cada pueblo, reconocía el tipo de persona que tenía delante y de qué y cómo podía hablar, olía el peligro y falsificaba cualquier documento de forma impecable.

Tres duros meses de invierno y un guía de hielo nos alejaron de los Cárpatos y las tibias tierras del sur por temor al Imperio Otomano y nos metieron en el mar de Azov; y un mes de primavera y un guía reverdecido nos fueron revelando la magnífica cordillera del Cáucaso hasta dejarnos a los pies del Mangitau, “la montaña por encima de miles de montañas”.

Era un coloso. Deseé que Alastair hubiera pasado por allí en su camino a la India, porque Eckhard nos había llevado hasta ella llamándola la cima del mundo, y eso significaba que sus sueños del Himalaya se licuarían como las nieves bajas.

La víspera del ascenso, tras comprobar el buen estado del material tras más de 3.000 quilómetros de transportes, y ratificar que apenas habíamos perdido dinero, Silverio y yo reíamos. Todos estábamos aclimatados y en muy buena forma física. Y aunque aún no habían aparecido, Eckhard nos había confirmado la asistencia y cobertura de la gesta por la prensa. Regresaríamos a Eguino habiendo hecho historia, con más dinero y, lo más importante, sabiendo quiénes éramos.

—Nuestra hazaña llegará al mundo entero, prima. Sabrán todo de los Klimbahim, que encontrarán su lugar, sin más persecuciones, ni conflictos, ¡seguro! ¡Ya lo veo! —abrió tanto los ojos que tuve que mirar en esa dirección—: nuestra escuela de escalada será también una escuela para la paz.

Mi primo fantaseaba a menudo con la reacción de su padre, Arcaich, ante “nuestra exitosa aventura”, pero, poco a poco, diría, fue quitándole importancia. Eckhard le transmitió la importancia de estar orgulloso de uno mismo, en primer y casi único lugar, y cada día parecía más resuelto.

Tres etapas de plácido ascenso después, con unas condiciones ideales, todos alzamos los brazos en señal de victoria; habíamos dado cima al mundo.

—¡Un momento! —salta la vieja—. ¿A qué vienen estas prisas? ¿¡Habíamos dado cima al mundo!? ¡Vamos!..

—Yo elijo lo que te cuento, y cómo lo cuento, ¿recuerdas? —contesto irritada, y cansada. La cantera hoy ha sido dura como nunca. Sin melena que la protegiese, mi nuca sigue ardiendo, y mi espalda parece un tabique de ladrillos rotos.

—Sí, claro, tú eres la cuentacuentos —contesta, seca—. Sólo quiero decirte que me gustan los viajes, y las montañas.

—Pues no te preocupes, vas a tener una buena dosis.

A lo que iba: cansó, pero se suponía que era la cima del mundo; y ahí estaba yo, sudada, pero fresca, como Silverio, Amanda e, incluso, Gos. Fue más fácil de lo que esperábamos.

Ya desde abajo me costaba creer que aquella montaña, aunque extraordinaria, doblase la medida del Mont Blanc, pero ahí estaban las peculiaridades de los vaivenes en relación al nivel del mar. “Si no lo crees, no lo ves”, decía Eckhard. Y en ese momento la verdad se rendía en la cima a nuestros pies.

—Quitaos las gafas y mirad al este —pidió Eckhard. La combinación entre aquel pletórico sol y el campo de nieve que nos sostenía me cegó, como a los demás, pero seguí buscando algo—. Desde aquí tal vez lo veáis —nos susurró.

—El sol —se quejó Gos, jadeando—, nos deslumbra.

—¡Para eso escalamos! —dijo Silverio— Para elevarnos sobre el hielo, salir de la niebla ¡e iluminarnos con el sol!

—Exacto, Silver —Eckhard asentía—. Yo no lo habría dicho mejor. Vamos, ¿qué veis en el horizonte?

—¡Ahora lo veo! —exclamó Gos—. ¡Veo problemas! Otro de tus juegos, ¿verdad, Eckhard?

—El horizonte es un espejo. Tanto el que vemos, el de los mares y crestas; como el que no vemos, el de los sueños —Eckhard miraba hacia un espacio y un tiempo futuros—. Uno es real, pero si se acepta como un límite resulta estéril. El otro es una idea, pero si lo persigues, aunque retroceda, resulta fecundo. Lo que ves son tus capacidades y tus deseos, y tus límites, amigo mío —señaló a Gos.

Durante los meses del viaje había surgido alguna tensión entre ambos, pero el hecho de que Eckhard se mantuviese más distante de Amanda ayudó a que Gos no le hiciese demasiadas preguntas sobre el plan; en ese momento se arrepentía. Eckhard aprovechó el éxtasis de los demás para proyectar nuestra mirada y deseos más allá del horizonte terrenal.

—Allí delante, queridos Klimbahim —Eckhard agrupó a los cuatro en torno a él—, está nuestro paraíso. El lugar en el que la tierra y el cielo se besan. Las montañas del Himalaya.

Mi corazón dio un vuelco. “La morada de las nieves”, escuché la voz de Alas tan límpida como si estuviese a mi lado.

Eckhard nos explicó que pisábamos la cima de Europa, pero que nuestro verdadero objetivo estaba en la India. Él iría hasta allí, y nos alentó para continuar, todos juntos.

Gos se lanzó al descenso desbocado, engañado, y uno a uno, lo seguimos hacia el refugio. Varias horas después Gos era el último. Se quejaba de un intenso dolor de cabeza y mareos. Si no hubiera sido por la compañía y ritmo que Amanda le dio, no habríamos llegado a la cercanía del paredón de roca que recogía nuestro refugio cuando la montaña se partió, con un ensordecedor crujido, y desató la avalancha.

Con Eckhard a la cabeza, Silverio y yo corrimos hasta el paredón que redirigiría la embestida. Llegamos justo a tiempo para cubrarnos tras su denso abrigo, girarnos y ver desaparecer a Amanda y Gos al ser devorados por una cruel ola blanca.

Dones archinaturales

La ola de polvo blanco, aire y muerte había sepultado a Gos y Amanda y arremetía contra el paredón que nos protegía con más y más fuerza. Parte del torrente de nieve era reconducido pendiente abajo, pero la avalancha empujaba nuestra defensa, decidida a aplastarnos si no podía devorarnos.

La nieve en polvo sobrepasaba la altura del peñasco y empezaba a caer sobre nosotros. Alrededor sólo un rugido blanco, una nube que estalla en tormenta; hasta que tronó. No fue un crujido como el de la avalancha, ni tan lejano. Era el paredón, que, vencido, se inclinaba sobre nosotros.

“¡Corred!”, gritó Eckhard. Silverio lo siguió. Había más posibilidades enterrado que aplastado. Yo quería correr, pero no podía. Mis crampones estaban clavados en el hielo. Traté de descalzarme, pero mis manos heladas no me obedecían. Levanté los ojos y vi cómo la pared se cernía sobre mí, pesada, desalmada. Me quedé congelada, mientras todo se oscurecía.

Desperté de sobresalto, con los brazos en alto, tratando de sostener el peso de aquella pesadilla.

Ojalá todo hubiese sido un mal sueño, pero a la luz matinal que ya se filtraba por la lona del refugio, veía a Amanda a mi lado. Los vendajes de la cabeza estaban limpios, pero había otros cerca, ensangrentados. Seguía muy pálida, helada. Silverio y Eckhard debían de haberla cambiado y ya habrían reemprendido la búsqueda de Gos.

Para la montaña tal vez sólo fue un escalofrío, o puede que estornudase por el paso del invierno a la primavera, pero para nosotros desató un infierno blanco. Al principio no me lo pareció. Tardé varios segundos en empezar a correr hacia el paredón; parecía un espectáculo tan hermoso e inofensivo. La nieve helada era alcanzada por una capa de nieve en polvo que daba saltos, con lentitud, juguetona. Pero esa misma nieve se había llevado a Amanda y Goswin con frialdad y decisión.

La sensación de pérdida me dejó vacía. La ola me quitó el aire, y cuando cubrimos la pendiente, antes perfectamente lisa a causa del viento, y apelmazada y mullida irregularmente tras el alud, nuestra soledad sobre la nieve me arrancó el corazón. «¿Y si hubiera sido Silverio?», me torturé, «o Eckhard».

Gritamos sus nombres mientras bajábamos, pero sólo oímos nuestra agitada respiración. Paleamos aquí y allá, pero sólo había nieve. Cuando alcanzamos lo que parecían las puntas de la garra que nos los habían arrancado, volvimos sobre nuestras pisadas. Subimos hasta el paredón y volvimos a bajar. Barrimos el desnivel, arriba y abajo, en una marea agotadora.

Ya anochecía cuando, remontando la pendiente cerca de una arista, vi nieve roja. No era el tinte de las luces anaranjadas del ocaso, era sangre. La mancha se extendía por debajo de la arista, en una cornisa de precaria estabilidad. Pedí ser quien se acercase. Era la más ligera, y ya estaba encordada. Los chicos me dieron cuerda con la tensión justa por si caía al vacío.

Empotrada entre varias rocas y casi oculta por la nieve, Amanda yacía inconsciente. Sangraba por la cabeza. La sangre había corrido por su cabellera hasta fundirse con la nieve que la abrigaba. La desenterré con cuidado. La cuerda que la unía a Goswin estaba desgarrada. Me asomé al vacío, pero sólo vi hielo, roca y desaliento. Limpié alrededor, pero no encontré nada. Finalmente, pasé una segunda cuerda bajo sus brazos y, con cuidado, la devolvimos a terreno más estable.

Eckhard la examinó. Sólo presentaba el golpe de la cabeza y signos menores de hipotermia.

Silverio y yo seguimos buscando a Gos hasta que la noche nos obligó a parar.

La montaña se lo había tragado.

La esperanza puede ser un buen desayuno, pero es una cena pobre que te deja desvelado y con ardores toda la noche.

El calor del refugio, el olor del ajo y Eckhard despertaron a Amanda. Estaba algo desorientada, dolorida y atenazada por el frío, pero parecía no correr riesgo. En cualquier caso, Eckhard no estaba dispuesto a dejarla dormir en un buen rato, por temor a que no se despertase. Ninguno dejamos de hablar con ella, pero Silverio fue quien mejor la amparó, sobre todo cuando ella recordó que iba encordada a Gos y entendió que ya no estaba con nosotros.

Esa mañana, tras comprobar que Amanda respiraba con normalidad, salí a sumarme a la búsqueda.

Bajando por el paso que tanto habíamos pateado, descubrimos un agujero. Se había abierto hacia adentro, durante la noche. Volví a ser yo quien se asomó. Era una angosta sima, en el casquete glaciar. Un metro de nieve y tres de puro hielo llevaban hasta un pequeño descanso, antes de continuar su sinuoso y siniestro recorrido hacia unas entrañas azulinegras. Allí, contraído contra la pared helada, yacía Gos, congelado.

Su estado era crítico, pero Amanda y Eckhard coincidieron en que lo mejor sería descender lo máximo posible y hacer un nuevo refugio antes de tratar sus congelaciones.

No eran quemaduras por frío, ni ampollas en piel amarillenta y endurecida; era tejido engangrenado, negro, muerto. Calentamos las zonas afectadas con agua durante los dos días de bajada, pero no mejoró. Cuando el frío extremo lo ataca, el cuerpo reacciona rápida y drásticamente: concentra todo el calor en los órganos vitales y cede el resto al inflexible hielo.

Usamos todos los mantos, gas, alcohol y materiales de medicina, incluidos los de sutura. Resultaron cruciales cuando Gos asimiló que la decisión a tomar era perder cuatro dedos de las manos y seis de los pies o perder la vida.

—Dicho así parece que pierdo menos con la segunda opción— bromeó, desolado. El dolor se lo quedó la noche.

Gos superó aquella tortura, pese a la falta de ayuda en aquel paraje de humildes pastores. La tibia brisa colmaba sus pulmones, las infusiones le daban ánimo, la hoguera calentaba su cuerpo y las piedras ardientes le devolvían la firmeza a sus huesos. Gos se agarraba con fuerza a la vida, sobreviviría. “¿Sabéis que es lo mejor de subir una montaña?”, nos preguntó un día el convaleciente, “volver abajo”, guiñó el ojo.

Ninguno quiso hablar sobre el estado en el que quedaría Gos, ni sobre India. Lo primero era que Gos se reestableciera. Pero los días pasaban, y a pesar de que Amanda y Eckhard hacían cuanto estaba en su mano, parecía no ser suficiente. Nuestro amigo no acababa de tener buen aspecto.

“Vivir en armonía con toda la creación requiere una observación constante”, me había revelado Nahkohe en la niñez. “Si respetas y prestas atención, adquirirás un mayor vínculo con lo sagrado y, algún día, podrás transformar lo aprendido en medicina con poder místico para curar los males de otros, los males del mundo”. Entonces era una lakota cuyo vínculo con la creación crecía cada día, y le creí, pero en ese momento, después de buscar alguna planta sanadora o algún milagro en los alrededores, esas palabras sólo sabían a otra mentira más.

Ya habría pasado una semana desde que montamos el campamento abajo, cuando, durante

una fría tarde en la que Silverio tocaba la flauta apoyado en un alerce y Eckhard buscaba las plantas curativas que yo no encontré, metí las narices en la tienda de Gos. Arrodillada junto a él, Amanda posaba suavemente sus manos a lo largo del cuerpo del enfermo. No le tomaba el pulso, ni lo masajeaba. Tan sólo estaba ahí, presente, en contacto; paliando de alguna forma el dolor de Gos.

—Es su don —me sorprendió Eckhard por detrás—. Amanda no cura sólo con la ciencia, usa algo más. Sus manos transmiten el latido del universo, el manantial de la vida... Es una fortuna que también tú conozcas tu don, Kayah.

Con un ademán, Eckhard me pidió acompañarlo hasta la hoguera exterior. Tenía la mirada fija en el valle, del que se acercaba un pastor con la cabra que daría a Silverio como pago por haberle ayudado con su rebaño.

—Además de capacidades físicas superiores, los Klimbahim, tenemos otros dones. Lo sabes —me codeó—. Dones sobrenaturales. Archinaturales, más bien, pues elevan la unión con la naturaleza, los demás seres y con uno mismo al máximo exponente —Muy a menudo no entendía nada de lo que decía, pero nunca dejé de asentir ante lo indudable de su verdad.

»Sé de Klimbahim que pueden hablar con los animales. Otros pueden predecir con certeza el clima próximo. Conocí a uno que podía pasar una semana sin dormir, alimentándose sólo de luz y agua. Sé que Silverio puede escuchar a los árboles, las historias de los bosques; y sé lo de tu intuición, Kayah.

—Mira de qué le ha servido a Gos —contesté brusca, pero viéndome especial, dando por ciertas sus palabras.

—¿Además de poner mala cara, hiciste algo con el aviso que te dio la montaña? —me señaló. Tuve que callarme.

Él sabía secretos de mí que incluso yo desconocía.

—Ni se te ocurra preguntármelo —rio al poco—. Será mucho más divertido si descubres mi don tú sola —se explicó mientras yo me preguntaba, si, precisamente, su don no sería el de leer los pensamientos.

Aquella tarde Eckhard puso su cuaderno carmesí en mis manos. Nos había leído muchos artículos durante el viaje, pero nunca se lo había dejado a nadie. “Puedes leerlo”, me dijo, “tranquila, no hay prisa, pero que no vean que lo tienes”.

Pasé los siguientes tres días relejendo todos los escritos. La mayoría estaban en germano, inglés y francés, pero también había varios en castellano, como el que relataba el entierro de los Gentiles vascos por mantenerse paganos tras la llegada de Jesucristo. Más que abrirme a un nuevo mundo, superpuso una capa que unía con maestría realidad y fantasía.

Había varios dibujos de criaturas más y menos parecidas a los seres humanos. A veces desproporcionados, enormes, peludos, grotescos como simios monstruosos; otras veces, armónicos, esbeltos, etéreos, preciosos como ángeles.

Y había, también, dos cosas que llamaban mi curiosidad. Por un lado, el fotograbado de un hombre de mirada afilada. El primer plano convertía las rectas de su nariz, mandíbula, sienes y frente en un muro inexpugnable. La cercanía de la imagen no le quitaba nada de rotundidad, al contrario. Tenía el peinado de Eckhard: raya sobre el ojo izquierdo y mechones separados a ambos lados y hacia atrás, pero su cabello no parecía tan rubio, ni era tan guapo.

Por otra parte, si algo me llamó la atención, esas fueron las dos extrañas páginas centrales del cuaderno. Una desconocida y exótica escritura flotaba sobre lo que parecía una radiante montaña. Digo parecía, porque ésta era tan grande que en las hojas apenas se descubría su base y falda, dejando a la imaginación su tamaño y proporción. No entendí un solo carácter, pero tuve la

certeza de que era algo especial.

Amanda descansaba y mi primo cuidaba de Gos, bueno, lo atormentaba con los bloques de escalada que ambos debían solucionar en Dresde, cuando vi a Eckhard paseando fuera de la tienda. Caminaba muy lentamente, casi quieto. Me costó acercarme, parecía muy distante, pero necesitaba respuestas.

Cuando llegué a su lado distinguí en su mirada que no estaba haciendo aquel ejercicio suyo de caminar acompasando la respiración a los pasos lenta y serenamente. No, en sus ojos no vi la calma y las respuestas que solía reflejar. Vi tensión.

—Es sánscrito, la escritura de la India —me aclaró para con respecto a las páginas centrales del cuaderno, una vez reaccionó a mis preguntas. No dijo nada acerca de la foto.

—¿Y qué dice? —Tenía que ser algo esencial, lo intuía.

Eckhard se acercó al árbol que habíamos derribado y comenzó a estampar el hacha contra él. Haría falta más leña.

—Me la regaló un santo hindú... —respondió una vez hubo separado el tocón que convertiría en troncos. Antes de continuar, sin embargo, soltó el hacha y se acercó hasta mí—, Lo siento, no tengo la más remota idea de lo que significa —Menuda decepción. Aquella era la primera vez que se quedaba sin respuestas—, pero lo descubriremos. Tú y yo, Kayah —Y entonces, con gesto delicado pero firme, colocó su mano en mi pecho y llevo mi mano al suyo. Nos quedamos así, corazón con corazón, mirándonos—. Juntos, lo descubriremos.

—Bueeenooo, pues sí que te duró el recuerdo del que te daba alas... —La vieja se hace la indignada, pero calla pronto, quiere que continúe.

Todos los infelices se harían nómadas

—Los cuentos son como los abuelos: listos a abrazarte siempre, aunque apenas los recuerdes —Amanda no apartaba las manos de la pila de maderos—. Te envuelven con ese característico olor amaderado, te entregan su calor y te aseguran que todo tiene un buen final. Da igual cuántas vueltas y giros inesperados tenga una historia, acaba bien. ¡Siempre! —gimió.

Yo había desenmascarado a esos abuelos sin siquiera tenerlos, siendo aún una adolescente. Mentían. Y a medida que crecía como mujer, más claro tenía que jamás sería la abuela que abriga y esperanza a los más pequeños con mentiras.

Gos había muerto. Amanda y Eckhard hicieron cuanto pudieron, pero esa noche la vida de nuestro amigo se apagó.

Durante la pira del cuerpo, Amanda no dejó de llorar. No sabía que estuviese tan unida a él. Tal vez no lo sabía ni ella. He conocido a quien, viviendo junto a sus allegados no habría sabido describirlos, ni hacer un dibujo sencillo de ellos; pero una vez los perdía no podía dejar de recordarlos, de pensar en cuánto le habían aportado en el día a día. Silverio y yo tratamos de

arroparla, de arroparnos. Eckhard recibía los golpes de la vida igual que en la montaña: solo.

—Hubo un hombre, romántico, que captó de forma sublime la vida y la muerte, y los viajes que hacemos entre éstas, en ambas direcciones —Después de ver volar a Gos, y antes de irse, Eckhard únicamente recitó un poema.

»El alma humana es como el agua: llega del cielo, asciende al cielo y otra vez torna a bajar hacia la tierra, en cambio eterno —La llovizna se llevaba mis lágrimas y los berridos de un rebaño cercano ocultaban mis gimoteos. Antes de irse, añadió tres versos, de su cosecha, diría—. Sólo hay silencio y quietud, en la cima de la montaña. En el equilibrio de la paz.

La mañana arrastraba la bruma del valle con pesadez. Aunque cruzásemos el mundo y llegásemos a la India, y después escalásemos la montaña más grandiosa, ya no habría un buen final. Gos no estaría ahí, y con su ausencia, una parte del sueño, del cuento, desaparecería; pero nadie quiso abandonar. Todos aceptamos que los cuentos redondos no existían y nos expusimos a ser otra de sus imperfecciones.

—Gos no querría que abandonase —dijo Amanda. Mi primo y yo guardamos silencio. Silverio no sabía qué decir y yo no quería decir lo que sabía: Gos odiaba las montañas—. Mi reencuentro con Eckhard, y su invitación para compartir “la mayor aventura imposible”, no le entusiasmó, pero me dijo que mientras yo nunca dejase de hacer lo que necesitaba, él siempre me acompañaría; que eso era lo que más le gustaba de mí: cuando me entregaba a algo, era hasta el final.

No se engañaba, sencillamente había pasado todos sus años de amistad con Gos ciega, sin llegar a conocerlo a él, ni su amor hacia ella. La causa de su ceguera era la fijación hacia el sol de su infancia y adolescencia: Eckhard.

—No cuidé de mi madre y murió, he cuidado de Gos, pero ha muerto de igual manera... mi padre estaría orgulloso —susurró ella, justo antes de retirarse en dirección a Eckhard.

Fue entonces cuando sentí que, de algún modo, Amanda buscaba en Eckhard a su padre. Ambos seguían su camino, y le eran inalcanzables. La profesé lástima, pero guardé silencio. «Ella quiere seguir, ¿no?», dijo mi egoísmo. Yo quería seguir.

En ese momento no veía los más de 4.000 nuevos quilómetros que nos esperaban. No quería pensar cuánto tiempo nos tomaría el viaje, la aventura de la montaña y el regreso. Es más, ni me planteaba la posibilidad de no poder regresar. Al igual que mi primo, hacía como que Arcaich, Isabel, Justo... así como Xavier y Amalur, estarían vivos, y esperándonos.

Quisimos escribir a Marie sobre el Mangitou y el viaje al Himalaya, pero Eckhard nos pidió la máxima discreción.

Partimos. Eckhard delante, Amanda detrás de él, Silverio siguiéndola a ella, y yo sola, caminando para mí misma.

A juzgar por los mapas de Eckhard, para llegar hasta la India deberíamos cubrir un espacio similar a todo el que había recorrido desde que llegara al viejo continente.

Eckhard decía que sólo nos tomaría unos cinco meses si aligerábamos nuestro equipaje y tomábamos el camino más corto: cruzar el mar Caspio, el desierto de Turkmenistán y los pasos montañosos de Afganistán y Pakistán.

Anda por el buen camino...

Con las montañas del Cáucaso a nuestra derecha y los ojos mirando al este, siempre al este, avanzamos hasta dar con el Caspio. Un pescador aceptó encantado intercambiar hierro del material de montaña por los pasajes a la costa este, pero llegados allí, no quiso adentrarse en el

golfo que le señalamos.

Aquellas tierras no eran precisamente jardines florales, y aunque pudiésemos ver alguna rosa, estaría bien escondida en un páramo de espinas. Era su forma de sobrevivir. Acosados por los rusos al norte, los persas al sur y con los ingleses estrechando sus fronteras, los estados islámicos que cruzamos se blindaban en el polvo y la piedra; en el abandono al vacío.

Y había allí, sin embargo, un tesoro escondido. Durante los cuatro años que había pasado inmersa en la civilización me había convencido de que los lakota y otras pocas tribus de su territorio eran el último reducto de resistencia a esa evolución que imponía el hombre blanco, pero no era así. Asia me descubriría que el mundo es lo suficientemente grande como para encontrar el desencuentro entre mil pueblos.

Los rostros de aquellas gentes eran del color de su tierra, sus ojos, del de sus noches de estrellas. Los colores de las ricas alfombras que tejían eran más vivos. Su escritura parecía perfilar sus mezquitas, hogares y desiertos con el propio viento como tinta; pero su lengua, era como el chocar de las rocas.

Amanda y yo descubrimos muy pronto que podíamos recorrer esa encrucijada del comercio de la antigua ruta de la seda siendo mujeres, pero sólo si nos ocultábamos bajo telas y caminábamos detrás de los hombres, siempre.

Arrancarnos toda bandera no evitó que nos etiquetasen. Siempre había algo por lo que ligarnos a algún lugar: el color de la piel, el acento, los gestos... y así, con la sombra del ejército inglés a nuestra espalda, aniquilado en el emirato vecino de Afganistán pocos años antes, no recibimos ayuda alguna. Tuvimos que adentrarnos en el desierto de Gara Gum, las llamadas arenas negras, sin aquellos feos caballos: los camellos.

—Odio los desiertos —rabiaba yo, debilitada por tantos días de marcha sobre arcilla y dunas ondulantes.

—Ánimo, prima, yo imagino tus grandes llanuras así.

—No. Allí hay vida. Aquí sólo...

—¡Comida! —me cortó mi primo.

Ese arrebolado atardecer, Silverio, Amanda y yo dimos cuenta de una serpiente, sin saber ni importarnos si era venenosa o no. Eckhard, que mantenía su alimentación, o ayuno, libre de comida animal, se sirvió las últimas gotas de agua. Lo hizo con lentitud, como si así fuera a caer más.

—Mis padres conocían su origen Klimbahim —empezó Eckhard. Los tres dejamos de respirar para escuchar cada palabra que fuera a decir sobre su pasado—, no pensaban ocultárselo al mundo, pero cuando ella murió durante mi parto, en los brazos de mi padre, un agricultor que la asistió con todo su amor, pero ningún conocimiento, la comunidad empezó a señalarme. “Es demasiado grande, ¿cómo no iba a partirla por la mitad?”. Y a señalar a mi padre, “nunca ha venido a la iglesia, en su lugar va al monte, ¡a encontrarse con el diablo!”. “Son peligrosos” o “¡fuera, paganos!” fueron algunos regalos que mi padre recibió antes de irse de su hogar, a mis tres años.

»Desde entonces viajamos, sin más; vagabundeamos. Padre buscaba algo, y siempre lo buscaba en las montañas —Eckhard hablaba para sí, como si no estuviéramos allí—. Era el lugar donde encontraba descanso —aclaró, cuando al fin levantó la vista, bebió el agua y nos miró—. Me lo enseñó todo, hasta que poco después de cumplir mis nueve, mientras escalábamos, resbaló y encontró el descanso más largo.

—El hombre del fotografiado —afirmé. Él asintió, justo antes de volver a un mutismo del que sólo lo sacarían los *türkmen*, los nómadas que al día siguiente nos encontraron.

El corazón de Eckhard se me antojaba más inalcanzable que la montaña que buscábamos, pero tanto mi primo como Amanda, quien ya había visto alguna fisura en el muro helado que escudaba ese corazón, y yo, redoblamos nuestra cercanía. Silverio empezó a llamarlo Equi, del eusquera “Eguzqui”, sol; y nosotras priorizamos su bienestar al nuestro, “eres el guía”.

Él, a su vez, se volvió más cercano, y se esforzó más que nunca en traducirnos lo que podía y explicarnos cuanto conocía, como las costumbres de aquellos nómadas. Yo me alegré de no entender su idioma; porque sin la capacidad de entender las palabras, todo el cuerpo nos habla de forma transparente.

Bajo la orientación de los nómadas, que sin tener nada, tenían todo lo necesario para ser felices y ayudarnos, mis antiguas caravanas nómadas volvieron a pasar por mi corazón.

Ver a Silverio echar carreras a camello con los nómadas me recordó la vez que Chanku, quien, durante las caravanas solía fardar de su habilidad disparando el arco colgado de un flanco del caballo, una vez, al querer rematarlo haciendo una pirueta, acabó con la cabeza incrustada en una colmena.

De niña, cada vez que nos hacíamos al camino, me decía a mí misma que allá donde nos dirigíamos me esperaba mi destino. Nada me hacía creer tal cosa, sólo era una esperanza de la que me alimentaba. Ahora, por fin, era una realidad.

Salimos del desierto y nos adentramos en Afganistán por un cañón regado con los deshielos de las montañas que empezaban a rodearnos en su familiar abrazo.

Unas veces encontramos hospitalidad, otras nos persiguieron; nos robaron, y robamos... Pasamos penurias, pero en la marcha de las jornadas nos fundimos. Nuestras pisadas cada vez eran más próximas, y no era por temor al pillaje. En las comidas nuestros asientos eran más próximos, y no era por ansiedad o codicia. En las noches nuestros lechos eran más próximos, y no era por el frío. Los cuatro nos unimos más que nunca, como si aspirásemos a ser uno solo.

—Somos familia —me dijo un día mi primo durante el banquete que conseguimos ayudando a una familia cuyo carro había quedado colgando al borde de un barranco—. No sólo familia de sangre, tú y yo; los cuatro. Es como la comida: mira, debes agradecimiento a las alubias, las patatas y el trigo con que has crecido, pero si un día viajas y descubres alimentos y sabores que te hacen tocar el cielo, como estos, ¡no los pierdas de vista! —dijo antes de que Eckhard le llenase la boca con una especie de empanadilla rellena de verduras especiadas—. También somos, pues —deglutinaba—, esa otra familia, tan diferente a la natal, que nunca deberíamos perder de vista.

Nuestro olor a humo, sudor y sueños era idéntico el uno al del otro. La suciedad que nos cubría la habían dejado las mismas huellas del camino. Incluso el caminar era semejante: pasos acompasados desde el primero hasta el último. Éramos una tribu nómada en peligro de desaparición. Solo que no pensábamos extinguirnos. Éramos como ese patito feo que, entre cisnes, sentía ya la vitalidad que le daba la sensación de pertenencia. Éramos pura fuerza de empuje, fuerza de grupo, fuerza de juventud. Y, a su vez, era esa misma fuerza que nos envolvía, la que nos empujaba imparable en un flujo excitado.

Fue un viaje larguísimo, pero pasó en un suspiro. La intensidad de los días no lo marcó el paisaje, ni las amenazas, ni siquiera la montaña que nos esperaba; el verdadero latido del viaje se dio en nuestro corazón. En la forma en la que Silverio hablaba a Amanda o en lo que yo no lo hacía a Eckhard.

Porque al acercarme tanto al sol, comprendí la razón por la que Amanda quería quemarse: Eckhard no era perfecto, pero lo intentaba. Lo intentaba con todo su ser, y ese esfuerzo no era artificial; no pretendía ser nadie sino él mismo, en su mejor versión. Era como en la escalada o cualquier otra actividad: entrenas y entrenas más allá de lo que puedes, con la única intención de

llegar a dar lo mejor de ti mismo.

Me inspiraba. Me animaba a dejar de alimentar al lobo rabioso y a cuidar del lobo que quería entregar su grandeza.

Aprendí mucho de Eckhard prestando atención a su personalidad, fuerza de voluntad, independencia, flexibilidad o la pasión e intensidad con la que se relacionaba con los demás y con la naturaleza. Supe, sin embargo, disimular la obsesión que hacía crecer en mí y maquillarla con “La Montaña”.

Fue medio año en el que las montañas pasaron a serlo todo. El Himalaya aparecía en cada charla, en cada aliento. Era el mapa, la brújula y el horizonte; origen, viaje y meta.

—¡Bienvenidos a Indostán! —gritó Eckhard exultante el día que, tras sobrepasar un puerto montañoso, entramos en Pakistán—. Nos adentramos en la región que, conformada junto a India, Bangladés, Bután, Tíbet y Nepal, asienta las mayores maravillas creadas por Madre Tierra. ¡Mirad!, ¡Ahora sí! —Desde el norte y hasta donde la vista se perdía al noreste se desplegaba un mundo entero de roca. Virgen, puro, intocable. Mil macizos formidables alzaban sobre sus hombros nevados cientos de montañas de hielo, hacia el cielo, hasta el infinito.

—Es... —Amanda no sabía cómo describirlo.

—Grandísimo —trató de ayudarla mi primo.

—Abrumador —resolvió ella.

—Es fantástico —dijo Eckhard—. Nada como elegir una aspiración elevada, un propósito colosal, para obligarte a crecer y crecer a fin de poder encararlo.

Un solo latir

Nunca había visto un anacardo. Eckhard me pidió que lo pusiera en la palma de mi mano y pusiese toda mi atención en su tamaño, color dorado, forma arriñonada, peso y exótico aspecto, que apreciase las rugosidades de su superficie.

Sentí su textura, observé cómo la luz caía en él, lo cogí en toda su ligereza y me lo coloqué justo debajo de la nariz. Noté el aroma tostado que desprendía con cada respiración.

—Ahora llévalo a tu oído y frótalo, apriétalo; escúchalo.

Seguí sus indicaciones. Sin preguntarme qué tontería estaba haciendo, ni nada de eso. Ese anacardo era mi mundo. Lo era, hasta que lo aplasté con un “crac” atronador.

—Lo siento —me disculpé de inmediato, avergonzada por mi torpeza—. No quería...

—¿Te has dado cuenta de que el anacardo esconde más de lo que muestra? —me cortó, peinándose atrás. Asentí, no muy segura de que quería decir—. Es así con todo, Kayah. Siempre hay más de lo que vemos... Esos árboles, ¿qué ves?

Volví a Delhi, la India, el planeta Tierra. Volví a la polvorienta calle de nuestra humilde pensión, aledaña a unos jardines olvidados. Dos árboles se derrumbaban uno encima del otro. Sus ramas y cortezas se cruzaban y rasgaban entre sí.

—Un viejo matrimonio —contesté, en honor a la pareja *shudra* propietaria de nuestra renta. Eckhard rio, sólo un poco.

—Cuando las ramas se pelean, las raíces se abrazan.

Tal vez se debía al ruido ensordecedor de la ciudad, o a su ritmo vertiginoso, seguramente la suciedad y miseria agolpadas en cada calle también colaborasen; el caso es que el mes que llevábamos en la capital de la India me estaba matando. La ciudad era una gigantesca colmena llena de miel, y miseria. Me sentía drogada, como sedada de la tierra y de mí misma.

Desde que entramos al país a finales de septiembre por la recientemente britanizada región de Punjab, donde los tiroteos y las violaciones se daban a todas horas y en cualquier lugar, y todo se podía comprar con el soborno adecuado, tuve claro que no quería pasar mucho tiempo en estas tierras.

—*¡Pues menos mal!—La vieja se desternilla.
No puede parar. Sólo después de un rato empieza a perder gracia y apagarse,
como si acabase de destilar un mal chiste.*

Pero estábamos atados a la capital hasta que consiguiésemos el mejor cambio para el poco dinero que conservábamos y que los ingleses sí aceptaban, hasta que acabasen de fabricarnos el nuevo material para la montaña, y hasta que Eckhard lograra contactar con los Klimbahim que, juraba, nos esperaban al otro lado de la frontera nepalí. Así, al cabo del par de semanas en las que se dilató el mozn, me vi obligada, sin embargo, a admitir que esta tierra es especial, única.

Empecé a distinguir la fragancia de las flores que pendían aquí y allá tratando de descollar sobre el polvo y el humo. También el de las especias que no me trajeron recuerdos del pasado, pero que deseé volver a oler en el futuro. Aprecié la gracia que había en su luz y los vivos colores que hacía resaltar en los *saris*, en los abalorios o en la pintura de las estatuas. Me sorprendí vegetariana, gracias a la succulenta cocina.

India, tal y como Eckhard nos advirtiera, no defraudó. Él conocía bien el país. Ambos se parecían. Rostros de amigos y manos abiertas, pero tan difíciles de conocer en la profundidad de sus misterios... La misma intensidad, tan constante. Era inquietante ver cómo se relacionaba con las castas de los *Vaishya*, e, incluso, con los *Kshatriya*. No entendía cómo aceptaba que, mientras unos nacían sobre literas de oro, otros tuviesen prohibido mostrarse a la luz del día, como los *Invisibles*.

—Un enemigo es demasiado; mil amigos, insuficientes —decía—. Necesitamos usar a los poderosos para conseguir ayudar a los más débiles. Cada cosa a su tiempo, Kayah.

Tenía que confiar en él. Su visión y capacidad habían conseguido meternos en la India y decía tener bajo control la manera de cruzar la frontera que nos adentraría en el Himalaya: la frontera de Nepal, cerrada para los occidentales. Él sabía lo que había que hacer y estaba dispuesto a hacerlo. “Kein problem!”, repetía. Y nuestro guía demostró una vez más que los obstáculos insalvables no iban con él.

Alastair me había hablado de la colonización del país por parte de la Compañía Británica de las Indias un siglo antes, y de cómo la tensión no había dejado de crecer desde entonces. También me relató los estragos que la guerra del opio había dejado en el país pocos años atrás, cuando la Compañía, sin bienes que interesasen a China y en bancarrota a causa de las guerras napoleónicas, empezó a producir opio hindú y a traficar con él para poder seguir obteniendo té, seda y porcelana

china, lo que provocó la ira del emperador y más guerras.

Eran tiempos difíciles en un país difícil, pero Eckhard disfrutaba. O así nos lo parecía cuando lo veíamos elegantemente vestido reunido con las castas altas, en sus tejemanejes, o con los miserables soldados, trazando una red de contactos y favores para conseguir cuanto necesitaba a su paso. Sobre todo, sabía cómo moverse entre los soldados; ya fuese entre cipayos, indios al servicio del ejército de la Compañía, o entre “casacas rojas”, soldados británicos, como Alas.

No, no lo había olvidado. ¿Cómo lo iba a olvidar?

Lo llevaba dentro desde el Cervin, en el ascenso al Mangitou, y, especialmente, durante el viaje hasta allí. Su nombre no estaba en mis labios, pero su imagen seguía en mis ojos. Veía a Alastair en cada casaca roja que escondía un arma, desde Amritsar. Saber a qué violento mundo pertenecía no hizo que lograra arrancar su recuerdo de mi corazón.

Himalaya había ganado muchos significados: Eckhard, un sueño, raíces, familia... pero, en primer lugar, estaba vinculado a Alas. Lo había imaginado luchando por acabar una guerra, por devolver la paz y la justicia en la India. Imaginarlo entonces obedeciendo órdenes, como uno más de aquellos soldados sin corazón, me retorció un puñal en las entrañas. Traté de no verlo en cada uniforme, pero siempre era su rostro el que se giraba, me miraba y se reía.

—Los soldados son soldados con el mismo hierro y, aunque en distintas fraguas, con el mismo molde: obedecer —Silverio, que me conocía muy bien, trataba de apartar de una vez aquel desengaño—. Matar o perecer, prima.

Eckhard consiguió trabajo para mi primo en una obra de carpintería para el cuartel principal de la capital. Las pocas puertas que no se nos cerraron a Amanda y a mí daban a habitaciones demasiado oscuras. Nuestra tarea sería otra.

—Vuestra misión es crucial —nos dijo Eckhard—. Hoy llevaréis el almuerzo a Silverio. Yo estaré en el departamento de comercio extranjero con un pequeño grupo de inversores. Llevo todas estas semanas tratando de conseguir información sobre las últimas pesquisas acerca de la montaña más elevada, pero no logro un solo dato fidedigno —resopló. Después nos miró—. Donde yo he fracasado, vosotras triunfaréis. Id hermosas, pero a la manera hindú, y seguidme el juego —guiñó.

Me pareció una pésima broma del destino. Debía buscar la misma información que buscaba Alastair en un lugar que probablemente frecuentase. Pero jugué, jugamos. Me moví insegura, temiendo encontrármelo, pero una vez que Eckhard nos dejó a solas con los hombres más galardonados, buscamos la información lo mejor que supimos. Yo me valí de los consejos de mi querida Claire para sonsacarles la información, pero temo que mis mañas no fuesen nada fuera de lo normal. No logré nombres, ni rumores. Lo mismo le pasó a Amanda.

Los días pasaron, y con el dinero que traían las doloridas manos de Silverio y los sedosos bolsillos de Eckhard, conseguimos todo el material para la montaña. Sólo nos faltaba conocer el objetivo, la ubicación de la montaña.

Sí, me planteé preguntar por el oficial Alastair Robbins Pero ¿qué sucedería? Seguramente perdiese su buen recuerdo, tal vez perdiese a Eckhard e, incluso, tal vez perdiese la oportunidad de cruzar la frontera prohibida hacia el Himalaya. Mi primo sabía todo lo que pasaba por mi cabeza, y aunque no le gustase, sabía que podía tener en mi mano la brújula que nos señalase la montaña elegida, pero respetó mi silencio.

—Como me digas que después de ir hasta allí, de verdad no lo buscaste... —me increpa con garra la vieja, en pie.

Su delgadez se insinúa entre las sombras, acentuada, pero también me da la impresión de estar más alta, y fuerte. Eso, o no la observé demasiado bien cuando aún coincidíamos de día... Eso, o estoy demasiado colocada.

—Bueno, ¿jqué!? —levanta la voz, sin miedo a despertar a Rata, al parecer—, di de una vez si volviste a verlo, anda.

Sucedió el mismo día en que Eckhard trajo la carta.

La vida en Varanasi flotaba, cómoda, sobre la magia del Ganges. El dineral que Eckhard había conseguido —no sabíamos muy bien cómo— nos permitía vivir bien sin trabajar. Habíamos seguido el río sagrado hasta la ciudad como tantos millones de peregrinos, pero sólo porque nos acercaba a nuestra puerta a Nepal, y antes, a Bodhgaya, clave para Eckhard.

En realidad, nuestro líder pasó más tiempo en Gaya, como la llamaba, o en su camino, que con nosotros. Amanda y Silverio encontraron en una práctica llamada *Yoga*, una gran cantidad de posturas físicas y respiraciones que les supuso una nueva vía de entrenamiento. Les apasionó y obsesionó de tal forma que lo fundieron con nuestros ejercicios de equilibrio en cuerdas tensadas entre árboles, con los pasos intermedios entre las diferentes flexiones, ventrales, dorsales, lumbares... incluso empezaron a practicarlo de forma conjunta: uno encima del otro. Mientras uno levantaba en el aire y mantenía al otro con el máximo equilibrio y la fortaleza más calmada, el otro se dedicaba a volar, a moverse de una postura a otra lo más ligero y confiado posible. Era hermoso, y completo.

La confianza que se tenían el uno en el otro creció, así como la profundidad del modo en que se conocían y empezaron a forjar una profunda amistad llena de admiración.

Eso aflojó la tirante soga que unía a Amanda y Eckhard, y lo curioso es que fue entonces cuando la amistad de los cuatro se hizo más estrecha que nunca. Desde navidad, Amanda dejó de pisar sobre las huellas de él y dejó de perder el apetito por llenarle su plato. Eckhard se relajó. A partir de entonces fue más cercano aún, a todos, cuando estaba, claro. Mi primo desprendía cariño por cada poro de su piel, hacia los tres. Mirándolo, pensaba que tenía que ser imposible ser más feliz.

Yo era invitada a su *ashram* cada mañana, pero me sentía impar, y prefería la rutina de ejercicios que Eckhard nos había enseñado. Después del entrenamiento diario, por lo general, dedicaba mi tiempo a pasear por la ciudad. Seguíamos en la India, y el caos seguía reinando —salvo, tal vez, al amanecer, durante las cremaciones humanas en los *ghats*, frente al río—, pero había algo allí, escondido, que me llamaba y atraía.

Aún en la época fresca, tras vagar buscando la *pashmina* de auténtica cabra de Cachemira que mi primo quería regalarle a Amanda; cruce entre dos templos y me encontré con el *rishi*.

Digo *rishi*, que no *sadhu*, porque no era un santo eremita más de peregrinación por los templos. Era un vidente. Había visto centenares de “renunciantes” antes, pero aquel tenía un magnetismo propio, más allá de sus ojos y sus interminables mechones de miel encanecidos, de su piel; tan ajeno al tiempo.

Vestía de blanco y dorado, con telas algo raídas, y tenía un aro de hierro en cada oreja, pero a parte de eso su única propiedad parecía un tazón de madera que reposaba a los pies. Una raya de pintura blanca cruzaba su rostro, desde la coronilla hasta la nariz. Si tenía 40 años o 400, imposible saberlo.

Deseaba la intensidad de su mirada, poder transmitir yo también esa elevada señal para captar la atención de Eckhard. Y en ese momento, me miró y con un leve gesto me hechizó.

Avancé a zancadas y me arrodillé frente a él. “Namasté”, lo saludé y alabé. No contestó, y

apenas asintió, pero me sentí totalmente acogida en el interior de su mirada. No sé cuánto tiempo flotamos en la nube de incienso de sándalo, mirándonos, pero al fin, algo me susurró lo que había ido a hacer.

Me coloqué a su lado, limpié y allané la arena frente a él y dibujé, trazo a trazo, la palabra en sánscrito que tantas veces había visto en las dos páginas centrales del cuaderno carmesí de Eckhard. Tras tanto mirar aquella exótica escritura que flotaba sobre el dibujo de una majestuosa montaña, la había memorizado. Cuando acabé el último trazo, volví a arrodillarme frente a él, con la palabra levitando entre ambos.

Miró la palabra, pero su rostro permaneció impassible. No dijo nada. Pensé que me habría confundido o que no sabría leer, hasta que su mano se elevó, señalando al norte, al Himalaya. Levantó también la otra mano y fue acercando la una a la otra, pero no lo hizo siguiendo una línea recta, sino describiendo un terreno irregular. Montañas.

Sonreí, nos estábamos entendiendo. Poco antes de que sus manos se encontrasen, ambas se elevaron por encima de su cabeza, creando una gran pirámide. Tardó unos segundos en llegar hasta aquella cima. Después, sin separar sus dedos, bajó los brazos hasta que la cima se convirtió en la flecha que me señalaba. Y entonces, con gesto delicado pero firme, colocó una mano en mi pecho y con la otra llevo mi mano al suyo, exactamente igual que como lo hiciera Eckhard.

No podía creerlo. Eckhard me había dicho que no sabía lo que significaba la escritura, pero acto seguido había colocado sus manos igual y me había asegurado que lo descubriríamos, juntos. En realidad, hubo una cosa distinta. Con el rishi, durante el tiempo que logré aguantar la impresión, sentí que nuestros corazones se habían vinculado por completo, que latían juntos, indivisibles.

Silverio y Amanda me esperaban ansiosos. Eckhard había vuelto de su último viaje a Gaya, tenía algo que contarnos y no lo haría hasta que estuviéramos todos. La pareja tuvo que esperar un poco más, porque tan pronto vi a Eckhard lo cogí por la manga y lo obligué a seguirme hacia un descampado.

—¿¡Por qué me mentiste!?! —le grité, lo más suave que pude. Eckhard parecía confuso—. “Tú y yo, juntos” —dije, mientras imitaba el gesto de las manos en el pecho del otro.

Eckhard fue a hablar, pero dudó y calló. Toda la alegría que traía se había desvanecido. Miró a su alrededor. Una ligera bruma empezaba a adueñarse de la ciudad, aquella noche sería fría y húmeda, como la anterior, estábamos en navidad.

—La Montaña del Latido Único —Cada palabra tuvo su peso en plomo—. Esa sería la traducción menos traidora. Pocas personas conocen la leyenda a la que hace referencia, y menos aún en su versión original. No te he mentado, Kayah, tan sólo te he protegido de la verdad.

La leyenda, la verdad. Mi corazón retumbaba sin parar.

—“No puedo hacer lo que quiera, pero sí lo que quiero” —grité—, eso dijiste una vez, ¿lo recuerdas? Pues si de verdad crees en la libertad, ¡no me tengas presa en la ignorancia!

Después me giré. Deseaba que me agarrase por el hombro, por la muñeca, que me retuviese, pero no lo hizo.

No podía volver a nuestra casa con él, no así. Me lancé corriendo hacia un bosque cercano, sin mirar atrás; sin saber si sería capaz de aguantar su vacío un solo día más.

Trepé hasta los siete metros del ciclamor más alto y, viéndome sola, rompí a llorar, desconsolada.

—Cuenta la leyenda —Tres palabras, su voz, y la vida volvía a tener esperanza. Eckhard trepaba por una liana hasta mí—, que, cuando Madre Tierra era aún muy joven, la viva naturaleza

lo abarcaba todo. La vida impregnaba toda creación y la hacía crecer vigorosa —Hizo una plancha en la rama, caminó hasta mí y se sentó—. El agua más pura e infinitas especies de árboles, arbustos y plantas, de tierras y minerales, daban hogar y alimento a millones de especies de seres vivos. Todas escuchaban en su interior las canciones que Madre Tierra les cantaba. No había necesidad de luchar para sobrevivir, porque todos tenían cuanto necesitaban para vivir.

»Nadie necesitaba más de lo que había al alcance de su mano —continuó—, pero una semilla podrida penetró en algunos seres humanos, que empezaron a temer perder lo que tenían. Así, esos humanos no esperaron a que los árboles cayeran, los talaron. No se contentaron con comer lo que la vida les daba, sino que tomaron la vida de otros seres, los mataron. Dejaron de escuchar la voz de Madre Tierra en sus corazones.

Podía ver todo lo que Eckhard me contaba. Podía sentirlo, porque lo había vivido. Hablaba de la civilización.

—Sus acciones y lo que les hacían sentir los hicieron encoger. Compungidos, dejaron de ser gigantes —siguió—. Pero eso sólo hizo que tuviesen más miedo, y que actuasen de forma más abominable. Y lo que es peor, su ejemplo se extendió entre la mayoría de su especie e infectó, incluso, a otras muchas especies. Empezó la lucha por la supervivencia.

»Madre Tierra veía cómo aquel violento desequilibrio iba devorando el corazón de todo, y empezó a temer por el suyo. No descansaba. Los ávidos humanos le arrancaban la vida, todas sus creaciones. Cavaban profundo, ambicionando metales preciosos. Se adentraban en el océano, ansiando nuevas tierras que explotar y más seres de los que alimentarse.

Eckhard apretaba la corteza del árbol con fuerza, como sus mandíbulas. Fue la primera y única vez que lo vi llorar.

—Desesperada, Madre Tierra se introdujo en lo más profundo de la tierra. Se internó tan hondo que su aliento y gracia desaparecieron de la superficie. El mundo fue perdiendo el aire, la tierra fértil y el agua. Ella sólo tenía que permanecer agazapada un tiempo para que todo desapareciese, para volver a empezar de cero. Pudo purificarse, Kayah, pero no lo hizo. —Eckhard dio un largo suspiro. No supe si de pesar o alivio.

La bruma nos envolvía, muy atenta a la leyenda.

—Lo que hizo fue lo contrario —Eckhard sonrió—. Verás, Madre Tierra no podía ignorar todas aquellas vidas que verdaderamente sentían la dicha de su regalo. Desde las más inconscientes en su forma mineral hasta las humanas, pasando por las vegetales y animales. Su inmenso poder sólo desequilibraría más aquella situación, pero tenía una esperanza para que la armonía regresara.

»Expuso su corazón, Kayah, a pecho descubierto. Lo alzó hasta la cima de la última montaña, la más alta de todas. Aquella que sólo los seres humanos más rectos, los que aún conservasen su tamaño de gigante, Los Primeros, podrían ascender. Sí, era en ellos donde residía su esperanza. Corría el riesgo de que los insaciables lograsen llegar arriba y traspasasen su corazón, pero en su fragilidad entregó su poder.

»Porque termina la leyenda contando cómo, quien toque el Corazón de Madre Tierra unirá en un solo latir su corazón al de todos los seres vivos del mundo, y en ese estado de gracia divina, podrá expresar el deseo que llegue al mundo entero. Todas las criaturas lo escucharán, lo acogerán y harán cuanto esté en su poder para que se haga realidad.

“*Mitakuye oyasin*”, decían los lakota, “todos somos uno”.

Si hubiera escuchado la leyenda unos años atrás, o en la boca de cualquier otra persona, me habría parecido una bonita historia. Bonita e imaginativa, pero sólo una historia.

—Kayah, ¿entiendes lo que está en juego? —Tomó mi cara con ambas manos—. ¡La paz

mundial está a nuestro alcance! Sólo tenemos que ascender hasta la cima de la Montaña del Latido Único y expresar nuestro deseo, de corazón.

Aquella leyenda no era una historia bonita e imaginativa, aquella leyenda era la razón de mi existir. Porque la escuché entonces, después de tantas cimas y experiencias, porque la escuché en boca de Eckhard y porque reconocí esa montaña en la del sueño que me llevaba hasta el Gran Espíritu.

—Es lo que mi padre buscaba —me confesó.

—También mi madre —dije sin pensar, impulsada por una intuición. Si mi madre, Amalur, Madre Tierra, había viajado hasta América por alguna leyenda, tenía que ser por esa.

—Casi podemos escuchar el latir de Madre Tierra desde aquí. Lo lograremos, Kayah. Juntos —Se inclinó adelante, y me besó. Nos caímos de la rama, pero en el aire, me dio igual.

Llevaba un año esperándolo, pero no me lo esperaba. Cerré los ojos y volé. El péndulo que describimos gracias a la liana que Eckhard agarraba nos elevó tan alto que, embebida de amor, me pareció escuchar los latidos de Madre Tierra.

Tam-tam, tam-tam, como un tambor de mi infancia.

Ya en la tierra, bajo la sombra de esos árboles enormes, de fustes rectos y lisos como columnas majestuosas, con los últimos rayos de luz inclinados tratando de brillar entre la bruma y a través de las hojas como en las más bellas vidrieras, volví a ver con claridad cómo la grandeza y solemnidad de los mayores monumentos erigidos por el ser humano palidecían hasta desvanecerse frente a la gran creación de Madre Tierra.

—Sólo hay un templo de Dios —dijo Eckhard, leyendo mis pensamientos—: la naturaleza. Y, de igual modo, sólo hay un mesías: el corazón del Klimbahim.

Hay algo más que sopor en el silencio. Juraría que la vieja sigue despierta, pero, cosa rara, no dice una palabra.

Horizonte sin fronteras

—Insisto, no se lo cuentes a nadie —Eckhard no soltaba mi mano, ni apartaba su vista de mí, de vuelta a casa—. Ni a Silverio, Kayah —me descubrió—. Mira, has podido leer el artículo que dice que los vascos sois los últimos atlantes, los descendientes de esos marineros gigantes, geants, Gentiles, que tanto enseñaron al hombre europeo, incluida su primera lengua: el eusquera —Nos detuvo cuando pisamos las afueras; nuestro barrio—. Eso os hace más especiales aún. La sangre de Los Primeros es fuerte en vosotros. Silverio es increíble, pero si ya tenía ataduras que le dificultarían ir hasta el final si todo se complicara ahí arriba, ahora, enamorado de Mandi...

Miré al suelo y guardé silencio. Tenía que entenderlo.

—Quería contártelo desde el comienzo —Buscó mi mirada tirando suavemente de mi mentón con su índice y pulgar—, pero necesitaba estar completamente seguro de que, llegado el momento, tendrías una determinación absoluta.

—¡Ha llegado! —Eckhard soltó mi mano para entrar en casa sacudiendo una arrugada carta —. ¡Vaya!, qué olor a *garam masala*, cilantro, ¿crema de leche?.. —Oía a invierno cálido—. ¡Querida familia, he aquí nuestro pasaje al Himalaya! —Se veía exultante. Quise creer que nuestro beso tenía algo que ver.

—Pues no se parece demasiado a un pasaporte con un cuádruple visado para tan extraordinario acceso, señor Stein —bromeó Amanda, que se afanaba en la cocina con Silverio.

—¡Échalo al fuego, Equi! A falta del lujoso papel de los pasaportes para ahumar este succulento *malai kofta*, esas hojas servirán —se regodeó mi primo, codeándose con Amanda.

Fingir poco interés sólo sirvió para que Eckhard dejase la carta sobre la mesa del comedor y fuese a cambiarse riendo. El sobre estaba abierto, y deduje que él quería que mirase la carta. Así lo hice. Amanda y Silverio esperaban a que empezase a leerla, pero no pude. La carta estaba escrita en sánscrito. Ninguno podía leerla, ni siquiera Eckhard, que supiésemos. Pero, cuando volvió con nosotros, en mudas de cama, la leyó:

Honorable Shri Chaitanya Thass Mahaprabhu,

He recibido su carta con gran alegría, aunque temo, más tarde de lo que usted esperaría. Desde que regresara a Nepal he estado muy afanado difundiendo sus enseñanzas de monasterio en monasterio, es por esto que mi respuesta se habrá demorado. Lo siento hondamente.

En efecto, como suponía en su misiva, es un placer confirmarle que nuestros estudios y trabajo de meditación avanzan con fervor, gracias en buena medida a los consejos que me dio durante mis estudios en Bodhgaya. Puede descansar tranquilo sabiendo que, no sólo regresé a salvo, sino que afianzo la suave voluntad del budismo.

Quiero confesarle que, aunque añoraba el té con mantequilla de esta tierra, mantengo nuestro humilde ritual del chai, tal y como me lo enseñó durante esa primera semana de la luna nueva de Vaishâkha.

Namasté. Siempre agradecido,

Pasang Dorje Sherpa

El ambiente de humor dejó paso a nuestra perplejidad. “¿Desde cuándo sabes leer sánscrito?” “¿Has robado esa carta a un monje?”. Eckhard disfrutó oyendo nuestras teorías sobre cómo nos ayudaría ese mensaje, más irrisoria a cada cual.

—Fingía leer —río como un niño, como pocas veces—. Sólo recordaba lo que el abad de la pagoda de Bodhgaya, Chaitanya, que en realidad sólo es un mensajero, me ha leído.

»Conocí a Dorje hace cuatro años, en el 48 —siguió—. Él era un joven monje nepalí que gozaba de la inusitada suerte de poder realizar unos estudios budistas en el lugar donde Buda se iluminó. Al finalizarlos, y antes de regresar a Nepal, Dorje pasó por Varanasi, donde un servidor y otros dos Klimbahim buscábamos un salvoconducto a su país y...

Lo salvaron de un pillaje en un callejón de mala muerte, donde lo menos que habría perdido habría sido unas escrituras religiosas de inestimable valor. Pero no por ello los ayudó. No fue hasta que los amigos de Eckhard, un tal Vita y otro tal Mundwulf, pronunciaron la palabra “montaña” en plena discusión, que captaron toda la atención de Dorje.

Aquel monje había sido acunado por las montañas. Su primera leche y el blanco del Himalaya estaban tan vinculados como las águilas y la libertad. Nadie a su alrededor podría decir que soñase con escalarlas, pero se ofreció a guiarles arriba.

—Ya os contaré más —se cortó Eckhard, aburrido—, palabra, pero atended a lo importante

de la carta: Tenemos fecha y punto de acceso. Nos quedan entre 43 y 50 días para llegar a Darjeeling, al noreste, nuestra ruta en clave de “té”.

No nos contó nada más. No al menos esa noche, ni durante los días en los que arreglamos todo para nuestra marcha.

Nos despedimos de la humeante ciudad y sus vecinos, liquidamos el alquiler de la casa, reunimos y empacamos todo el material de montaña y nos dimos el lujo de contratar cuatro porteadores para ayudarnos a llevar todo hasta la estación de ferrocarril. El último atardecer se lo dedicamos al río santo.

La india hindú que había en mí improvisó melodías con la flauta de Chanku junto a un joven y su *sitar*. Amanda y Silverio, tras regresar de tramitar el envío de sus últimas cartas —al padre de ella, a los padres de él y a Justo—, se fueron a dar un chapuzón. Antes de sumarse, Eckhard, como de costumbre, se dedicó a observarlo todo, incluso lo invisible.

—El agua que bañará mañana este ghat viene del futuro —dijo mientras se quedaba en calzones para meterse al río y hacer una ablución—. El destino viene de las montañas —Se zambulló. Al carajo la profundidad de sus palabras. Si perdí el ritmo de la canción fue sólo porque aún no le había hincado el diente a ese cuerpo tan perfecto.

Ni lo haría durante los incontables trayectos en tren que empalmamos hasta llegar a Darjeeling, tres semanas después.

Fue un viaje largo. Nuestras espaldas no cargaron con el peso del equipaje, ni siquiera en las estaciones, donde, pese a nuestra negativa, siempre había jornaleros que al ver nuestro color de piel nos ayudaban a cambio de migas de rupia. No se quejaban tampoco nuestras piernas, pues en la mayoría de los trayectos fuimos sentados, pero fue un viaje muy largo.

Cumplir con el deseo de Eckhard sobre no contar nada acerca de la leyenda a Amanda y mi primo fue duro, más cuando caí en que Silverio tenía que ser la luna vieja del sueño y Eckhard la nueva. Ambos brillaban y me señalaban la cima de la montaña que habría de iluminarme, a mí y al mundo. Pero mucho peor fue callar sobre nuestra relación. Él quería que todo fuese cosa nuestra, un mundo secreto. Así, pasamos días y días en los trenes, apretados como granos de granada, pero sin tocarnos, separados por una incómoda pielecilla.

¡Habíamos llegado al punto de acceso! Amanda, Silverio y yo estábamos muy excitados. Habíamos logrado esquivar, engañar o sobornar a todos los agentes que nos habían pedido documentación y explicaciones por nuestra carga. Ayudó el hecho de que los ingleses hubieran convertido Darjeeling en su colonia vacacional. Había muchísimos militares, pero la mayoría disfrutaban de un retiro, inmersos en el espectáculo que la elevada altitud les daba y ajenos a esos cuatro extraños personajes y al calor que empezaba a sofocar el resto del país.

Después de que varios hindúes amontonasen nuestra docena de bultos y petates, mi primo y Amanda se abrieron paso entre algunos occidentales y un gentío hindú y corrieron hacia el mirador de la plaza alledaña a la estación.

—Mira alrededor, ¿qué ves, Kayah? —me dijo Eckhard.

Supe con certidumbre lo que él quería que yo observase. Un niño de rizos dorados mostraba a su padre recién llegado los primeros pasos que había aprendido a dar en su ausencia, una niña blanca trataba de entender qué decía el periódico que sostenían sus padres que fuera tan importante como para no mirarla mientras hacía una rueda lateral, y otro niño se relamía con un dulce *yalebi* mientras su padre recibía un abrillantado de calzado por un huesudo crío hindú. Tampoco se me escapó la familia indostánica, varios niños incluidos, que pasaba cargada de cestas repletas de hierbas, posiblemente, té.

—Si miras con atención es fácil verlo, ¿verdad? —dijo Eckhard—. Todo el mundo intenta adaptarse al mundo que encuentra, al que hay hoy. Para unos es más cómodo, para otros menos, pero rara vez se quejan. La mayoría no concibe que la vida pueda ser más armónica para todos, sin someternos mutuamente, separándonos por razas o castas.

—Hay, también algunos... —empecé, con Alastair en mente, pero con poca convicción en el corazón.

—¿Quién está dispuesto a hacer un verdadero sacrificio para cambiar las cosas, Kayah? —inquirió—. Tú. No te quites mérito, por favor —me dio la mano y se acercó—, porque es tu integridad y entrega lo que te hace tan sumamente preciosa —estiró la tela con la que me cubría el pelo y tapó mi cicatriz.

—¡Qué fresco! ¡Este lugar es una maravilla! —Silverio corría a nuestro encuentro, sonriente — Y hemos llegado con varios días de antelación, eso nos garantiza un descanso reparador antes de adentrarnos en las alturas, ¡seguro! ¿No?

Eckhard se apartó y nos echó un jarro de agua fría.

—Las montañas son tan gigantescas que parecen estar cerca, pero aún queda mucho hasta el punto de encuentro, en la frontera. Lo duro y difícil empieza ahora, querido Silver.

Ahora que entendía el porqué de que no comiese nunca animales, ni los explotase, yo también me volví más radical. Iba a criticar a mi primo y a Amanda proponer comprar tres mulas para ayudarnos con la carga cuando Eckhard aceptó. “Ser demasiado extremos llamará la atención”, me advirtió, “de vez en cuando conviene alguna concesión al diablo”. Así, durante aquellos días de obligar a los animales a remontar cuestas a través de plantaciones y servales, y de evitar las aldeas en la medida en que nuestro estómago nos lo permitió, Eckhard comenzó a hablarnos de sus amigos. Si no lo hizo antes fue porque sabía que sería, precisamente durante esos días, cuando más necesitaríamos respuestas para el pensar y ánimo para el sentir a fin de mantener la voluntad de avanzar.

No quiso hablarnos demasiado sobre ellos, decía que costaba más conocer bien a una persona si antes te hablaban de ella; hablasen mal o hablasen bien. Resumiendo, nos contó cómo, de camino al mismo punto fronterizo que íbamos a cruzar, sus amigos Mundwulf y Vita, Dorje y él se encontraron con cuatro herméticos caballeros ingleses de mirada esquiva y sospechoso equipaje. Las vías de sus ferrocarriles confluyeron. No fue casualidad. Su destino era el mismo, así como sus raíces más remotas. En palabras de Eckhard: “Se sabían Climbahi, Klimbahim, con una maestría sin igual”.

Tras la exitosa entrada del grupo en Nepal, los siete occidentales y Dorje se encontraron en medio de un océano de roca, donde sus embarcaciones eran pesados pies, y la espuma que levantaban, nieve helada. No sabían por dónde empezar. Les era imposible distinguir la montaña más alta, era como medir la ola más grande en plena tormenta. Por eso buscaron un puerto, un refugio, desde el que prepararse para las mil y una batallas por librar hasta encontrar La Montaña.

En esto también los ayudó Dorje, quien, gracias al apoyo de su comunidad budista, les dio un refugio. No fue fácil, pero los acogieron en su monasterio. Fueron protegidos de las inclemencias, cuidados con alimento y escondidos de las autoridades. Pero con todo, pronto comprendieron, y de la peor manera posible, que no estaban preparados para alcanzar la proeza a la que aspiraban.

Por la forma en la que Eckhard habló de él, el líder de los ingleses, al que llamaban Kif, debía de ser el Klimbahim más increíble que jamás conoceríamos, pero ni siquiera sus conocimientos y capacidades evitaron que dos de sus amigos ingleses murieran en el primer desbocado intento por alcanzar una de aquellas inmaculadas cimas.

Si aquello era posible sabían que necesitarían más ayuda.

Necesitaban más material con el que abrirse paso a través de los obstáculos que les planteaban distintas montañas, más pies para recorrer y reconocer las distantes montañas, más espaldas sobre las que cargar el equipo, más manos para montar los refugios que servirían de base para trepar por las articulaciones de aquellos gigantes; más conocimientos, noticias frescas sobre las altitudes; más precaución, más cuidado... Más corazón, más ánimo para lograrlo. Más.

Eckhard prometió refuerzos y recursos, y salió a buscar esas ayudas. Salió a buscarnos. Sinceramente, creo que regresó a Europa en busca de Amanda y su fortuna... y de mucho más de lo que encontró. Más Klimbahim, y Klimbahim más aptos. Tal vez dio con alguno, pero sólo nos embaucó a nosotros, y con Gos muerto de camino, la verdad, no parecía haber tenido mucho éxito en su misión.

Escuchar acerca de cómo llegó Eckhard a esas tierras y acerca de quiénes nos esperaban supuso un pequeño estímulo para seguir adelante, algo inspirador sobre lo que divagar, pero no hizo aquellos días ni un ápice más fáciles.

No queríamos llamar la atención, lo cual era imposible. Por eso tratamos de desplazarnos sin ser vistos, entre el crepúsculo y el alba, amparados por la oscuridad. Lentos al raso del camino, parsimoniosos y torpes en el opaco espesor de la foresta. Somnolientos, lánguidos.

Al principio, acechamos aldeas y tomamos cuanto pudimos, la mayoría de las veces sin un solo signo de alerta. Antes de que amaneciese nos alejábamos tanto como podíamos de todo sendero y nos ocultábamos. Lo más difícil era evitar la atención los pandas rojos y los estridentes monos.

La dureza de las jornadas aumentó a medida que nos acercamos a la inmensidad del Kanchenjunga, pero seguimos unidos. Cansados, hambrientos, sedientos y malhumorados, pero unidos. Dejábamos el verdor del té y los bosques atrás, abajo, y empezábamos a entender que nos estábamos adentrando en un mundo en el que no se puede sobrevivir solo.

La capacidad de liderazgo de Eckhard, junto a su conocimiento del terreno y su habilidad para llevar nuestras fuerzas siempre un paso más allá hizo que llegásemos a la zona de encuentro sólo una noche después de la luna nueva de mayo. Nuestros pies pisaban ya el horizonte, sin fronteras.

Estábamos en el lugar y en el momento correctos.

Eckhard identificó la zona sin dudar. Buscábamos una señal, alguna luz entre los riscos que se levantaban imponentes cuando escuchamos voces por debajo de nuestra posición.

Eran las voces que habíamos escuchado en nuestro interrumpido descanso diurno, lejos de aldeas y senderos. Las voces no eran romas y calmadas como las de los aldeanos, sino afiladas e imperativas, como las de alguien con poder y el deseo de ejercerlo; como las de los soldados.

Esperamos agazapados, con la mirada fija en las cimas y los oídos atentos a nuestras espaldas, rezando para que las mulas no se pusiesen a relinchar. No vimos nada, y, por fortuna, también dejamos de oír las voces, pero nos mantuvimos a la espera. Debía de ser medianoche cuando, Silverio, más exasperado que iluminado, se puso en pie de improviso.

—Si ahí arriba hay alguien esperándonos desde hace dos días no se van a arriesgar a hacer señales al tuntún—susurró señalando lo que le parecía obvio. Tiré de él para que se tumbara y se callase, pero no hubo manera—. Tendrán que tener alguna garantía de que somos nosotros, digo yo, no sé... Además, una oveja negra es una sombra más en la noche, así que, ¿¡por qué ocultarse!?

—Lo último lo dijo retador, subiendo el tono de voz hasta convertirlo en un grito.

Y recibió su respuesta.

El estruendo de un disparo despertó a la noche. El proyectil se incrustó en un árbol que se erguía a pocos metros de nosotros. El eco del disparo y el aleteo de mil aves fue la señal para echar a correr hacia nuestra única salida: el camino cortado por las alturas. Las mulas prefirieron tomar otra dirección, pero Eckhard soltó la carga de una antes de que se pusiese a dar coces y Silverio retuvo a otra lo suficiente para que Amanda hiciese lo propio. La tercera mula huyó despavorida, con nuestra preciada carga encima.

No vimos ninguna luz ni fogonazo. Sólo conocíamos la dirección del disparo, por debajo de nuestra posición. Huimos, sin saber de quién, y corrimos, hacia no sabíamos dónde.

“¡Enfilados!” chilló Eckhard, a la cabeza, una vez recogimos los petates y bolsas. Lo seguí alargando la mano hacía atrás y viendo cómo mi primo obligaba a Amanda a colocarse delante de él. Nos arrastramos como una serpiente mientras las balas silbaban a nuestro alrededor.

Salimos del bosque y alcanzamos los riscos. Un disparo restalló contra el peñasco que agarraba; estábamos muy a tiro. Miramos arriba y vimos el duro y expuesto trepe que teníamos que hacer para salir de ese callejón sin salida. “Hoy no”, me dije, “menos que nunca. Hoy no es un buen día para morir”.

Íbamos a comenzar aquel suicidio de escalada, abandonado el material, cuando, sobre nuestras cabezas, algo estalló. Un disparo desde las alturas se ahogó con un grito de dolor a nuestra espalda, donde ahora sí, vimos tres lucecillas anaranjadas diseminadas entre las sombras.

—¡¡Arriba!! —Una tenue luz que iba y venía sobre los riscos y la suelta de una cuerda anudada a cada metro, acompañaron aquella vital orden—. ¡Cascase il mondo!, ¡¡arriba!!

El foco de los disparos pasó a centrarse en aquella escurridiza luminaria que volaba sobre el murallón.

—Primero el material —ordenó Eckhard.

A juzgar por la velocidad con la que los petates y las bolsas volaban esos ocho o diez metros, arriba debía de haber al menos tres personas tirando.

Cuando la cuerda volvió a caer para nosotros, los disparos que nos cubrían volvieron a resonar. Eckhard comenzó a trepar a toda velocidad. No esperé a que llegase hasta arriba y cuando me colgué, noté un breve resbalón de la cuerda y me di cuenta de que no estaba asegurada en ningún pitón ni roca, la estaban sujetando. Ansiosa, trepé entre el fuego cruzado.

Eckhard tiró de mí al llegar arriba y entonces lo vi: un solo gigante, encapuchado, con la cuerda encordada en torno a su cintura, pecho, hombro y espalda, ejercía presión con una pierna contra la roca para mantener el tirón y el equilibrio mientras disparaba a nuestros perseguidores con un rifle. Sí, Mundwulf me pareció, en sí mismo, un bastión inexpugnable.

Para cuando Amanda, y después mi primo, subieron, los disparos habían cesado. Me asomé con cuidado y vi las luces, quietas. Todos nosotros estábamos ilesos, pero parecía que allí abajo habían corrido una suerte muy distinta.

—Aquí primero disparan y luego ven de qué color eres, ¡oveja negra! —Un espigado bigotudo, también encapuchado, corría hacia nosotros con la varilla de un farolillo en la mano.

—Yo pensaba que... —empezó mi primo.

—Yi pinsibi qui... ¡aqua in bocca! —le cortó el hombre.

—Silverio, Amanda, Kayah —Eckhard reía con todas sus ganas—, os presento a...

—Vitaluccio Piazz, señor del imperio Dolomita, para que me sirvas —encaró a mi primo, poniéndose a su misma altura tras subirse a una roca. Después se arrodilló ante Amanda—. A sus pies, preziosa. Sei tutto quello che ho sempre sognato —la adoró, descubriendo un rostro moldeado por la picardía.

—O “Zuchinni” —dijo el gigante, serio, pero con una chispa de gozo en los ojos—. Es más

blando aún por dentro que por fuera, y está verde ante la vida como un calabacín.

—¡Ves! Por estas cosas te llamo “Muto”, pero nada, que no enmudeces ni de casualidad — El espigado lanzó un teatral suspiro—. He probado a meterte bajo el agua, bajo la nieve... ¡Sólo me queda probar bajo la tierra!

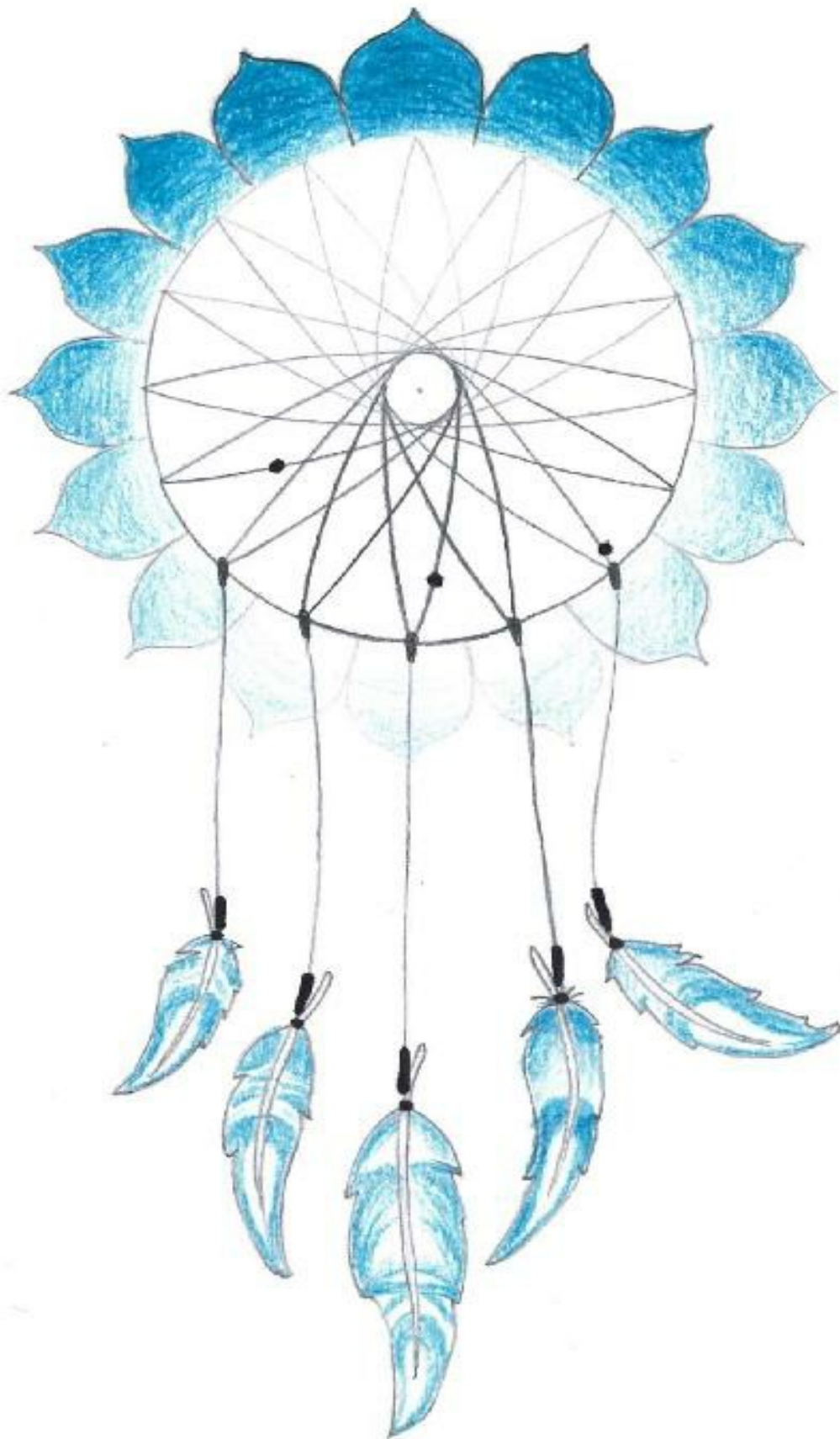
Todos reímos, liberando la asfixiante tensión que nos había atenazado. Unos segundos antes temíamos morir, pero entonces, ese singular dúo mal avenido nos mataba de la risa.

Nos relajamos demasiado deprisa, empero.

Pecamos de incautos. Mundwulf no disparaba a matar. Pensamos que los soldados habrían huido, heridos. Lo que no imaginamos fue que, al menos un soldado había dejado su candil en la tierra adrede y que, mientras nos sentíamos a salvo, saludábamos, presentábamos y reíamos, él se acercaba sigilosamente buscando un objetivo claro, un tiro fácil.

Hasta que dio con él, y disparó.

V La Cima



[...]

*Oculto a los ojos al principio, una inspiración
se abre paso entre espinas para formar
el capullo que dará a luz a la flor de la vida.*

[...]

Huesos, piel y plumas

Desde nuestra entrada al Himalaya, la muerte estuvo tan presente en nuestras vidas como las montañas.

Desde nuestra entrada, hasta la salida.

La comitiva para la celebración del funeral era pequeña, pero se rendían los mismos honores que para cualquier nepalí.

Una larga tela blanca unía a todos los presentes con el difunto y les daba el aspecto de un enorme gusano de seda. Los salmos budistas flotaban sobre el cadáver, entre la neblina y el humo del incienso de enebro. Depositaron el cuerpo en una apaisada colina cercana a la aldea del altiplano, y, uno a uno, todos fueron sentándose sobre la tierra, entre piedras. Nosotros nos quedamos detrás, a cierta distancia, procurando pasar desapercibidos hasta que acabara la ceremonia.

Cuando las voces se acallaron y los tamboriles de mano dejaron de sonar, mi corazón empezó a retumbar. Nadie me había hablado de cómo era un funeral en el Himalaya. Se hizo el

silencio y el más alto entre los monjes, y guía del ritual, vestido de granates y ataviado con coloridas telas, destapó el pulcro telar blanco, descubriendo el cuerpo.

—¿Kif!? —A Vita se le escapó la pregunta que confirmaba la realidad de un temor.

Me costó encajar que aquel cadáver macilento pudiera ser Kif. No lo había conocido, pero Eckhard, Vita y Mundwulf nos habían contado algunas aventuras vividas a su lado. Christopher, Kif, había sido el veterano líder del grupo. Una mezcla única de conocimiento del mundo, técnica escaladora, resistencia física inigualable y un carácter tan sereno como temerario. Por eso, cuando aquel ceremonioso nepalí de rostro sereno levantó un grueso cuchillo frente al cadáver, me estremecí como si fuera a bajarlo contra alguno de mis amigos.

La pesada hoja de metal bajó, subió y volvió a bajar con el crujido del hueso que se rompe. El monje tomó la mano amputada del cuerpo y la lanzó unos metros adelante, al centro de la chata cúspide de la colina, donde cuatro hombres oraban y danzaban en círculo girando ruedas de plegarias.

Entonces los vi. No había reparado en ellos mientras recorríamos los últimos quilómetros que nos separaban de la aldea. Los buitres. Comenzaron a descender hasta aterrizar en la colina, ansiosos por la comida que les presentaban.

Me pregunté qué habría hecho el Klimbahim para merecer algo así mientras el joven monje a cargo de tan macabro ritual continuó descuartizándolo, ahora con el cuchillo, ahora con una enorme piedra afilada, poco a poco; y lanzándolo a sus comensales, parte por parte. No había rastro de dolor, ni pena en el semblante del monje. Tampoco ira, ni venganza. Se mostraba sereno. Casi, diría, ausente.

—Funeral al cielo —Eckhard trató de justificar lo que Silverio, Amanda y yo no podíamos aceptar—. En estas tierras creen que todos venimos del cielo, y que, de este modo, no nos perdemos y podemos regresar a él...

—La madera es muy cara y preciada por aquí —añadió Mundwulf, con los ojos vidriosos—, y la tierra, es toda piedra —A su lado, Vita se tapaba la cara y respiraba por la boca.

Dos semanas atrás Mundwulf había esquivado la muerte gracias a un casual empujón de Vita justo antes del disparo. Pensaba que, de morir, ni él, ni yo, ni nadie querría un funeral así, cuando un cuervo se posó frente a nosotros y graznó.

Finalizada la ceremonia, uno a uno los presentes fueron regresando a la aldea por un camino que nos dejaba de lado. Todos, salvo dos. El monje guía trituraba los restos y los amasaba con mantequilla y harina, creando un manjar sanguinolento para las aves. La otra figura parecía una enorme piedra, inmóvil, toda oculta bajo una lijada manta ocre de lana de yak.

Eckhard, Vita y Mundwulf se levantaron. No hizo falta pedirnos que los esperásemos sentados; mi primo, Amanda y yo estábamos descompuestos. Cuando los tres llegaron hasta la figura sentada, pasaron a su frente y se arrodillaron. Hubo un emotivo reencuentro. Entre los sollozos y abrazos de los amigos, vi al monje girarse levemente y sonreír, compasivo.

Aquella pétrea figura era Jacob, el mejor amigo de Kif. Tenía un aspecto horroroso, débil y consumido, como una piedra de arenisca a punto de romperse entre los dedos, hasta que a los pocos minutos Eckhard dijo algo que lo alteró.

—No lo entiendes... o ¡estás loco! —Se irguió Jacob, brusca y torpemente. Su silueta era tan alta como quebradiza—. ¡No hay forma de lograrlo! Estas montañas son mucho más frías que el desalmado hielo... ¡Nada vive en ellas!.. ni siquiera sus dioses... Es el hogar de la muerte.

—Kif sabía que cada paso que damos nos acerca a la muerte —trató de calmarlo un emocionado Vita—, y lo peligroso que era dar cada uno de los pasos en estas montañas... ¡Pero

era quien más creía en la posibilidad de ascender la montaña más alta del mundo!

—Y esa obsesión, que no logró quitarle ni la muerte de Devin y Harold, le ha llevado a su muerte tan pronto ¡y a dejar a una mujer y dos niñas sin marido ni padre, para siempre! —replicó Jacob. El cuervo levantó la cabeza de la masa grana.

Hubo un denso silencio. Cada cual debió de pensar lo que tenía en juego, lo que podía perder en su apuesta. A mí me sobró tiempo y me faltó madurez.

—¡Uno sólo vive si ama! —lancé, poniéndome en pie de un salto y parafraseando una idea familiar de Eckhard—. Kif conocía la montaña y sus mil peligros. Cada vez que ponía su voluntad en conquistar una montaña lo hacía sin la certeza de poder regresar a su hogar... Es una locura. ¿Por qué hacer algo así? —dejé respirar al silencio—. ¡Por amor! Su familia, probablemente no pueda comprenderlo, pero si lo amaban de verdad aceptarán que el amor de Kif por la montaña era, en sí mismo, una parte esencial de él, de su propio amor a ellas.

Eckhard no me miraba, pero Jacob sí. Sus ojos me condenaban, como si lo hubiese apuñalado por la espalda. Después miró a mi primo y a Amanda. Finalmente cerró los ojos, respiró profundo y girándose hacia Eckhard, preguntó:

—¿Esta es toda la ayuda? —nos señaló.

—Sí —Eckhard se sabía en mala posición—. Volvemos a ser siete, como al principio, pero con más experiencia y...

—Seis. Sois seis —le cortó Jacob—. Sólo me retenía hacer entrar en razón a Kif y devolverlo a su hogar. Ojalá entendáis pronto que las montañas exigen el más alto sacrificio por el simple derecho a respirar en su presencia —Nos dio la espalda y echó a andar hacia un elevado monasterio.

Acompañados por el monje, que resultó no ser otro que Dorje, nosotros también fuimos al monasterio de Thyang-Biyong, nuestro escondrijo, y hogar, por cuatro años. Un parco santuario de ladrillo secado, piedra escuadrada con un revestimiento de yeso, madera roída y atmósfera de incienso.

Esa primera noche, tras la cena compartida en círculo, sentí la impotencia que Jacob sufrió frente a su mejor amigo cuando, absolutamente obsesionado con alcanzar una cima, pasó quince días a una altitud en la que, en palabras de Vita, “dar un paso exige respirar tres veces y corres el riesgo de que, cagando, la mierda se te congele antes de salir del culo”.

—Una semana con un dolor en las sienes que parecía querer partirme la cabeza me hizo confesar que no podía más. Le imploré que cesase en aquel empeño suicida —Jacob, hondamente abatido, bebió un sorbo del té que le ofreció Vita—. Entre gritos, le eché en cara su egoísmo. Traté de hacerle ver que esa narcisista obsesión iba a matarnos a ambos, igual que a Devin y Harold, y a dejar solas a nuestras mujeres y sus hijas. Su rostro palideció, y para mi sorpresa, Kif asintió.

»Ni siquiera recogió el material. Tomó sólo lo imprescindible para bajar. “Abandonar a tiempo, también es vencer, ¿no?”, dijo. Bajamos hasta la aldea más cercana como mi estado nos permitió. Descansamos un par de días, fantaseando con el rostro de nuestras esposas al vernos. La idea era regresar aquí al día siguiente para informaros y preparar el regreso a nuestro país, pero cuando desperté me encontré una nota: “*Último intento. Lo juro, querido amigo. Christopher*”.

Jacob dejó escapar un tenso gimoteo cuando Mundwuld le pasó un manto por encima.

—Kif usó ese par de días para esperar la ventana entre las tormentas, hacerse con alimentos y asegurarse de mi buena evolución a menor altitud. ¿Cómo no lo vi? —lamentó Jacob.

—No te culpes, Jack, ¡Kif era un bribón! —rio Vita.

—Me obligué a una última ascensión... Kif me conocía mejor que yo a él; me dejó comida en cada uno de los refugios. Pensaría hacer cima, encontrarme a media subida y gritarme que diera media vuelta, que era hora de regresar al hogar, pero no sucedió así —Mi primo echó más estiércol a la estufa—. Cuando llegué al último refugio que habíamos habilitado juntos, sólo encontré comida. Tuve que seguir arrastrándome arriba. Mientras ascendía entendí que estaba adentrándome en mi ataúd... pero me consolaba yacer junto a Kif.

»Lo encontré al arrimo de una roca, desnudándose. Deliraba. Decía que el Yeti lo había visitado y que, tras tomar té juntos, tenía su permiso para continuar... a condición de hacerlo como vino al mundo —No sabía quién sería ese tal Yeti, pero me pareció gracioso. Nadie rio—. Tuve que noquearlo. Para cuando lo bajé, el hielo se había fijado en sus pulmones de tal forma que se iba congelando por dentro.

El sonido del vaso de Eckhard al golpear la mesa no logró romper el silencio de la habitación. Remarcando el don de la observación que distinguía a su idolatrado líder, pidió saber en qué montaña sucedió todo. Jacob enmudeció.

Los tres amigos trataron de convencer a Jacob sobre la viabilidad del proyecto, pero no hubo forma de cambiar su parecer, ni de que dijese una sola palabra más.

Partió al día siguiente, con los bolsillos y el corazón vacíos. Frente a él, un largo viaje hasta Inglaterra, hasta su pueblo natal, y el de su amigo. Un viaje que se le antojaría mucho más corto que el de las cuatro escaleras que tendría que subir para, frente al hogar que esperaba a Kif, llamar a su puerta y dejar que el silencioso vacío en torno a él hablase a la viuda.

Eckhard no nos dejó pasar demasiado tiempo de luto. Esa situación podía hacer tambalear el proyecto, de modo que tras la destemplada jornada en la que Jacob se fue, Eckhard pidió a sus amigos un informe que incluyese los mapas en los que figurasen los descubrimientos y avances hechos durante su ausencia, así como el inventario con el material disponible.

No habían conseguido información fidedigna acerca de la ubicación de la montaña más alta, pero los Klimbahim habían alcanzado bastantes cimas menores desde las que habían atisbado las posibles cimas número uno. Y, por otra parte, habían acordado nuevos trabajos para cubrir la manutención.

Después consiguió hablar con Dorje, quien pese a su corta edad —habíamos nacido el mismo año, aunque fuera en calendarios distintos—, era el monje destinado a sustituir al abad del monasterio, de quien recibía una rigurosa y extenuante formación. Dorje le informó sobre la escasa vigilancia de los guardias por la región durante los dos últimos años.

—También me ha contado —continuó Eckhard, conteniendo la risa—, que el Yeh teh, o Yeti, el abominable hombre de las nieves, vaya, ha sido visto recientemente, vigilante. ¿Tienes algo que contar Mundwulf?

Todos reímos, salvo el gigante, entregado a la limpieza. Creíamos saber que el Yeti éramos nosotros, los Klimbahim, o incluso, una broma para esos seis obstinados extranjeros.

Con su habitual entusiasmo, Eckhard devolvió toda su luz y calor al proyecto. Comenzamos a organizar las expediciones de la próxima temporada, pasadas las fuertes nevadas que traían los monzones del verano y el congelado invierno. Fue fácil una vez que Eckhard tomó el papel de líder. Aquello no agradó demasiado a Vita, pero, aunque no lo confesase, sabía que era demasiado impulsivo y que carecía del temple necesario. Mundwulf, por su parte, era de los que se sienten más cómodos como mano derecha, sin necesidad de hablar.

No tuvimos, pues, ninguna bienvenida al Himalaya, pero jamás pensamos que las montañas no nos quisiesen allí. Al contrario. Aquello, junto con la frialdad en el escaso trato con los

veintitrés monjes del monasterio, algún desaire inicial con varios habitantes de la aldea vecina y la perpetua amenaza de los guardias nepalíes, era, bajo nuestro ciego punto de vista, una nadería del gran desafío para el que estábamos llamados.

Dada la fecha de llegada, permanecimos reclusos en el monasterio y sus inmediaciones nueve, benditos, meses.

Aquellas tierras, como sus gentes, eran pura sencillez. El entorno que nos rodeaba era árido, duro y monótono; tanto los monjes como los aldeanos eran castos en palabras, brutos incluso, y vivían en la pobreza. Y sin embargo, había algo tan exquisito allí. Una riqueza difícil de describir.

Sus vidas eran muy duras, pero viendo las alegres ropas con estampados florales de muchos verdes, rojos y amarillos, su serenidad y la sonrisa que llenaba sus rostros desde el alba, era seguro que todos guardaban un gran tesoro en su interior. No me engañó la tez tiznada por el appestoso humo negro que desprendía la boñiga de yak, nuestro combustible diario; sus largas coletas estaban cargadas de tradición y honor.

Continuamos con nuestros entrenamientos, claro. Sólo que añadimos el reto de igualar la infinita resistencia con la que nuestro gigante encaraba cada ejercicio. Lo intentamos.

Gracias a ser el huésped más molesto que esos monjes jamás conocerían, no tardé en manejarme con la escritura en sánscrito y la lengua nepalí, y así, pude memorizar los mapas de esas tierras. Aún recuerdo el anochecer en que Dorje se acercó tímidamente hasta mí y, con rodeos y un buen inglés, me explicó que los monjes no estaban cómodos con mi insaciable curiosidad y falta de respeto. Le di una fácil solución:

—Sólo te haré preguntas a ti, y en tu tiempo libre —Sé que una negativa cruzó todo su ser, pero tras una reverencia, lo que salió de su boca fue un, “sí, por favor”.

Durante meses, un abnegado Dorje contestó con orden y claridad a mil preguntas que surgieron de mis observaciones a los mapas, a los escasos libros del monasterio, a su religión, al ininterrumpido redoble y canto de sus rituales o a las actividades de los aldeanos. Me di cuenta, sin embargo, que aquel monje que parecía tener respuesta para todo, albergaba en su interior preguntas sobre sí mismo cuya respuesta desconocía. Como yo. Como todos, en realidad.

También conocí mejor a los otros dos Klimbahim. Vita, que nos acertaba el nombre a todos salvo a su amata Amanda —para irritación de mi primo—, parecía un engreído, alguien que pretendía engrandecerse ante los demás para cazar a todas las mujeres que veía, pero no era así. No al menos sólo así.

Mundwulf se ganó en mi interior el apodo de Tatanka, mi bisonte gigante. Parecía haber sido educado por el silencio lakota. Observaba y escuchaba antes de actuar, si lo hacía. Cosa rara en un occidental, no se ponía nervioso en una habitación en silencio. Si alguien le decía algo que no le gustase, tal vez dejase de escucharlo, pero no le cortaba. Veía las palabras como semillas plantadas y les permitía crecer en silencio.

Vita y Mundwulf habían trabajado duro para poder dar una holgada manutención al amplio grupo de Klimbahim que esperaban. “La carta de Eck decía que en su aldea había muchas fuerzas entregadas a la meditación”, nos explicó Vita. Así, no necesitamos irnos con las caravanas de yaks en busca de sal para el intercambio con cebada, ni a cazar antílopes para arrancarles su codiciada piel, ni otras penurias, de momento.

Recuerdo nuestro santuario con la dolorosa nostalgia de quien sabe que nunca volverá a habitar un lugar tan magnífico. No me pesó parar nueve meses tras de un año viajando y una vida nómada, menos aún la dieta budista, libre de muertes. Me veo sentada en nuestra celda monacal, escuchando al viento, y la arenilla que arrastraba, chocar contra el papel encerado que hacía de

cristal en las ventanas. Me veo allí, serena, empezando a sentir que un mundo en paz era posible.

Sólo había algo que me pesaba: estar tan cerca y tan lejos de Eckhard, pero incluso ese amargo sabor quedaba velado gracias al carácter alegre, entusiasta y positivo del grupo. Fuese donde fuese, desde los entrenamientos hasta llenar los cuencos de manteca para hacer velas, acarrear agua o recopilar estiércol, en todo, el grupo sacaba lo mejor de cada uno.

Me sentía mucho más viva y vinculada que en mi otra vida con los lakota. “La raíz no tiene fin”, recordaba. Por fin sentía mis raíces entrelazadas a una familia, y me agarré a ese “¡estoy en casa!” como si mi vida pendiese de ello.

—Ti amo —disparó Vitaluccio—. Un secondi per dirlo, un’ora per spiegarlo e una vita per provarlo...

—¡El ejercicio no es así, Zuchinni! —se quejó mi primo, a mi lado en el círculo formado por todos en torno a Amanda para cumplir con la propuesta de Eckhard.

—¡Aqua in bocca, princesa Sisí! Te jode que le guste...

Por toda respuesta a Vita, Amanda se giró hacia Silverio.

—Amanda... —se lanzó mi primo—, quiero que sepas que me gusta... cómo cantas. Te he escuchado cantar bajo las estrellas, cuando crees que todos dormimos. Cantas muy bien, y quiero que lo recuerdes —cerró su aportación asintiendo.

—Gracias, Silverio —dijo ella, latida—. Lo recordaré.

—En el círculo todos somos iguales —dijo Eckhard—. Nadie delante, ni detrás, ni encima, ni debajo. Es sagrado porque está diseñado para crear unidad. ¡Vamos, sigamos! Vita, algo que aprecies de ella, ¡va! Kayah, después vas tú al centro.

Inseguridad, temor a que nadie tuviera algo que decir, especialmente él... el caso es que aquel atardecer en el que el sol ganaba tiempo y espacio y la oscuridad esperaba, huí.

Salí de nuestra cálida habitación sin hacer mi aportación a Amanda, ni siquiera me calcé propiamente. Mis zapatillas de fieltro susurraron algo mientras me deslizaba hacia la entrada principal, pero ni tan siquiera los monjes, inmersos en una de sus meditaciones diarias, parecieron escucharme.

Con el porche detrás, bajé todos los escalones de roca hasta dejarme caer en el último. Mis manos aún sujetaban el cardado de lana que había estado trabajando. Maldije, mejor habría hecho en dejarlo y tomar la flauta. Sin más que hacer que esperar a que acabasen aquel juego, y la cena, a punto estuve de coger el trineo que fabricamos meses atrás y que tantas risas nos había valido, pero sola, no le encontré gracia.

Al cabo de un rato, escuché las bisagras de la puerta tras de mí, seguida de pasos. «Pasos calmos, los pasos de los monjes. Om. Siéntate a meditar, a comer y a cagar. Ooom... Pasa, pasa, que esto también pasará, no pasa nada», pensé, burlona. Pero los pasos no pasaron por las escaleras, sino que se fueron apagando, hasta que alguien se sentó a mi espalda, una escalera por encima.

Cuando me giré, me encontré a Silverio. Amanda estaba sentada justo detrás suyo, en el siguiente escalón, a su espalda. A ella le seguían Eckhard y Vita. Mundwulf cerraba la fila. Habían formado un trenecito como el que hacían los niños y niñas de la aldea desde que les hablamos de los ferrocarriles. Todos llevaban plumas en el pelo y pintura en la cara. Miraban a la derecha, solemnes, exhibiendo con orgullo su sien izquierda, maltrechamente afeitada, en homenaje a mi cicatriz.

Mi cara debió de ser de lo más estúpida, porque todos rompieron a reír y dar palmas. Incluso Mundwulf.

Qué bello recuerdo.

—¡Somos una tribu! —gritó Amanda y Silverio se puso a aullar como un lobo, a pleno pulmón. Enseguida fue secundado por el resto de la manada, al completo.

Yo no me uní. No pude, porque rompí a llorar.

—Una vez tuve una tribu... pero no la elegí yo, y menos aún, ella a mí —acerté a decir cuando me serené en el silencio.

—Nosotros te elegimos, Kayah —se adelantó Eckhard. El grupo entero, con su peculiar aspecto tribal, asintió.

Incontenible, mi aullido estalló.

Al instante, la manada al completo sacudimos las lomas que custodiaban el valle. El eco de nuestra voz lo hizo temblar todo. Hicimos reverberar a Madre Tierra.

*—¡Cállate de una jodida vez! —Es Rata. ¡Joder!, ¿cómo no lo he oído, ni visto?
—. ¿Eres tú, mi chochito salvaje? —Su sonrisa rota y su nariz torcida ondulan al lado del farol mientras trata de encontrar la llave que nos separa.*

—¡Zachary! Ven ya o no te quejes del reparto —se oye.

—Maldita sea, hoy que por fin me llamabas —susurra Rata—. No te preocupes, pronto nos van a sobrar ocasiones.

Antes de que desaparezca, junto con la luz, distingo una mirada de asco en la vieja. Su desprecio, veo, no va dirigido a él, sino a mí. Sólo le falta escupirme.

—¿Por qué te haces esto? —pregunta, asqueada.

El Nirvana está congelado

El cuervo, animal místico para lo nepalíes, que ven en él antiguos compañeros reencarnados que nos cuidan, estaba allí el día que partimos a nuestra primera expedición en grupo.

Antes de la primavera de 1853 creía que conocía bien las montañas, pero aquella primera temporada allí arriba me quitó la venda de los ojos: aquello no era un reino, ni el cielo de las montañas, era otro mundo. Un mundo entero, inabarcable, repleto de las montañas originales de las que se habría inspirado la roca en otros sitios para cincelar el resto de macizos, que ahora sólo me parecían burdas y minúsculas copias.

Hasta entonces, todo había sido un juego de niños.

Me sentí mareada, por la altitud, y por la belleza. Pensé en Alastair. Por mucho que él también amase la montaña, no tenía ninguna posibilidad a esa altura. No era un Klimbahim.

Empezamos nuestra exploración por el terreno cercano al otrora imperio del Tíbet, entonces reducido a una región más de la Dinastía Qing. Aquellas tierras se habían convertido en una obsesión para Kif, como bien sabían Vita y Mundwulf. Jacob no desveló el nombre ni la posición de la última montaña en la que trabajaban, pero ambos la ubicaban allí. “Sé que necesito pruebas,

pero mi corazón me dice que La Montaña está ahí”, llegó a decirles el líder en su último encuentro.

No era difícil imaginar a qué venía esa obsesión. Cada vez que ascendíamos a la altura que nos permitía descubrir, si no el mejor camino hasta la cima de algún gigante, sí al menos qué lo rodeaba y quedaba detrás, aparecían más montañas, y más altas. Era deprimente, pero nos llenaba de ilusión.

Estábamos cerca. Sólo necesitábamos acostumbrarnos a la falta de aire y apetito, a sentirnos lentos y débiles hasta la extenuación, al frío extremo bajo cien capas de ropa...

Viendo las enormes dificultades que encontramos para hacer cumbres que quedaban muy por debajo de tantas, todos acordamos reservar las tres bombonas de gas que trajimos para cuando tuviésemos claro el objetivo final. Fue una suerte que el material perdido en la frontera fuese dispensable.

Teníamos lo necesario para conseguir lo imposible, sólo faltaba llevar un poco más allá nuestra capacidad de llevar a cabo sobreesfuerzos por largos periodos, hacer más eficaz y rápida nuestra técnica de escalada malgastando menos energía y ganar resistencia a la privación del aire.

Los tres meses en los que erramos por macizos, esquivando, subiendo y bajando todo obstáculo como hormigas, parecieron un entrenamiento para soportar torturas, y, sin embargo, cada vez que me quedé sola y retuve la respiración, me revitalicé, rodeada de la silenciosa soledad primigenia.

Recuerdo que una de las últimas noches de esa temporada, cuando ya todos habíamos asumido que tendríamos que esperar un año para volver a intentarlo, mientras los demás dormían agotados bajo el abrigo de un risco y parapetados con pieles curtidas de yak, Mundwulf, que me había cazado preguntándole a la luna por nuestra montaña, comenzó:

—Cruzado el revuelto océano, sin detenerse a descansar en la etérea orilla, más allá de la arena y la hierba que se debaten, más allá de las casas de las gentes que luchan, de los bosques que guardan animales que se ocultan de otros animales —narraba con un contenido vozarrón.

»Más allá y más arriba de donde toda vida mora, en las montañas a las que la gente no se aventura por los vientos que los echan atrás, independientemente de dónde provengan. Donde el cielo amenaza con arrojar lluvia, nieve o rocas, y traer un frío que los envuelva hasta helarlos; allí nace un reino.

Entendí que me contaba un cuento, como el padre que intenta adormecer a una hija. No me sentí ofendida.

—Ese reino parece muerto —continuó—. Es pobre, salvaje... rudo mineral. Y guarda, sin embargo, el mayor tesoro imaginable, una riqueza que no tiene precio: la felicidad.

—¡Con lo bien que habías empezado! —me quejé con humor por semejante cursilería. No era una niña—. Está bien, juego —carraspeé, y con un empalagoso hilo de voz, añadí—: Yo ya vivo en ese reino, gracias a ti, ¡oh, mi gigante de oro! —Incluso me permití agarrarle del brazo, bajo los mantos.

Mundwulf no destacaba por su sentido del humor, y eso fue suficiente para que, aunque le hincase el codo en las costillas tras unos segundos de silencio seco, y lo atosigase a “va, venga” y disculpas, se encerrase en sí mismo. Un rato después el sueño me llevó en su caballo. Escuché la voz de Mundwulf, lejana, elevada. Descendía desde las montañas.

—Existe, Kayah. Es el reino de *Shambala*.

Al día siguiente traté de retomar el asunto, pero no hubo manera. Tardaría un tiempo en descubrir que, igual que Vita ansiaba coronar la montaña más alta del mundo por la frívola razón de la fama y Eckhard y yo lo por el loable intento de conseguir la paz mundial, Mundwulf buscaba un hogar.

—No se avanza por llegar, se llega por avanzar. Lo lograremos —decía Eckhard a nuestra vuelta al monasterio. Trataba de animarnos frente al tiempo en barbecho venidero.

Habíamos recorrido grandes distancias, conocido horizontes vedados desde montañas sagradas... vivido aventuras con las que esos monjes no podían soñar, y ellos seguían allí, encerrados entre cuatro paredes, mendigando y meditando.

Dorje se me acercó, curioso por nuestros avances. Le conté que no habíamos dado con la montaña, “por ahora”.

—No hay línea de meta —me indicó.

—¿Lo dices para bien, o para mal? —pregunté, no diferenciando en su tono entre consuelo y maldición—. ¿Y qué hay de vosotros? ¿A dónde queréis llegar sentados todo el día?

—Escupí, dolida, sin saber bien por qué. Sentí hablarle así.

—Nos sentamos porque no queremos ir a ningún sitio —me iluminó, atrevido—. Sólo queremos recordar y reconocer que ya hemos llegado, que ya estamos en nuestro lugar.

Le encontré el sentido suficiente para callarme.

Aquello estaba muy bien, si así lo creía, pero nosotros necesitábamos esa cima, y fundidas las reservas de dinero de Vita y Mundwulf, así como las nuestras, tuvimos que arrastrarnos en busca de trabajos.

Cumplimos trabajos muy variados. Todos fueron duros, incluso dolorosos, como el mes que pasé cazando antílopes, desollándolos y haciendo contrabando con sus pieles junto a mi primo y Vita. En una tierra donde, pasada cierta cota, no se debe matar ni una mosca, me convertí en una asesina despiadada. Gané una fortuna, pero no me enorgullecí ni un día.

“Cada animal muestra una cualidad del Gran Espíritu”, revivía aún la voz de Nahkohe, “pero es el hombre quien tiene a todos los animales en él, al universo en él. La paz entra en el alma del hombre cuando se da cuenta de su relación con el centro del universo, y cómo este centro está en

cada uno de nosotros”. Y ahí estaba yo, embarrando a Buda y los lakota.

Hubo trabajos más dulces, como recolectar la melaza de las abejas silvestres que vivían en altitudes inferiores, pero a todos y cada uno de los trabajos los acompañó la sensación de insignificancia en la tarea. Guiar yaks cargados de sal, arrastrar madera o doblar pieles no me hacían sentir más viva que mientras dormía. Mientras me hallaba en las tareas fantaseaba con la siguiente expedición, donde me sentiría “plena”.

Nuestra modesta habitación, que a la vuelta de las montañas y los trabajos me pareció una mansión, volvió a aprisionarme tras todo el monzón encerrada allí. Sólo una eternidad más tarde llegó el año 1854, y con él, nuevas oportunidades.

Y nuevos fracasos.

No conocimos a ningún aldeano que supiese cuál era nuestra montaña. No logramos ascender ningún gigante con la garantía de volver a bajar. No, no, no. Empezamos a creer que todo se debía a que no respetábamos las costumbres de las gentes del Himalaya y nos volvimos supersticiosos. Preguntábamos por las fechas más favorables a los lamas, Mandi y yo no nos acercamos a la montaña Anapurna, que decían era muy celosa y le gustaba hacer viudas, girábamos todas las ruedas de plegarias, rozábamos los coloridos banderines, dejábamos los *Chörten* a la derecha... pero nada mejoraba.

Era curioso, porque cuando estábamos allí arriba, resistiendo los vientos, el frío, los miedos... encarando el estrecho espacio que hay entre la vida y la muerte, lo único que deseábamos era regresar abajo. Nos esforzábamos al máximo por volver sanos y salvos, pero, enganchados a la intensa vibración de esas experiencias tan impactantes, una vez de vuelta, necesitábamos regresar al peligro de inmediato.

Así, al volver al monasterio con las fuertes nevadas sobre la mochila, todos decidimos continuar. Lo intentaríamos un año más, pero, y aquí surgió la discusión: separados.

—No te ofendas, mia amata Amanda, pero Eck, Muto, Ka y yo tenemos razón —se explicaba Vita—: es mejor que la próxima temporada la hagamos separados. Abarcaremos más territorio, hablaremos con más lugareños...

—¡Y correremos más peligro en la montaña! —le cortó Silverio—. Además, si ven extranjeros aquí y allá es posible que redoblen la vigilancia y acaben apresando a alguien.

—Silverio lleva razón —insistió Amanda—: no debemos separarnos. Kayah, por favor, replantea tu voto.

Las miradas de mi primo y Amanda estaban cargadas de preocupación y razón, de amor y luz, pero mi impaciencia por alcanzar el corazón de Madre Tierra y descubrir si realmente se cumplía nuestro deseo se veía reforzada por la necesidad de estar junto a Eckhard, a solas. Azorada, aparté mi mirada.

Un viento helado azotaba al monasterio con insistencia. Agradecía el calor del interior de nuestra habitación, pero la tensión me hizo salir. Antes, escuché a Vita desde el dintel:

—¡Espera, Ka!, que además de la decisión tomada, hay algo más importante que celebrar ¡Hoy es mi cumpleaños!

El ambiente se distendió un poco cuando lo felicitamos.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Amanda tras acertar a besarle en la mejilla pese a los intentos de él por catar sus labios—. No recuerdo celebrarlo en esta fecha el año pasado...

—¿Que qué día es hoy? ¡Y yo qué sé!, ¿jeso qué más da!? —respondió Vita sorprendido, como señalando lo obvio.

Tras varios meses de trabajo, volvimos a ganar lo requerido para nuestra manutención y

salvaguada en el monasterio. Una tarde, después de ayudar a Dorje a triturar el grano tostado de la cebada, volver a tostar su harina, colocarla en una escudilla, añadirle té caliente con mantequilla de yak, remover la pasta resultante y añadirle sal; es decir, de elaborar *tsampa*, el monje me invitó al fin al salón principal.

De camino, ambos nos sorprendimos por la presencia en el pasillo de un mendigo que aparecía durante los inviernos en la aldea y que, aunque a veces merodeaba el monasterio, nunca entraba allí. Lo llamaban “Piedra afilada”, pero su nombre era Norbu. Dorje aguantó su mirada y pasó de largo.

En la penumbra del templo, cargada de humo del incienso de sándalo, danzaban alrededor de las imágenes de oro las sombras producidas por la fluctuante luz de las lamparillas. Pese a estar vacía, la estancia seguía teniendo una atmósfera densa, como cuando espiaba a los monjes en sus rituales.

—Tranquila, no te haré repetir nuestros *mantras* —rio Dorje. Normalmente era algo apagado, pero cuando volvíamos de cada expedición, siempre me asaltaba a preguntas—. Para ti serían más dificultosos que las montañas para mí.

—Entonces, enséñame. ¿Cómo se hace? —dije.

Dorje se sentó sobre un cojín, las piernas cruzadas y la espalda derecha, y me animó a imitarlo. Tenía curiosidad por probar si la meditación, eso que Eckhard y Mundwulf también hacían, servía para algo. La lección fue corta:

—Respira. Deja pasar los pensamientos, como nubes.

Lo intenté, unos minutos. Alguien hizo sonar el timbre vibrante de un cuenco, pero la vibración no me hizo temblar como cuando estaba en la montaña. Aquello era aburridísimo, y para colmo, empecé a escuchar, “anda por el buen camino”, una y otra vez, en bucle. Nahkohe se negaba a abandonarme.

—Dorje... el mundo es redondo, ¿lo sabías? —acabé quejándome—. Aunque dejase pasar las nubes, ¡volverían! Ya tendré tiempo de estar sentada cuando sea una vieja.

Me levanté bruscamente. Agité el aire de tal manera al enrollar mi manto, que una vela del altar se apagó de golpe. Un tenue hilillo de humo se escapó del rescoldo de su mecha, arriba, arriba, hasta desaparecer. Dorje respondió a mi adiós:

—El problema es que piensas que tienes tiempo.

29.002

Iba disparada. Quería impresionar al grupo, pero sólo conseguí hacer que la cornisa que me sostenía cediese.

Yo sabía que había dejado demasiado atrás a todos, y que, sin piolet, apenas pellizcando la nieve helada, no podría aguantar mucho colgando en el vacío. Fue entonces cuando apareció Chanku, a pecho descubierto, repleto de pinturas.

Me alzó con pasmosa facilidad y tuvo tiempo de sonreír y llamarme “osa patosa” antes de

que lo que quedaba de cornisa desapareciese a sus pies y se lo llevase al abismo.

Me desperté de un salto, lanzada a agarrar a mi piel roja, pero sólo vi a Eckhard en la entrada de nuestro refugio, sentado, mirándome mientras cuidaba del fuego y tomaba té.

La noche anterior le había estado hablando de mi amigo lakota pretendiendo animar el ambiente, pero ni siquiera la anécdota del día en que comenzó nuestra amistad sirvió. Risueña, le conté cómo caí de bruces sobre un lago de diarrea de caballo por tratar de cargar más de la cuenta en la caravana y así hacer sentir orgulloso a Nahkohe e impresionar al resto de la tribu y ganarme su aprecio. Al grito de “¡buena idea!”, Chanku se tiraría a mi lado, de cabeza. Me robó mi primera sonrisa, llena de orificios entre mis dientes de leche.

—Sólo era un mal sueño, tranquila —Eckhard me pasó su gabardina de cuero por encima—. Ahora —Se frotó la cabeza. Nada bueno—... siento decirte que anoche debimos montar la tienda con más tiento. Tu flauta está rota.

Confesé a Eckhard mi intuición: Chanku había muerto, pero apenas me escuchó, había cosas más importantes.

Haber esperado dos años desde nuestro beso, y perdido cierta relación con mi primo y Amanda por sacar adelante esa expedición por parejas del 55, para sentirme tan sola, dolió.

Cuando Amanda y Silverio se negaron a abandonar el monasterio dispersados, y Vita hizo como que no le quedaba más remedio que ir con Mundwulf, me alegré. Y mucho. Eso significaba una temporada entera a solas con Eckhard. No esperaba que fueran tres meses sola, a secas.

Sin el resto del grupo, y conmigo siguiéndolo sin quejas, Eckhard andaba más rápido y más lejos, subía más alto y más veces; dormía menos y comía menos y menos veces.

La obsesión de Eckhard no tenía límite. El poco tiempo que no dedicamos a subir montañas, hacer ejercicios o buscar información entregando ofrendas, lo dedicó a meditar, imaginando cada mínimo aspecto de cómo sería el mundo en paz, después de que lográsemos hallar el corazón de Madre Tierra.

No había tiempo para nada más en su horizonte moral. Me dolía, pero lo admiraba, por eso resultaba tan fácil, aunque lamentable, lo poco que necesitaba cada día para seguirle.

Amanda me lo advirtió antes de despedirnos. Se sinceró por completo al contarme cuán enganchada la había tenido. “Cuánto tiempo he pasado mirando a quien no debía: a mi padre en lugar de a mi madre, a Eckhard...”. Estaba sobre aviso, y conocía de sobra las quemaduras que puede provocar el fuego, pero no podía evitar que aquel sol me atrajese más cada día. Ya lo había besado sin quemarme, pero cuando estando cerca lo volvía a intentar y él cerraba sus ojos azules, descubría que el hielo quema más profundo que el fuego.

—Eres tan libre que dueles —le confesé la noche anterior a regresar al monasterio, con la temporada más estéril a la espalda. Arrebujado en sus mantos, tardó en responder.

—Las montañas, y lo experimentado en ellas tras una y otra arremetida, me tornan más y más humilde —empezó—. Me hacen ver mi insignificancia. Hasta ahora, a medida que coronaba montañas sentía como si yo creciese y las montañas menguasen. En ocasiones, pisaba las cimas sintiendo que la montaña bajo mis pies era poco mayor que una piedra, y yo, por el contrario, un gigante. En el Himalaya sucede al revés —Sus ojos y la verdad—. A medida que más me encaramo a una de sus montañas, mi cuerpo se hace más y más pequeño, hasta que parezco una minúscula hormiga tratando de escalar, no ya una montaña, sino la Tierra en toda su plenitud.

»Las montañas estaban aquí antes de que llegásemos, y si no logro alcanzar La Cima y cambiarlo todo, si no logro que nos cuidemos y cuidemos la tierra, las montañas seguirán aquí

cuando desaparezcamos, Kayah. Me debo a ello, sólo a ello.

Encontré una gran paz al regresar al monasterio.

No fue por la religión. Creía que el budismo hacía tanto por escuchar los suspiros de los oprimidos como el cristianismo o demás. Tenían diferentes estatuas, pero idolatraban a alguien muerto, igualmente. No llevaban el ritmo frenético de la sociedad, pero los monjes estaban tan llenos de temor o ambición; salvo Dorje, que se movía como por inercia.

La paz que sentí se debió a ver a Vita y Mundwulf sanos y salvos, aunque no tuviesen buenas nuevas; a Dorje, que, convertido en abad, nos animaba a quedarnos un año más; y, especialmente, a mi primo y Amanda, a quienes me encontré dados de la mano. Habían sabido aprovechar la temporada.

Estaban radiantes, sobre todo ella. Fue como si, al abrir sus brazos a mi primo y entregarle todo el amor que guardaba, él, cual espejo, le descubriese su tesoro escondido; lo rica, más allá del dinero, que siempre había sido.

Un mes antes de iniciar la última temporada, la de 1856, nació Kailash, “mi sobrina”. Hasta que se mudaron a la aldea, no hubo paz en el monasterio, pero nos llenó de felicidad.

Toda la aldea vecina, que para entonces era la extensión del monasterio, babeaba casi tanto como los padres. Colmaban a la pequeña con todo tipo de mimos y comodidades, ya que, bajo sus costumbres y comprensión del mundo, siendo fruto de unos montañeros fugitivos, Kailash estaba abocada a un futuro duro, y eso merecía una infancia dulce. Ya tendría tiempo para sufrir más adelante.

Cuando nuestra pequeña de ojos verdes, mata castaña y papos inflados le agarraba el dedote a Mundwulf, suave como un beso, pero firme como un árbol, era como si empezasen todas las edades del mundo a la vez. El bisonte gigante parecía feliz, si lo conocías, claro. A pesar de que cada vez pasaba más horas en la anquilosada postura de la meditación, su carácter era más suave y flexible que nunca. ¡Incluso reía!

Vitaluccio y Eckhard, sin embargo, no se mostraron tan contentos. Aquello suponía pasar de ser seis a cinco, o tal vez, cuatro. O tres. La falta de descubrimientos y la impaciencia los llevó a desaparecer pocos días después del nacimiento, en una loca y precoz escaramuza para comprobar qué montañas merecían más atención los próximos meses, dedujimos.

Dorje y yo solíamos encontrarnos en la orilla del lago tras la comida, siempre que el cielo y los quehaceres de la tierra nos lo permitían. Durante los inviernos de aquellos años nos hicimos tantas preguntas el uno al otro, que por entonces apenas hablábamos. Aquel era un buen lugar, más si cabe en los días como ese, cuando el lago estaba ya derretido por la cercana primavera. Nos sentíamos ligeros, él fuera del monasterio, yo fuera de la montaña; fuera de nuestras religiones.

—Lánzalo suavemente y mira cómo se hunde junto con los rayos del sol —Dorje no desesperaba con facilidad. Seguía empeñado en enseñarme a meditar, o algo. Hice lo que pedía y lancé el guijarro—. Nota qué pensamientos, sentimientos y sensaciones experimentas, Kayah. Ahora que el guijarro se ha aposentado en el fondo, ¿qué piensas o sientes? ¿Surge alguna respuesta desde tu interior? Escúchala, escúchate.

No me escuché, porque percibí que alguien se acercaba.

En la habitación, estando uno de espaldas, solíamos jugar a adivinar quien se nos acercaba. Era sorprendente el nivel de acierto que habíamos conseguido a fuerza de aburrirnos. Pues bien, aquella presencia no la conocía. Apenas me giré vi que era Norbu, “Piedra afilada”,

prácticamente a mi espalda.

Antes de decidir cómo actuar, Dorje se giró para ver qué ocurría, a tiempo para encontrarse cara a cara con Norbu, que se lanzó con todo su impulso contra él.

Tras un rápido forcejeo, Dorje pivotó sobre sí mismo y barrió el suelo con “Piedra afilada”. Creía conocer al monje, pero aquella faceta de luchador me dejó atónita. Norbu, debajo de toda la suciedad, parecía un rival temible. Mi amigo se veía igual de calmo que repartiendo el tsampa, por lo que, deduje, esa victoria no era fruto de la suerte, sino de un conocimiento y práctica dilatadas de algún método de lucha.

Tumbado bocabajo, Norbu empezó a reír a carcajadas. Cuando levantó la cabeza vi que sangraba de la nariz y que se había herido en una mejilla. Farfulló algo entre sus dientes carcomidos y sus mechones grasientos.

—Dice que se está haciendo viejo —tradujo Dorje.

Norbu se levantó como una ola y se me lanzó con las mismas ganas que al monje. Me agarró las solapas de la túnica con ambas manos. Unas manos amplias y secas como sacos de arpillera. Lo empujé, pero apenas lo moví. Intenté pivotar, pero no me moví. Lo que hice fue volar. Aquel loco me levantó por los aires con la facilidad que yo levantaba a Kailash. Caí de espaldas. Celebró su victoria sentándose sobre mí, con una sonora carcajada y unas palabras en inglés:

—No tan viejo —Tenía una sonrisa roja de oreja a oreja mientras ponía todo su peso encima de mí, inmovilizándome.

Esperaba que Dorje me ayudase, pero siguió echando guijarros al agua como si nada. Sólo nos miró para hacer de interprete cuando Norbu se puso serio y empezó a hablarme.

—Quiere saber por qué has venido aquí desde tan lejos.

—Dile que, por ver si era verdad —con él encima apenas podía respirar—, que aquí vivía, el hombre más feo del mundo. Dile que, ahora que lo tengo delante, lo creo —apuré.

Antes de traducirlo, Dorje sonrió. Norbu rio, a carcajada limpia, dando unas exageradas sacudidas sobre mi pecho y vientre que me hicieron sentir que iba a estallar. Después me clavó una terrible mirada.

—Por las montañas —reconocí—. Por la montaña... por la más alta.

—¿Por qué escalarla!?

—¡¡Porque estoy aquí!! —Junto al grito, alcé las piernas tanto como pude y, envolviendo su cuello y cara desde detrás, tiré con todas mis fuerzas hasta que cayó como una roca.

Ambos nos incorporamos; yo iracunda, él sonriente. Me quedé tiesa, pero él se sentó a la manera nepalí, plácidamente. Parecía que tanto Dorje como él iban a sacar su escudilla y a tomar una segunda comida en ese mismo momento.

—Pero si subes, estarás allí y luego, nuevamente, aquí —tradujo Dorje—. Fíjate, él estaba arriba y tú abajo, y mira ahora... todo cambia. Así como la iluminación es pasajera, también lo es la cima —Dorje parecía encontrar, de pronto, dificultades para la traducción.

>Subes, pero después hay que bajar. Vivir el día a día del altiplano. Tal vez estés buscando en las ramas lo que sólo puedes encontrar en las raíces —Tras las nuevas palabras de aquella suerte de mendigo entre loco y sabio, Dorje tardó un rato en hablar—... La verdadera cima no se encuentra en lo más alto, sino en el regreso al hogar.

Dorje parecía admirado, iluminado, pese a que aquellas ideas eran muy parecidas a las que él solía compartir.

—Estoy aquí porque esa montaña me espera —traté de explicarme, torpe—... Estoy aquí por ella... Es mi destino.

Pensé que “Piedra afilada” reiría tras escuchar mi pobre explicación, pero sucedió al

contrario. Su rostro se constrictó.

—Quiere saber si has visto ya alguna peregrinación de penitentes —tradujo Dorje. Hice una leve afirmación y, algo más tranquila, aproveché a sentarme—. ¿Te has fijado en sus ropajes, totalmente raídos? ¿En sus caras y manos, sucias? —Volví a asentir. La forma en que aquella gente se arrodillaba y tumbaba a orar cada pocos pasos siempre me estremecía—. Están hechos una porquería, pero sus corazones son puros. Su interior está limpio, y, sin embargo, no se dan el permiso para ascender las montañas, porque es un territorio sagrado. Vosotros llegáis y os creéis elegidos y bendecidos para ello.

No me gustaban los rapapolvos y rara vez los aguanté, pero en aquella ocasión no sabía qué responder sin parecer más prepotente y soberbia, así que logré callarme.

—Intentáis reemplazar el misterio de lo inabarcado por control y dominio, y todo por el poder —siguió traduciendo mi rapado amigo—. No entendéis que si vuestras conquistas y el desarrollo de la tecnología no va acompañada de un desarrollo espiritual, se desequilibra y lleva a la destrucción —Norbu cogió una piedra inmensa y se levantó, amenazante.

Me protegí cruzando los brazos, de forma inútil. Después escuché una gran salpicadura de agua y vi las ondas en la superficie del lago. “Om, shanti, shanti”, suspiró Norbu.

—Desde el gran espejo cósmico, sin comienzo ni final, surgió el ser humano —Dorje traducía lo que Norbu, más sereno, relataba—. Cuando aparecieron el temor y la duda se doblaron innumerables cobardes, pero cuando en la confianza, que es primordialmente libre, se halló deleite y ejemplo a seguir, se alzaron innumerables guerreros.

Pensé de inmediato en la historia sobre Los Primeros.

—Los cobardes se ocultaron —continuó—. Mataron a sus hermanos para comer su carne, provocaron el terror unos en otros; se quitaron así la propia vida. Atizaron un inmenso fuego de odio, enturbiaron el río de la lujuria, se sumieron en el fango de la pereza —Norbu apretó el puño contra la tierra.

»De quienes se dedicaron a la confianza primordial, los guerreros —«Los Klimbahim», me dije—, algunos fueron a comarcas de bellos lagos e islas, a levantar hermosos palacios; otros fueron a las plácidas y grandes llanuras, a sembrar arroz, cebada y trigo; y otros más fueron a las altas montañas, a erigir hermosos castillos de cristal de luz, a cuidar la fuente natural del resplandor y brillo: la actitud innata del ser humano.

El tono de creencia absoluta que había en sus palabras me explicó porque aquel misterioso pordiosero había ganado fama de loco sibilino, y, sin embargo, celebré que siguiese. Más cuando, antes de que Dorje empezase a traducir, distinguí un nombre: Shambala, el fantástico reino de Mundwulf.

—Existe un reino en algún lugar de estas montañas: Shambala —Tenía toda mi atención—. Un lugar de paz y prosperidad creado en el más remoto y elevado valle por personas sabias y compasivas. Seres humanos que se gobiernan a sí mismos y que han encontrado la felicidad en una vida austera de contemplación —Aquel hombre merecía menos atención y confianza que Mundwulf, pero continué callada—. Si lo encontráis, ¿crees que podéis entrar allí sin ser invitados y exigir un lugar? —Aquella pregunta contenía ira, y un temor. Norbu apretaba con fuerza un colgante en forma de concha.

—¡Yo no quiero vivir allí! Yo —traté de ordenar mis ideas—... sólo quiero vivir esa sensación de estar... en el momento y el lugar preciso... ¡Intensamente viva! —quería que me entendiesen, ambos—. Como en las montañas. Aspirar a la más elevada de ellas es caminar hacia la más sublime experiencia. Cuando esté escalando esa montaña viviré en el ahora, sin pasado ni futuro... más allá de todas las cosas mundanas —seguí, embriagada—... ¡fugazmente inmortal!

—La perfecta concentración, el flujo infinito, la epifanía —Todos nos giramos ante la voz de Eckhard. Se nos acercaba loma abajo, con aspecto algo demacrado. Acababa de regresar de su improvisada salida con Vita, sin pasar siquiera por el monasterio, a juzgar por el petate. Llevaba prisa, pero se permitió afinar su idea—: ¡El instante reintegrativo con el todo!

Norbu miró a Eckhard con los ojos llenos de desprecio, profundamente disgustado. Como si de dos polos iguales se tratasen, uno debía apartarse al acercarse entre sí. El mendigo se levantó, suspiró y antes de irse, por boca de Dorje, añadió:

—El guardián de las montañas sagradas que esconden el reino de Shambala, el Yeti, no os permitirá encontrarlo. Un solo rugido y os sepultará bajo una de sus avalanchas. Sabe que si dieseis con él, después vendrían extraños por millares, porque lo habríais demostrado real. ¡¡Que las montañas sagradas y su guardián castiguen vuestro orgullo!!

Norbu y Eckhard se clavaron las miradas al cruzarse. Pese a que Eckhard, encorvado, se veía claramente cansado, el mendigo pareció poco más que un niño andrajoso a su lado. Al alcanzarnos, Eckhard me saludó con un amago de abrazo.

—¡Vaya humor tiene hoy tu padre! —saludó a Dorje.

No supe más sobre aquel inesperado lazo hasta días después, porque aquella tarde se desató un ingobernable torbellino que puso patas arriba nuestras vidas. Y lo hizo sin nubes, ni viento; a la luz del sol y en silencio. Bastó una noticia.

Eckhard me preguntó por la documentación falsificada que preparamos con la intención de no acabar presos en caso de ser sorprendidos por alguna guardia. Fuimos a por ellos. De camino, él señaló en dirección a la aldea. Al principio sólo me llamaron la atención las cometas que Silverio había montado días atrás, inspirado por su pequeña, para gozo de todos los niños de la aldea. Segundos después las vi. Recién salvado el risco que daba entrada a nuestro valle, dos siluetas. Estaban muy lejos, pero pude reconocer algunos movimientos chulescos típicos de Vita en quien iba delante. Caminaba muy lento, lo que era extraño. No parecía herido, era más bien como si avanzase obligado o tratara de ganar tiempo.

—Nos separamos hace tres días —explicó Eckhard—. Vita salió de la tienda después de cenar buscando “el postre” en Namkha. No volvió para el alba. Imaginé la razón y decidí avanzar, confiado de que eso lo azuzase y me alcanzara más tarde. Pero pocas horas antes del atardecer no había rastro de él, así que me quedé en el chörten que hay hacia aquí y esperé. Apareció al alba, ayer, pero como ves, no iba solo.

Decidí esconderse y seguirlos. Eckhard se sorprendió al ver cómo Vita llevaba a aquel extraño hacia el monasterio, hacia nuestro escondite, hacia nuestro sueño. Confuso, puso toda su esperanza en la falsa documentación que nos acreditaba como un grupo internacional de investigación religiosa.

Mi primo y la preciosa familia que conformaba estaban en la aldea, arropados en casa de Karma, la única joven aldeana a la que Vita había intentado seducir sin éxito. No había forma de avisarlos sin ser vistos. «Mejor así», pensé.

Llegamos al monasterio y dimos con Mundwulf en la habitación, meditando. Entre los tres escondimos todo el material de montaña y nos preparamos para la obra de teatro.

No hubo aplausos, ni cuitas, pues no hubo espectáculo.

El extraño mantuvo las distancias y se quedó fuera. Vita entró solo. Se deslizó en nuestra estancia, todo sonrisas.

—¡¡Ya está!! ¡La tenemos! —Pensaría disfrutar de aquel suspense, pero su impaciencia le pudo—. ¡El gobierno de Inglaterra ha establecido cuál es la montaña más alta del mundo! ¡¡Es el

Pico XV!! Sólo resta saber a qué montaña corresponde ese nombre en clave —Vita calló un instante ante el pequeño inconveniente, pero quitándole peso, añadió—: ¡¡29.002 pies!!

Aquella sorprendente noticia y el empujón hacia los acontecimientos que supuso nos dejaría sin palabras, y en mi caso, con sentimientos encontrados. Eckhard, como de costumbre, sí logró colocar su razón por delante de la emoción.

—8.840 metros... podría ser, sí, pero ¿por qué debemos creerle? —preguntó mirando hacia el exterior—. ¿Quién es?

—¡No lo sé! —aclaró Vita con pasmosa naturalidad—. El investigador geolocotantigráfico... científico, que dice ser, no, seguramente; pero juraría que es en lo único que mentiría. No ha estado nunca en Nepal, pero ha estudiado tantos mapas de estas tierras que las conoce mejor que nosotros... Sabe perfectamente dónde debe dirigirse para encontrar nuestra montaña —se sonrió—. Su deseo por estudiarla es tan grande como el nuestro por coronarla, Eck. ¡Conviene unir fuerzas!

Tras una larga respiración, Eckhard salió. Vita lo siguió. Mundwulf y yo nos quedamos mirándonos. Sus ojos también reflejaban alegría, nervios y cierto temor. Nos dimos la mano y los seguimos, pero sin demasiada seguridad ni resolución.

Mientras dejábamos paso en el pasillo a los monjes encargados de la cena, imaginé que el desconocido caería embelesado ante nuestro líder y su labia, pero cuando cruzábamos el umbral empecé a oír gritar a Eckhard. Parecía poseído.

Solamente lo vería chillar en tres ocasiones, y todas se darían en menos de los dos meses que duró aquella locura. No entendí por qué chillaba e insultaba a aquel desconocido. En su enfado había tirado los documentos. Apenas escuché lo que decía, porque aquel desconocido me era muy conocido.

La noche los envolvía a él y a sus harapos de lana de yak, llevaba un turbante que ocultaba su cabello y parecía más delgado, pero reconocí al instante aquella sentida mirada.

Era Alastair.

Alas.

—¡¡Toma, toma, toma!! —grita la vieja.

—¡Calla! —chillo.

—Sssh —nos espetan varias mujeres al unísono.

La tempestad que sucede a la calma

Comparando los cuatro años que llevábamos allí con los meses en los que lo preparamos todo para arremeter contra La Montaña, me dio la impresión de haber estado viviendo un dulce sueño entre almohadones de pashmina.

Ni la belleza, ni la dificultad de una montaña estuvieron nunca determinadas por números, hasta que llegó el 29.002.

Fue Dorje, una vez más, quien se encargó de llamar al silencio a aquellos escandalosos occidentales.

—Si un mismo Dios vive en todos los seres, ¿por qué fruncir el ceño o emplear palabras duras ante otros? ¿Por qué odiarlos? —preguntó cabal—. ¿No es por simple ignorancia?

Eckhard dio de lado a Alastair y se dirigió hacia la aldea, ofendido. Antes de desaparecer escalones abajo, puntualizó que allí no había lugar para soldados.

No me chocó que se conociesen, tal vez porque en mi interior habían debatido día y noche durante años.

Vita y Mundwulf desoyeron al líder, recogieron nuestra documentación e invitaron al interior a Alastair. Sabían que debían priorizar la información que éste podía portar frente a cualquier obstáculo personal, incluidos los de Eckhard.

Me debatí entre pasar inmediatamente y ocultarme en la penumbra de la estancia o recibirlo en el umbral. Mi corazón me lanzaba en una y otra dirección a cada latido, con la misma violencia. ¿Cuánto de Alas había habido en la decisión que me llevó a iniciar el viaje a la India, que me llevó hasta esas montañas? Eckhard, sin saberlo, había hecho mucho por acallar a aquel soldado inglés en mi corazón, pero no lo suficiente.

Finalmente, no tuve tiempo de decidirme. Me quedé allí plantada y Alastair pasó a mi lado sin dar señal alguna de reconocerme. Noté la mirada de Dorje, escrutando mi alma.

Mundwulf preparó té con mantequilla de yak mientras Vita ayudaba a desprenderse de patates y abrigo a su captor, sin aparentes rencores. Yo me senté en la penumbra. No quería que me viesen agitada, pero menos aún perder detalle.

Se sentaron sobre los cojines, a la mesa. Después de que Vita sirviese el té y bromeara sobre cómo en toda Inglaterra no había un té tan sabroso, nos presentó a Alastair con lo poco que de él sabía y le largó nuestra documentación.

—Nuestros nombres, oficio y motivo de estar aquí, tal y como te he contado estos días —Le guiñó el ojo.

Alastair observó los documentos que Eckhard y yo con tanto esmero preparamos. Vita intentó llamar su atención varias veces. Incluso ofreció una exhibición de los mantras que recitaban los monjes, lanzando histriónicos chillidos.

—Una falsificación buenísima —afirmó Alas con calma mientras dejaba la taza de té. Vita fue a objetar algo, pero él siguió—. La entrada legal a Nepal es un asunto muy delicado, y, sin embargo, los permisos y firmas que habéis hecho podrían hacer que muchos guardias mirasen hacia otro lado... de descubriros aquí, claro, no de camino a las montañas, con todo el material encima —Sólo miraba a mis dos amigos.

»Veo que vuestra falsa tapadera os limita más aún que la mía —Ladeó levemente la cara hacia mi rincón y añadió—: Vuestra mentira os ha retenido aquí, hasta mi llegada.

«¿Mi mentira?», pensé, «¿fuiste tú quien dijo que no podría seguirte hasta aquí!». Reparé en cuántas veces había falsificado documentos y mentido, puede que, en aras de llegar a Alas, difuminándolo con mi destino, para acabar siempre atascada en su búsqueda. Avergonzada, me hice la promesa de ser siempre veraz, ser yo misma a partir de ese momento.

Iba a ponerme en pie y a hablar claro, cuando Silverio irrumpió en la habitación. Vino solo, sin Amanda ni Kailash. Su cara estaba colorada, pero cuando Alastair se levantó para saludarlo como a un desconocido, mi primo palideció. Supo de inmediato quién era y los problemas que podían surgir para con nuestro objetivo y para conmigo. Me buscó con la mirada y, cuando me vio jugando al escondite, tomó la estatuilla en la que trabajaba y trató de serenarse tallándola.

Alas nos mostró su salvoconducto a Lhasa, en el Tíbet. Era auténtico, pero robado. No tuvo apuro en contarnos la realidad de su situación: reconoció ser un soldado, un capitán.

—Mejor dicho, lo era hasta hace algo más de un mes, cuando durante una cena, Andrew Waugh, topógrafo general de la India, confesó que tenían la montaña más alta del mundo —nos contó—. Los cálculos hechos con el monumental proyecto de la topografía trigonométrica y sus teodolitos habían sido comprobados cien veces, era seguro. Es seguro. La noticia no se hará esperar mucho más, y se dará a nivel mundial.

El amor de Alas por las montañas y su patria, y, también su ego, creía, lo llevaron a robar el salvoconducto de la embajada y dejar el uniforme militar. Manchó su nombre de forma indisoluble, cerró la puerta de la casa que lo había amparado, inició un camino sin retorno; todo por poner su bandera en la cima, todo por ser el primero en subir aquella montaña.

—Contraté seis hindúes para ayudarme a traer el material y hacer la ascensión. Sin embargo, ya veis con qué cuento —señaló su ligero equipo—. Puedo considerarme afortunado de seguir vivo tras su traición y fuga en la frontera.

»Necesitáis tanto la ubicación de la montaña, como yo vuestra ayuda para coronarla —recalcó. Vita empezó a hacer aspavientos, pero una vez más, Alas lo atajó—. La noticia correrá como la pólvora. Sólo es cuestión de tiempo que más montañeros vengán a coronarla, cualesquiera sean las condiciones de entrada al país. La tensión aumentará y estas tierras estarán muchísimo más vigiladas. La montaña se convertirá en campo de batalla, en una bomba encendida en un polvorín.

Silverio dejaba caer láminas de madera con cada corte que hacía, con el filo hacia el interior, a la manera Himalaya. El aire, inmóvil dentro de la habitación, era denso. El silencio se prolongó unos segundos. Imaginábamos cómo cambiarían aquellas tierras cuando los países más fuertes quisieran apuntarse la cima más alta del mundo en su lista de conquistas.

—Mi intrusión no ha pasado inadvertida —continuó—. A estas alturas tanto mi gobierno como el nepalí estarán buscándome. Hay que moverse ya si queremos una oportunidad.

—Coño, pues no se hable más, bienvenido al equipo, Al —Vita, como de costumbre, habló sin escuchar lo que opinábamos los demás. La elección entre esperar a ver cómo otros alcanzaban la cima o nos apresaban, en el mejor de los casos, y, en el otro extremo de la balanza, lanzarnos hacia la montaña que tanto habíamos perseguido, parecía obvia.

Poco antes de que Vita se llevase a Alastair ante los desdichados monjes que nos amparaban, Amanda entró en la habitación con Kailash manteada a la espalda. Apenas saludó. Cuando Alastair salió de la estancia, Amanda nos explicó el porqué de la reacción de Eckhard frente a Alastair.

Eckhard, Amanda y el pobre Goswin habían conocido a Alas en los Alpes, poco antes de nuestro encuentro y poco después de mi despedida con él. Aquel pequeño intervalo los hizo coincidir en la noche de una taberna, y fue suficiente para darse un tremendo desencuentro entre ambos. Amanda se había quedado con la cara y la mirada de Alas. Le costaba recordar cómo había empezado todo, pero no así cómo acabó:

—Eckhard estuvo muy atento a todo lo que él, algo bebido, le contaba al camarero sobre —dudó—, la India. Ya nos íbamos cuando, al pasar por la barra, Eckhard y él chocaron. Me pareció gracioso que ambos se quedasen parados tocando con sus manos el pecho el uno del otro. Ambos pusieron cara de incredulidad y él dijo algo así como, “¡por Madre Tierra!”. Eckhard le escupió y le gritó algo como que su lugar no estaba sobre la montaña, sino bajo la pirámide de la evolución.

»Me pareció cruel, y peligroso —recordó Amanda—. Quería calmarlo, alejarle de aquel

soldado sin ofenderle, pero antes de encontrar la forma, ese hombre, Al...

—Alas —dije—... Alastair —puntalicé. Ella asintió.

—Alastair le encajó un puñetazo bestial y lo hizo volar dos mesas. Pudimos separarlos antes de que la cosa fuera a más, pero Eckhard se llevó un ojo morado —Recordé el hematoma que deslucía su angelical rostro cuando lo conocí—. Nunca se comporta así, ya lo sabéis. No sé qué le pasó.

—Hay tantas veces que no sé qué es lo que le pasa... —dije, sin ocultar la pena que todos conocían.

—Eckhard a veces le sigue el juego a Vita al llamarme “Muto” —dijo Mundwulf—, pero el verdadero mudo es él. Siempre lo ha sido —eligió bien las palabras—. Parece transparente, pero sólo vemos el reflejo de una parte de su ser, como si se tratase de un inmenso iceberg.

Fue raro saber a Eckhard de vuelta y no tenerlo durmiendo con nosotros, pero más raro aún fue compartir techo con Alas, sin tocarnos, sin hablarnos; desconocidos.

Cuando a la mañana siguiente desperté, sola, me decidí a buscarlo y hablar con él, pero de nada sirvió reunir el coraje para acercarme; Alas se las arregló para estar con alguien en todo momento. Me evitaba, pero eso, quise creer, era bueno.

Eckhard regresó pronto, parecía contento.

—La necesidad es mutual —le dijo a Alastair delante de todos—. La ayuda será recíproca hasta la cima —le prometió.

Y comenzaron los preparativos.

El invierno aún no había acabado, pero no podía quedar mucho. Alas nos habló de dos o tres semanas de aproximación, a lo que habría que sumar el tiempo que nos tomase dar con la mejor ruta, la habilitación de pasos complicados, montaje de refugios y el proceso de aclimatación. Convenía salir a la mayor brevedad posible. Organizamos los petates con la certeza de saber a dónde íbamos, pero también con la incertidumbre de no saber si estábamos preparados ni contábamos con todo lo preciso para conseguirlo. Revisamos todo el material de montaña, incluido el de Alas.

Silverio, Amanda y Kailash volvieron a la aldea. El nacimiento de la pequeña no había supuesto aún un dilema por el hecho de que seguíamos sin saber cuál era la cima más elevada. Ahora todo era distinto, y debían posicionarse.

Después de hablar con mi primo y entender lo dividido que se sentía, pasé toda la tarde buscando el reencuentro a solas con Alas. De él, no percibí más que una distante frialdad. Las pocas veces que no lo vi ayudando a Mundwulf a cargar los yaks o hablando con Vita, su mirada abismal nos separó.

Por el contrario, Eckhard volvía a brillar como nunca. Iba de aquí para allá comprobando comida, materiales... todo. Parecía estar organizando un picnic de celebración, y me dejó claro que yo no sólo estaba invitada, sino que era insustituible.

—Es gracias a que tú estás aquí que sé, con seguridad, que lo vamos a conseguir, Kayah —Posó su mano sobre mi hombro—. Conozco tu fuerza y tu tesón. No pararás hasta la cima —me sonrió, cómplice—. Aún no te lo había contado...

La sombra que no había cruzado su rostro esa mañana, ni siquiera ante la duda de Silverio acerca de acompañarnos, salvó la corta distancia que nos separaba.

—El cuaderno carmesí no era carmesí —me dijo—. Lo entinté para recordar la sangre de mi padre, que lo empapó entero cuando cayó con él. Lo entinté para no olvidar jamás la promesa que le hice: no caer hasta coronar La Cima —Si no fuera porque era Eckhard habría jurado que estaba

a punto de llorar—. Sé que contigo a mi lado no caeré, Kayah, gracias.

Cautiva entre el fuego y el agua. Entre una llama con la mirada helada y un bloque de hielo con pasión en el corazón.

Aquel frenético día trascurrió de forma que, entre tareas, pasó la hora tras la comida sin poder verme con Dorje. Ignorando el pacto de no molestar a los monjes interrumpí sus oraciones para preguntar por él. Había ido a la aldea a servir en un ritual. La verdad, como descubriría, es que fue a despedirse de su padre. “Piedra afilada” se iría pronto, como cada año con la llegada de la primavera. Cuando encontré al monje lucía su impasible sonrisa, pero en sus pasos percibí cierto nerviosismo. Se excusó con tareas aún pendientes y nos despedimos, torpes. “En el viaje de la vida la fe es alimento, los actos virtuosos cobijo, la sabiduría luz del día y la atención protección en la noche”, predicó oculto en su hábito, y sumó: “Buen viaje”. No me sugirió esperar la opinión de los lamas astrólogos para ver la fortuna que nos esperaba. Fue extraño.

Continué hasta la casa de Karma para descubrir qué decisión habían tomado Silverio y Amanda. Es decir, sabía que ella no iba a separarse de su pequeña. “Kailash es la única montaña que me quita el sueño, literal y metafóricamente”, me había dicho por la mañana, “y no voy a perderla de vista”. Lo respeté, pero de hecho, tenía la impresión de que era como si, desde que fuera madre, quisiera apartarse de toda montaña. Yo no sabía cómo encajar dónde dejaría eso a Silverio.

—¡Muchísimas gracias, Mandi! —Abracé a Amanda con todas mis fuerzas cuando supe que Silverio nos acompañaría.

—No me las des —Me apartó, dolida.

—Tranquila, cuidaré de este culo fino hasta traértelo de vuelta —Palmeé el trasero de mi primo—. ¡Descuida!

Si hubiera sabido que aquella iba a ser la última vez que vería a Amanda y a Kailash no habría hablado tan a la ligera. La despedida entre mi primo, “su Ama” y “su Kai” fue tan desgarradora que tuve que salir de la casa, entre lágrimas.

—Si me pasa algo... —empezó mi primo cuando subíamos el último trecho del camino al monasterio

—¡No te va a pasar nada! —atajé.

—Ya... pero si me pasa, llévalas con Justo, a Eguino.

—Y si me pasa algo a mí —lo detuve—, tú encuentra a Xavier y la verdad sobre mi origen, ¿sí? —Le ofrecí mi mano, en señal de trato. Me la estrechó al instante—. Yo ir, pero si no saber seguir... —invoqué nuestro ritual.

—Yo volver, ¡y enseñar que poder conseguir!

Me despertó con un susurro y su mano tapándome la boca, firme pero cálidamente. La tenue luz de las brasas en la estufa refulgía en los ojos de Alas cuando, muy cerca de mí, señaló hacia el exterior, en absoluto silencio. Todos los demás parecían dormir. Me levanté con todo el sigilo que pude, pero escuchaba estallar al tambor de mi corazón en mis oídos, era un saco de nervios y tiritonas. Y así, temblando, lo seguí.

Horas antes habían llegado la precaria cena y la campana del silencio, sin dejar ningún encuentro. Nos acostamos muy cerca el uno del otro, sólo Vita de por medio, y, sin embargo, había sentido a Alastair en los confines del universo.

Ahora salíamos bajo el firmamento, sin nadie en medio. El cielo estaba enjorado con la respiración contenida de todas las estrellas existentes; Alas estaba a mi lado.

A juzgar por el frío, debía de ser la hora previa al alba, pero a ninguno de los dos se nos ocurrió sacar un manto. Me dije que aquello podía indicar que el también estaba nervioso.

—Gracias por salir... hace frío —susurró, conteniendo una tiritona. ¿Eso era cuanto tenía que decir? Me dejó helada.

Me detuve a varios metros y le señalé con un gesto para que dijese algo más inteligente, mitad indignada y traviesa.

—Si no te he hablado antes ha sido porque no quería representar ningún riesgo para la misión, ni mucho menos, para ti —se excusó—. Te he recordado cada día, Kayah —Se desató varios botones de su camisa y sacó algo. Lo reconocí: era mi colgante, el escudo de alabastro que creía perdido.

—¡Vaya! —levanté la voz—. Así que sí sabes quién soy. Me sorprende, la verdad, miserable egoísta de...

Alastair se lanzó directo hacia mí. Iba a besarme.

Le cruce la cara de un tortazo, pero aquello sólo avivó el fuego bajo la ceniza, renacido tras el olvido de su íntima dulzura. «La raíz no tiene fin», me dije, «seguimos unidos».

Todos los recuerdos de nuestros días compartidos galoparon en mi pecho: las excursiones por los valles alpinos, las escaladas en sus rocas, las largas charlas hasta el atardecer, las lecciones de botánica, astronomía... Las cenas en la cama, con sus desayunos, e incluso sus almuerzos... nuestra cueva.

Me acerqué a él. Temblaba más que antes, pero ya no tenía frío; de hecho, sentía que estaba a punto de quemarme. Iba a besarlo, cuando el portón se abrió.

—¡Madrugadores! —nos llamó Vita—. Espero que no penséis que vuestros petates y todas esas mierdas van a subir por arte de magia al lomo de los yacs . ¡Vamos, hay trabajo!

Deseaba preguntarle acerca de su disputa con Eckhard, acerca de la leyenda; porque si yo estaba en lo cierto, Alas conocía la leyenda. Sin embargo, había prometido no hablar de ello a nadie, y el temor a defraudar a Eckhard me contuvo... los primeros días. Porque si Alas conocía la leyenda, y nosotros desconocíamos qué deseo querría pedirle a Madre Tierra, y cómo podría afectarnos, me convencí de que, por seguridad, debería interrogarle en cuanto surgiera la ocasión.

Soñolienta, seguí a Mundwulf a través del oscuro pasillo en la que sería nuestra última salida del monasterio juntos. Al cruzar el umbral, que nos arrojaba a un espacio sin obstáculos entre nosotros y La Montaña, choqué con Vita. Levanté la vista y vi a todos apiñados delante de las escaleras. Formaban una amplia barrera, inmóviles, mirando hacia el exterior. Toda esa expectación no podía deberse al pequeño tropel de yaks que aguardaban, bien cargados, nuestra partida; de modo que me hice hueco entre mi primo y Eckhard para ver cuál era el objeto de su interés.

Dorje nos esperaba, petate a la espalda y todo sonrisas.

—Hemos decidido custodiar vuestro viaje —musitó—. Os acompañaré al monasterio más cercano a esa montaña que perseguís, vamos —había una inusual urgencia en él, pero no nos movimos—. ¿Qué ocurre? Solemos ir a las montañas para comprendernos mejor y afianzar la conexión con lo grande, no os extrañéis —Pero había algo muy extraño en aquello, ciertamente, y sólo Alastair bajó las escaleras—... Daré la venia a vuestro avance en caso de algún encontronazo con los guardias. Seré vuestro salvoconducto religioso —sonrió.

Entonces sí, uno a uno fuimos bajando a su encuentro. El monje tuvo que resignarse a un abrazo de grupo.

—Siete —Sonrió Eckhard—. Al final teníamos que ser siete —Y se echó a reír por un chiste

que sólo él conocía.

ཨོ་མོ་སྐྱང་མ

Caminamos durante doce días antes de saber a dónde nos dirigíamos. Veíamos el rumbo noroeste por el que Alas nos llevaba, claro, pero avanzábamos sin mapas, ni nombres. Alguno se molestó, no así yo. Era la primavera prometida.

Las primeras fueron jornadas cansadas, aunque no tanto para el cuerpo. Recorrimos largas distancias, sí, y la mayoría durante noches frías para pasar inadvertidos, pero lo peor fue el enrarecido ambiente que nos envolvió.

Creo que Alas disfrutó de algunas bromas y conversaciones como no esperaba, pero yo conocía a esos hombres, su altísima energía y la forma en que lidiaban con los mayores obstáculos como si se tratasen de pequeñeces. No eran ellos.

En las pausas, o cruzando los ríos a través de los puentes improvisados con troncos, la mayoría eran risas y comentarios ocurrentes sobre a quién se le caerían los yaks al agua o así, pero cuando caminábamos, lo cual era la mayor parte del rato, cada cual arrastraba como podía sus miedos y pesares.

Alastair, a la cabeza, sabía que no tenía dónde volver. Eckhard, que lo seguía en silencio y de cerca todo el tiempo, temía que la expedición para la que se había preparado toda su vida acabase en desastre. A Vita le preocupaba que nos apresaran a los pies de la montaña, con la miel en los labios. Mundwulf debía de preguntarse si Shambala se vería desde la cima, si verdaderamente existiría. Mi primo me confesó entre lágrimas el pánico que sentía por distanciarse de sus chicas. Al contrario de lo que decía, él no tenía necesidad de arriesgarse en aquella locura. Lo hacía por mí, por nuestro ritual.

Mis miedos eran tantos que no sabía distinguirlos entre sí, fundidos como estaban en el bloque de hielo que intentaba llevar por corazón. Por un lado, me sentía responsable de que Silverio estuviese con nosotros. Estaba muy preparado, pero ninguno lo estábamos de forma tal que fuera una certeza subir La Montaña, coronarla y bajarla ilesos. Por otro lado, Eckhard se fue concentrando cada vez más en la expedición y, pese a hablar, nos fuimos distanciando. Alastair mantuvo la distancia para conmigo, y empecé a sentir que iba a quedarme sin ninguno de los dos. Por otra parte, el fantasma de Xavier me recordaba que, de pasarme algo, jamás sabría la verdad sobre mi origen. Y, además, me acechaba constantemente la incómoda posibilidad de que la leyenda de Madre Tierra fuese falsa. Trataba de no pensarlo, Eckhard ponía su vida en ello, «su fe debería ser suficiente para mí», me decía, pero siempre volvía la dichosa pregunta: y si es falsa, ¿entonces qué?

Alastair nos reveló nuestro destino al duodécimo día, sí, pero unos minutos antes, Dorje, quien para los demás era un buda difícil de imaginar preocupado por algo, menos aún por algo

sobre sí mismo, se me rompió en las manos.

Sucedió durante una pausa. Habíamos pasado cerca de una aldea varios kilómetros atrás, el alba iba a despuntar y queríamos montar un par de tiendas y descansar sin ser vistos. Dorje había evitado hablar sobre su padre, pero algún vigoroso recuerdo relacionado con aquella aldea lo hizo abrirse.

—Siempre te he agradecido que no me llames como lo hacen los demás monjes: Rinchen — me decía Dorje mientras llenábamos las cantimploras con el agua del afluente crecido por los deshielos—. No soy ninguna “Piedra Preciosa”. Él me bautizó como Pasang Dorje. Nuestro primer nombre es por el día que nacemos, ya lo sabes. Pasang Dorje Sherpa, hijo de Mingma Norbu Sherpa —Su sonrisa tembló junto con su barbilla—. Madre murió siendo yo sólo un niño, en Darjeeling. Él se ocupó de mí hasta que la comunidad, escuchándolo hablar sobre ir a buscar un reino mágico, lo dio por loco, nos apartaron y me entregaron al monasterio más alejado.

Dorje tenía toda mi atención, pero no pude evitar ver que los otros habían dejado de montar las tiendas y hablaban.

—Me visita cada año, mientras descansa de su empeño por encontrar ese reino. ¿Has visto el collar con la concha marina que lleva al cuello? —me preguntó—. Dice que se lo regaló un sabio que venía de Shambala. “Cree en lo imposible y nos encontrarás”, cuenta que le dijo, “a nosotros, y todo lo que busques”, antes de esfumarse —Apretó los dientes.

—Dorje —No sabía cómo seguir. Creía era alguien que jamás requeriría consuelo—... ¿Crees que busca a tu madre?

El monje no pudo contestar. Su sonrisa se desmoronó entre los espasmos de la barbilla y las mejillas.

—Quiero subir lo más alto posible —dijo al fin, sollozando—. ¡Quiero demostrarle que Shambala no existe! —«Y cerciorarte de que no hay forma de devolverle la vida a tu madre», me dije mientras lo abrazaba. Lo comprendía muy bien. Yo también querría encontrarme con mi madre en la cima.

—¡¡Ka, Buda!! —Vita nos llamaba a gritos y gestos para que fuésemos hasta donde todos se habían reunido.

Dorje sólo necesitó respirar una vez para serenarse. Sus ojos, sin embargo, siguieron confesando una llama de dolor. Sólo Silverio reparó en su estado y se acercó cuando llegamos. El resto continuaron atentos a Alastair, quien parecía explicar algo. Nadie vio el dolor de quien estaba a su lado por la misma razón que nadie miraba ya las montañas y los valles que cruzábamos: todo se iba quedando eclipsado por La Montaña.

—Hace casi un lustro llegué a Indostán... —decía Alas.

—Casi nueve años para un señor —se pavoneó Vita.

—¡Mira si has perdido el tiempo, Vitaluccio! —bromeó Alas. “Pezzo di merda”, se escuchó entre las risas—. Llegué con el objetivo de dar con la montaña a la que nos dirigimos, porque ella ya había dado conmigo mucho antes —La última frase la dijo mirándome, fugazmente—. Dedicué mucho tiempo a acercarme al equipo encargado de la triangulación. Lamentablemente, el mayor artífice de las mediciones, el matemático hindú Radhanath Sikdar, no era fácil de encontrar, y Andrew Waugh, el nuevo director, sabía distinguir bien entre amistad y trabajo —Alas parecía disfrutar con la atención del grupo, por cómo hacía sentir eso a Eckhard, sin duda.

—Al tema, por favor —pidió precisamente el líder.

—Sin embargo —Alas continuó como si no lo hubiera oído. Quería creer que el mayor motivo de su desencuentro era yo, que aquella competitividad tan lakota era por mí—, como ya os dije, la alegría de Waugh era tan desbordante en una cena que, entre copa y copa, eructó la

confirmación de su descubrimiento: “XV”, dijo, “¡Es el Pico XV!”, —Alastair se quedó callado unos segundos, mirándonos con aquellos ojos sin fondo—. “La montaña sagrada a la que el pueblo Sherpa de Darjeeling llama Deodungha”, siguió el director, “y como también hemos sabido, ¡la Chomolungma de los tibetanos!”.

—¡Chomolungma! —estalló Vita—. ¡Así llamaba Kif a la montaña que le habían señalado en una incursión al Tíbet!

—Sí, “Diosa Madre de la Tierra” —tradujo Alas.

Era ella. Era la montaña que nos esperaba para cambiar el mundo. Lo supe, y los ojos de Eckhard me lo confirmaron. La excitada agitación que siguió no dejó indiferente a nadie, ni a Mundwulf, que me levantó hasta las nubes en un abrazo.

—Kif tenía razón —susurró Dorje. Todos guardaron silencio de repente—. No dejó de repetirlo en su lecho de muerte: “Estaba a punto de coronarla... Chomolungma”.

Todos menos mi primo y yo le lanzaron miradas hoscas, recuerdo con nitidez la de Eckhard. Debían de pensar por qué aquel monje no les había contado eso cuatro años atrás. Dorje no se dio cuenta, seguía transitando su tormento particular.

—Es gracioso —cortó la tensión Alas—, tenían todas las mediciones desde hace años, pero no han parado de recalcular todo por temor a que los 29.000 pies que marcaban fuese un error. Como no lo ha sido, pero sonaba demasiado redondo, el propio Waugh ha sumado dos pies a la cifra. Es decir, ¡que ya ha puesto sus dos pies sobre la cima! —Alas consiguió muchas risas con aquello, y más aún, hizo que nadie quisiese acampar aún, insistiendo en acercarse un poco más a la Diosa Madre de la Tierra antes de descansar.

Tan sólo tres días después llegamos a un entorno que, pese a la nubosidad, se nos hizo conocido. Eran las mismas montañas a las que tratamos de encaramarnos en una de nuestras primeras exploraciones. En aquella ocasión ni tan siquiera encontramos la ruta para alcanzar la zona más elevada, y no fue porque no le pusiéramos empeño. Al final tratamos de ascender otras montañas menores, también sin éxito.

Pero ahora éramos un equipo que contaba con la certeza de que allí, arriba, entre la niebla, nos esperaba ella. Aquella convicción podría con todo lo que se entrometiese entre nosotros y ella. Ese pensamiento fue el que nos permitió encarar los diez días nublados que tardamos en encontrar la ruta de ascenso. Ese pensamiento y la comida con la que Dorje nos abasteció desde el cercano monasterio de Tengboche, claro.

Exploramos la niebla divididos: solos o en parejas.

Aquel amanecer, con la creencia lakota de que todos los fenómenos del cielo podían haber sido personas, y que, de conservar la conciencia, podíamos tratar de hablar con ellos y pedirles favores, oré a los espíritus de la niebla para que se fuesen y nos permitiesen encontrar la ruta y ver la montaña.

Esa mañana a mí me tocó con Alas. Tenía buen aspecto. Parecía aclimatado desde que llegáramos a la altura en la que instalamos nuestro campamento base. No sé si tanto por descartar un paso imposible o por alejarnos de donde buscaban todos los demás, dejamos el pedregal atrás y nos adentramos en una gigantesca cascada de hielo, sin apenas hablar.

Avanzamos por un laberinto de toneladas de hielo vivo, inestable, incontrolable; el caos. Escuchamos el derrumbe de los *seracs* a los lados y a nuestra espalda con el temor constante de quedar sepultados, pero avanzamos, confiados el uno del otro; asegurados mutuamente con algo más que la cuerda.

Tras varias horas perdidos, escalé un inmenso paredón y tendí la cuerda a Alas para

asegurar su pegue cuando, como si alguien levantase un pesado velo, el sol nos cayó encima.

Cuando mis ojos se fueron acostumbrando a la luz y su reflejo en el hielo, empecé a ver los encajes del infinito manto níveo que lucía la montaña. Alzaba la mirada, extasiada ante la grandeza de la montaña que por fin se dejaba ver, cuando me asaltaron las palabras de Amanda: “Ojalá no existiese esa montaña. Ojalá no la encontréis”. Pero la encontramos.

No entendía cómo habíamos tardado tanto en encontrar algo tan sumamente inconmensurable.

La emoción me sacudió de forma que apenas pude recoger cuerda y mantenerme firme, pero Alas subió sin contratiempos. Cuando llegó arriba, después de suspirar al mirar abajo y descubrir la cantidad de grietas de negra hondura que habíamos esquivado, miró arriba y perdió la razón.

—¡Aquí está! —Sus ojos trazaban la ruta con facilidad y velocidad, sin una pizca de la miseria y el dolor que nos tomaría dar cada paso hacia la cima—. ¡Tenemos que contin...

—Claro, con todos —atajé cuando le dio la tos del hielo.

—No, Kayah. Tenemos que continuar ahora, ¡nosotros! —Estaba nervioso, y sabía que yo lo sabía.

—¿¡Cuándo te has vuelto así!? —grité—. Esos hombres han perseguido esta montaña con más ahínco y han pasado por muchas más penalidades que tú, ¡capitán! ¿No será que...

—Mi hermano es Mayor —me cortó cuando iba a insinuar algo sobre la leyenda—... tiene peso en el gobierno. Creo que los tenemos encima—se excusó, pero escondía algo, como en nuestros mejores días. Asintió levemente, se tapó la boca con la bufanda, fijó su piolet en el hielo y me indicó que comenzase el descenso para regresar al campamento base.

El sol nos acompañó durante casi todo el mes de abril. Eso nos permitió trazar la mayoría de la ruta y habilitar cuatro refugios escalonados mientras nos aclimatábamos. No era una ruta difícil, salvo por el glaciar gigante que nos daba la bienvenida y serpenteaba hasta los pies de la montaña, y las avalanchas que siseaban a su lado, y las bajas temperaturas; bueno, y la propia altitud, además de la pared final que partía por encima del collado sur, claro.

Al principio, esa montaña me pareció lo más aventurero, emocionante, visionario y místico que podía existir. No era así para todos. Los ojos de Dorje gritaban de pánico cada vez que cruzábamos alguna grieta con los palos metálicos extensibles que Eckhard diseñó en Delhi, y que tan funcionales demostraron ser; pero su sonrisa no se extinguió un solo día.

Sin embargo, para el cuarto ascenso, el primero hasta el último refugio, la montaña era algo muy distinto. Alas y Dorje no soportaron bien la altitud. Alas escupía sangre y Dorje estaba congelado, por lo que Silverio y Mundwulf se ofrecieron para bajarlos. Eckhard, Vita y yo intentamos reconocer qué aguardaba en el tramo final, para el próximo y último envite.

Agradecía haber tenido a Eckhard y Amanda como tutores en lo que a montañismo de altura se refería. Sus talentos para comprender cada montaña y los procesos humanos que seguíamos me sirvieron para sobrevivir a ese subibaja con cierto ánimo. Seguíamos tratando de mantener el buen humor y la energía alta, pero ya no era aquello de “un fuego, arrojo y listo”, que repitiese mi primo, ni tampoco lo de “fuego, *tchang* —un alcohol local— y risas” que solía canturrear Vita.

Antes de bajar, Alas me contó entre risas y toses rojas que la idea romántica que tenía de la montaña y que, probablemente el resto del mundo compartiría, no contaba con los ventarrones, el frío intenso y ese yermo e implacable paisaje. No contaba con la realidad de la montaña, sólo con el sueño.

—Ahora sé por qué George Everest, el topógrafo predecesor a Waugh, se niega a que bauticen con su nombre a la montaña. ¡Mira que es inhumana! —sonrió, casi feliz.

Eckhard querría haber intentado hacer cima entonces, aunque fuese solo, pero Vita y yo se lo

impedimos. Su estado febril y las tiritonas entre las que se agitaba nos obligaron a bajarlo. Durante el descenso repetía una y otra vez, “pueden porque creen que pueden, pueden porque creen que pueden”. Era como si escuchase una música que nadie más podía oír.

En mi interior la canción que se repetía era otra: “¿por qué estoy yo aquí?”. Me tambaleaba sobre mis crampones y sobre dos deseos opuestos: al estar abajo anhelaba la cima y al escalar anhelaba un hogar. Por si esa maldición no fuera suficiente, estaba enamorada de dos hombres tan opuestos...

Llegamos a la cascada de hielo que, como criatura viva que era cambiaba su morfología bajo el calor del sol, y trazamos la línea a seguir. Fui la primera en bajar por el murallón. Los chicos me sostenían cuando, al mirar abajo me llevé un sobresalto. Me pareció ver una extraña y enorme figura peluda agazapándose tras un bloque de hielo, no demasiado lejos. Perdí pie, y crampón, y resbalé. Cuando me recompuse, no había rastro alguno, y nadie había visto nada, claro.

Al llegar a nuestro campamento básico nos encontramos con una sorpresa: un monje de Tengboche nos bajaría hasta su monasterio, donde aguardaban nuestros amigos.

Esa noche nos reunimos todos, a tiempo para la cena. Compartí mi extraña experiencia y describí aquella criatura:

—Apenas lo vi. Diría que lo cubría lana amarronada. Parecía un mono, como los de la India, sólo que más grande incluso que Mundwulf —Para mi sorpresa nadie echó a reír, ni se insinuó que fuese una alucinación, pero cuando Vita cogió aire ruidosamente, imaginé que por fin llegaba el chiste.

—El Omo servadzo —dijo serio, empero—. En mis Dolomitas lo llaman así, pero por aquí lo conocen como Yeti. Nunca creí en esas historias, ni siquiera las de los Klimbahim, ya lo sabéis. Cuando Kif me habló del Yeti pensé que había pasado demasiado tiempo con el loco de Norbu, pero me ha parecido ver algo grande varias veces...

—¡Estragos del tchang y la altura! —rio Eckhard.

—En serio, Eck. La última vez fue hace una semana, mientras trepaba el muro. Sentí que alguien me observaba, y cuando miré a un lado, algo enorme desapareció entre el hielo.

—Pues ha vuelto. Algo querrá—señaló Silverio, tenso.

—Puede estar disgustado con quienes pisáis la montaña sin seguir los rituales, ni pedir permiso —razonó Dorje, que acababa de regresar de entre la cofradía, con buen aspecto—. Ni a la naturaleza ni a sus espíritus les gustan las prisas. Sería conveniente realizar la ceremonia *Puja* antes de la ascensión.

Nada mejor para quien anhela subir una montaña que algo que le haga sentir poder agarrar con más posibilidades el éxito en su aventura. Todos aceptamos.

Apenas nos permitimos cinco días para recuperarnos, oxigenar nuestra sangre y prepararlo todo para la arremetida final. No queríamos presionar a la naturaleza ni al Yeti con las prisas —lo digo como lo vivimos: medio en serio, medio en broma—, pero sabíamos que era cuestión de tiempo que alguna guardia diese con nosotros. O peor aún, que otro equipo viniese y nos robase la cima. La noticia del hallazgo de la montaña más elevada del mundo podría dar lugar a negociaciones entre Nepal y otros países para habilitar el paso a montañeros. Más de una potencia querría apuntarse la gloria de esa cima, querrían conquistarla para reafirmar su poder. Primar el poder por sobre la belleza de la naturaleza hacía crujir mis dientes.

Después de aquellos días, Alas, a quien los monjes trataron a base de agujas ardientes y otros procedimientos médicos ajenos incluso a Eckhard, estaba ya bien aclimatado. Recuperadas las fuerzas, abastecidos, concedores de la ruta, habilitados algunos pasos complicados con

cuerdas fijas y con el campamento básico del erial y los cuatro refugios escalonados esperándonos, tan sólo quedaba realizar la Puja y confiar en que la ventana traslúcida que nos mostraba un cielo cerúleo durase lo suficiente para coronar. Y bajar, claro.

Fue una gran ceremonia, supongo. La Diosa Madre de la Tierra debió de escucharnos pedirle permiso con todas aquellas estatuas doradas, paños de colores, incienso, velas, cuencos, campanillas y demás; yo estaba a otra cosa. La ceremonia coincidió con la llegada de varios aldeanos porteadores de Khumjung, la aldea que nos había dado de comer las últimas semanas, pero no fue eso lo que me desconcentró.

La columna de luz natural que entraba al salón por el tragaluz cuadrado me señalaba la pintura de un gran monstruo azul de tres ojos, largos colmillos enjorjados con calaveras, y expresión cruel. Aplastaba decenas de cuerpos humanos con furia, en lo que parecía el más placentero éxtasis.

—Es Yama —me explicó Dorje—, deidad de la muerte y la impermanencia. Si no quieres verle demasiado, será mejor que te asegures de morir donde puedan encontrar tu cuerpo y hacerte el ritual de despedida de este mundo. Sin cuerpo no hay reencarnación, ni paz —posó su mano en mi hombro.

Un monje arrojó un puñado de arroz al fuego. Después, se acercó a mí y me dio un saco lleno del cereal.

—Es para echarlo en el glaciar —me dijo Dorje—, para que no nos quedemos atrapados allí por toda la eternidad.

Dejé mis piolets y crampones a los pies del chörten exterior para que recibiesen las bendiciones de los banderines que ondeaban al viento, y observé las montañas.

Puede que fuese por la entrega a la meditación de los monjes, o el fruto de tantos intentos por meditar con Dorje; el caso es que me senté y todo me pareció de pronto tan claro.

Las montañas. Incluso su postura era la del meditador.

Las montañas no querían nuestra adoración, ni mucho menos, nuestros sacrificios. No querían nada de nosotros. Les éramos enteramente indiferentes. Buscábamos su grandeza escalándolas, pero esa grandeza se escondía a la vista. Porque eran sus raíces las que mantenían unido el mundo, los cursos fluviales sus arterias, el agua su sangre...

Escucha al viento, él dice.

Escucha al silencio, él habla.

Escucha a tu corazón, él sabe.

Eran palabras de mi pasado, pero hablaban en presente.

El viento me había llevado hasta allí, tan próxima al supuesto corazón de Madre Tierra. El silencio me había invitado a sentarme y tomar contacto conmigo misma. Y entonces, mi corazón me hizo saber que era el momento de poner los pies en la tierra, de echar raíces. Todo el poder y magia existentes en el mundo estaba alrededor y en mi interior, ahí y entonces. Había vivido ensordeciendo una voz que me advertía afectada: “siempre en movimiento, persiguiendo algo. Creyendo que consiguiendo ese último anhelo encontrarás la paz”.

La montaña no podía traer la paz a mis días, ni dar esa paz a los demás. Aunque subiese la montaña, después tendría que bajarla, sin magia. Volver a la realidad, caminando. No había necesidad de tal esfuerzo, la vida era más sencilla.

Sentía cómo un manto me reconfortaba cuerpo y alma, cuando vi salir a Eckhard. Me nublé. Debía ayudarlo a alcanzar la cima. Mi corazón me decía que nada cambiaría, pero él confiaba en

la leyenda, debíamos intentarlo. Si no resultaba un nuevo comienzo para el mundo, sí lo sería para nosotros, juntos o no. La respuesta nos esperaba en la cima.

—Aaah... ¡La iluminación! —La vieja me mira, con falsa admiración—. ¡Con qué claridad intuiste tu futuro! ¡¡Fíjate si has echado raíces aquí!!

El cielo al alcance de los dedos

Cuando era niña escuché la historia de cómo fue creada la Tierra. Cómo una gran tortuga, después de amontonar tanta tierra del fondo marino como pudo, se sacrificó para que otros animales pusiesen sobre su caparazón más tierra y así las aves y otros hermanos animales viviésemos sobre el agua.

Sabía desde hacía mucho que “Isla Tortuga”, América, era sólo una pequeña parte del mundo que se había levantado de las aguas. Me decía que la roca de la montaña que escalábamos la debía de haber elevado y soportado una gran águila, como la de mi sueño, pero yo me sentía más como la tortuga.

“Todo está al alcance de nuestra mano, sólo debemos aminorar y sensibilizarnos”, decía Nahkohe, “igual que la tortuga, símbolo de Madre Tierra”. Aminorar, aminoré. Tenía el corazón en los oídos, bombeando en un eco sin fin. Lejos quedaban las gráciles ascensiones donde me movía como una niña de las colinas, fresca, vivaz. Para cuando dejamos atrás el tercer refugio, a unos 7.000 metros de altitud según Eckhard, sentía el mundo entero colgando de mi mochila. Me movía lentísimo, y sólo si hacía un esfuerzo monumental.

Hacia sólo tres días desde que habíamos dejado abajo el monasterio para partir a la cima desde el campamento básico. Todos nos sentíamos fuertes, y al día siguiente, además de cruzar el glaciar y escalar el murallón de hielo hasta el primer refugio, decidimos continuar hasta el segundo, cargando las dos bombonas de gas reservadas para la ocasión. Sufrimos las consecuencias de aquel derroche en la tercera jornada.

La noche había sido horrible. Pasamos un frío terrible a pesar de fundir una bombona entera, de modo que la cuarta mañana, remontando terreno sobre la cara de otro gigante, sólo deseaba cruzar la franja amarilla y ver el último refugio. Habíamos salido pronto, apenas distinguíamos nuestra mano delante de los ojos. La aprensión a que la estructura de cristales de hielo y nieve se alterara como resultado del sol y originase aludes o deslizamientos de roca fue infundada, empero.

Podíamos mirar abajo, pero era imposible ver el glaciar, aunque lo supiésemos ahí. Nos envolvía una densa nubosidad que nos negaba alentarnos con las vistas del mundo entero que recordábamos. Ya no veíamos gruesas capas de nieve, como de queso fundido, que se aplastaban placenteramente bajo las botas, ni tampoco cómo el sol evaporaba la nieve y se la llevaba al cielo. No. Ahora lo único que se movía era la neblina, cayendo por la ladera debido al tremendo frío. Y los crampones no se hundían, sólo mordían hielo.

—La vida se alza desde la tierra hacia el cielo —Nunca entendí cómo Mundwulf parecía siempre tan fuerte arriba, pero era capaz de hacer temblar a la montaña bajo sus fuertes pisadas y filosofar—. Lo vemos con claridad en el desarrollo de las plantas. Nosotros no escapamos a esa ley natural ni, por mucho que nos pese, a su consecuencia —No lo seguía, en ningún sentido—, porque al elevarnos, buscando la luz del sol, el calor de la vida, vamos al encuentro de la muerte. La vida surge de la tierra, y la muerte desciende desde el cielo.

Eckhard iba en cabeza y estaba a punto de sobrepasar la última escalada por terreno mixto. Vita quedaba bastante por debajo, tirando de Dorje como una bestia. El monje no estaba en todas sus facultades, saltaba a la vista. Mundwulf lo cubría por detrás, seguido por mí, Silverio y Alastair.

—La muerte desciende hasta nosotros para enterrarnos y recordarnos de dónde venimos, devolvernos a la humildad —siguió mi bisonte gigante, funesto—. Y su prisa es mayor cuanto más nos atrevemos a crecer, henchidos de vanidad.

—Vale, colega, recuérdame por qué hacemos esto... —Mi primo trató de aligerar aquel incómodo declive.

—¡Por las vistas! —gritó Vita, oteando entre las nubes.

Reí, aunque doliese, porque bajo la capucha, aun oculta por la bufanda, mi cara estaba contracturada por el frío. Algo tan tonto como reír me obligó a parar para recuperar el aliento y lo aproveché para girarme por enegésima vez y comprobar que Alastair podía seguir nuestro ritmo.

Podía, pero lo que veía de su cara parecía descompuesta. Iba a pedirle unos segundos a mi primo para descansar cuando me di cuenta de que Alas no estaba cansado, sino atónito. Miraba más arriba de mi posición y la de Vita. Me giré.

Eckhard agitaba su piolet enérgicamente. No nos hacía señales. No estaba solo. Daba golpes y estocadas. A su lado estaba aquella enorme criatura que viera en el glaciar, el Yeti. Estaban enzarzados en una lucha mortal.

Grité y señalé a lo alto. Vita se desanudó y comenzó a ascender lo más rápido posible. Era el más rápido, pero le separaba mucha distancia y, en un instante, tanto Eckhard como el Yeti desaparecieron de nuestra vista tras el terraplén.

Para cuando todos llegamos al replano, Eckhard, navaja en una mano, piolet en la otra y empapado en sangre, dirigía a Vita hacia nosotros dando voces nerviosas.

—No te acerques —le ordenaba—. ¡No os acerquéis! Desprende un hedor tóxico, virulento —nos advirtió a todos.

Eckhard dejaba un rastro carmesí tras de sí, a cada paso. Sus huellas llevaban a los pies de la inerte masa lanuda.

Había matado al Yeti.

Tras apuntalar la lona del último refugio, asentado sobre las muchas piedras que sobresalían del hielo en aquel collado, nos enrocamos en su interior ávidos de calor y descanso, de consuelo. Vita trajo hielo y Eckhard se encargó del gas y el té.

Se me revolvió el estómago sólo con pensar en tomar algo, pero necesitaba calentarme. Recuerdo que el té me supo al mismo caldo espeso difícil de tragar de la primera vez.

Nadie había dicho una palabra desde el incidente.

—¿Conocéis el mito de Sísifo? —preguntó Eckhard—. Narra la condena de un hombre sabio por parte de los dioses. Si logra llevar una gran roca hasta la cima de una montaña su libertad le será devuelta, si no, pasará la eternidad intentándolo, en lo que parece un castigo indescriptible, ladera arriba.

Todos estábamos apretados unos contra otros, por la falta de espacio y por la búsqueda del calor, pero no parecíamos un público muy atento, ni animado.

—Siempre que está a punto de dejar la roca en la cima sucede algo y ésta cae rodando, en su pulida redondez —La verdad, mi atención la tenía Alas, respirando con lo que parecían gemidos de muerte—. ¿Pero sabéis?, a mi parecer, Sísifo encuentra la felicidad. La mera lucha hacia las alturas, enfrentar la grandeza de la montaña y los dioses, superando todo obstáculo, debe colmarlo —Eckhard hablaba para sí mismo.

Alas tuvo un fuerte ataque de tos, pero nadie se movió.

—Esta tos parece querer romperme las tripas, pero tus evasivas son aún más insufribles —le dijo Alas a Eckhard.

Hubo una gran discusión. Todo lo que no habíamos dicho pero habíamos pensado en el último mes, y de forma más intensa durante esa tarde, con el Yeti, salió a la luz. Todos los sustos pasados y los miedos por lo venidero se convirtieron en malas palabras, y tanto Alastair como Dorje acusaron a Eckhard de haber cometido un grave error al matar a aquella criatura. Un mal augurio acechaba la tienda, y nos amenazaba.

—Los dioses están señalándote, Eckhard —dijo Dorje.

—Enterremos esto hasta estar de vuelta abajo, ¿queréis? —Mi primo trató de sosegar el ambiente—. Veamos, ¿quién está dispuesto a seguir hasta arriba?

Al instante y al unísono, Eckhard, Alas y Vita dieron su “yo”. Mi primo, pese a haber lanzado la pregunta que todos rumiábamos, no se pronunció, como yo, pero Mundwulf sí:

—Yo no —dijo, firme—. Si el resto también piensa que debemos respeto a ese ser y hay que bajar, seremos mayoría.

Silverio y yo nos miramos a los ojos. Vimos tanto miedo como ilusión, y seguimos inmóviles, en un punzante silencio.

—Yo sí —saltó Dorje—. A los monjes nos consideran santos, pero con cada paso que doy en esta montaña siento más humildad, más humanidad; veo mis pecados, me siento más pequeño y débil, pero también libre. Voy hasta el final.

—Entonces no hay más que hablar —zanjó Eckhard—. Prometimos seguir juntos mediante las decisiones comunes. Tranquilos, olvidaremos todo esto cuando estemos de vuelta, abajo —guiñó el ojo a mi primo.

Al acostarnos en busca del superficial sueño de unas horas, me incliné hacia el bulto de mantas que sabía era Eckhard.

—¿Mañana me esperarás para pedir el deseo? —susurré.

—Lo haremos juntos —musitó en mi oído—, te lo dije.

Mi primo me despertó cuando aún era de noche. La señal de salida había ido pasando de uno en uno. Era la hora, era el momento de la verdad.

Repasé todo lo que tendría que hacer tras desprenderme de los mantos, crujientes por la suma de vaho y frío. No eran demasiados, pero me supondrían un gran sobreesfuerzo. Mis facultades físicas y mentales eran tan variables e inconstantes como el viento que nos azotaba, y de pronto, me asaltó una imagen que me llenó de fuerza: yo era aquella venida desde las grandes llanuras que coronaría la más alta de las montañas.

—Esta mañana estás más preciosa que nunca —Alcé la vista recién acabada la desesperante maniobra de ponerme los crampones con las manoplas puestas y vi a Alas. Si no hubiera estado sonándome los mocos, que ya no eran verdes ni amarillos, ni siquiera naranjas sino marrones, lo habría creído.

—¡Adelante ahora! —nos animó Eckhard—. La niebla sigue envolviéndonos, pero se despejará en la cima, ¡ya veréis! ¡Adelante! ¡Hay que golpear mientras el hierro sigue caliente!

Y salimos a incrustar los dientes de hierro en el hielo.

A golpear el suelo con tanta fuerza como podíamos, como si siguiésemos en la cantera de alabastro. Con la sola diferencia de que necesitaba respirar tres veces por cada paso que daba. Era difícil pensar en la palabra “conquista” cuando lo único que podíamos hacer camino a la cima era arrastrarnos lenta y torpemente, entumecidos bajo siete capas de ropa helada, consumidos entre indescriptibles dolores.

Libraba una lucha en mi interior. Había pasado tanto tiempo imaginando con tanta ilusión aquel momento que, cuando entendí que, llegada la hora, lo que me invadía no era alegría sino espanto, me paralicé. Creía que sería feliz, que la magia me envolvería, pero el miedo estaba tan entremezclado.

Todo cuanto podía ver a mi alrededor, enfrentando el viento que amenazaba con tirarme al suelo a cada instante, no era sino un mundo desolado, vacío, muerto.

No había nada glorioso allí arriba, sólo muerte.

Todos avanzábamos como podíamos por una escarpada cresta, tambaleándonos sobre el vacío. Dorje quería, pero no podía. Fue toda una sorpresa que Eckhard se ofreciese a encordarlo y tirar de él. Y lo hizo, sin perder la primera posición.

En cierto momento, como si Madre Tierra quisiera darnos aliento, la nubosidad sobre nosotros se despejó. Todo era un océano de nubes a los pies de nuestra roca. Víta aulló algo, entonces miré hacia arriba. Y allí, al alcance, estaba la cima.

Teniendo en cuenta los cálculos oficiales, debíamos de estar a unos 8.500 metros de altitud. La emoción nos sacudió a todos como si fuéramos marionetas en un teatrillo de niños.

Me quedé hipnotizada mirando la cima. Me preguntaba si el corazón de la Diosa estaría allí, cuando me di cuenta de que, en efecto, sin duda, aquella era la cima de mi sueño.

Las tripas me temblaron y mis piernas flaquearon. Fue un aviso de mi intuición. La misma intuición que llevaba años muda, en una larga hibernación. Me quedé paralizada. Arriba no me esperaba una gran águila; menos aún, el Gran Espíritu.

—¡Ánimo, prima! —me sobresaltó Silverio cuando pensaba si los dioses aguardaban con un castigo para nosotros—. Cuando tus piernas ya no pueden más, el corazón hace el resto —Era una frase recurrente de Claire, nuestra amiga alpina.

Mi primo lideraba la cordada, seguido de mí y de Alas. Él no quería perder el tiempo en un lugar en el que apenas podíamos respirar, era lógico, pero yo no me moví.

Me dejé caer con la ventolera que se violentaba y clavé el piolet en el suelo. Aunque pudiese moverme, no quería.

—¡Vamos! —Mi primo llegó hasta mí y trató de levantarme, pero cayó a mi lado—. La fuerza —dijo, haciendo otro esfuerzo—, no viene del cuerpo —Tiró de mí hasta ponerme en pie —, ¡sino de una voluntad inquebrantable!

La verdad es que él también tenía mal aspecto, pero había ganado tanto en seguridad a lo largo de los años...

—Hoy no es un buen día para morir, prima. Es un buen día para hacer historia y volver para contarla, ¡seguro!

A mayor altitud, mayor lentitud, pero mejor actitud.

—Yo ir... —dije, animada, pero no seguí el ritual.

No pude, porque un grito traspasó la ventisca y nos alcanzó. Miré arriba y vi caer a Dorje por el acantilado que se abría a la derecha de la cresta. Esperé el tirón de la cuerda, pero descubrí

que su otro extremo, roto, lo seguía al vacío. Eckhard no podría salvarlo. Era incapaz de creer lo que veía.

El grito no había sido de Dorje, sino de Vita, que corría hacia nosotros para tensar la cuerda que lo unía con Mundwulf. Sin pensarlo dos veces, confiado en “su Muto”, Vita se lanzó de cabeza a salvar a Dorje.

El abrupto acantilado era lo suficientemente inclinado como para que Vita, asegurado por el gigante, pudiese dar varias zancadas contra la pared, crear un péndulo y dirigirse hacia la línea por la que Dorje se deslizaba, inerte. El monje iba golpeándose con los salientes, pero al no tratarse de una caída libre había lugar para la esperanza en esa tremenda temeridad.

Y lo atrapó. Vita asió a Dorje.

Lo agarró por la pechera y por debajo del brazo. La inercia hizo el resto. Mundwulf aguantó el tirón como la montaña que era, pero el polvo de nieve que vi caer bajo su pie adelantado me inquietó. Estaba encima de una cornisa.

Vita y Dorje oscilaron un poco más allá, hasta que una especie de balcón tallado en la roca quedó a su alcance. Vita logró poner al monje sobre su planicie, pero eso le costó el impulso que necesitaba para encaramarse él también. Quedó colgando del saliente con una mano, mientras la cuerda tiraba de él. Hasta que la cornisa que sujetaba a Mundwulf cedió.

Mi bisonte cayó en medio de una nube de nieve y hielo, en silencio. Instintivamente miré a Vita. El péndulo que describiría Mundwulf tendría la suficiente amplitud para que, de poder contar con un mínimo apoyo, Vita pudiese soportarlo.

Se movió mucho más rápido de lo que nadie hubiese podido, y para cuando el factor de caída de Mundwulf empezó a pesar con mayor fuerza, Vita había logrado meter un brazo hasta el codo sobre el balcón, se agarraba con la otra mano y trataba de dar con algún buen pie. Pero sus dos pies, armados con los dientes de hierro, no hacían más que resbalar y sacar chispas contra la roca y entre sí. Un instante después, Mundwulf pasó por debajo de su amigo y todo se acabó.

Vita no pudo aguantarlo, y ambos cayeron.

Trataron de agarrarse a la montaña, con toda su alma, pero tras resbalar a una velocidad cada vez mayor, ambos chocaron con un macabro saliente, rebotaron y fueron engullidos por el vacío oculto bajo las nubes.

Sólo reaccioné por el tirón de la cuerda que me lanzó al suelo. En algún momento Alastair y mi primo habían cambiado sus posiciones. Alas se había lanzado hacia lo alto con una desconocida fuerza y nos obligaba a seguirlo.

Iba directo hacia la posición de Eckhard.

Mientras me obligaba a avanzar, sólo veía el cuerpo de Dorje, abandonado en aquel frágil favor de la montaña, de tan difícil alcance. Lo llamé tantas veces como mis doloridos y exhaustos pulmones me lo permitieron, pero no reaccionó.

No tuve tiempo de entender qué había pasado, y al llegar a Eckhard todo sucedió aún más deprisa. Parecía como si la tierra, el sol, el viento... todo se hubiese salido de su lugar y se arrojase enloquecido hacia delante. Yo quería pararlo todo, volver atrás, pero sólo quedaba encontrarse con un muro contra el que estamparse para que todo se detuviese para siempre.

—¿¡Qué has hecho!?! —Alas gritó a un Eckhard quieto y ausente como una efigie—. ¿Por qué no estabas encordado?

La cuerda no se había roto, Eckhard no iba anudado. Entonces vi gotas de sangre a los pies de Eckhard, cayendo a lo largo de su piolet. Yo no podía pensar con claridad, y aunque hubiese podido no habría creído lo que todo apuntaba.

—Soldadito —comenzó Eckhard, pero se interrumpió para mirar la cima unos segundos—... Soldadito, una ínfima parte de mí quería que acabases llegando arriba —Entonces bajó la mirada, directa a Alas—, sólo para ver cómo mi deseo se hacía realidad. ¡Es una lástima —gritó, la segunda de las tres veces—, pero no hay lugar para nadie más en la cima!

Junto con la última palabra, Eckhard clavó brutalmente el aguijón de su piolet en el estómago de Alas y lo empujó con saña hasta lanzarlo acantilado abajo.

Mis ojos se abrieron en par ante esa irrealidad. Eckhard aún sonreía cuando me miró. Antes de que pudiera reaccionar el peso de Alas y nuestro lazo me reclamaron.

Salí despedida hacia la muerte sin poder agarrarme a nada, con la esperanza de que Silverio nos salvase desgarrada, rota por el tirón con el que también nos lo llevamos al abismo.

Caí a la muerte sin siquiera poder asir el anhelo de vivir.

De la cumbre al abismo

Un fuerte tirón paró mi caída de golpe.

Alas había caído en el balcón donde estaba Dorje y hacía de cabo para mí, y, si resistía su caída, también para Silverio.

Mi primo caía vertiginosamente. Cuando la cuerda se tensase, lo más probable era que se desgarrara, pero incluso en el mejor de los casos: si la cuerda resistía, me haría trizas. No veía la postura de Alas, pero parecía imposible aguantar una embestida así. Por eso, cuando Silverio iba a pasar cerca de mí, traté, si no de atraparlo, si al menos de frenar su caída.

Él iba descontrolado. Era un torbellino de pieles, cuerda y dientes de hierro, y no pude agarrarlo. Afortunadamente, él sí lo logró. Me agarró por el tobillo con una mano desenguantada. Una mano firme y decidida a no soltarse por nada del mundo. Cuando el tirón del frenazo llegó, todo su cuerpo se sacudió brutalmente. Gritó de dolor, y pude ver cómo el hombro que sufría aquella repentina parada se desencajaba.

La mano de mi primo se soltó, y retomó su caída.

Sin embargo, cuando el recorrido de la cuerda se acabó, el golpe fue más suave de lo que esperaba y Alas lo aguantó. Mi vida y la de mi primo colgaban de sus manos.

Sentía el dolor de nuestro cabo a la vida, pero ignoraba su estado, así como que, a cada tirón, le sacábamos las tripas.

Incluso mi primo tuvo que oír los gemidos de dolor de Alas. Traté de aligerar la carga que suponíamos, pero sin piolet, con el peso de Silverio y a falta de los dientes perdidos de una bota —que descubriría clavados en mi otra pantorrilla—, me fue imposible. Me saqué las manoplas con los dientes para intentar asir mejores agarres, pero no tenía fuerzas para levantar a mi primo. La respiración cortada de Alas, sus resoplidos y gritos de sobresfuerzo llegaban desde arriba, desgarradores, como puntos suspensivos en la línea entre la vida y la muerte.

Mi primo también aullaba de dolor. Trataba de aligerar su peso, pero sólo conseguía agravar su sufrimiento.

Pasamos una eternidad allí, o eso me pareció. No puedo imaginar lo que vivió Alas. Intentó

alzarnos una y otra vez, a pesar de saberlo imposible. Nos rogó que escalásemos hasta él, y cuando, tras intentarlo hasta la extenuación le dije que no podíamos, Alas, sencillamente, se negó a abandonarnos. Asió nuestras vidas con todas sus fuerzas, y esperó. Estaba decidido a esperar hasta que se le acabasen las fuerzas.

De pronto me acordé del segundo saliente de la roca, aquel en el que Vita y Mundwulf habían rebotado fatalmente. Miré hacia abajo. Estaba en dirección recta a nuestra caída, y parecía dar un acceso a la cresta por la que habíamos estado ascendiendo. Calculé que desde los pies de Silverio no podían quedar más de siete metros hasta él. Sin poder escalar, la única posibilidad de mi primo era descolgarse hasta allí. Era difícil, pero no imposible, y no podíamos continuar en esa situación mucho más. Iba a contarle la idea a mi primo, aterrada por lo suicida que sonaba, cuando reparé en el ruido.

El inconfundible sonido que se agudiza en la cuerda que se tensa, el terrible ruido del corte de una cuerda. Esa cuerda había aguantado nuestra caída, y el tiempo que llevábamos colgados, pero no estaba preparada para la navaja de Silverio.

—¡Ni se te ocurra! —chillé—. Alas cortará la cuerda y yo te ayudaré a frenar hasta el saliente. Tendremos cuerda suficiente para subir a por él, de vuelta en la cresta —improvisé.

Le imploré, maldije, pero por toda respuesta, mi primo se limitó a sonreír, pedirme “cuídate y cuídalas”, y volver a atacar la cuerda. Desesperada, seguí chillando:

—¡Yo ir!, pero si no saber seguir... —No respondió—. ¡¡Yo voy!! — Y de pronto, el lazo que nos unía se deshilachó.

No se rindió mientras caía. Lo dio todo en el intento. Trató de aferrarse a la vida con los dientes mientras resbalaba entre el hielo y la roca, y cuando llegó a la cornisa, no rebotó; casi llegó a frenar por completo, pero no logró detenerse. Cayó. Cayó como la gota de agua que pende del carámbano y que, en lugar de fundirse con él, cae; en vano, sin sentido.

Alas fue más que mis manos, mis piernas y mi corazón. Alas fue mis alas. No recuerdo durante cuánto tiempo me izó hasta ponerme a salvo, junto a él; ni siquiera vi a Dorje inconsciente, a su lado. Yo sólo negaba lo que acababa de pasar.

Todavía entonces tardé en reaccionar, en darme cuenta de que había algo entre él y yo que le impedía abrazarme. Pude por fin mirar a Alas, y lo que vi me horrorizó.

Aún tenía el pico de hierro de Eckhard y parte de su mango enterrado en la boca del estómago. Había perdido tal cantidad de sangre que todo su busto, las piernas y el suelo estaban uniformemente pintados de un intenso escarlata.

—Sabía que estarías aquí —susurró—. Meses después de llegar al cuartel de Delhi, oí hablar de dos mujeres blancas que hacían preguntas sobre montañas.

Traté de callarlo y centrarnos en tratar su herida, pero señalando su abrigo, me mostró cómo el desgarró de la tela venía desde el estómago. Si hubiese abierto los botones, sus entrañas se habrían desparramado por el suelo como el contenido de un petate al desagarrarse su tela.

—Sabía que una eras tú —siguió—. Durante estos años no dejé de buscarte, en cada calle, en cada excursión, arrepentido. Al saber que esta era La Montaña, y su pronta noticia, la seguridad de encontrarte aquí fue lo único que necesité para dejarlo todo y venir —sonrió, descolorido—. Venir aquí, a ti.

Besé sus labios lívidos y temblorosos, y, sin manoplas, acaricié su céreo rostro. La vida lo abandonaba a cada palabra.

—Tenía que habértelo contado en los Alpes... A saber qué demonios va a pedir ese malnacido... —tosió sangre.

—Conoces la leyenda —afirmé— Eckhard va a pedir...

—Nada bueno, seguro —Sus pupilas abarcaban todo el ojo, en busca de luz—. ¿Recuerdas lo que prometí en nuestra cueva?, ¿que no descansaría en paz hasta que los hombres dejaran de matarse?, ¿qué lo iba a cambiar todo? Sí, era por la leyenda —sonrió—. Que creía secreta, por cierto. Un gran poder por el que valía la pena sacrificarse... La paz mundial...

—Nosotros también íbamos a pedir...

—No, Kayah, tú la ibas a pedir —Me buscaba con unos ojos llenos de pánico mudo. Se estaba yendo—. He sido afortunado de morir aquí, lejos de los buitres —trató de hacerme reír—. Mi corazón sólo pertenece a la montaña, y sólo tú lo has tocado —Sentí cómo la escasa fuerza con la que sujetaba mi mano desaparecía—... Sabes lo que debes hacer, adelante.

Recuerdo sus ojos, mirando la nada. En un instante su rostro se desmoronó y antes de poder aceptarlo, Alas ya era inalcanzable. Había trascendido al *territorio de la caza feliz*.

Cuando el fuego entre dos personas arde aún con fulgor y se apaga de repente, la oscuridad posterior es devastadora. Ni siquiera me movió la incrédula creencia de que mi primo, Vita y Mundwulf tenían que seguir vivos. No. Lo único que me movió fue una grieta que me había pasado desapercibida.

Nuestra grieta. Impregnada de nuestro calor. Estaba allí, igual que como la dejamos en los Alpes, incluso estaba la vela que él improvisó, y los petates... Me adentré en ella, palmo a palmo, en busca de paz. Y me dejé ir.

Me despertó un placentero dolor en las manos. El cálido mordisco que revive los dedos congelados. Después me llegó un intenso olor que revolvió lo poco que llevaba en la tripa. Caí adelante, con las manos atrapadas y los ojos aún cerrados. Vomité hasta que no quedó nada en mi interior, y aún algo más. Entonces alguien me ayudó a volver sobre mis rodillas.

Abrí los ojos y lo vi: Dorje estaba a mi lado, manos ensangrentadas y mirada rendida. Ambos rodeábamos el cuerpo abierto de Alas, en cuyo interior descansaban mis manos.

—Calor. Frío, aquí —balbuceó Dorje cuando retiré mis manos de Alas—. Yo, perdón —Tenía problemas para hablar, y a juzgar por su gesto turbado, también para recordar.

Mis manos, rojas, dejaban volar efluvios de vaho, pero se movían como no lo habían hecho desde que empezáramos la ascensión. “Sabes lo que debes hacer, adelante”, resonaron las palabras de Alas. Por doloroso que fuera, Dorje había hecho bien, ahora podría sacarnos de allí. Debía sacarnos de allí.

Gracias a la renovada movilidad de los dedos y el egoísta instinto de supervivencia que me poseyó, desanudé las cuerdas de Dorje y Alas para unir las entre sí y comprobar si el extremo cortado por mi primo alcanzaba el saliente inferior.

La cuerda quedaba cerca de la repisa. Clavé el sucio piolet de Eckhard lo más fuerte que pude en el hielo y le anudé la cuerda. Después me despedí de Alas y encordé y coloqué su cuerpo para que afianzase nuestro cabo.

Logré bajar a aquella maldita repisa. Mientras Dorje me seguía, me asomé y chillé: “Yo ir, pero si no saber seguir...”. Mis palabras no se las llevó el viento, pero igualmente se ahogaron en la densidad de la niebla, sin auxilio, sin eco.

Cuando regresamos a la cresta, sabía que sólo quedaba bajar, pero no pude evitar mirar hacia la cima. No había nada, ni nadie. Sólo más roca y nieve helada. Esperaba encontrar tantas cosas allí que jamás pensé en todo lo que podría perder.

Descendimos tambaleantes, temblando en un estado de ausencia y cansancio que nos sacó de

nuestros cuerpos. Ninguno sabíamos ni dónde pisábamos, pero llegamos al refugio.

Entramos en su precaria seguridad y efímero calor poco antes de anochecer. Nunca un refugio me pareció más frío, ni vacío. No logramos encender el gas, pese a jurar haber dejado algo para la vuelta. Pensé que la bombona estaría congelada.

Vendada mi herida de la pantorrilla, agazapados el uno contra el otro, sin fuerzas para hacer preguntas y con menos valor para responderlas, caímos dormidos.

Me desperté antes del alba. Las costuras rotas de la lona por donde se filtraba el frío no fueron suficientes para matarnos, ni para insensibilizarme del dolor. Mi cuerpo entero era un amasijo de sufrimiento y penar, pero sabía que aún no era momento de parar. Logré moverme bajo nuestros mantos, y los de nuestros amigos, que crujieron téticamente.

Ni siquiera Eckhard podía haber sobrevivido esa noche al raso. «Todos están muertos salvo Dorje y yo», intenté aceptar. Pero no podía. El sol resplandecía y hablaba de tanta vida.

No ayudó que, de camino al tercer refugio, Vita y Mundwulf pasasen a nuestro lado, como una flecha, sobre el trineo que teníamos en el monasterio. Reían llenos de vida y alegría.

Aparté de mis ojos el mechón de pelo que usaba para atenuar el resplandor de la nieve y, segura de lo que veía, grité eufórica. Al mirar a Dorje entendí que sólo estaba viendo sus fantasmas. Espíritus que nos guiaban ladera abajo hacia lo que quedaba de un fantasma real: el Yeti.

El monje fue directo hacia él, atraído magnéticamente. Recordé la advertencia de Eckhard sobre el peligro de acercarse. Aquel ser yacía de espaldas sobre el hielo y la piedra, fundidas sus lanas bajo una fina capa de nieve y sangre.

Como si supiera lo que buscaba, Dorje lo dio todo para voltear aquel inmenso cuerpo. No se trataba de ningún monstruo. Incluso sin estar a su lado pude distinguir a quién tenía entre sus brazos, disfrazado con mantos peludos rellenos de voluminosa lana de yak: era Norbu, su padre.

Pasamos tres días arrastrándonos hasta el monasterio de Tengboche. Sobrevivimos gracias a las provisiones dejadas en cada refugio, a su propio amparo, y a una sarcástica suerte.

El sol se despedía tiñendo de tonos dorados y bermellones las montañas que dejábamos atrás. Unas montañas que parecían blancas, níveas, puras, pero que sabíamos manchadas por la sangre, las mentiras y la más vil traición.

Todo parecía en calma, pero Dorje señaló que el silencio era más pesado de lo normal. Ingenua, seguía pensando que alguno podía haber bajado vivo, y que, de ser así, los monjes lo estarían acogiendo y cuidando. Troté hacia la entrada.

Trotar es mucho decir para una piltrafa sacudiéndose, pero Dorje no pudo pararme mientras subía las escaleras. Fue una vez dentro cuando ambos nos quedamos petrificados.

El salón principal se había convertido en un cementerio. La veintena de monjes yacía sobre el suelo laminado de madera, brillante bajo una exaltada laca de sangre. Todos vestían sus túnicas y estaban alineados como en sus meditaciones; incluso había alguno que no había caído sobre su espalda, sino que se había desmoronado sobre su firme postura, solemne.

Los habían acibillado a balazos.

A través de los ventanucos ambos escuchamos con claridad un golpe seco proveniente del exterior. Otro golpe, que me recordó al sonido del hacha que corta leña, resonó, y otro más, antes de que reuniésemos el valor de dirigirnos afuera.

Dorje salió a la campa trasera delante de mí. Agarró con fuerza el collar de la concha recuperado del cuerpo de Norbu, y de pronto, lo supe, aun sin verlo. Allí estaba Eckhard, hacha en mano, mutilando tres cuerpos uniformados de soldado.

—Sabía que lo lograrías, Kayah. Eres una Klimbahim.. —Habló con su encanto habitual, pero yo ya no estaba bajo su hechizo—. Lo que no entiendo es por qué sigue vivo este maldito mono —dijo acuchillando con la mirada a Dorje—... ni el resto de los suyos, de esa pútrida jauría de alimañas.

Un impulso que me ayudó a sobrevivirle a la montaña fue conocer el motivo que llevó a Eckhard a romperlo todo, pero cuando le escuché explicarse no di crédito. Le había oído mil arengas sobre cómo los Klimbahim habían sido tratados como animales, y cómo él lo cambiaría todo mediante la paz. Jamás imaginé la forma real en la que pretendía obtenerla.

—Llegué a la cima, Kayah. Lo hice —Eckhard sonreía, Pero lo hacía de una forma desconocida para mí. Era un gesto sin pizca de la gracia que lo caracterizaba—. Después de tan largo camino, de tanto esfuerzo... desde mi padre —Dejó el hacha y echó mano de un fusil cuando Dorje hizo amago de correr al interior—. Vamos, no seas tonto, no al menos tanto como cuando orquesté ese falso pillaje en Delhi para ganarme tu favor —le escupió.

»Tampoco me supuso un problema acabar con enemigos de algún marajá para financiarme. Menos aún deshacerme del pesado lastre de Goswin. Ese gordo no era uno de los nuestros —negó, sin perder esa gélida sonrisa. Fui a encararlo, pero me encañonó, y volvió a negar con la cabeza—. No, querida. Lo más difícil fue jugar a parecer el pacificador del mundo, ocultar mis verdaderas intenciones, día y noche, para mantener tu confianza, y por extensión, la de tu primo, Amanda, y demás egoístas indiferentes a mi noble causa.

Hizo un ademán para que, lentamente, pasásemos al interior del monasterio. La noche caería pronto.

—Llegué a la cima. Sí, lo hice —se repitió, una vez dentro—. Después de tanto esfuerzo llegué a la cima, creí sentir el corazón de Madre Tierra bajo mis pies, y pedí mi deseo —Aquella sonrisa de dilató hasta desfigurarse—: Pedí que todos aquellos que no tuviesen sangre de Los Primeros, muriesen.

Dorje y yo nos detuvimos, pese a seguir estando encañonados. Me dio la impresión de que el monje sabía acerca de lo que decía Eckhard. Me pregunté si conocía la leyenda.

—Demandé a Madre Tierra que arrancase de raíz a los cobardes que perpetúan un recuerdo de autodestrucción aún hoy. ¿Quiénes son peores, los inconscientes de esto, o los que asienten, ponen cara de pena y se someten? Tanta ansiedad, tanto egoísmo; ¡tantas guerras! Le exigí que hiciese lo que no pudo hacer en el comienzo de los tiempos.

La sonrisa de Eckhard desapareció de su rostro; su boca, su cuello y todo él se tensó, y chilló, por tercera y última vez:

—¡¡Pero no lo hizo!! Anoche llegué convencido de encontrarme el lugar vacío, pero aquí estaban, sentados en loto. Caí desfallecido. “Estos borregos no pueden tener mi linaje”, me dije, pero tenía dudas, y esperé. Ha sido esta mañana, al despertar rodeado por tres soldados ansiosos por enjaularme, que he tenido que aceptarlo: ¡¡La Tierra sigue deshonrada!!

—¡Loco! —aulló Dorje, llorando la sangre de los monjes que volvíamos a tener delante, llegados al salón.

—Oh, vamos, tranquilos —Eckhard alzó los brazos—. Les di unos minutos para que llegasen a su Nirvana. No tengo ninguna duda de que allí serán más útiles que aquí.

—Estás enfermo... ¿Cómo no me di cuenta? —gemí.

—Kayah, por favor —rio—. Te conocí rabiando de la guerra, odiando el odio... Una víctima en busca de venganza. Un día me contaste esa estúpida historia sobre los dos lobos que nos habitan, ¿recuerdas? Pues bien, vi con claridad cómo el lobo del odio, pese a lo que dijese,

pasaba hambre. Nunca serías capaz de hacer lo necesario: apartar a quien se opusiera a la consecución de tu objetivo, por magnánimo que fuera.

»Creo que en algún momento has llegado a sentir la paz, alegría y unión en la que tendríamos que descansar todos, sí —farfulló—, pero si sólo has atisbado un ligero matiz de la grandeza que tendríamos que habitar, y lo has hecho viviendo de una forma nómada, libre de obligaciones y rodeado de un grupo amistoso y pacífico; imagina lo improbable de que millones de personas se iluminen viviendo en guerras.

Sus dilatados ojos de hielo señalaban lo obvio.

—Ayer me pareció tarde, pero hoy sé que tengo tiempo. Si la leyenda era una mentira, o Madre Tierra no quiere reconocer la supremacía bajo el cielo y sobre las montañas de Los Primeros en nosotros, los Klimbahim, y si, incluso algunos habéis olvidado quién sois, yo cuidaré la única raíz —dijo con su osadía habitual llevada al límite—. Yo me encargaré de hacer de la Tierra el paraíso que tendría que haber sido.

»Seré la única persona en este templo, después en esta región —Había perdido la razón, o se había destapado—... Seré la semilla, pero no de un simple árbol, ni de un bosque. ¡¡Seré la semilla que reverdecerá la totalidad de la Tierra!! Acabaré con todas las malas hierbas, sólo quedaremos las buenas.

—No —dijo Dorje—, sólo quedaréis los asesinos.

—¡Cállate, maldito imbécil! —Eckhard quitó el seguro del arma y apuntó al monje—. ¡La raíz sólo nutre lo puro!

—“La raíz no tiene fin” —recordó Dorje. Él conocía la idea que nos había movido como grupo—. Malinterpretas esa idea, Eckhard. Ninguna raíz se limita a su planta, por especial que ésta sea, o se crea. Las raíces se extienden y nos relacionan a todos por igual. Nos afectamos, con afecto o sin él. Mira, vamos unidos, blancos y negros, necios y sabios...

—Mitakuye... —empecé.

—Oyasin —cerró Eckhard—. “Todos somos uno”.

Me sorprendió que recordase mis palabras lakota, y respiré al ver que, poco a poco, bajaba su arma. Después esperé, convencida de ir a despertar de esa pesadilla.

—La verdadera causa de tanta guerra y tanto odio está en nuestro interior, aquí y ahora —Dorje moduló su voz para ocultar su odio, o se iluminó de verdad—. Se trata de en qué medida podemos implicarnos sinceramente con los demás, con su felicidad. Eres fuerte, Eckhard —Dorje trató de acercarse con cuidado—, pero si quieres cambiar este mundo, debes ver que la no violencia es la forma más elevada del coraje.

En aquellos rígidos segundos en los que Dorje avanzaba y Eckhard se abatía, creí ver una sombra cruzando la ventana.

—He sido un cobarde —se lamentó Eckhard—, ¿no es cierto? Un hombre armado refleja miedo, ¿verdad? —Dorje estaba ya más lejos de mí que de Eckhard cuando éste levantó la cara mostrando los dientes—. Verdad. Tengo el miedo de que permitáis que devasten la Tierra; y no pienso permitirlo. Hoy es un buen día para matar —dijo, y apretó el gatillo.

El chasquido trajo el estruendo de la pólvora al explotar. Dorje cayó de espaldas, fulminado.

«Hoy es un buen día para morir», resonó en el hueco vacío que tenía por corazón. Todo el odio que había acumulado en mis entrañas desde la masacre de la tribu, las mentiras de Xavier y los hombres, las guerras en todos los lugares... todo aquel odio estalló, y me lancé de cabeza a por Eckhard.

Me dedicó su mayor sonrisa, y dando un paso adelante, apuntó su fusil a mi cabeza. Seguí corriendo, preparada para el final de toda aquella locura. Corrí hasta que llegó el disparo.

No dolió, nada. Habría agradecido que todo acabase así, pero la ducha de sangre que salpicó mi cara no me pertenecía. Sin tiempo para apartarme, Eckhard se desplomó sobre mí, con la cabeza atravesada por una bala.

No llegué a ver a los soldados. Ojalá hubiera aguantado consciente, les habría dado una excusa para dispararme y librarme de esta muerte en vida, pero no, no fue así. Aunque el cadáver de Eckhard me sepultó con el peso de Goswin, Vita, Mundwulf, mi primo, Dorje y los monjes; aunque no podía respirar... Sobreviví, a pesar de todo.

—¿Esto es todo? —La vieja parece defraudada.

—¿¡Igual me vas a decir que la vida me ha tratado bien!?! —ladro, hecha mierda, mientras me seco las lágrimas.

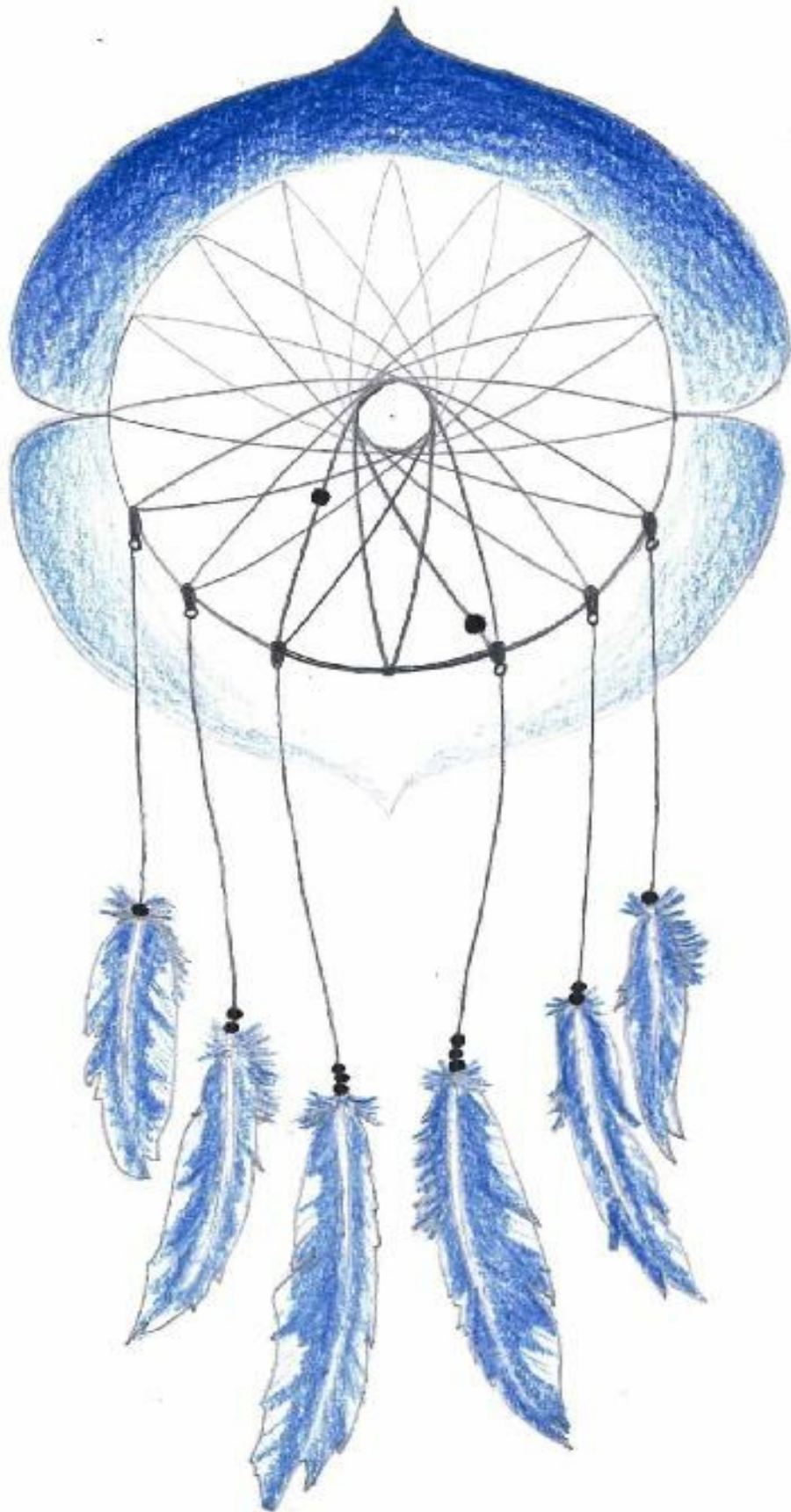
No espero su respuesta, ni pienso hablar más. Me callo, para siempre... Tampoco hay nada más que contar.

—No, hija. Lo que voy a decirte, es que sigues viva.

El rubor de un nuevo día empieza a iluminar la celda.

—Pssst —Entreveo a la pequeñaja llamándome—. ¡No dormir! Hoy ellos pronto... —quiere advertirme de algo, o venderme más opio. Da igual. No puedo más. Cierro los ojos con todas las viejas heridas abiertas, en esta cuna de dolor.

VI El Descenso



[...]
*puede llegar un tiempo incierto,
donde quepa preguntarse si se trata de un largo letargo
o si ya está marchita.*
[...]

Un ataúd en las profundidades

No veo nada.

Mis ojos están abiertos de par en par, pero no veo nada. La oscuridad que me rodea es absoluta. Sólo mis dedos, en contacto con la roca, ven algo. Es una roca helada, como el aire que respiro, y húmeda. Me arrastro entre aristas afiladas y chorreras durante horas, meses y décadas.

Ahora agachada, ahora estirándome, al final de mis fuerzas empiezo a ver luz, al fondo, cegadora. Me absorbe irrefrenable hacia una abertura vertical, una vagina que da al exterior.

Es la vida. He vuelto a nacer.

Una tibia brisa empieza a llevarse mi ceguera y empiezo a ver el mundo, el mundo entero. Estoy en el cielo, en una suerte de nube de roca. Un horizonte repleto de macizos despierta con la

vivificante luz dorada del alba. Las nubes que reposaban en los valles tratan de alzarse para recibir al sol.

Es la máxima perfección. Esto es lo que buscábamos, aquello por lo que estábamos dispuestos a morir.

—Kaayaah —oigo, pero no distingo la voz, ni su origen.

Me asomo más por la abertura y, tras reconocer el lugar donde estoy, lo veo. Es Alastair. Me mira desde su tumba con los ojos negros y jirones de piel marmolada por rostro. El aire abandona mis pulmones y la tibia brisa se convierte en una ventisca helada que desintegra toda mi ropa de un soplido.

—Sácanos de aquí —corean varias voces más abajo. Son mi primo, Vita y Mundwulf desde el saliente. Tienen sus cuerpos destrozados y revueltos entre sí, fusionados a la roca con sangre helada. Una mano aquí, un pie allá... Entonces distingo el rostro de Dorje, y los de Chanku e Ichante, Nahkohe y Nawaji, junto a los de sus asesinos, por toda la pared, y descubro que la montaña no es de roca sino de retales de cuerpos.

—¡Kaaayaaah! —gritan también los monjes, sobre mí.

Mire a donde mire descubro un rostro conocido: Ann y Dakule con sus familias, el sheriff, los cherokee, la tripulación del Aurora Consurgens; aquel peregrino bonachón, Belarmino; el joven cojo de Vitoria, mi tío Arcaich, Odón; el hombre de las cuevas, Bernd; Claire, sus amigos; Norbu, Karma...

—Kayah —la voz sale de abajo, es Xavier—. Hija...

Cuando voy a asomarme, mi cuerpo entero cruje. Soy un bloque de hielo rompiéndose. Mis manos revientan contra la cornisa, me estampo contra la pared y saltó en mil pedazos.

—¡Arriba, perra desgraciada! —Rata me da una patada en el estómago para despertarme—. ¿Por qué no llevabas este colocón en mi anterior turno? Habría sido más fácil —Se pasa la mano por el pómulo, donde sigue la huella de mis uñas. Lo intentó con saña, pero lo único que me abrió fue el labio—... Lo podemos pasar tan bien, tú y yo solitos... pronto lo verás.

Sin cabellera de la que tirar, el asqueroso guardia me levanta tirando de mi uniforme hasta que me pongo en pie. Rata olfatea mi cuello con su alargada nariz y se relame el grasiento bigote mientras el mundo entero da vueltas. Antes de salir de la celda, la rata de ojos legañosos y cuencas hundidas tiene el detalle de asegurarse de atarme tan fuertes los grilletes que no pueda evitar gemir. Desde hará un mes, mi dolor es su placer.

Hoy, como ayer, o anteayer, también me toca ir a la cantera. En la fila que nos obligan a formar para salir de la prisión, justo delante de mí, está la pequeñaja... Chemila. No, Chameli. Es joven, y guapa, pero está tan consumida como un traje hecho jirones por un uso rudo y abusivo.

—Chameli... ¡Pssst! ¿Tienes?, ¡Chameli! —Susurró.

—¡Shh! No ahora —responde sin girarse.

—¡Ahora sí! Antes de salir. Lo necesito, ¡sólo un poco!

De improviso Rata me mete la porra entre las piernas.

—¿Qué os parece, chicos? ¡Dice que necesita un poco! ¡¡Sólo un poco!! Por fin sabe lo que es bueno... —se mofa.

Algún guardia le ríe la gracia mientras trato de zafarme con toda mi débil fuerza, pero la mayoría sólo hacen como si no hubieran visto nada. Caigo al suelo en el momento en que abren el portón y la chica que iba detrás me aplasta la mano al pasar. La siguiente empuja de mi cabeza y muerdo el polvo.

Tenía la ilusión de que, después de contarle mi vida a la vieja me sentiría mejor, pero sólo

era eso: una ilusión, un engaño. De día, el vacío de la pérdida sigue engulléndome y el calor de un sol que me señala delator me asfixia. Las pesadillas siguen ahí cuando el insomnio no cumple. Es el miedo de que ninguno partiese a la tierra de la caza feliz de una pieza, que sean sólo pedazos de cuerpo helados, incapaces de moverse; almas en pena sin un lugar aquí ni allá.

La noche no los ha abrigado,
la tierra no los llama a su seno;
siguen ahí, en la fría luz del hielo.
Robados de la muerte, pero no perdonados.

No sé cuánto llevo destrozando rocas, pero las rocas me están destrozando, y la falta de opio más. Retomo el martillo.

—Si atención en tarea, tú encontrar placer destrozando rocas. Des... ¡quita! —me dice Chameli mientras golpea torpemente un pedrusco con el mazo. Creo que está pensando en el que violó y estranguló a su hermana—. Aunque las cabezas no ser tan... ¡duras! —Golpea otra vez. Sí, piensa en él.

Es una cría. Sólo hay una cosa que busque más ávidamente que el opio con el que trafica: amigas. Sentirse querida y protegida, supongo. Me contó su vida el mismo día que llegué... ya hace casi tres años. No la correspondí; ni queriéndola, ni protegiéndola. Ni siquiera contándole mi historia. Es más, ni siquiera le he dicho mi nombre; pero le compro buen opio.

Miro un pedrusco e imaginó a Eckhard. Levanto como puedo el martillo, pero cuando lo bajo, fallo el golpe.

“La jornada no acaba hasta que el sol no se va”, bonita frase la del capataz. Este ocaso, como los anteriores, nos devuelve a las celdas cabizbajas y con las ropas empapadas en sudor, pero ninguna irá a ducharse. Desde la llegada de Rata los instintos más bajos de varios carceleros están desatados.

Esta noche va a refrescar. Los muros caen sobre mí y mis sentidos embotados, pero aún puedo oler una buena tormenta. ¡Que venga y arrase con este polvorín mohoso! Yo no estaré aquí, habré dejado de sentir. Sólo necesito...

Abordo a Chameli en el pabellón. Parece alterada.

—Pídeme lo que quieras, pero dame un poco —digo.

—Está robar —Sus manos están vacías.

—Sólo quiero un poco, ¡vamos! —Intento abrirle la camisa de golpe, pero me esquivo con facilidad.

—Eh, golfa, ¿quieres volar? —nos interrumpe Barhana, esa gorda lagarta. Si de verdad alguien ha robado el opio de Chameli, seguramente haya sido ella, pero eso es lo de menos.

—Sí —imploro girándome por entera a ella—. ¿Tienes?

Chameli tira hacia atrás de mi brazo. La teme.

—Hazte un favor, si por fin vas a hacer amiga que no sea *Intocable*. Ni saben hablar inglés —se mofa, arrogante, pero no creo que ella sea de una clase superior—. Ven.

Aparto a Chameli y sigo mi droga. Llegamos a su celda, y tras asegurarse de que ningún guardia merodea, se saca un sobrecito del pecho. Disparo mi mano, pero llega tarde.

—¡Tranquila! Antes precio... Cena de cuatro semanas, con... postre, cuando lo pida —Son palabras sucias de lujuria.

No me hace gracia ser su juguete, pero en los últimos meses he conseguido mucho opio, y cierto consuelo, sólo con doblar la rodilla, sin necesidad de ponerme a cuatro patas.

—Vale, ¡dámelo! —Vuelvo a lanzarme y me esquivo.

—Espera, y ese colgante tuyo —Sonríe maliciosa mientras me mira el pecho, donde sabe oculto el escudo de Alas.

Cuando lo encontré en el bolsillo interior de mi abrigo, bajando del monasterio donde los soldados me apresaron, hice lo necesario para que no lo descubriesen. Lo necesitaba... y lo necesito... aunque ahora hay algo que necesito más.

—Dos meses de cenas... y postres —suplico.

—No, reina —ríe—. Quiero ese colgante.

Ha sido difícil esconderlo hasta ahora. Me han cacheado y registrado mis escasas pertenencias mil veces. Me las he apañado, siempre. Pero tal vez ya no necesite esa piedra de alabastro en mi pecho. Tal vez ese pequeño peso sea el que me devuelve a la tierra después de volar con la droga. Tal vez si me meto todo ese opio esta noche no vuelva a despertar.

Meto la mano en el vendaje que, como antaño, oprime mi pecho. Es práctico. Llevo cosas y paso más desapercibida a los ojos de los carceleros. Aprieto el colgante con fuerza.

—Trato hecho —Y se lo entrego.

Llego a la celda justo para el recuento. Soy la última, todas han caído ya sobre los sacos de paja. Los guardias cierran la pesada puerta, se llevan los faroles y todo queda negro. Ahora cada cual busca su consuelo.

Es el momento que menos odio... si tengo con qué evadirme, claro. La noche trae el silencio y la intimidad para volar. Saco el *charas*. Preferiría que fuera opio. Esta mierda no relaja. Pone nerviosa, incluso frenética. La lagarta me la ha metido.

Fumo. Fumo, fumo y fumo. Fumo, toso y me consumo.

—...prometiste enseñarnos cómo bailas, preciosa!

No sé cuándo han entrado, pero Rata y dos perros de su calaña se llevan a Chameli, a bailar. Parece que pide ayuda, ¿me está mirando a mí? Yo miro el *charas* que me queda... Me quedo mirando el *charas* que me queda hasta que la puerta chirría, y los gritos se ahogan en la distancia.

No es la primera vez que se la llevan. Incluso me dijo que a veces no sentía nada. Si mató a aquel cerdo fue porque violó a su hermana, ni siquiera lo delató cuando la violaba a ella. Pasará... Estará bien... A la vuelta le ofreceré unas caladas.

Un aire frío comienza a soplar a través del tragaluz y me eriza la piel. Tengo los dedos pegajosos de la resina negruzca del *charas*, pero mientras haya fósforos y papel, seguiré liando canutos a ciegas, con las cucarachas haciéndome cosquillas.

—¿Qué fue de la salvaje de la historia? —me sobresalta.

Recortada por la luz de un candil colgado en el pasillo, la vieja. Esta noche parece enorme. No sé cómo lo hace, pero nunca consigo distinguirla. Como ahora, ¿juega a las sombras? Diría que no estaba durante el recuento. Han contado doce... pero con ella somos trece... No sé. Como la traen y se la llevan sin aviso desde... desde que el opio me funde la memoria...

—No me lo digas. Se convirtió en una civilizada esclava —Se lanza a pasos firmes—. Presa del odio hacia sí misma, dándose tanta lástima que no le quedó misericordia para otros —Sus pasos aplastan con saña la paja que rodea mi lecho—. Pudriéndose en un estercolero, ¡ahogada en su propia mierda!

Su voz es el martillo que golpea el yunque, pero ninguna de las presas dice nada. Creo que la temen. Ahora yo también la temo. ¿Por qué demonios le contaría mi historia? Y sigue:

—Débil, sin la fuerza necesaria para salir de aquí y dar con las respuestas que sólo Xavier tiene. Cobarde, sin el valor de hablar de la muerte ante Amanda y tu sobrina Kailash.

—¡Intenté ayudarlas... intenté escapar! —ladro, sin voz.

—Ah, sí. Creíste escuchar el sollozo de Amanda y trataste de encontrarla para escaparos — Siento su mano sobre mi hombro—, pero, pobrecita, sólo sirvió para que te trasladasen a este ataúd gigante. Y claro, frente a unos muros más altos, ¿cómo te ibas a crecer? Elegiste encogerte, rendirte.

—No lo elegí yo —Trato de incorporarme y encararla.

—¡Cada elección que has hecho te ha traído aquí! —Su grito me devuelve al suelo—. ¿Alguien te obligó a dejar atrás América? ¿A cruzar el viejo mundo y ascender esa montaña? — Agachada, toma mi cara con fuerza entre sus manos—. La fuerza surge de asumir tu sola responsabilidad, y perdonarte.

Trago saliva, pero no logró tragar la verdad. Se me atragantan todos mis errores, y las vidas perdidas.

—Leí que si te falta un sólo ser querido, el mundo puede parecerse despoblado —digo—, ¿cómo crees que me puedo sentir sabiéndome responsable de vaciar todo mi universo?

—Primero lo negaste. Lo entiendo —dice con un tono casi comprensivo—. Se precisa una sepultura, dar los cuerpos a la tierra, al fuego, al viento o al agua. Saber que los cuerpos desaparecen, que esas personas no volverán. Pero luego te llenaste de ira, y después empezaste a reprochártelo todo —suspira—. Llevas tres años alimentando con culpabilidad, odio y frustración al lobo equivocado, hija.

»Ahora tratas de evadirte, pero te ahogas en la tristeza; no te ahogas por haber caído en sus profundidades, sino por permanecer en ella —Algo la saca de su discurso.

Oigo risas por el pasillo. La vieja se gira de golpe y la luz descifra su cara como nunca antes durante unos instantes.

Es occidental, pero no inglesa, como creía... Y no es tan vieja. Su cabello es cano, y tiene la piel arrugada y descuidada, pero no le cuelga. Denota vigor. Hay mucha fuerza en sus ojos... claros. Claros y penetrantes... verdes, tal vez. Me mira:

—Kayah, ¿te mueves, o te mueres donde estás?

—¿Quién eres? —consigo decir antes de que ponga un dedo en mis labios y se transforme en una sombra.

Entre risas, Rata y los guardias traen a Chameli. La traen a rastras, desnuda e inconsciente; con morados por todo el cuerpo, cortes en la cara y marcas de mordiscos en sus pechos.

—Esta no da más de sí, y nos hemos quedado con ganas de más... afortunadamente creo que aquí hay una voluntaria, ¿verdad? —Rata me busca. Es a mí, lo sé.

Una llamarada hace que me levante de golpe, no puedo pensar lo que voy a hacer. Esto tampoco lo elijo yo.

Un relámpago se cuele por los respiraderos e ilumina fría y fugazmente la escena. Al instante, una violenta ventolera cruza el pabellón y se lleva consigo casi toda la luz. Tras el segundo que dura el silencio de la sorpresa, oigo un grito.

—Salid —Otro grito, de dolor—. ¡Salid! —chilla Rata.

No me he hecho a la oscuridad que ha quedado tras el relámpago y la falta de velas, pero distingo el tintineo de las llaves tratando de cerrar la puerta. Y los golpes. Golpes secos acentuados con gemidos de hombre.

Las presas chillan asustadas. Empiezo a ver las sombras. Una se mueve con fiereza, parece una bestia. Es ella, la vieja. Puedo distinguirla. Veo cómo golpea en el cuello a un guardia antes

de estamparle la cabeza contra los barrotes. El hombre cae al suelo sobre un bulto; el otro guardia. Después, de una patada, abre la puerta que la separa de Rata.

—¿A dónde crees que vas? —La vieja tira de su grasienta cabellera y lo lanza al interior de la celda, directo a mí. Aprovecha la inercia y me derriba. Cae sobre mí, incrustándose el hombro en el pecho y dándome un cabezazo en la cara. Noto bailar un diente en mi boca, y el sabor a hierro.

Rata hunde sus dedos en mi cuello y lo estruja con más fuerza de la que le imaginaba. Necesito ayuda, pero nadie se acerca, ni siquiera la vieja. ¿Habrá huido? No puedo respirar...

Por instinto, elevo mis piernas y doblo mi espalda tanto como puedo, y entonces sí, logro cerrar mis tobillos en torno al cuello de Rata y tirar de él hacia atrás, liberándome.

Las tornas han cambiado. Hincó los pulgares en sus ojos con un alarido de ira y dolor, agarro su cabeza y comienzo a golpearla contra el suelo. Una, otra, y otra vez.

Estoy mareada, sigo sin poder respirar. No puedo más... La escasa luz comienza a desaparecer por completo, pero antes veo a la vieja en el umbral abierto de la celda, esperando.

No veo nada. Los gritos y sollozos de las presas se alejan ¿estarán huyendo? ¿O soy yo quien se aleja, quien huye?

Fantasmas del pasado

—... por favor. Vamos, levanta, por favor.

¿De verdad me están despertando con palabras?

—Ya sólo quedas tú. Tienes que levantarte, lo siento.

Y con palabras amables, además.

La celda está iluminada como si fuera mediodía, pero no puede serlo, jamás nos dejan dormir tanto. Un joven guardia me espera en cuclillas, solo. Tanto su aspecto como su acento delatan su origen calcutense. No lo había visto antes por aquí. Recordaría esa cicatriz en forma de lagrima corrida. Hay algo extraño en su mirada, en la forma en que se arquea hacia mí, sin tocarme. Si no fuera mi celador diría que quiere ayudarme.

El dolor me traspasa el pecho al incorporarme, también siento que la cabeza me va a estallar. El joven me sostiene. En el pasillo esperan dos guardias mascando tabaco. También parecen de Calcuta. Tampoco los conozco.

Un destello de recuerdo me desvela lo que, creo, pasó.

—La vieja... ¿ha huido? —pregunto mientras me tambaleo hacia la puerta—. Y Rata... ¿algún guardia ha muerto?

—Yo no sé nada, casi... y no puedo decir nada, ¿sabes? Lo siento —Mira a sus dos compañeros al pasar a su lado. Tardan unos segundos en seguirnos—. Todas tus compañeras han pasado ya por el interrogatorio —susurra—. Ha llevado toda la mañana, pero no sé si ha servido de mucho. Los jefes están rabiosos, ¿sabes? Los veteranos nos han dicho que nunca los han visto así. Y es que, ¿cómo pueden unas pocas mujeres destrozar a tres guardias? —ríe hasta que se encuentra con mis ojos—. Lo siento. No te ofendas, por favor.

El Martillo. No lo veía desde mi último intento de fuga.

El oficial de seguridad está sentado detrás de su escritorio de estilo occidental. Reclinado hacia atrás, con esa enorme cabeza cuadrada entre las manos, como preparando su carga hacia adelante; el fin de cualquier mesa, yunque o persona.

—No te sientes —me saluda sin que hayan cerrado aún la puerta a mi espalda. Estamos solos—. A ti los buenos modales no te ayudaban a colaborar. Preferías otros métodos...

En nuestra última cita no podía sostenerle la mirada. Ni la rabia que hervía en mí era tan grande como el miedo que me inyectaba. Pero ya no tengo ni la esperanza de salir de aquí.

—No te temo —le escupo, atravesándole con los ojos. Sonríe, igual que sonreía cuando me torturaba.

El pomo de la puerta chirría y la puerta deja paso a un rechoncho occidental. Inglés, de etiqueta. Levita impoluta, cartera de cuero, sombrero de chistera y un burdo bigote que pretende ser un rasgo de camaradería con el pueblo hindú.

—Señor Seymour —dice Martillo, apoyando las manos en la mesa—. Esta es la última de las prisioneras que...

—Reclusas, señor Kumanadutta. Reclusas —repite el inglés, estirado y visiblemente molesto.

—La última reclusa —Martillo traga saliva, y orgullo—. La occidental. Como ve, todos los interrogatorios son realizados en régimen estrictamente legal... aunque no den efecto. Procedo con las preguntas referentes a...

—Retírese —le corta el inglés.

Martillo duda, pero al final se incorpora, adelantando su enorme cabeza lentamente. Sin golpes. Sólo antes de salir de su despacho se gira y me mira. Sonríe, relamiéndose por el postre que le espera en cuanto su superior desaparezca.

—He leído su historial —El inglés me habla desde la ventana, de espaldas—: La encuentran en Nepal, en una masacre, se niega a identificarse, trata de fugarse del campo de prisioneros Dehra dum aprovechando la Rebelión del pueblo indio, y lo vuelve a intentar en tres ocasiones aquí... y ahora agrede y deja gravemente heridos a tres funcionarios —Se ha girado antes de la última frase. Quiere ver mi reacción.

—No. No... no he sido yo —Tal vez debería ponerle más empeño, pero estoy tan cansada, de todo.

—¿Sabe? Aún le queda mucho tiempo pendiente en este agujero, pero desde hace algunas semanas, si alguien quisiese pagar una pequeña fortuna por liberarla, podría hacerlo. Sería libre y podría irse, sí. No obstante, de demostrarse que miente, perderá esa posibilidad por un lapso que no se si sobrevivirá.

—Si quedase alguien podría haberlo hecho —digo—, liberarme y todo eso. Pero no hay nadie, no tengo nada.

—Cuánta fatalidad... Tengo que pedirle, igual que como hemos hecho con el resto de las reclusas, que se desnude a fin de buscar pruebas que la relacionen con la violenta escena que se dio anoche en su celda —Vuelve a girarse hacia la ventana.

Dejo caer mi uniforme al suelo. Voy a soltarme las vendas del pecho, pero no las llevo... el vacío que deja la ausencia del colgante de Alastair es mucho más doloroso que el hematoma que grita allí donde, ahora lo recuerdo, Rata me golpeó.

El inglés se gira y observa con fría objetividad. No me siento una mujer, sino un objeto, una cosa sin valor alguno. Comprendo que mi maltrecho cuerpo sólo es deseable para la escoria como

Rata... pero no aparta la mirada, y no dice nada.

—Has encontrado lo que buscabas —digo mientras recojo el camión, convencida de que me caerán los cargos.

—Un momento. Déjeme ver —Se acerca—. Tiene más marcas y cicatrices que la mayoría de las otras reclusas, y no hablan de ayer. Sí lo hace este hematoma... pero no es peor que los que tienen las demás —¿Cómo?—. Una está mucho peor que usted... Muéstreme sus manos, por favor.

»Mugrientas y con las uñas rotas, pero sin signos de haber agredido brutalmente; como las demás. Coincidirá también en su inocencia, ¿verdad? Usted es sólo otra víctima, ¿no? —suspira—. Dos hombres tendrán jaquecas de por vida, y un tercero ni siquiera recuerda su nombre, ni qué es un hombre, ¡Y esto lo han hecho doce víctimas, nada más y nada menos!

—Trece —corrijo, disfrutando la irrisoria escena antes de que caiga el afilado telón—. Recuerda a la vieja occidental.

Me arrepiento al momento. Seguramente la metieron a nuestra celda sin registrarlo, como otras veces. Huyó, y acabo de delatarla. Seré imbécil...

—Doce. No se llame a errores —Su mirada me analiza mientras respira entrecortadamente—. Apenas hace un mes desde que comencé mi labor como supervisor general en esta prisión, pero he estudiado los historiales de todas las reclusas presentes desde entonces. Nadie ha intentado fugarse —Es una certeza—, salvo usted, claro. Y sólo a su enigmática persona le corresponde la gracia de ser la única reclusa occidental aquí, no tengo la más mínima duda al respecto.

Estoy tratando de entenderlo cuando señala la puerta.

—Vístase y pase por enfermería —Su tono es menos frío, casi templado—. Tranquila, sólo curaremos sus heridas.

No podéis.

El apestoso sanitario apenas apesta, está irreconocible. Hasta lleva la camisa limpia, inspirado por el inglés, imagino.

Chameli le ha insistido en que deje sus vendas y me trate a mí antes. “Sólo porque querer más tiempo en cama buena”, me sonríe con falsa picardía desde la camilla. Tiene un aspecto horroroso, vendas y emplastes aquí y allá, pero sí, sonríe.

—¡Decir fue increíble! —salta, conteniendo torpemente su excitación, cuando el enfermero y los guardias empiezan a fumar y contarse sus historias en un rincón—. ¿Cómo hiciste?

Recuerdo, más o menos, lo que pasó.

—Me quité a Rata de encima, ¿verdad? —insinúo.

Chameli empieza a reír a carcajadas. Los hombres nos miran un momento, pero siguen a los suyos.

—¡Quitaste todos ellos! —dice, ojiplática y divertida.

Fue la vieja. Ella no lo vio porque estaba reventada.

—No sé qué te habrán contado... —empiezo dudosa.

—Era oscuro, ¡pero ellas ver tú salvar! Ellas más miedo, pero tú más odio. ¡Tú salvar! —Está convencida, y orgullosa.

—¡Fue la occidental! —Zanjo levantándome en la camilla—. La vieja que meten algunas noches en la celda, ya sabes.

No debería haberme incorporado tan bruscamente. Mi cabeza... Chameli ha perdido casi toda su sonrisa, pero conserva ese último pliegue rebelde que produce su hoyuelo.

—Sí, ya sé. La vieja tú hablar en noches de opio... Chica, ¡no haber vieja! Sólo tú y

fantasmas. Droga no buena en ti.

Amalur...

¿Eres tú, madre?

Veo tus ojos. Sí, son verdes. Son mis ojos.

“Kayah, ¿te mueves, o te mueres donde estás?”

Salgo del sopor en el que he caído tan pronto me he apoyado en mi pilar del patio, bajo el sol de la tarde. Alguien se acerca por mi espalda, desde la sombra del pabellón.

—Era bueno, ¿eh? —Es la lagarta—. El charas —aclara.

No tuvo tiempo de probarlo tras robárselo a Chameli.

—Eres una heroína, ¿eh? Todas hablan de anoche.

Las he visto mirarme, hablar de mí. Mis compañeras. Todas llevan vendajes, parecen disfrazadas.

—Increíble que ellas hacerse heridas y golpes para encubrirte, ¿eh? —suelta—, pero yo os salvé. Fue mi charas que te ayudó a hacerlo. Si no, imposible... ¿Quieres más?

“Kayah, ¿te mueves, o te mueres donde estás?”

—¡Oye! ¡Por favor! —Es la voz de un hombre.

Ignoro a Barhana y miro hacia el vallado. Es el guardia que me despertó, el de la lágrima.

—Acompáñame... Acompáñeme, por favor —me dice.

Demasiadas novedades, y buenos modales.

—El señor Seymour pide buenas formas con las pres... reclusas. Me gusta. Parece buen hombre, ¿sabes? —Y tú buen chico, pero nunca se sabe—. No sé cómo eran las cosas por aquí, pero creo que todo va a mejorar —sonríe, arrugando su lágrima cicatrizada—. Yo voy a poner todo de mi parte —dice mientras sujeta la puerta de una sala desconocida para mí.

—Te creo, Lágrima Dulce —lo bautizo.

La estancia está vacía, incluso de cucarachas. Es sólo una amplia y limpia habitación con dos puertas enfrentadas.

—Alguien quiere verte —susurra Lágrima Dulce antes de cerrar la puerta. Tengo un chispazo de ilusión. No sé de dónde ha salido ni a qué fantasía pertenece, pero cuando la puerta contraria se abre sólo aparece el inglés, ocupando todo el umbral con su orondo trasero. Vaya...

—Vaya, no me esperaba a mí. Lo siento —Une sus palmas. ¿De verdad se ha asomado la ilusión en mi rostro?

—No hay nadie, no tengo nada. Ya te lo he dicho antes.

—Sí, cierto, me lo ha dicho. Con solemne fatalidad, además —Mira hacia atrás y sonrío—. Entonces las personas que están al otro lado de esta puerta, que han recorrido un largo camino para descartar que una amiga perdida esté aquí, bien harían en seguir su camino sin más demora, ¿verdad, Kayah?

Nadie salvo la vieja me había llamado por mi nombre desde... desde la montaña. Pero si ella no existe...

Puedo notar mi corazón galopando cuesta arriba por mi garganta. Las piernas se me desmoronan y no tengo donde apoyarme. Caigo sobre mis pies. Él no parece preocuparse, al contrario, parece regocijarse ante alguna agradable perspectiva. Da un paso hacia el interior de la habitación, sonriente.

¿Quién?

Una risueña niña de bucles dorados ilumina la totalidad de la sala en cuanto entra,

corriendo, riendo; jugando, hasta que me ve. Para en seco y pierde su sonrisa. Hace mucho que evito mi reflejo, mi aspecto debe ser espantoso. Ella, por el contrario, es pura vida. Su piel es arena bronceada, pero es de origen occidental. No tendrá cinco años... y esos ojos verdes...

—¡Ama! —chilla antes de volver de prisa hacia la puerta.

Ama.

Amalur. Ama Lur, Madre Tierra... Madre.

La pequeña no cruza el umbral porque el amparo que busca la encuentra a ella antes. Unas manos que la acogen, unos brazos que la protegen, un sari violáceo que la envuelve y una sonrisa que la calma. Una sonrisa que me admira, contraída por una emoción que se desborda y cae desde lo alto de unos ojos de aguamarina. Tan pura, Amanda.

Rompo a llorar sin atreverme a seguir mirándola. Algo se ha soltado en mi interior, pero sigo siendo una desgraciada. ¿Cómo voy a explicárselo?

Amanda me recoge como lo hacía con Kailash cuando no era más que un bebé. Mece mi llanto mientras me desgarró. ¿Cómo voy a decirle lo que nadie quiere oír?

—Lo siento —sollozo, en pobre germano—. Lo siento tanto... —Amanda no parece entenderlo, tan sólo hace ruiditos para calmarme—. Siento muchísimo haberte dejado sola.

Su sonrisa se desata y dilata como en el más dulce sueño. No quiere entenderlo... o tal vez se haya vuelto loca durante estos tres años sin respuestas sobre lo que le pasó a Silverio.

—Tranquila, no la dejaste sola —dice otra voz.

Una voz de hombre. Clara, pero con acento... ¿hindú? Conozco esa voz... Amanda nos gira suavemente y allí, detrás de Kailash, en el umbral, ahí está Dorje. Un fantasma vivo. Un precioso y refulgente fantasma vivo.

—¡Dorje!! —Me incorporo de golpe. Veo un millón de estrellas, me mareo y pierdo la visión. Siento el firme apoyo de Amanda a mi lado—. ¡Pero moriste!..

—La bala sólo mató al monje Rinchen, querida amiga —Dorje se ha acercado hasta mí sin darme cuenta y acaricia mi cabeza afeitada—. Ahora soy yo quien tiene melena... He sido más afortunado que tú, pero la vida ha sido bondadosa con ambos, ¿no crees? —Su sonrisa me ilumina.

Afirmo con la cabeza, hago reverencias, doy las gracias. Sí, sí, sí... y no. Mi llanto se enraíza más profundo, para nacer desde las entrañas. ¿Por qué no pude salvar a mi primo? Mis lágrimas, tan dulces como amargas, se mezclan como ríos antes de ir a parar a las manos de Dorje y al hombro de Amanda.

—Ahora sí que somos afortunados, Kayah. Al fin te hemos encontrado... Ya estamos toda la familia —Amanda me invita a seguir su mirada, pero esta no se posa en Kailash, sino más allá, en la puerta que me ha devuelto tanta vida.

Se hace un silencio al que no afectan sollozos ni risas. El vacío de la puerta abierta absorbe las miradas de Amanda y Dorje, cómplices; la del señor Seymour, satisfecha; y la de Kailash, colmada de amor. Y la mía propia, con todas mis esperanzas consigo, atadas con el más débil hilo.

Un bastón asoma, luego otro, y después una pierna y media que se balancean para devolverlo a la vida. Me habría caído de bruces si no fuera por los dos pilares que me tienen. Me falta el aire, pero no necesito respirar. Está aquí, vivo.

—Yo ir, pero si no saber seguir... —empieza mi primo.

—¡Yo volver —me apuro en responder—, y enseñar que poder conseguir! —cierro el círculo con prisa, ansiosa. Llevaba una vida esperándolo.

Están vivos.

Vuelvo a coger aire.

Estoy viva.
Suspiro.
Estamos vivos.

Aquí o allá, ahora o nunca

El cielo lleva prometiendo lluvia toda la mañana, pero no acaba de decidirse. Me observa curioso, expectante.

Estoy a punto de dejar atrás esta prisión, para siempre. Sigo a Lágrima Dulce a través del patio. Cuando me ha recordado que no tenía pertenencias y que iríamos directos a la salida he empezado a arrastrar un pie. Tenía una. Justo antes de llegar a la alambrada una mano me agarra fuerte de la muñeca.

—Barhana manda regalo.

Giro bruscamente en cuanto escucho el nombre, temerosa del daño que voy a recibir, pero sólo me encuentro con Chameli. Sujeta el colgante de Alastair en las manos.

No he ayudado en nada a esta niña, y sigue dándome todo lo que tiene, y lo que no también. Cuando hace un mes supe que me sacarían de aquí lo antes posible. Me negué a complacer a la lagarta. Daba por perdido el escudillo.

Me quedo plantada, sin saber qué decir o hacer.

—¡Vamos! Tú ir, ¡libre! —Me empuja la pequeña.

—¿Estarás bien, Chameli? No sé qué nos espera, amiga.

Se me cuelga encima al escuchar “amiga”, pero es lo que ha sido durante este mes de lucha, y derrotas, contra el opio. Se enreda en mí a medida que me abraza. Aquí y allá brotan flores refulgentes que me dan chispas de alegría, de ilusión.

—La vida, amiga —contesta Lágrima Dulce—. Espera la vida. Yo me ocupo de cuidar a Chameli hasta que salga. Tú promete cuidarte más y mejor a ti misma, ¿sabes lo que digo?

Cruzo la alambrada. No tardan en cerrarla otra vez, con un fuerte golpe y un enorme candado. Al otro lado de las espinas de hierro, Chameli me sonrío para siempre.

Camino la escasa distancia que nos resta hasta la salida recordando mis fracasos al escalar la inconquistable muralla. Esas derrotas pudieron ser una buena oportunidad para tomármelo como un desafío, pero los castigos, las torturas y la desesperanza acabaron ganándome y me rendí.

Ellos no lo hicieron. Puedo ver a Amanda, la pequeña Kailash, Silverio y Dorje tras la empalizada. Están preciosos. No nos dieron tiempo para hablar y saber cómo habían conseguido ganar a la muerte, a la vida, pero aquí están.

Me dicen que ya soy libre.

Cruzo el interior de la segunda muralla y paso al exterior de la empalizada. Entro al mundo entero.

La prisión se encuentra más cerca de la cantera que de cualquier población, en medio de un terreno arenoso. Por eso, aparte de mi primo, Aman... aparte de mi familia, sólo hay dos carretas de caballos y sus jinetes, resignados.

Amanda, vestida con un elegante sari carmesí con velo incluido, anima a venir a mi encuentro a Kailash, que sujeta un collar hecho de flores naranjas y doradas, pero ésta está tan ocupada mirándome de arriba abajo que no puede moverse. Es un entusiasmado Silverio quien da varias zancadas con sus bastones en busca de mi abrazo.

—¡Bensialida! —grita al tiempo que suelta los bastones y se abalanza sobre mí.

No logro detener su euforia y acabamos por los suelos, riendo y llorando en una nube de polvo. Dorje se acerca, recoge los bastones y ayuda a levantarse a mi primo.

—A veces olvida que ganó otra vida, pero perdió una pierna —bromea Dorje frotando la cabeza de mi primo.

—¡Buen precio! ¿No te parece, prima?

Asiento desde el suelo, todavía en ese llanto feliz.

Cuando voy a levantarme caigo en el hechizo de los ojos de Kailash, que, entre temor y deseo, me pone el collar de flores en torno al cuello. Huelo las flores, y la lluvia que viene.

—Gracias, Kai —logro decir antes de que se esconda.

—Kayah —Amanda nunca fue de muchas palabras, pero sí de honda emoción—, te encontramos gracias a él.

Sus ojos me guían y entonces reparo en él. Occidental, de mi estatura, ancho de espaldas, pero también algo obeso. Viste la casaca roja del Ejército de la Compañía de Las Indias. Fuma de una pipa, apoyado tras uno de los carruajes.

—Es su hermano —me chiva Amanda—. El Teniente Coronel George Robbins —lo presenta. El hermano mayor de Alas se separa de su carruaje, en cuyo interior ahora distingo otro soldado, y comienza a caminar hacia nosotros. Estrecho con más fuerza el colgante—. Es gracias a su dinero y sus peticiones que nos han abierto las puertas de tantas prisiones durante estos tres años y te hemos podido liberar.

Me ha dado mucho, pero lo miro esperando que aún me dé algo más, algo imposible. Lo percibe y se detiene en seco, fuera del círculo. Su mirada es fría, y no dice una palabra.

Se crea un tenso silencio.

Debería decirle algo, darle las gracias. Entonces el creciente tintineo del caer de la lluvia de una tormenta se desata.

—¡Empieza el monzón! —nos ilumina mi primo—. ¡Todos al carruaje! Teniente Coronel, una vez más, ¡muchas gracias! —Sale dando rápidos brincos a golpe de bastones.

Amanda y Kailash lo siguen, festivas. Dorje sonríe cómplice, hace una reverencia al militar, se da la vuelta y camina, más lento a medida que la lluvia cae con mayor intensidad.

El cielo esperaba este momento para reventar en llanto.

Los pétalos de las flores que conforman el collar caen a mis pies bajo el incesante punzón de la lluvia. Frente a mí, él. No se mueve, ni siquiera pestañea. Sólo me mira. Me estudia.

Tampoco yo me muevo, pero sí pestañeo. Tengo la esperanza de abrir los ojos y que se transforme en su hermano.

—¿Todo por esto? —pregunta, con una voz dura y seca.

—“Todo” es la vida de tu hermano, ¿verdad? —Quiero compartir nuestro dolor, quiero...

—Y “esto” —la palabra está cargada de desprecio—, eres tú, sí —Sacude con dureza su pipa para tirar el tabaco.

Trago saliva, lágrimas, orgullo y dolor.

—Supe de ti antes de que Alastair llegase a su destacamento aquí. Te mencionaba en todas sus cartas —me explica.

Los demás, incluso Dorje, ya están a cubierto en el interior de uno de los carruajes. Mi

primo da voces asomado por un lateral, el torrente ahoga su voz, pero me pide que vaya.

—Pensaba que se le pasaría en el viaje, pero al llegar aquí fue peor —continúa el militar—. Decía estar profundamente arrepentido de haberse separado de ti. Que tú eras la montaña en la que quería vivir —Su mirada es tan penetrante que siento como se clava en mi corazón, bajo el camisón empapado.

—Yo... —Algunas flores se sueltan del cordón y caen.

—Tú... le obsesionaste más aún con las montañas. Lo llevaste a buscar la montaña más alta del mundo. Si no sabía dónde estabas tú, al menos averiguaría dónde estaba “la única montaña a tu altura”, como él decía... ¿Pero qué altura!? —Su boca se tensa en una mueca de repugnancia. Mi collar es ya sólo un cordón raído en torno a mi deslucido cuello— Él perdió la vida y manchó nuestro apellido... Todo por esto.

La pequeña remolonea todo lo que puede, pero por fin Amanda la convence para separarse de mí y del fuego que nos ha secado, y accede a irse a la cama.

—¿Mañana vas a estar con nosotros? —me pregunta, tan cerca de mi cara como para volver a gozar su cálido hálito.

—Sí... —Supongo, en la comodidad del sillón forrado.

—Mañana, ¡y siempre, Kai! —añade mi primo tras echar un leño al fuego común de la sala de la concurrida posada, y antes de darle un beso en la frente a su querida hija.

Amanda, en pie, besa a Silverio y acaricia suavemente mi cabeza. Después, Kailash se va de la mano de su madre, mirándome, asegurándose de que haya comprendido lo que le he prometido. Sonríe hasta que cruza en dintel. Entonces cejo en mi actuación.

—Amanda no se lo podía creer cuando su padre apareció en nuestra aldea, con todas sus posesiones vendidas en su afán por encontrarla —me cuenta Silverio—. El abuelo pudo disfrutar de su hija y nieta hasta el año pasado, que murió.

»Kai necesita una vida normal, en casa... ¡Sin ofender, Dorje! —mi primo rodea la cabeza del monje con el brazo y le revuelve el pelo con los nudillos—. Verás, Dorje nos llevó a Darjeeling, donde tenía ascendencia... ¡y tiene descendencia! Te acuerdas de Karma, esa preciosidad que rechazaba a Vita...

Calla y se hace un extraño silencio que parece afectar al resto de huéspedes. Desgraciadamente nadie consume opio.

—Perdón —susurro, pensando en Vita y Mundwulf.

—¿Perdón!? No podías salvarlos, pero sacaste a Dorje de aquel infierno blanco —me recuerda mi primo—, y el anhelo de reencontrarnos también me ayudó a mí.

—Tal vez prefieras conocer nuestra historia en orden... ¿Kayah? —Dorje sabe que algo no anda bien en mi interior.

—Sí... claro —Dadme algo para no sentir el dolor que me ha calado bajo la lluvia. “Todo por esto”, resuena.

—¿El pasado? Mejor el futuro —objeta mi primo, más resuelto que nunca—. ¡Sea! En resumen: caí inconsciente en una fisura, con el hombro de vuelta a su sitio, pero la pierna que me falta hecha un Cristo. Me desperté y decidí pasear, o arrastrarme, de refugio en refugio, hasta que llegué al monasterio, donde Dorje se recuperaba de un rasguñito —Dorje tira del cuello de la camisa y me muestra el collar de la concha de su padre, del que apenas quedan unas esquirilas marinas sobre una base de hierro cóncava por el balazo que detuvo.

»Dorje se preparaba para regresar a la aldea e informar a Amanda. Me sume, pero me pareció que el camino hasta allí era largo y que había que quitar lastre, así que me libre de mi pata

mala y de mi mala pata —espera alguna risa, en vano, luego continúa—. Amanda y Kai seguían jugando al escondite con los guardias cuando Dorje y yo llegamos —sonríe.

»Decidimos buscar una casa en un lugar donde al ir a cagar no se te congelase el culo y Dorje habló de Darjeeling, donde, además de no ser apresados, teníamos acceso al juego de “En busca de Kayah”, que nos ha entretenido tres años.

Mi primo pretende ser gracioso, pero sólo consigue una débil sonrisa en el límpido rostro de Dorje.

—Ahora, a lo importante —El tono de Silverio ha cambiado, es más serio—. El teniente nos ha dado los papeles con los que, desde Calcuta, conseguiremos el salvoconducto para viajar hasta el reino de España, tú incluida, Kayah —Eguino. Coge mi mano, me nota ausente—. También nos ha dado dinero para los costes. Al parecer te tiene en gran estima, prima.

“Todo por esto”, me cala sin cesar.

No, es por el descanso de Alastair. Quiere asegurarse de que su hermano esté en paz, y de paso no verme nunca más.

—¿Te encuentras bien, Kayah? —Dorje mira fijamente mis ojos, idos— Tranquila, no necesitáis partir mañana.

—O sí. Es decir, si quieres —sonríe Silverio—. Escribí a mis padres y Justo el mismo día que te encontramos. ¡Nos esperan! Si no quieres partir mañana, podemos dejarlo para... ¿pasado mañana? —ríe con todas sus ganas.

Necesito un poco de opio.

El esquelético chaval ha mirado demasiadas veces atrás como para no saber que lo sigo. No ha acelerado, buena señal.

Lo sigo a través de las calles más miserables de Calcuta. Piso la mezcolanza de barro, comida podrida, orines, vómitos, excremento y sangre que conforman la calzada. Me zafó de almas en pena que tiran de mis harapos cuando paso a su lado. Me piden. No sé qué, sólo me piden... comida, dinero, vida. Paso por encima de bultos que sé cuerpos humanos, ocultos bajo harapos, pero cuyo estado ignoro. Esquivo a un viejo que, arrastrándose por el suelo, muerde a un perro con los pocos dientes que le quedan, por el festín de una rata muerta.

Creí haber hecho estómago en la cárcel, pero tengo el cuerpo revuelto. Sólo continuo andando, sin caer a vomitar, porque, aun con la nariz tapada, huelo lo que lleva el chaval.

Al fin, la señal. Veo su mano indicándome que entre en la sucia letrina a la que se ha metido. Está a la sombra de un edificio que se tambalea. Parece que recibió toda la artillería que los ingleses usaron contra el pueblo hindú cuando trató de independizarse el año pasado, pero da igual, necesito opio.

Un brazo rodea mi cabeza y me obliga a seguir recto justo cuando iba a agarrar una tabla de la letrina.

—¡Qué fortuna encontrarte! —Es Dorje—. A mí también me estaba cansando el papeleo y he tenido la misma idea que tú: pasear y conocer la ciudad. ¡Juntos será más divertido!

A través de la estrecha apertura de madera apolillada, el chaval y yo cruzamos miradas. Pura ansiedad, pura necesidad.

—¡Dorje! —Me revuelvo—. Estoy cansada de andar... y necesito entrar en la letrina. Nos vemos en el hotel.

—¡Ah, no! —Me levanta en el aire y me reconduce—. Unas calles atrás he visto una tetería que hará las delicias de tus pies, estómago y espíritu. ¡Yo invito! —No me invitas, me obligas—. Es uno de los lujos de haber dejado el monasterio.

La maldita tetería es demasiado limpia y opulenta como para encontrar lo que busco, me temo.

—Cuando desperté comprendí que, acababa de renacer —El lugar está abarrotado, pero Dorje me mira sólo a mí—. Y en esta nueva vida no tenía que ser monje ni escalar ninguna montaña para demostrar nada a nadie. Había pasado mi vida en la cárcel más dura e inexpugnable, aquella en la que sólo hay una llave y está encerrada dentro de nuestro corazón.

¿En serio? No me lo puedo creer, viene un discursito...

—Mira, Dorje... —Quiero cortarles, pero me cortan. Es el camarero, un perfecto idiota que sonrío no sé a qué o quién, mientras nos sirve té y una bandeja de dátiles con miel.

—Mira, Kayah —retoma Dorje—, lo que quiero decirte es que comprendí que no necesitaba ser monje, ni siquiera buen hijo. No necesitaba ser nada. Y, ¿sabes? No fue una gran decepción, al contrario, sentí que era el principio de una gran aventura: la de dejar de ser lo que no era, y ser yo —Dorje ase su taza con delicadeza y, tras oler el té, da un escueto sorbo—. Cuando no estás cabreado por lo que te ha ocurrido, avergonzado por lo que hiciste o preocupado por lo que tendrás que lograr; cuando dejas ir esos pensamientos y emociones siendo tú mismo la puerta, entonces brota el agradecimiento, la paz.

»Sin pretender nada, tiendes un lazo con algo que va mucho más allá de lo que tu mente oxidada o tu corazón apostillado pueden captar. Y floreces, porque te sabes la tierra más fértil posible —Mira mi taza—. Sólo necesitas cuidar-té.

—Ya... ¿Y tu padre qué? —Voy a seguir ignorando-té.

—Buda decía que dejar clavada la flecha que nos hiere es una elección, pero no la más sensata —Ahí está el monje—. Estoy de acuerdo. Mi padre vivió como eligió, y lo respeto. Agradezco cuanto he aprendido, por sus aciertos y errores. Ahora es cosa mía irme a poner incienso en templos lejanos o hacer una buena labor en mi hogar —sonríe y mira mi té.

La taza tiembla entre mis dedos y la acabo cogiendo con ambas manos para acercármela sin derramarla. Han metido un campo inmenso de tierra fértil dentro de la taza, ¡qué olor! Bebo un sorbo y me tumbo en medio de ese campo, sobre el manto de su hierba, bajo la lluvia, el sol, las estrellas...

—Hoy es un buen día para nacer —dice con sencillez, pero son las palabras que Nahkohe me dejó en su tumba—. Es una maravilla, ¿verdad? La posibilidad de recomenzar está siempre a nuestro alcance en este eterno instante presente —Cierra los ojos mientras bebe otro sorbo—. Basta con prestar una atención plena y completa, observarnos; estar despiertos. Kayah, vivir el presente es poner fin a todos los conflictos, los del pasado y los del futuro — Hace una profunda reverencia.

Una incommovible reverencia, hasta el final.

El barco se aleja de la tierra, y Dorje nos despide con las manos unidas. Más que en Eguino, pienso que no tengo opio.

Cuando estamos a una distancia en la que Dorje no debe poder oír las bonitas palabras que le manda Kailash, deshace la reverencia y le lanza un beso de vuelta. Después me mira, se mete una mano al bolsillo y me señala. Lo imito, y, dentro de mi bolsillo, encuentro una bolsita de cuero. Por fin ha entendido lo que necesito. La abro disimuladamente. Sólo es té. Para cuando miro a Dorje, ya vive en la reverencia otra vez, convertido en una estatua, para siempre.

Uno a uno, los pasajeros que se han despedido de sus allegados pasan al interior para organizar el espacio en el que conviviremos. Tengo la mirada perdida en el puerto, ya lejano, pero

no me hace falta girarme para saber quién se acerca.

—Primo —saludo, dándole la espalda.

—¡Buena!, sigues adivinando, como en aquellos juegos.

—No, he oído tus bastones —le defraudo.

—Ah, ya. Dime, ¿tienes alguna premonición del viaje?

No me lo puedo creer. Acaba de arrancarme los puntos.

—¿¡Qué!?! —me giro, fuera de mí.

—Ya sabes... tu... don —dice, inseguro.

—¡No tengo ningún don, idiota! ¡Ni tú! ¡Nos engañó, nos utilizó! —estallo, reviviendo todo el dolor— Eckhard nos hizo creer que éramos ovejas negras de sombra blanca, taaan especiales; Klimbahim. ¡¡Imbéciles, éramos!!

Los marineros que están en la cubierta nos miran y ríen.

—No estoy de acuerdo —responde, con una calma que no le recordaba—. Más allá de las mentiras y el odio, puedes descubrir cuánto hemos aprendido, cuánto hemos crecido. No me culpes si doy gracias por todo —Se gira para irse.

—¿Y por lo que no tienes? ¿Y por los que no están, qué? —le increpo, justo antes de empujarlo por detrás y derribarlo. “Silverio debería haber muerto”, me había dicho Dorje. “Le salvaron Amanda y Kailash, saberlas esperando... Y tú, la esperanza de encontrarte”. ¿Por qué nos hago esto?

Mi primo recoge los bastones y se pone en pie. Ríe.

—Ahora eres incluso más vasca que antes, prima.

—No me das ninguna envidia, anda, vete ya, que no vas a encontrar ninguna *faluca* que te cruce el Nilo —empujo a mi primo a la moderada quietud del bazar en la noche—. Vete a esa reunión de adoradores místicos...

—Nosotros íbamos a las montañas a llenar un vacío —me recuerda mi primo—, no debería chirriarte tanto que esta gente erigiese pirámides, sus montañas, y dejase un vacío dentro para llenarlo con alguien. ¡Es más sabio que lo nuestro!

Un relámpago cruza el cielo hacia el oeste, ese rumbo que desconocí durante tantos años y que me lleva al pasado.

—Cuanto más cegador el relámpago, mayor la sombra, Silverio —Sigo sin entender cómo aún cree en parlanchines.

Vuelvo al interior de la fonda. Amanda y Kai duermen. Subo a la azotea con una antorcha. Me asomo por la fachada oeste y trato de distinguir las siluetas de las pirámides. Negar querer visitarlas no significa que no las encuentre majestuosas.

El palo de la antorcha se me resbala y va a parar abajo. La llama pierde fuerza mientras tuesta el polvo y la arena.

“Primero mirabas adelante, y arriba, verde”, son unas de las últimas palabras de Dorje, “ahora sólo miras atrás, y abajo, marchita. Kayah, cierra los ojos, y ve tu interior, fresca”.

Tenía razón. Si no he meditado desde las montañas es por el miedo al silencio de encararme, pero ya va siendo hora de adentrarme en mi corazón; sea verdad que en su interior existe la brújula para reorientar mi vida, o no. Cierro los ojos.

—El silencio lleva a la calma —repito el mantra que me enseñó Dorje—. La calma, al contacto. El contacto, al amor.

Moldear el vacío

—¡Ellos eran yo! —Mi primo rompe en carcajadas.

El atardecer nos ciega desde el oeste, pero reconozco la peña de Eguino, donde mira. Han pasado casi trece años...

—Los Gentiles que algún viajero aseguraba ver encaramados a la peña... ¡Eran yo escalando, seguro! —Su risa acaba contagiando a la pequeña Kai—. ¡Me perseguía a mí mismo!

—¿Hemos llegado? —pregunta Amanda, que para estar en cinta de al menos seis meses, camina ligera y risueña.

—Nuestro hogar —confirma Silverio—. Os dije que estaba racionando bien los últimos recursos. Ahora ya no nos faltará nada... aunque sólo tengamos un par de cosas.

El padre sale corriendo a trompicones con sus bastones y la hija lo sigue cargada con su ligero petate. Amanda también me adelanta, con una jovial sonrisa en su mirada.

—¡Vamos, prima! ¿O has dejado de buscar respuestas?

Ya llegué aquí antes, en otro viaje, ilusionada por conocer la verdad sobre mi origen, por dar con mi hogar; pero sólo encontré preguntas y una puerta cerrada. No tengo mejores expectativas hoy, pero los sigo.

La peña comienza a desplegarse como la primavera que llega. Ahí están los monolitos en los que Silverio y yo jugábamos a escalar por la vía más difícil. La Lece no queda lejos, y, aunque no la veo, ahí tiene que estar la cueva que acogió a un par de mocosos rebeldes. Mi primo me sonríe, cómplice.

—Mirad, chicas, esa es la avenida principal —Silverio se ha convertido en el guía más orgulloso que Eguino soñara.

—¿Avenida? Querrás decir calle, más bien —bromea Amanda. Su dominio del castellano es impresionante.

—No, cariño, porque si a esta la llamo calle, no encontraré la palabra para las que después iba a llamar callejuelas —Ambos ríen. Kailash es feliz—Y ahí está nuestra iglesia. Puede que no parezca gran cosa por fuera, pero por dentro...

—Es aún peor —digo, con un gesto de asco exagerado.

Nos desternillamos los cuatro, pese a que, por dentro, yo esté temblando. Es el último lugar donde vi a Xavier.

El festejo atrae la curiosidad de algunos vecinos que se asoman por las ventanas o dejan su labor en la tierra para levantar la mirada, también la de un grupo creciente de perros.

Siento un nudo en el estómago. Xavier puede estar aquí, mirándonos, con las respuestas enterradas en su corazón... También puede que sea él quien esté enterrado.

Mientras ascendemos nos cruzamos con unas aldeanas que vienen del lavadero. Nos miran de hito en hito y sisean.

El caserío está igual que en mis recuerdos.

Nadie responde al golpe de la aldaba, así que mi primo se invita a pasar él solo. El sol ya se ha metido y la humedad en el aire hace que el frío comience a notarse pronto.

Mientras esperamos, Kai mira a su madre con ilusión.

—Todo va a ir bien —le asegura Amanda—. Aita está convencido de que aquí tenemos un lugar, todos —me guiña.

—Y tanto —sale Silverio—. Está vacío como nunca...

Los cuatro nos giramos al unísono al oír voces provenientes de un lateral, fuera de la casa. Mi primo hace una seña para que no nos movamos y echa a andar, tenso. Lo sigo.

Cuando va a alcanzar la esquina del caserío veo la imagen de Chanku rodeando el último tipi de nuestro chamuscado campamento. Se me eriza el pelo de la nuca al recordar el golpe que recibió y todo lo que le siguió. Justo entonces alguien salta de la nada y choca con Silverio.

Es un viejo. No es Xavier, tampoco Arcaich. Es un gordinflón de dulce mirar, que del susto y la risa ni puede respirar. Mi primo lo agarra de la pechera y se le cae un bastón. El viejo sigue riendo, más si cabe, como un niño... Un momento...

—¿Kayah? —me reconoce, a la par que yo a él.

—Eres el viejo del Camino —Arrugado y encogido, eso sí; salvo a lo ancho. Su nombre era algo de... amigo...

—Así es, hija, Belarmino —Su rostro es felicidad—. ¡Gracias al cielo! No se va a creer que hayáis vuelto...

¿Xavier?

—¿¡Para cuándo ese balde, abuelo!?! —La voz retumba desde la distancia. Es Arcaich—. ¿¡No estarás cenando ya!?

Mi primo suelta la pechera de Belarmino, recoge el bastón y toma un balde con agua que hay junto al establo.

—¡Ya va, viejo gruñón! —contesta Belarmino, alegre.

Al doblar la esquina podemos ver a Arcaich, de espaldas, trabajando la tierra. También hay un joven con él, poda los matorrales que cierran la finca. Cojea. Avanza con un bastón, hasta que nos ve y se detiene. Veo a mi primo pedirle silencio compungido por una honda emoción, antes de decir:

—Tenga —Arcaich alarga el brazo hacia atrás sin separar sus ojos de la tierra y toma el balde—, aita.

El joven, que debe ser Justo y que se me hace tan familiar, pese a no conocernos, rompe a reír, y a llorar de alegría. Arcaich se da la vuelta, rostro de roca, y ve a su hijo. Un rayo lo traspassa, se resquebraja de arriba abajo y también él se desmenuza en llanto. El balde se le cae y el agua revive la tierra, seca por lo que parecían años.

—Y así es cómo casi trece años después, ¡henos aquí! —Silverio concluye la retrospectiva de nuestro periplo, ebrio.

El salón bulle con las llamas del hogar y las emociones. Arcaich ha insistido a Justo para que encendiese fuego. Quería que Kailash no cogiese frío durante la noche. El abuelo habla con cuidado de no despertar a su nieta, dormida en su regazo. Aún no me ha dicho ni una palabra, pero me ha servido la sopa con una generosidad mayor incluso que a Amanda.

—Bueno —dice mi tío mientras mesa el cabello de Kai. Cuesta creer que esas manazas puedan dar tanta ternura—, la aventura con sus subidas y bajadas, como la vida, ha acabado bien. ¿Lo mejor? ¿Cómo se agradece tanta presencia femenina!

Miro la pierna de mi primo que falta y pienso en quienes faltan, y me revuelvo. No es el mejor final.

—Sí, no ha acabado nada mal, pero venga, ¡contadnos! —Después de horas hablando, mi primo parece dispuesto a ceder la palabra—. Tú, Justo, no es época de cosecha, y he visto ese anexo al caserío... ¡desembucha! —Amaga con darle con el bastón y escenifican una delirante escena de lucha.

—Tu sueño es ya realidad, pata de palo —dice Justo—. Dejé la imprenta y me vine a vivir con tu aita y don Belarmino.

Mi primo mira al peregrino. No le acaba de convencer que un extraño haya hecho la cena y viva bajo el mismo techo.

—Un servidor, así es —dice Belarmino— Verás, hijo...

—De hijo nada —le cortan, al unísono, padre e hijo. No lo había visto, pero el tiempo los ha acercado en sus siluetas.

—Joven —corrige el bonachón—. Verás, seguro que Kayah no te ha hablado de mí. Cuando nos conocimos tenía cosas más interesantes que contarte y le preocupaban...

—Abuelo, chocheas —le corta Arcaich—. Este viejo apareció en la puerta llorando porque al volver del Camino de Santiago halló a su mujer con alguien en la cama. Con un cura —Silverio y Justo ríen con ganas, y cuando vemos que Belarmino no se queda a la zaga, Amanda y yo nos sumamos—. Me preguntó por un cura caradura que vivió por aquí y lo entendí todo. Creí que íbamos a llevarnos bien, hasta que me dijo que no venía contra él, que, de hecho, eran buenos amigos —Belarmino se desternilla de tal manera que parece que el taburete no vaya a aguantarlo—. No nos entendemos, pero entiende de cocina, ya lo veis, así que le dejé quedarse.

¿Xavier?

—Aita, aún no me has dicho dónde está madre. ¿En Araia, con la tía, tal vez? —Creo que nunca he visto tan feliz a Silverio, pero yo tengo preguntas más importantes...

—Isabel murió, hijo —suelta Arcaich honrando su fama de pétreo. La cara de mi primo se desencaja. El ambiente se ha helado—. Ya antes de que Kayah llegase tenía síntomas... El invierno después de marcharos cayó en cama, muy grave. Ni siquiera el médico de Salvatierra pudo hacer algo.

Amanda rodea a Silverio y posa su cabeza sobre el hombro de él. Justo se levanta y se coloca tras la pareja. Tras unos segundos de silencio helador, sólo roto por el crepitar de las brasas, la pareja se levanta y sale a la calle. Justo los sigue.

Arcaich acaricia la mejilla de su nieta. La tierra podría abrirse bajo sus pies y no dejaría que le pasase nada.

—¿Xavier vive? —Voy directa al cuello.

El gigantón deja de acariciarla y lenta, muy lentamente, endurece su mirada contra la mía.

—Ni lo menciones —me advierte.

—Necesito saber si...

—¡Ni lo menciones!

Kailash abre los ojos, asustada por el tono de su abuelo. En un instante la montaña se convierte en un mullido valle. Arcaich comienza a mecer a Kai en un suave ritmo y, de camino a la calle, entona una preciosa y dulce nana.

Las sombras que quedan en la estancia parecen más negras. El fuego está ya bajo. Sin alimento con que subsistir, también las brasas, que ahora parecen tan vivas, sucumbirán.

—Xavier ya no está con nosotros —Mi corazón se para. Belarmino juega con un palo, avivando las brasas—, porque se fue de viaje hará dos años —me mira y sonrío.

—Desde el principio —respiro—. Cuéntamelo todo.

—Claro —Me ofrece su mano y nos sentamos cerca—. Arcaich lo denunció a la iglesia nada más verlo. Lo retuvo hasta que llegó una comisión y se lo llevaron a la capital. Poco después Isabel empeoró y, en efecto, murió ese invierno; igual que el carlista catalán al que tu tío ocultaba en la peña...

¡El basajaun que seguíamos y nos sorteaba en el bosque!

—Xavier —le recuerdo.

—Sí, sí —asiente—. Volvió pocos meses después, para irritación de Arcaich. La guardia civil no tenía gran cosa contra él. Tuvo que pagar algo que hizo en Galicia, nada más.

—¿Y la iglesia? Él abandonó su misión evangelizadora.

—¿Cómo? —Belarmino se pasa la mano por la calva y después se frota la incipiente barba — Xavier nunca me dijo por qué se fue a América, pero sé que su fe nunca ha sido tan fuerte como para intentar convertir a nadie —niega, rotundo.

—Continúa.

—Por eso fue gracioso verlo como cura cada domingo. Se fue a vivir a Salvatierra, donde cuidó la iglesia de San Juan, pero cada domingo venía a acompañar la misa del pueblo. Compartíamos esas tardes, pero el motivo de su visita eras tú.

Parece disfrutar con mi desconcierto.

—¡Oh!, debo añadir que Arcaich fue a buscaros, antes. En la primera primavera, cuando recibió vuestra carta sellada en Zaragoza. Os buscó por todo el Pirineo, de camino a Barcelona, donde entregó a Martina, la viuda del carlista, lo poco que de él le quedaba —su rostro se oscurece ante la sombra de una preocupación—... ¡Vaya!, me he despistado. Perdón.

»Hace dos años, algo antes de pentecostés, recibimos una carta de Silverio. El cartero la recibió a la víspera, en Salvatierra, y le pidió a Xavier traerla al pueblo. Arcaich no iba a misa los domingos, por él, ya sabes, así que el cura me la entregó al salir; medio abierta. ¡Yo no soy un figón!, no creee...

—¡Belarmino! —lo sobresalto.

—No puedo asegurar que Xavier leyese la carta, con lo de tu búsqueda en la India y la dirección de Darjeeling, pero tres días después apareció en la puerta de casa cargando un petate más pesado que su saco de huesos. Quería hablar con Arcaich, pero tú tío no lo recibió — Belarmino suspira, cansado. Parece una balanza sujetando dos grandes pesos, si bien podría inclinar sus manos y dejar caer las cargas, ajenas a él.

—Salí a hablar con él. Parecía más cascado de lo usual. Me dijo que era incapaz de aguantar más su tormento, y juro que así lo parecía. ¿Cuáles fueron sus palabras? —rebusca en sus recuerdos—. “No puedo esperar más, debo dejar de jugar a ser Dios y enmendar mis errores, ya”. Eso es. Y desapareció.

El estridente trino del mirlo festeja el calor que hará hoy. Eso no alterará las rutinas que todos tienen ya. Todos llevan un par de semanas felizmente asentados en su lugar del nido.

Por la mañana Silverio y Justo trabajarán la tierra, lentos y charlatanes, pero conocedores de lo que hacen. Luego continuarán con los muebles que están armando. Belarmino se ocupará del ganado y la comida. Arcaich dará un par de órdenes y se irá a pasear junto al río con Amanda y Kai.

Mientras, yo comparto un árbol lleno de clavos y restos de una casa de árbol con un solitario mirlo. Creía que echaría a volar cuando me he puesto a trepar, pero apenas se ha movido, como si defendiera su fortaleza. Ignora que este enorme roble de brotes verdes es, de hecho, mi fortaleza.

A medio camino entre el pueblo y la peña, es perfecto, porque desde aquí no puedo ver nada más que corteza, musgo y hojas; verde. Bueno, y el cementerio, donde mi primo está entrando con un ramillete de diente de león. También veo la peña, gris, por encima de todo, pero procuro no mirarla.

—¡Ah, eres tú, hija!

El sobresalto a poco me tira abajo del árbol.

—¡De lejos parecías una ardilla más grande que un oso! —Belarmino ríe jocosamente mientras remonta el sotobosque de helechos y moreras que rodea mi fortaleza—. ¿Estos años han hecho que le tengas más miedo a vivir con los pies en la tierra? —dice al llegar hasta mis raíces—. Lo entiendo.

El mirlo da pequeños saltitos para mejorar su visión.

Me descuelgo de la rama en la que estaba y me dejo caer junto a él. La caída es torpe y me hago daño en un talón.

Oigo cascos de caballo a mi espalda. Me giro y veo una preciosa yegua, toda carbón, salvo la crin y una mancha estrellada en su frente, ambas color hueso. Avanza al trote, directa hacia nosotros, con los ojos desorbitados.

En lugar de buscar escudo tras el roble, como yo, Belarmino da un paso hacia la yegua. La bestia, como encantada, frena de golpe frente al hombre.

—Muy buenos días, Ichal —Belarmino mete la mano en el zurrón que lleva a la espalda y saca un manojo de alfalfa. Ichal lo devora entre mimos—. No sabes cuánto le tomó confiar en mí... Confiar, Kayah. A veces nos toma tiempo, sí —Lentamente, alargo la mano hacia ella, pero me rehúye—. Tranquila, hija. El exilio nos instruye, y el retorno nos fija.

Justo confía en el consejo de su mejor amigo y se lanza a por el cazo. Lo alcanza, pero resbala y pierde su único pie. Silverio se prepara para frenar la caída, pero no hace falta. Justo cuelga de la pared, sereno. Más seguro por su confianza que por la cuerda que rodea un arbolillo torcido nacido en el muro. Parece cómodo colgado a diez metros del suelo; en paz.

—¿Por qué no me dijiste que tenía una pierna mucho más corta? —susurro a mi primo mientras seco el sudor de su frente—. Me contaste toda su vida. ¿Cómo se te olvidó eso?

—Prima, si él nunca le ha dado importancia, ¿cómo iba a dársela yo? —responde, sin apartar los ojos de Justo, ni las manos de la cuerda—. Además, ¿qué habría cambiado?

Lo habría reconocido antes.

Acabamos de entrar en verano, pero un coro de cigarras se queja ya del calor mientras Justo desescala hasta nosotros.

—¡Preciosa! —Justo califica las vías por el tamaño de la sonrisa que dejan en su noble rostro—. Silverio, ahora te toca a ti demostrar qué sabes hacer con esas tres extremidades.

—¡No te equivoques, amigo! Son cuatro. Es sólo que antes tenía cinco. Por fortuna, no perdí la menos valiosa...

—Va, fantasma —Le doy una colleja—. Yo te aseguro.

Mi primo escala más lento y cuidadoso que antes, claro, aún está adaptando su técnica, pero no ha perdido esa relación tan especial con la roca. “Sólo he perdido un punto de apoyo, un pie”, dice, “jamás me he sentido tan estable, tan firme”.

—Silverio me habló mucho de ti, desde el principio —le digo a Justo. He tardado, pero allá voy.

—A mí me ha hablado mucho de ti desde que volvisteis.

Ambos reímos.

—Pero, yo ya te conocía —le confieso.

—Ya nos conocíamos, sí —confirma con toda la calma.

No suelto la cuerda, pero cuando hago amago de darle un puñetazo en el hombro, ni siquiera pestañea.

—¿¡Así que me reconociste!? —pregunto.

—Desde que asomaste en la era, junto con Silverio, las chicas y ese balde de agua que tanta

vida nos trajo.

—Ah. Yo caí hace... varios días —Eso, lúcite, Kayah—. Eres aquel tullido al que arrollé en Vitoria —Eso, perfecto—. Perdón... ¿No es increíble? Todo queda tan lejos...

—Así es —Justo se quita la boina y airea sus rizos—. Mira que tardé en dejar la imprenta y la ciudad y venirme.

—Silverio me dijo que no escalabas —frunzo el ceño—. De hecho, te pintó como la persona más arraigada del mundo. Durante estos meses, en los que yo tampoco me he atrevido a acercarme a estas paredes, no me esperaba que fueras a ser tú quien lo trajese de vuelta a la vertical —le confieso.

—Me ha contado vuestras hazañas, y, ¿sabes? —libera la cuerda de una piedra—. Mientras lo hacía, su mirada tenía un brillo muy distinto al que tiene cuando arrancamos malas hierbas, por ejemplo —Vaya poso el de sus ojos grises—. Lo necesita, y, ¡oye, resulta que yo también la gozo! —ríe—. Viene genial para dejar un poco atrás esas raíces que, a veces, más que nutrir, parecen querer asfixiarle a uno —¿Por qué no hablamos de esto hace trece años? Me habría venido genial—. Y tiene esos momentos de quedarte ahí colgado; escuchando sólo el aire, los pájaros, el baile de las hojas... y...

—Y te conecta —digo sin pensar.

—Me quita lo que sobra: miedos, complejos, deseos — Me recuerda las palabras de Dorje —... Me trae al aquí y ahora, como el brote incubado en las tinieblas de su semilla que, tras empujar por abrirse paso, aprecia por vez primera la cegadora luz de la vida —Ambos nos quedamos callados.

»Los primeros días apenas subíamos dos metros, pero la sonrisa de tu primo ya estaba ahí —sonríe al recordarlo—. Respiramos para vivir, pero no vivimos por respirar. Hace falta amar esa respiración, ese momento, ¿no te parece?

Asiento, pero sólo en mi interior.

—¿Así que perdiste la imprenta a heredar? —le esquivo.

—No, eso también me sobraba —ríe—. Prefiero no mirar lo que he perdido, y atender a lo que nunca podré perder —Hace una profunda inspiración—. Vida, ¡dame menos inquietudes y más quietudes! —grita alegre.

Su mirada es tan sincera y directa, y el brillo de sus ojos tiene tanta verdad, que me recorre un escalofrío. Me asaltan fantasmas del pasado y miedos del futuro. Me desconcentro.

—¡¡Listo!! —grita mi primo, arriba— ¡Bajo, prima!

—Esto es vida —afirma Justo, feliz, en paz, a mi lado.

—¿Vida? —pregunto mientras doy cuerda a Silverio—. Bueno, no está mal si lo comparas con estar encarcelada, pero siempre podemos estar mejor —Justo arquea los ojos—. Algo me dice que tú y yo no nos entenderemos nunca... pero, sí, hoy es un buen día para vivir —reconozco.

Ambos nos giramos para ver si el estrépito a nuestras espaldas es un ejercito cruzando el bosque. Belarmino puede ser muy sigiloso, pero esta vez se oyen sus pasos desde lejos. Viene a toda velocidad, jadeando.

—¡Silverio! —grita—. ¡El bebé! ¡¡Ya viene!!

Fantasmas del futuro

—Es el momento —grito a Justo, Kailash y Mirari para que me oigan bien por encima de la música y el jolgorio de la fiesta—. Las llamas ya no pasan de mi cintura, ¡mirad!

Me desmarco del círculo de personas de la hoguera y comienzo la carrera hacia el fuego, antes de que ningún otro se me adelante. Este año quiero ser la primera en saltar, por revivir y honrar el recuerdo que el pueblo tiene de mi madre.

Puede ser cosa del vino, pero me siento tan ligera que no sé por qué he esperado a que las llamas menguasen tanto.

A medida que me acerco, el fuego calienta mi piel y quema mis ojos como si fuese directa al sol. El dolor punzante de un recuerdo casi me hace perder pie. A mi cicatriz no le gustan las llamas, como siempre me recuerda.

La suela de mi alpargata pisa la orilla de las brasas y lanzo la otra pierna hacia delante con todas mis fuerzas. Salto, pero no salgo disparada hacia delante, sino hacia arriba.

El calor de la hoguera me eleva entre chispazos de brasa, como si fuera una pluma. La música para, y las voces se apagan, pero mi vuelo no cesa. Me revuelvo en el aire, intentando agarrarme a algo, pero sólo alcanzo humo. Continúo elevándome más y más arriba hasta que el rostro de Justo desaparece entre el gentío, hasta que la luz de la hoguera se apaga y me elevo hacia las profundidades del espacio.

El frío de la noche devora el calor del fuego, y la pequeñez de Eguino deja su lugar a la grandeza del cielo estrellado. No me enfrió, me templo. Mi cuerpo se convierte en un templo donde la tierra y el cielo se templan.

Las estrellas brillan con intensidad, muy cerca de mí. Una desprende una viva luz verde. Crece y se mueve como el alga joven danzando en el afluente, juguetona. Otra llamarada se incendia muy cerca. Azul al comienzo, violácea al abrirse.

Esto ya lo he vivido antes.

Pronto, a mi alrededor chisporrotean decenas de espíritus refulgentes. Cientos... de miles. Y a medida que crecen, veo cómo en su interior otras estrellas trenzan sus rayos de luz con elegancia. Sus colores, formas y tamaños difieren, pero todos los fogonazos de vida danzan en equilibrio sobre sí mismos, junto a los demás y, a su vez, en torno a mí.

No existe la tierra, el abajo; ni tampoco el arriba. Levito. Bailo con todas las estrellas y todos los mundos creados para vivir y honrar la vida. Yo soy el universo.

Un sueño. Esto ya lo he soñado antes.

De improviso, mis pies se posan sobre tierra firme. Las dos lunas me bañan en plata. Una menguante, casi extinta; la otra creciente, casi llena. Iluminan mis dos sombras, sobre una montaña mayor que el Chomolungma... Esta vez hay algo distinto. Pocos metros más adelante, en la cima, hay alguien. Está sentada de espaldas, parece tener algo entre los brazos y, viste el uniforme de presa de Dehra dum. Es la vieja.

¿Amalur?

De pronto, la montaña comienza a crujir y a romperse sobre su base. Estoy en pie sobre una cascada de rocas en descomposición. El corazón golpea mis oídos, asustado, pero el estruendo de mis sueños y mis esperanzas rompiéndose entre las rocas lo acalla por completo. La vieja no se mueve.

La salvaré. Es el momento en que me transformo en una enorme águila, ¡vamos! Pero no me salen alas, y simplemente caigo. Caigo a tanta velocidad que tengo la certeza de que no existe

salvación posible.

—¿¡Dónde estás, Gran Espíritu!? —grito furiosa.

—Tranquila, Kayah —El abrazo de Justo me calma, como siempre—. Tranquila, ya está, ya está —Me mece.

Un hilo de luz se filtra por la contraventana y me permite distinguir su noble rostro, incorporado en nuestro lecho.

—Sólo era otra pesadilla... ¿o la misma? —Busca la respuesta en mis ojos. La encuentra—. Nada más que un sueño, en cualquier caso —hace como que le quita peso.

Un sueño, sí, pero ¿cuántas veces he soñado algo parecido en los tres años que llevo ya aquí, esforzándome por echar raíces? Justo está preocupado, pero no quiere preocuparme con su preocupación. Nos conocemos bien.

—Esta vez llegaba a las estrellas saltando en la hoguera —confieso, aún confusa. La montaña se desmoronaba, como siempre, pero eso ya lo sabe. Y lo de la vieja... me lo ahorro.

—Bueno, hay mil y una maneras de llegar a las estrellas, ¿verdad? —dice con tono jocoso al tiempo que acaricia mi cicatriz y me besa en el hombro. Siento el beso, es pura bondad, como él, pero me aparto un poco, instintivamente—. Anoche fue San Juan; eso, y la bodega de vino que secaste habrán ayudado en tu nochecita —dice omitiendo mi huida.

La puerta se abre de golpe. ¿Alas? Idiota, me aparto más aún de Justo, pero sólo son dos diminutas sombras tintineantes que saltan a la cama. ¿Por qué nos sigo haciendo esto?

—Aita ha dicho que en cuanto os despertaseis podríamos ir a jugar a hacer hogueras y tipis con vosotros, ¿¡Vamos!>? —Es ridículo intentar escaparse. Kailash ya no es ninguna renacuaja fácil de despistar, tiene “siete añazos”.

—¡Sí!, ¡todoz juga! —Llegan refuerzos. Mirari juega con la campanilla que le regalé en navidad. Va para los tres años...

La vida de tíos es dura, no puedo imaginar la de padres.

—El tío Justo tiene labor en la era... ¡pero yo sí puedo! —les alborozo el día—. ¡Nos pintaremos la cara a lo lakota —“¡Sí!”, corean—, y decoraremos el *catku* y honraremos a los ancestros —“¡Sí!”—, y recolectaremos, y cazaremos! —“¡Sí!”.

Kailash sale corriendo para prepararse, pero Mirari salta sobre mí, feliz. Su mirada aguamarina puede derretir el hielo.

—Te quiero mucho —le digo, borracha de amor.

—Y yo a ti una montañita —me responde la renacuaja.

¿Cómo no iba a traer algo de deshielo a mi corazón?

Mirari baja torpemente de la cama y sigue a su hermana. La habitación ha quedado refrescada, limpia de pesadillas. Sólo queda esa fría e incómoda sensación que yo he creado al apartarme de Justo. No se merece esto...

—Esto es vida —le susurro, queriendo creer que él es la luna vieja de mi sueño y Mirari la joven. No me han guiado aún hasta el Gran Espíritu, pero no me puedo quejar, lo sé—. Este verano promete ir a ser el mejor de mi vida, ¿lo sabías? —Los labios de Justo sonrían, pero sus ojos languidecen.

—¡Esperan un tercer hijo! —dice Amanda, con la última carta de Dorje entre sus manos—. Pobre Karma, Dorje está cumpliendo todas las fantasías que alimentó en el monasterio —Ambas nos echamos a reír. ¿Quién nos iba a decir cuando nos conocimos, que acabaríamos siendo como hermanas?—. ¡Y ay de mí! Ay de mí cuando tu primo regrese de su titulación como maestro en el

seminario... Por cierto, ¿para cuándo unos primos o primas para las niñas? Todos os vemos...

La puerta se abre y Justo cruza el umbral, seguido por Arcaich y las dos pequeñas. Belarmino cierra la puerta al salir. La mirada de Amanda me asegura que volverá a la carga.

—¡Julio ya! —exclama mi tío.

—¡No! “La luna en la que maduran las cerezas”, ¡abuelo! —le corrige Kailash, apasionada de la cultura lakota.

—Belarmino y el tío Justo van a bajar a la plaza, a por queso. Alguien quiere... —Sabía que el abuelo no iba a poder acabar la frase. Kailash y Mirari ya bajan la cuesta a la carrera.

—Será mejor que vaya —Sonríe Amanda.

Durante un instante me parece que Justo mira atrás con preocupación, pero sigue cojeando adelante.

Arcaich se desabrocha la camisa y se queda sólo con su muda interior. Está mayor, venido a menos, claro, pero sus músculos siguen ahí, latentes.

—Hoy va a hacer un precioso día. Otro más, y ya van unos cuantos —Mi tío está muy hablador, mal asunto—. Unos... como unos tres años —Estoy a punto de troncharme, pero guardo dentro mi la carcajada. La cursilada que acaba de decir es lo más valiente que le he oído nunca.

—Llevaba doce años esperando, rezando, implorando. Volvisteis y trajisteis con vosotros la vida, y yo me pregunté si esta vez sabría conservarla —Esto empieza a preocuparme.

—Seguimos aquí, tres años más tarde —Logro decir.

—¿¡Crees que estoy tan viejo que he perdido la vista!?

—trueno Arcaich, pero su eco se convierte en risa—. Lo sé. Tuve mis dudas al principio, pero Amanda y las pequeñas lo pusieron todo tan fácil para convertirnos en una familia...

—Y tu perdón —le digo.

—Hasta el viejo, el cojo e, incluso, mi hijo...

—Y tu perdón —insisto para que me escuche.

—Y tú. Desde que hicimos las paces, los inviernos no me saben tanto a nieve en la boca, como a miel de brezo.

Me acerco como el gato herido que anhela mimos.

—¡Venga! —trueno—, ve a regar la huerta o algo —Me giro, mitad apenada por la falta de tacto, mitad aliviada por la misma razón. Las muestras de cariño no son lo nuestro, pese a que ambos hayamos mejorado gracias a las pequeñas. Diría que a él lo han cambiado incluso más que a mí. Sólo el tema del carlista y esa viuda de Barcelona le arruga la felicidad.

Su mano en torno a mi muñeca no me deja marcharme. Me mira de esa forma tan directa suya. Los ojos brillantes de esmeraldas pulidas, sin una grieta por donde colarse y que, sin embargo, tan hondo me calan. Me escudriña y pregunta:

—¿Mala noche?

—¡Anda!, de ahí la mirada de Justo —Intuyo.

—Vale —Arcaich se sabe descubierto—, ¿qué te parece si tú no te pasas de lista, y yo no me hago el tonto? Justo me ha contado lo de tus pesadillas...

—No son pesadillas. No exactamente.

—Está preocupado. Tu primo le ha dicho varias veces que es cosa del pasado, y que pasará. Al fin y al cabo, a él se le pasó —sonríe un instante—; pero yo sé que a ti no se te pasará —Maldita mirada que me desnuda—. Mi hijo acabó su historia con la montaña. La coronó, a su manera. Pero tú sientes algo muy distinto, como si en lugar de una pierna, en lo alto de aquella montaña se hubiese quedado tu corazón o tu sentido para vivir, ¿no es cierto?

Mi mirada vaga entre el robledo de la sierra de Urbasa, frente a nosotros. Me gustaría poder contestar que no, pero es como si mi voz se hubiera perdido.

—Te conozco tanto como te desconozco, te pareces tanto a ella... —suspira.

—Tú no lo entiendes.

—No, claro que no, como tampoco entendía a tu madre —Arcaich pone su manaza sobre mi hombro con delicadeza. Pronunciar el nombre de Amalur está tan prohibido como el de Xavier—. No la escuché antes de irse, por eso nunca entendí su obsesión... Y por eso pido perdón —Se le quiebra la voz—. No cometeré ese error otra vez. Cuéntame, hija.

—Irse —repito, pero no entiende a qué me refiero—. Has dicho irse. No algo así como, “antes de que ese maldito cura se la llevase” —le aclaro.

Arcaich tiene sus ojos sobre mi cabellera, tan cercana ya a la de Mujer Búfalo Blanco, pero su atención no está en mí. Escucha algo que se acerca a nuestras vidas, lenta, pero inexorablemente. Yo también puedo escucharlo. Los he oído antes, pero no les doy importancia hasta que mi tío mira en dirección a la calleja. Son pasos, pesados.

Llevamos un buen rato en el jardín y nadie ha subido al cementerio, tampoco son horas para que baje Pascual o sus hijos con el ganado. Es raro. Mi tío no va a decir una palabra más hasta ver quién baja del cementerio, o del monte.

Son pasos lentos que se arrastran con cierto pesar. Se detienen antes de llegar al comienzo de la calleja, la esquina de nuestro caserío. No se oye nada, ni nuestra respiración. Sin la camisa, y tenso, Arcaich resulta amenazante.

Cuando el caminante dobla la esquina, a mi tío se le doblan las piernas. A mí no. A mí se me contrae el corazón. Allí, dentro de unos ropajes hechos trizas y debajo de una capa de mugre, ahí, escondido tras una frondosa barba amarillada...

Aquí, Xavier.

Nos mira, me reconoce y aúlla, no sé si de dolor o alivio. Es poco más que un cadáver andante, pero aquí está.

Arcaich sale disparado hacia él, como la anterior vez. En aquella ocasión, Xavier sobrevivió a su ira porque lo detuvieron. Eso me despierta de mi ensoñación.

Salto tras mi tío, pero en seguida veo que no voy a llegar. A falta de una zancada, Arcaich abre sus brazos con toda su amplitud, como ya hiciera. Y entonces lo estruja en un abrazo, temblando de emoción. Ambos rompen en llanto.

Eguzquia ez da equialdetic jaiochen

Las berenjenas al horno tienen una pinta deliciosa. Igual que la ensalada roja de remolacha, rabanitos, tomate y cebolla. Me sigue sorprendiendo que respeten nuestra dieta verde. Esta vez el artífice ha sido Arcaich, esmerado en la cocina buena parte de la tarde. Si llego a saber que Xavier iba a dormir tanto yo también habría buscado algo para no pensar.

Todos salvo Belarmino y el cura aguardamos en la mesa. Kailash no ha dejado de hacer preguntas sobre el “dormilón”. Su curiosidad ha aumentado cuando le ha visto ir al baño, con la ayuda de su viejo amigo. Hay mucha tensión. Justo, Silverio y Amanda saben cuántas cosas se nos están revolviendo por dentro a Arcaich y a mí desde que Xavier ha vuelto.

La puerta se abre y Belarmino entra con el candil en una mano y el viejo cura de la otra. Xavier se mueve lento y con cuidado. Hace que el bueno de Belarmino parezca en la flor de la vida. Es todo huesos, y la piel le cuelga traslúcida, sucia.

—Huele a pedo —dice Mirari mientras Xavier se sienta. Todos nos esforzamos por hacer como si fuera un comentario sin importancia, en una cena normal de una noche más.

—¡Pues no lo has olido antes de que Beli lo lavase! —le contesta Kailash antes de añadir muecas desagradables para que su hermana pequeña acabe de entender a lo que se refiere.

—¡Shhh! Chicas... —Amanda las llama al orden.

—Tranquila —Xavier levanta una mano temblorosa en señal de consentimiento y sonrío. Es una sonrisa verdadera, pero quebradiza—, tranquila. Serán los genes del abuelo —Antes de toser se lleva un pañuelo a la boca, pero cuando lo retira, y le echa un fugaz vistazo, no se me escapan las motas de sangre oscura—. Eso está bien, si todos fuésemos más sinceros con los demás nos iría mucho mejor, seguro —me mira.

Está muriéndose, seguro.

—Empezando por uno mismo, ¿no cree? —La inesperada respuesta de Amanda tensa más si cabe el ambiente—. Lo que quiero decir es que, los que hemos perseguido la sinceridad, ha sido porque no nos hemos parado a escucharnos cuando no éramos sinceros con nosotros mismos —La tensión se mezcla ahora con la bruma que dejan sus palabras.

—¡Ajá, Amaia! —Las niñas ríen cada vez que Arcaich llama así a su madre. El abuelo desatiende la placa candente y se gira con gesto gracioso. Se ve muy contento—. ¡Ahora sí! Hasta yo he entendido que si nos escuchamos antes de hablar libramos a los demás, y a nosotros mismos, de un puñado de disgustos. Doy fe. Es curioso que durante años no oyera mis vozarrones y tuviesen que llegar unas vocecillas de hormiga para que prestase atención y me escuchase — Agarra por la oreja a las dos hermanas. El aire se alivia. Después apoya sus manos en los hombros de Belarmino y Xavier.

Las pequeñas ríen como sólo lo saben hacer los niños. Poco a poco, nos contagian y rompemos la pesadez del ambiente. Xavier intercala una débil risa con la tos. El nudo de mi estómago se desmana ligeramente.

—¿Va a dormir aquí? —pregunta Kai como comienzo del interrogatorio al que sin duda pretende someter a Xavier durante la cena. Yo reservo mis preguntas, sólo un poco.

—Sí, preciosa —le responde rápido su abuelo. Después, durante un instante busca en mi rostro la aprobación—. Sí, vamos a cuidar de él un tiempo—. Cómo ha cambiado.

—¿Conoce alguna buena historia? —Si se lo propone, mi sobrina es capaz de probar mil y una maneras de escapar de la cama; pero no va a necesitar probar tantas. Todos estamos tan o más expectantes que ella.

—Oh, sí —comienza Xavier—, pero antes dejad que os muestre algo —Saca una cartera de piel ajada. Ojea su interior, y cuando encuentra lo que busca, nos lo muestra. Es el fotograbado que nos hicieron a los dos y Chanku en Nueva York

—Esa niña se parece a la tía Kayah —señala Kailash.

—Es tu tía —confirma Xavier—, con quince añitos, dieciséis menos que ahora —Las niñas se quedan fascinadas, pese a no entender muy bien lo abarcado.

—Vale, queremos esa historia —dice Amanda—, pero tendrá que esperar a que cenemos,

todos y, ¡todas!

Chanku siempre lucirá igual en mi interior.

—Esta es la historia de Caelum y Terra —comienza Xavier una vez acomodado en la silla de mimbre que Belarmino sumó a la colección del salón. Está envuelto en mantas como si fuera invierno—. Os la contaré tal y como me llegó.

»Caelum era un niño nacido bajo una orden de caballeros perdida en los anales de la historia —La voz del cura suena endeble, incluso cuando no se quiebra por la tos, pero su tono transmite emoción—. Su destino estaba escrito antes incluso de que naciese: sería uno de los custodios de la mayor verdad que el mundo conocería nunca —Mirari duerme sobre el pecho de Amanda, pero los demás estamos inmersos en la historia. La boca de Kai está bien abierta, como cada vez que le leo un cuento. Las historias son puro alimento.

»Desde muy pequeño, Caelum recibió entrenamiento en el uso de la espada y el escudo, de la lanza y el caballo, así como en el estudio de las lenguas y los escritos. Sin embargo, tan pronto como no tenía quehaceres, escapa corriendo al bosque, al monte o allí donde nadie le dijera qué debía hacer —Kai asiente, cómplice entregada, mientras juguetea con la campanilla de plata que le regalé en navidad.

»Fue precisamente en un bosque como el que se extiende tras estas paredes donde conoció a Terra. En seguida supo que no era una niña como las demás. Terra no quería ser una princesa a la que sirviesen, ni mucho menos tenía maneras de sirvienta. Terra era una verdadera guerrera —Cruzo una mirada con Arcaich. Sí, nos está hablando de él y Amalur.

»Desde el día en que se conocieron pasaron todo el tiempo que pudieron juntos. Corrieron toda suerte de aventuras en aquel bosque y la peña que lo custodiaba. Amaban la naturaleza que los envolvía en libertad. Incluso construyeron una casa en el roble más alto del bosque... aunque unos bandidos lo asaltaron y destrozaron, hasta que Terra los derrotó con sus propias manos —Arcaich cierra los ojos un instante.

»Los bandidos informaron a la orden de Caelum sobre lo que éste hacía en sus escapadas, y con quien se veía... Y es que, la orden de caballeros prohibía pasar tiempo con chicas...

—¡Oh, no! ¿¡Por qué!?!—nos sobresalta Kai, indignada.

—Así eran las cosas, y temo que sigan siéndolo en muchos lugares, pequeña —asiente Xavier—. Para que Caelum no olvidara sus votos se lo llevaron lejos de allí, lejos de Terra —Puedo escuchar cómo se aprietan los dientes de Kailash—. Pasaron varios años y Caelum se convirtió en un hombre. Su condición de caballero lo llevó a viajar mucho, pero nada enturbió el recuerdo de Terra de su corazón —Xavier une los labios, temblorosos, Y se da un momento para revivir aquello.

»En su último viaje a Roma, Caelum escuchó acerca de una leyenda. La leyenda contaba... —El cura se ha quedado ausente. Parece haber perdido de repente el hilo de la historia.

—¿¡Qué contaba!?! —lo apresura Kai. Se incorpora de forma que hace tintinear alegre la campanilla de su colgante.

—Contaba cómo, hace mucho, mucho tiempo, las dos brujas más poderosas que jamás han existido convivieron en la tierra —Kai cierra la boca de golpe y se arrebujá—. Una era más malvada que el diablo, pero la otra usaba sus conocimientos para ayudar a toda criatura que así lo necesitara.

»Caelum escuchó que debían su poder a los colgantes que tenían. A simple vista ambos eran una simple pieza metálica, pero cada una de ellas se sabía poseedora de la mitad del objeto mágico más poderoso del mundo: la campanilla de los sueños —Kai toma su campanilla y la mira

con nuevos ojos.

»La bruja malvada sabía que si lograba hacerse con la pequeña campana que le faltaba a su dintel y la hacía sonar, todos sus deseos se harían realidad. Nada ni nadie podría impedirle hacer o deshacer lo que quisiera. Por eso, cuando descubrió el paradero de la otra, la atacó con todo su poder —Amanda pasa su mano sobre la cabeza de sus hijas.

»No temáis; escapó. La bruja bondadosa no quería luchar, por eso usó todo su poder para salir volando tan rápido como pudo —Kai suspira aliviada, agarrada aún a la campanilla—. Pero la bruja malvada no estaba dispuesta a dejarla huir fácilmente. La persiguió por encima de campos, bosques y nubes; tan rápido que ni siquiera los rayos las habrían podido alcanzar. Continuaron su carrera hasta que se estrellaron contra la cima de una montaña. Contra la cima de la montaña más alta de la tierra —No me lo puedo creer. Amalur...

—Ella la conocía... —se escapa de mi boca. La leyenda.

Noto las miradas de todos salvo Xavier clavadas en mí. Se preguntan a qué me refiero. Nunca hablé de ello con nadie.

—Contaba la leyenda —continúa Xavier sin siquiera mirarme—, que las dos brujas quedaron fatalmente heridas. Arrastrándose, llegaron a unir ambas partes, pero no pudieron curar sus heridas con su magia, ni pedir ningún otro deseo, porque ambas quedaron congeladas —el anciano deja un frío y pesado poso antes de seguir—. Y la campanilla se quedó allí, enclavada en el hielo, esperando que alguien la hiciese sonar para cumplir todos sus sueños.

»Todo esto fue lo primero que Caelum le contó a Terra tan pronto se reencontraron. El aspecto de cada uno de ellos había cambiado, pero seguían conociéndose como hermanos, o mejor, si cabe —Arcaich traga saliva—. Pues cuando Terra decidió que iría a buscar aquella campanilla, tan sólo Caelum juró acompañarla hasta donde fuera preciso.

—¿Qué quería pedir Terra? —pregunta Kailash.

—Deja que cuenta la historia, cariño —le riñe Amanda.

—Tranquila. Pues verás —contesta Xavier—, el deseo que impulso a Terra, y a Caelum como acompañante, fue que, cada ser humano sobre la faz de la tierra escuchase la llamada de su interior, únicamente, para descubrir quiénes eran, qué traían al mundo y que hiciesen todo lo posible por cumplirlo.

—¿¡Eso!?! Pues vaya... Yo pediría un caballo con alas. O que navidad fuese todas las semanas—exclama Kai mientras el cura ríe y a Arcaich se le escapa una lágrima.

—El anhelo por dar ese regalo al mundo fue lo que los llevó a cruzar el mediterráneo y buscar en África la montaña más alta del mundo, sobreviviendo a las más temibles bestias y a las tribus más salvajes; atravesar el atlántico, desembarcar en Sudamérica y ayudar a liberar pueblos invadidos por tiranos venidos de lejos; y seguir hacia el norte, tras la montaña...

—¿Encontraron la campanilla de los sueños? —Kai está cansada, pero no creo que hoy se vaya a dormir fácilmente. Si no conoce el final de la historia, es seguro que no.

Todos deseamos escuchar el final. Yo la que más, porque tengo la esperanza de que sea más bonito que el que sé.

—No encontraron la montaña —reconoce—, sin embargo, Terra tuvo una hija, y —Xavier piensa sus palabras—... fue tan feliz que creyó que la gente estaba bien como estaba.

—Ah, ya —La explicación no satisface a Kai—. ¿Y qué pasó con Caelum? ¿Él tampoco siguió buscando?

—Caelum cuidó de la niña... pero buscó la montaña, sí —Xavier tiene la mirada perdida, no responde a Kai—... Pensaba que, si al crecer, la pequeña quisiera buscar la campanilla él la ayudaría... Pero después cambió de opinión —Su mirada yace muy por debajo de la tierra.

—Bueno —Amanda se esfuerza por poner un tono dulce y lleno de armonía—, pues hasta aquí la historia.

—¡Pero si no ha acabado! —Kai se retuerce, pero se pone de pie al ver que Xavier se yergue, no sin dificultad.

—Sabrás más —le dice el cura—. Ahora, a descansar.

Xavier sale en dirección a la calle, lento. Amanda no sale del salón hasta que les doy un beso a Kailash y Mirari, y otro a ella, y asiento serena. Justo no necesita decirme que me esperará despierto. Arcaich no se mueve de su silla, y Belarmino me pasa una manta, me guiña el ojo y asiente.

Al salir de los gruesos muros del caserío me sorprende el calor exterior. Sin embargo, Xavier sólo se ha quitado una manta, la de lana en la que intenta tumbarse sobre la hierba.

—Esta noche nos han encendido muchas, hija.

De camino a su encuentro, siento como si diese pasos sobre una tierra rota. Tengo tantos sentimientos encontrados que sonrío mientras aprieto los puños.

Cuando llego hasta él, alzo la mirada y compruebo que no miente. Todos los ancestros del mundo nos están observando. Al bajar la mirada el recuerdo de los días caminando a su lado se agrietan entre sus arrugas y se ensucian con su tos.

—Sí, ella conocía la leyenda —responde—. No esa versión de la campanilla, claro. Me ha parecido más adecuada para la pequeña —Xavier hace una pausa—. No me llevé a Amalur de aquí. Se la llevó la leyenda, yo sólo la seguí.

—Estabais enamorados —pregunto afirmando.

—Estaba enamorado, perdidamente —me confiesa—. Cuando decidió escuchar la llamada que la llevaría en busca de la montaña, me sentí el mayor imbécil del mundo. Estaba lanzando a un peligro inmenso a la persona que amaba. Por eso me prometí no dejarla sola jamás. Abandoné la congregación y todo cuanto conocía, por estar a su lado —No necesito la luz de un candil para saber que está llorando—... Aun a sabiendas de que ella nunca sentiría lo mismo por mí.

Me tumbo a su lado y nos tapo con la manta, la vista perdida en el cielo, como hacíamos en los días del Camino.

—Entonces...

—No soy tu padre, hija... Kayah. Hubo más verdad que mentira en lo que te conté justo antes de llegar aquí. Eres hija de un hopi, del intenso encuentro de tu madre y él cobijándose de un tornado en una cueva... Nuestro viaje empezaba a pesar a tu madre, empezaba a hacer balance de las vivencias y a perder la fe en la leyenda y, sobre todo, en el ser humano. Entonces llegó él, y los hopi, tan en armonía con la vida.

—Está muerta... ¿Por qué no me hablaste antes de ella?, ¿ni de la leyenda que os llevó de viaje hasta América?, ¿ni...

—Quería contártelo todo —responde apresurado—. Durante mucho tiempo creí que era lo que Amalur querría. Nahkohe y yo esperábamos el momento adecuado. Pero a medida que crecías la última frase que Amalur dijo en su lecho de muerte caló más en mí —Espero esas palabras, ansiosa.

»“La montaña está aquí”, dijo. Y lo hizo en paz, si no fuera por lo trágico del momento, diría que incluso sentía alegría. Al principio pensé que desvarió por la pérdida de sangre, pero una vez que me aseguré de tu asentamiento con Nahkohe entre los lakota de Takoda, tomé el rumbo que Amalur quería haber seguido explorando. Me fui a buscar la montaña, y la encontré —El corazón me da un vuelco.

—¡Te equivocas! La montaña más alta está en el Himalaya. Es el Chomolungma. Los

ingleses lo demostraron... y te aseguro que en su cima no hay nada mágico —le acuchillo.

—Los ingleses aún no han llegado hasta donde me llevaron las palabras de Amalur. Ni los franceses, ni ningún colono. Al noroeste de las grandes llanuras, muy lejos, más allá de donde habitan las tribus más aclimatadas al frío, ahí está. Una monstruosa montaña blanca. Se levanta al menos 7.000 metros sobre una planicie helada. Ninguna montaña se yergue tanto sobre la tierra, que no sobre el nivel del mar, ni siquiera en el Himalaya —No puedo rebatirlo—. Es la más alta del mundo, por eso dijo que estaba “aquí”. De algún modo, la vio antes de morir. Su fe me hizo creer incluso a mí.

“La montaña está aquí”, me repito sin parar.

—No puede ser... —digo.

—Los nativos conocían la montaña como Denali. Mira, Amalur y yo hicimos muchas cimas en nuestro viaje, de buena altitud —Esos recuerdos parecen vigorizarlo—, pero cuando miré aquella montaña de una verticalidad imposible supe que dejarte ir allí sería condenarte. La culpa de que tu madre supiese de la leyenda y la siguiese fue mía. No podía perderte a ti también... Por eso te lo oculté todo —Su voz se rompe en miles de esquirlas—. ¡Perdóname, hija... Kayah, te lo ruego!

—No eres mi padre, pero puedes llamarme hija —digo. En los últimos años, trabajando la tierra, he enterrado buena parte de mi rencor por él, y viéndolo ahora, sólo siento pena.

—Debes creerme cuando te digo que he hecho todo lo que he podido por encontrarte en la India... como lo hice por tratar de devolverla a la vida —Le duele cada palabra—. Los nativos de las cercanías al Denali me contaron cómo, cuando la oscuridad y el frío azotaban el mundo, “el hombre viejo que habita las alturas” atravesó un agujero en el cielo desde la cima de la montaña y llevo el sol al mundo, derritiendo así las nieves y los hielos, dando lugar al calor, el agua y la vida.

»¡Yo también quería devolverles la vida a tu madre y a mi corazón! —solloza—... pero por más que lo intenté no logré hacer cima. Tampoco morir allí, dejándote atrás. ¿Cómo le iba a hacer eso a Amalur? Ella me enseñó que los dioses no están en el cielo, ni tanto en las personas, como en el espacio sagrado de las relaciones entre la gente. Ella me hizo sentir el cielo, y yo te llevé a vivir un infierno. ¡Perdóname! —ruega.

—Tranquilo, Xavier... Te perdono —Nos alivio.

—Perdóname una vez más, hija.

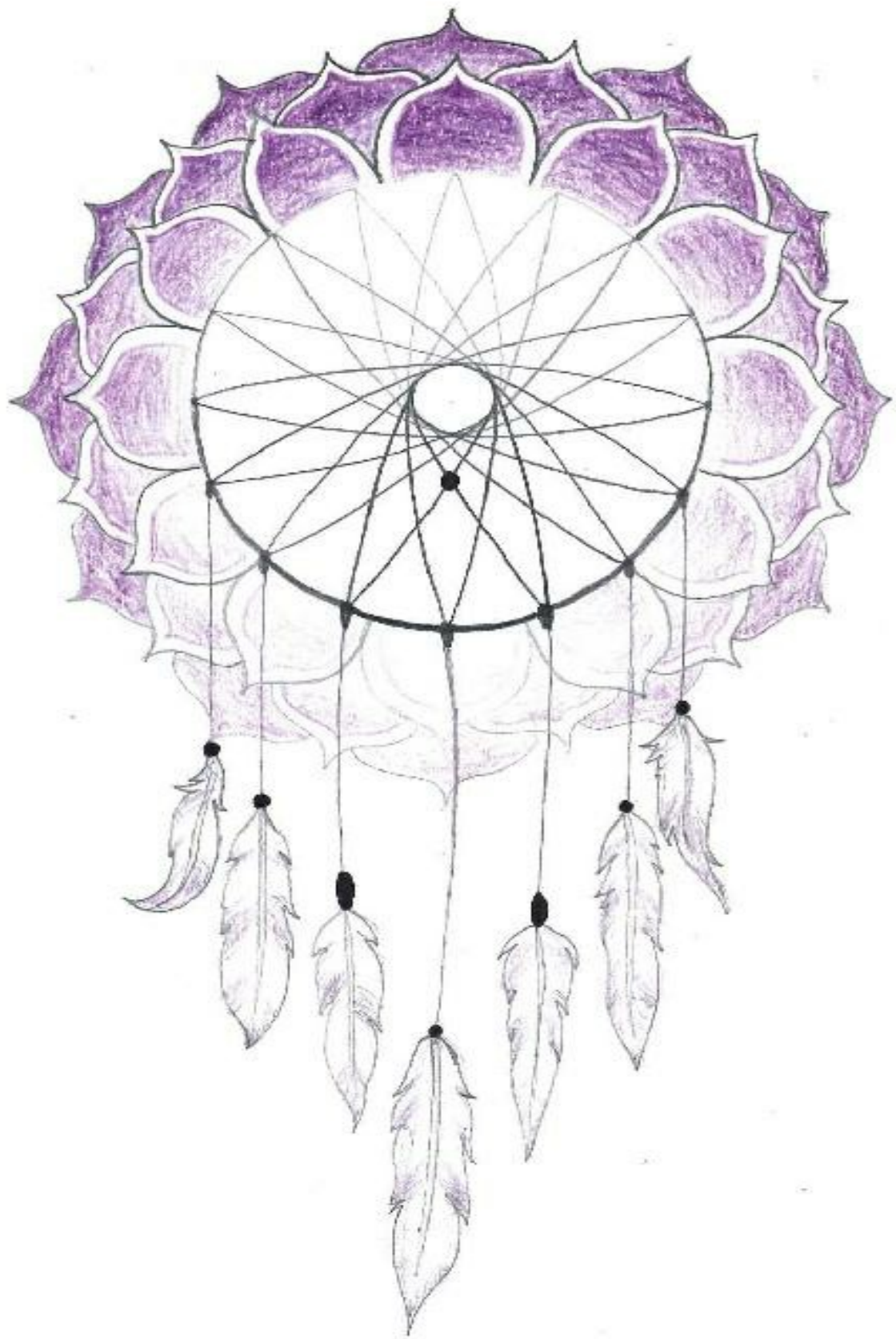
—¿Por qué? —le miro, extrañada, y temerosa.

—Por estar haciendo que vuelvas a buscar la montaña.

Estallo en carcajadas, frenética. Menuda locura.

—¡Descuida! —contesto, categórica—, no iría tras esa montaña ni aunque tuviese la certeza de que la leyenda fuese real. Las cosas están bien como están. Estoy bien... Aquí. Así...

VII El Regreso



[...]
hasta que, de pronto,
se descubra liberando un fruto.
Dándose a algo mucho mayor que su existencia
[...]

Al principio del sueño me hundía

—Martina, si está ahí, abra la puerta —digo mientras aporreo la deteriorada madera por tercera vez.

Juraría haber escuchado ruidos antes de llamar, pero el edificio entero crujía mientras subía las destantaladas escaleras. El propio barrio donde vive es un vertedero escandaloso.

—Está ahí, sí —La que será su vecina me mira de arriba abajo desde el dintel de su puerta.

—¿Martina Laffite? —pregunto.

—No abre a nadie, ni al cartero. El pobre tiene que agacharse a meterle la correspondencia bajo la puerta, con el reuma que arrastra. Martina no es mala mujer —La señora baja la voz—, pero cada año se está volviendo más rara.

Saco de la pechera el sobre con la dirección que me ha traído hasta aquí, y con la foto. La curiosidad hace salir al pasillo a la señora, que va en batín, pero paso la foto de Arcaich por debajo de la puerta antes de que ella pueda verla.

—¿Quién eres? —pregunta la vecina, irritada. Mi silencio la enfada más aún—. Oye, ¿es que no me has oído?

Al otro lado de la puerta, una tabla del suelo cruje.

—Su sobrina —digo bien alto, como si la respondiese a ella y pensase que puede empezarle a fallar el oído.

—¡Paparruchas! A Martina no le queda...

La puerta se abre al fin y una consumida silueta toma mi mano y me hace pasar. Cierra la puerta tras de mí y camina hacia el interior de la casa, ignorando las quejas del pasillo.

Camina despacio, mirando la foto de Arcaich. La sigo. La casa está limpia, pero eso no impide que dé la sensación de ir a caerse a pedazos en cualquier momento. La casa es una ruina. Las estancias que veo al pasar junto a ellas están vacías, huecas. Y todo ese vacío tiene el tufo de la miseria, la pobreza y, sobre todo, del agrio y vivo recuerdo de quien ha muerto.

Ella se sienta en una de las sillas del salón y se queda absorta mirando la foto. Es hermosa, de una forma humilde. Me llama la atención un alzapié con el tapizado arañado.

—¿Tiene usted gatos? —rompo el hielo. Tarda mucho en apartar los ojos de la foto. Parece que va a ser más difícil de lo que mi tío me advirtió.

—Antes —Lanza una mirada hacia el alzapié—. Hace mucho que... no puedo mantenerlos —dice apocada, no sé si por la gravedad de lo dicho o por haberlo confesado.

—Es mi tío —señalo la foto. Será mejor ir directa—. Arcaich Garai. Aún lo recuerda, ¿verdad?

—Como a ti; Kayah —dice segura, y con cierta desazón. Me quedo desconcertada—. Y como a Silverio, y a tu madre, Amalur. Aunque nunca llegase a conocerlos a ninguno. Arca no paraba de hablar de vosotros.

—Vaya... Mi tío no es mucho de hablar.

—Cuando vino a entregarme los restos de Roberto no pasó mucho tiempo aquí, pero sí estuvo, aquí, todo el tiempo. Presente, abierto... —contesta, protectora de su recuerdo.

—¿Por qué os separasteis? —Es doloroso, pero es mejor sacarse una flecha arrancándola del tirón que poco a poco.

—Yo no podía irme de aquí, y él debía esperaros allí —contesta con la mirada perdida. Su tono me hace sentir que se ha dicho esas palabras a sí misma demasiadas veces—. Así que volvisteis; su hijo y tú... ¿A qué has venido? —reacciona.

—Empecemos por lo fácil: ¿me puede ayudar a conseguir un pasaje en barco para Egipto? —sonrío.

—Me voy —Si alguien merecía franqueza, era Arcaich.

Sólo quedaban él y Xavier. A excepción de las niñas, todos sabían que me iba en busca de la leyenda que temía irreal, de la montaña que temía real y del fantasma de mi madre.

Mi tío colocó otro leño en el tocón y levantó el hacha. La hoja cayó como un rayo y la madera se abrió en dos.

—Ya era hora, estabas tardando —contestó, para mi sorpresa—. No correr riesgos a veces nos hace perdernos el meollo de la vida. Lo sé bien. Pasa otro leño, anda, que quiero dejar más leña en la habitación de Xavier.

—Igual no es el único que debería hacer un viaje, ¿eh, abuelo? —Belarmino espiaba la escena y no pudo evitar mencionar a Martina, por enésima vez desde que regresáramos.

—¿Y quién va a cuidar de las chicas con Silve... Zuaich todo el día dando clase en la escuela?, ¿acaso tú, vejestorio? —Arcaich levantó el hacha y me eché a reír.

Recuerdo que esa misma tarde fui a contárselo a Xavier.

Mi tío salía de la habitación donde yacía el cura. Se llevaba mudas sucias, un pañuelo ensangrentado y el orinal a medio llenar. La estancia olía a enfermedad, a muerte.

Todos pensábamos que Xavier mejoraría con el paso de los días, lejos del duro día a día de las travesías, pero la realidad fue distinta. Desde que me contara todo lo que no le dejaba dormir, el pobre se apagaba cada día, como cumplida la tarea.

—En seguida le traigo la infusión que le recomendó el practicante de Araia y preparo fuego —me informó mi tío.

«El perdón tiene un poder enorme», pensé mientras me sentaba a un lado del cabecero. Xavier estaba inmóvil. Tuve que mirar con atención la manta a la altura de su pecho para asegurarme de que respiraba.

—Vas a ir, ¿verdad? —susurró—. Estos días me has hecho demasiadas preguntas sobre el itinerario que hicimos.

—Lo siento —contesté mientras cogía su mano. Yo era libre de hacer lo que quisiera, pero sabía que no le quedaba mucha vida y de que le estaba echando encima algo que temía más que la tierra que caería sobre su ataúd.

—Tranquila, no pienso intentar disuadirte, hija. Te traje hasta la otra punta del mundo, pero mira, ¿está claro que eres la hija de Amalur y un salvaje! —Ambos reímos, suave, con mesura—. Al menos ataja. Sáltate África, y Sudamérica. Ve directa a por el Denali, va. No pierdas tiempo y salud como nosotros en el Kilimanjaro o en el Chimborazo. Entiendo tu necesidad de descubrir si tu destino está unido a la leyenda...

—No —le corto—. Sólo quiero seguir los pasos de mi madre, hasta esa montaña en la que enterraste sus restos.

—Entonces ve directa al Denali, no hace falta que empieces por las pirámides de Egipto que fascinaron a tu madre.

—Si lo hago, lo hago bien. Seguiré cada paso de...

—Amalur hasta la montaña y alcanzarás la cima por ella, lo sé —sonrió con tristeza—. Lo sé. Al menos prométeme algo: elige bien tu deseo, ¿quieres?

Ha tenido que morir de hambre. El esquelético cuerpo del gato aún no ha empezado a descomponerse, lo más probable es que se haya quedado sin fuerzas esta pasada noche. Al menos eligió un buen lugar. Acurrucado en la repisa de la chimenea, en lo más alto del tejado, con las estrellas tocando la tierra en el horizonte marino de Barcelona.

Llevo varios días encaramándome al tejado. Todo ese espacio azul que me espera tras los edificios, las calles y las leyes me invita a expandirme, a retomar lo que ya sentí: que soy más que este cuerpo, que estos hábitos, que...

Martina vuelve por la avenida, cartera en mano, aprisa. Un impulso lleno de excitación que me nace en las entrañas me descuelga con agilidad hasta la ventana de la habitación.

Hoy se ha ido temprano, pero antes de irse no ha descuidado sus rutinas de limpieza. Como

en los anteriores días, ha rehusado mi ayuda. Creo que necesita hacerlo ella, a su manera, para mantenerse a flote en la cordura. Abro la puerta. Martina apenas hace sonar las escaleras, me ve, sonrío y entra.

—Sólo de pensarlo me mareo —dice a la par que abre su monedero y saca un documento—. Aquí tienes, tu pasaje hasta Túnez. Según me han asegurado, desde allí no tendrás problema para embarcar hasta Alejandría, Egipto. Y dices que sólo es el principio... —Martina me alarga las vueltas con lo que le ha sobrado, pero cierro su mano en torno al dinero.

—Tu vasco me hizo prometerle que te daría dinero para encarar el viaje hasta Eguino —miento. He escrito al pueblo pidiéndole a Arcaich que venga a buscarla, que ella aún le recuerda, pero es un cazurro y he decidido tomar cartas.

—No puedo —responde—. Aquí están mis abuelos, mis padres... Roberto... y nuestro pequeño —sus ojos se rajan.

—Descansan, Martina —Ya hemos hablado de esto, sé que no voy a sacarla del pasado hablando—. Tú ten preparada la maleta para el día que regresé a por ti para ir al país vasco.

—Tranquila —responde con una pizca más de color en el rostro, y esbozando una sonrisa, añade—: tampoco es que tenga mucho que meter en la maleta.

Ojalá alguien les hubiese sacado un fotgrabado, para estos lejanos días. Todos frente a la puerta del caserío, con las primeras luces del día, incluso Xavier.

Zuaich —como mi primo pidió que lo llamásemos— y Amanda abrazaban a las pequeñas, que lloraban. Mirari no entendía lo que mi viaje podía suponer, pero sentía la pena de su hermana. Belarmino, apoyado en la silla de Xavier, me guiñaba el ojo, confiado. Arcaich estaba algo más lejos, cerca de la puerta, haciendo aspavientos para que me fuese, y Justo se quedó más cerca; pero estaban juntos, como una familia.

La excitación que no me dejó dormir la noche anterior y todo el empuje con el que saqué el petate de casa esa mañana desaparecieron para desnudarme en una juvenil inseguridad.

Antes de irme le di las gracias a Justo, por todo. Él habría preferido un beso, sólo eso, pero era uno de esos días en los que sólo eso era demasiado. Estaba rara, y aun así me regaló un colgante, una campanilla de plata que había comprado con las pequeñas. Las tres nos pusimos a tintinear sus diminutos dinteles para hacerlos sonar al despedirnos.

Bajé la cuesta dando pasos hacia atrás, incapaz de darles la espalda. Así, su imagen fue ocultándose poco a poco entre las hojas de nuestro manzano primero, las del nogal del vecino después, y el propio camino al final.

—¡Oye, cuando subas la montaña no te olvides de bajar! —Las palabras de mi primo cuando ya no podía verlo y me volvía para encarar el camino trajeron consigo su sonrisa—. Yo no ir, pero como no regresar aquí...

—Yo volver, y enseñar que poder conseguir —dije.

Los marineros catalanes me advirtieron de que me anduviera con cuidado con los egipcios, al parecer tienen mala fama, pero no se me acerca ninguno. Tengo tablas. Apenas he usado un par de trucos más que los que me llevaron hasta Túnez: afearme un poco, despotricar, cascar nueces con una mano mirándolos... En apenas una semana llegaré a Egipto.

Sin embargo, me temo que, si esta noche ni siquiera me rondan en cubierta, no sea por mis arrestos, sino por esa tormenta que amenaza nuestra embarcación a lo lejos.

Un rayo cae y alumbrá las mil ondulaciones que componen hoy el Mare que no es Nostrum, ni de nadie.

No es la única tormenta esta noche. Sigo atormentada. Si bien al salir del pueblo era peor: las primeras noches apenas dormí, dándole vueltas al sentido del viaje, mordida por el arrepentimiento; y por las mañanas, a menudo, no quería despertar. Incluso vomitaba de puro malestar. No quería irme.

Fue duro... Lo es.

El viento agita con violencia las velas que pronto deberían plegar. Este es uno de esos momentos en los que sí, me arrepiento de haber salido, y me digo lo idiota que soy. Me pregunto si no estaré siguiendo la leyenda como si fuera un canto de sirena, y a dónde me llevará eso.

Y, sin embargo, con cada hito, con cada quilómetro y milla que avanzo, voy apaciguándome, asentándome. Estoy haciendo lo que necesita ser hecho. Lo que necesito. Nunca he seguido mi propio camino. Primero seguí a Chanku, luego a Xavier, después a mi primo... quise lanzarme tras Alas, pero no me dejó... y entonces seguí a Eckhard. Es ahora cuando por fin sigo mi camino... aunque siga el de Amalur... supongo.

Las espumas saltan cada vez más alto, agitadas por los violentos envites de las olas al casco. El capitán sería un iluso si no entendiese que la tormenta nos está dando alcance.

—¡Tú! —Un marinero me llama desde la escotilla, lleva un farol con el que alcanza a iluminarme sin apenas poner un pie en cubierta— Mejor dentro, más segura.

—Claro. En tu camarote, por ejemplo, ¿no? —contesto ruda, por costumbre y precaución, pero tanto su voz como su rostro bajo la luminaria me hacen sentir un escalofrío.

—¡De verdad! —responde alarmado—. Oler tormenta hace horas y virar hacia África, pero...

Una luz y salgo disparada por encima de la barra, pecho hundido por un golpe arrollador, ojos cegados por un enorme resplandor. Caigo al agua y mi pecho se contrae aún más, como si el mar en toda su inmensidad hubiera caído sobre mí.

Salgo a la superficie en busca de aire, pero apenas puedo tomar una bocanada. Es como si mis pulmones se hubiesen anegado. Sólo puedo coger una pizca de aire, interrumpidamente, entre espasmos de frío y pánico.

La escena que contemplo no me ayuda a calmarme.

La embarcación arde. Una ola me eleva y puedo ver cómo la cangreja se consume pasto de las llamas y el trinquete yace de lado, abierto en canal. La escotilla está reventada.

Empiezo a nadar tan rápido como puedo hacia el bote azotado por el rayo, pero siento como si tratase de quitarme diez abrigo atada de manos. Cojo aire, me sumerjo, y me deshago de las botas y el abrigo mientras el oleaje me zarandea.

La embarcación se aleja, pero retomo la carrera con algo más de confianza y empuje. Mis brazos chocan con algo. Es un tablón. Varios marineros salen a cubierta, se afanan en apagar el fuego. Trato de levantarme sobre la madera, pero se hunde, y caigo entre gritos de auxilio que se hunden conmigo.

Vuelvo a la superficie a tiempo para que una ola me reviente encima y me haga dar vueltas por sus entrañas. El mar siempre parece más amistoso desde fuera.

Salgo desorientada. No veo nada, salvo espuma blanca y olas y nubes negras. Un mundo de agua. Lucho por mantenerme a flote entre las batidas que me arremeten sin parar, y al cabo de una eternidad, la veo: la embarcación, perdiéndose en un horizonte vivo que la devora, ola tras ola.

Grito con todas mis fuerzas, pero sigue alejándose. Grito con toda la fuerza que me da el miedo a morir, hasta que, entre embate y embate, comprendo que estoy sola, fuera del alcance del mundo, de mi constelación familiar.

Trato de mantenerme a flote, y de no tragar agua, sólo eso, y entonces la veo. Me mira,

familiar. Una diminuta y solitaria estrella de la que, incluso los jirones de nubes rehúyen.

“Hoy es buen día para vivir”, me recuerda Dorje.

“Hoy es buen día para vivir”, dice tranquilamente Justo. Hoy es buen día para vivir. Hoy es buen día para vivir.

Vamos, Kayah... Hoy es buen día para sobrevivir.

... para nacer para morir, para...

Unas manos me zarandean con delicadeza.

¿O me acunan con dureza?

Despierto con un empujón que estalla en mi espalda y me estrella contra la arena mojada. Trago agua hasta que la ola retrocede y me da un respiro. El reflejo de un sol altivo me ciega, pero descubro que estoy a pocos metros de la orilla. Sigo atada al tablón, tiemblo de arriba abajo y, mientras toso, apenas puedo hacer fuerza contra la arena para incorporarme.

En una acción desesperada, temiendo dormirme, até las mangas del suéter en torno al tablón. Ahora no puedo soltarlas. Me deslizo para sacármelo y después lo libero de la madera.

Salgo del agua dando tumbos. Apenas me escapo de la espuma caigo boca arriba en la arena. Respiro, mareada. No sé si es por el contraste de la tierra firme o el sobreesfuerzo de anoche, pero todo da vueltas. Pienso que estaría mejor incorporada, cuando una arcada me hace girar y vomitar.

He empezado a moverme. No para entrar en calor, desgraciadamente no ha sido necesario; llueve fuego. Tampoco ha sido para seguir una dirección. No hay nada alrededor. Y no espero ayuda. Aunque los marineros hayan sobrevivido a la tormenta, tendrán suerte si logran llegar a tierra con el velamen quemado y sin trinquete. Tal vez alguien los rescate, pero aun en ese caso no podrán, ni creo que siquiera se les pasase por la cabeza, lanzar una búsqueda por mí.

Antes de empezar a subir esta inmensa duna he avanzado en una y otra dirección de la playa. Ni una huella, ni un rastro de poblaciones, ningún material ni resto más de la embarcación; no he encontrado nada. Aun ahora, mientras me quemo la planta de los pies ascendiendo con lentitud entre la arena, sigo sin ver un solo signo de vida. Sólo mar y más arena.

Un pantalón de pana, una camisa de algodón, un suéter de lana y los colgantes de Justo y Alas: la campanilla y el escudo de alabastro. Bueno, y el tablón que he dejado abajo. Eso es todo con lo que cuento; nada que comer ni beber.

Necesito encontrar esperanza sobre la duna.

Por eso subo y subo. Con la lengua hinchada, la garganta seca y los ojos en llamas por el sudor. Ansiosa por encontrar un horizonte en el que algo, cualquier cosa, me dé fuerzas y la creencia de ir a sobrevivir a esto.

Remonto la cresta dorada que lleva arriba con pasos torpes y angustiados, y cuando por fin puedo ver el horizonte que me espera en el interior de esta extraña tierra, el suelo a mis pies se

convierte en arenas movedizas que me tragan. Si a mis espaldas sólo hay un mar de lágrimas, frente a mí sólo se extiende un océano de fuego, nada más. Siento que me ahogo.

Ya no tiemblo. El sol me ha devuelto el calor, rápido.

Cuesta creer cómo se desploma la temperatura por la noche. El tablón y un murete de arena pararon los pies a la brisa marina, pero igualmente el cielo se llevó todo mi calor. Sin la madera y caminando por este dorado laberinto sin fin estoy más expuesta al viento interior. Debo encontrar algo, de beber, de comer, o con que protegerme antes de esta noche.

El segundo día sólo ha traído sudor y sangre.

Trato de enfocar mis débiles ojos en esa luz proveniente del sursudeste. La misma dirección en la que anoche creí entrever un débil rubor a lo lejos y me animó a adentrarme hacia el interior de este desierto, de este infierno.

Pasé el día intentando pescar, en vano, claro; y buscando embarcaciones en el horizonte marino, también a lo idiota. Es por eso que, cuando volví a subir a aquella duna de noche, no estaba segura de si veía una luz o si la quería ver; de si realmente puedo sobrevivir a esto, o si estoy condenada.

Esa pregunta me ha atormentado todo el largo, asfixiante y abrasador día de hoy. Pero ahí está: un pequeño, pero claro rubor bajo las estrellas, tras diez, cien o mil dunas. Allí, en algún lugar, una huella del ser humano. Eso es lo que me mantiene en pie, pese a la flojedad de mis piernas, las náuseas y el arrepentimiento; caminando aún sobre unos pies quemados y llenos de ampollas, bajo el peso de este cielo estrellado.

He seguido todos los consejos y trucos que Eckhard nos enseñó para sobrevivir en terrenos desérticos como en los que nos aventuramos, y que tanto odié. Ha dado igual, no he encontrado una gota de agua, ni la he conseguido del rocío nocturno en la camisa extendida. La hinchazón de mi lengua no me ha ahogado todavía gracias a sorber un retal de suéter humedecido con mi orina. Este desierto está más desierto que cualquiera de los que cruzáramos. No hay vida. No puedo seguir así, tengo que llegar hasta esa luz, pero... no puedo más.

Me dejo caer sobre la fina cresta de una duna. El tacto de la arena me sorprende, no arde. Debo de llevar caminando bajo las estrellas más de lo que creía. Me quito la especie de zapatillas improvisadas con una manga de camisa para mis lastimadas plantas. Al menos ahora cada paso no será como caminar sobre agujas. Tengo los pies helados, cubiertos de llagas, pus y sangre. La cabeza, por el contrario, me arde, pero me resisto a quitarme el turbante sacado de la otra manga.

Envuelvo mis manos con la tela de las zapatillas y me preparo para retomar la marcha. Será una ciudad, o un pueblo. O al menos un asentamiento. Habrá bebida, y comida. Personas dispuestas a ayudarme. Tengo que hacer acopio de algo más que mis fuerzas físicas para levantarme, pero lo logro.

—¿La luz? —pregunto alarmada.

Por más que miro, y no sólo en la dirección que me ha orientado todo el día, no logro ver nada.

—¿¡Dónde está la maldita luz!?! —Si de verdad existía, si no era cosa de mi imaginación, ha desaparecido.

El corazón se me acelera por la rabia.

—Al menos Alas, Vita y Mundwulf murieron en el lugar que amaban —grito a las estrellas, a esa luna casi llena que ya surge entre las dunas y al Gran Espíritu—: en la montaña. Pero ¿¡un desierto!?! ¡Siempre he odiado los lugares vacíos!

Caigo de rodillas sobre esta blanda tumba de arena. La luz plateada de la luna me permite ver cómo el viento empieza a soplar con más fuerza y desdibuja mis huellas, hasta hacerlas desaparecer. Yo también voy a desaparecer, más sola que nunca, arrepentida hasta el tuétano. Lo tenía todo en Eguino.

Tenía todo lo necesario junto a Justo.

¿Cómo no lo vi? Con treinta y un años y sigo ciega...

—Sabes bien por qué me cuentas todo esto.

La voz de Justo me sobresalta por detrás. Miro a mi espalda, en todas direcciones, pero sigo sola.

—Sabes por qué me lo cuentas, ¿verdad? —insiste.

Ahora lo recuerdo. Esas fueron las palabras de Justo tras escuchar atento todo: lo que me contó Xavier la noche que regresó y lo que yo no le había contado nunca.

—Necesitaba ser más sincera contigo —me expliqué esa noche—. Lo mereces. Siento no habértelo contado antes.

Me dejé deslizar hacia su pecho y lo abracé, como rara vez hacía. Todo había acabado. Busqué su calor, su estable refugio, para descansar en paz; pero no reaccionó. Algo lo tensaba, aunque fuese de una forma suave, como todo en él. Para Justo la conversación no había terminado.

—Me lo cuentas porque le da sentido a tu vida; porque te ha vuelto a hacer sentir viva, como hace años —A pesar de que en su tono no había crítica, me sentí ofendida.

—Te equivocas —saltaron mis reflejos, pero me costó encontrar más palabras. Tal vez por eso se convirtieron en poco más que susurros hacia los pies de la cama—... Sé que hay sentido en esta vida que tenemos aquí. Sé que nunca he vivido esta paz antes, ni sentido un hogar así.

—Sé que lo sabes, amor —Justo retiró el mechón de pelo que tapaba mi cicatriz y la acarició como cuando peinaba la tierra—. Lo sabes, pero no lo sientes.

Dolió. Me incorporé ligeramente para poder mirarlo.

—Te quiero —le encaré. A Justo le sobaban dedos en una mano para contar las veces que le dije esas dos palabras, pero lo que no se esperaba era lo que, en momentos de gracia había sentido y entonces, sin saber muy bien por qué, iba a decirle—. Y... quiero... quiero que lo nuestro crezca... Justo... quiero crear una familia contigo.

Una vez más, Justo no reaccionó, en ninguna dirección.

—¿Hablas tú o tu miedo? —susurró con una sonrisa—. Claro que me quieres, pero aún no te has perdonado ciertas cosas, y eso te impide amarte, amar de forma que dé vida. Amar en todo su esplendor —No hubo queja ni pena en su voz, sólo una profunda paz, y, tal vez, un extraño chispazo de algo parecido a la ilusión—. Me lo has contado todo porque no hay prisión capaz de encerrar lo que ahora mismo grita tu corazón: la llamada de la que hablaba Terra. El impulso que se llevó a Amalur.

—¿¡Cómo se te ocurre!?! —grité. Justo me recordó que Belarmino y Xavier yacían en la habitación contigo—. ¿Crees que voy a volver a seguir esa leyenda, después de todo lo que me ha hecho? ¿Acaso me ves como una cría estúpida que...

—Necesitas coronar esa cima, Kayah —me cortó—. Lo comprenda o no, al menos yo lo acepto. Nunca dormirás en paz ni vivirás con todo tu corazón hasta que llegues a la montaña donde descansa tu madre, y sepas si la leyenda es cierta.

—Estás muy equivocado —le aseguré.

Me aparté de él con brusquedad, le arranqué la manta y me tapé por completa con ella. Tapé mis heridas, mis miedos y mis anhelos y apagué el candil de un soplido, pero fue cuestión de días que acabase aceptando que tenía razón...

No puedo quedarme dormida aquí.

No puedo no regresar. Justo no se lo merece. Y si yo lo merezco a él, no puedo darme por vencida, no ahora.

Debo cobijarme abajo, en la hondonada a los pies de la duna. Tal vez allí el viento no se lleve consigo mi vida.

Echo un último y suplicante vistazo al horizonte, pero no hay nada que ver, ningún faro que me asista. Comienzo a descender la duna por su pared. Mis pies se hunden a cada paso hasta que la arena me pasa las rodillas. Tengo que ir con cuidado para no perder el equilibrio y caer. Si a duras penas puedo bajar, ¿cómo subiré mañana, bajo el sol inclemente?

—No te preocupes tanto —me digo—, igual mañana no te despie... —Pierdo el equilibrio y ruedo hasta el fondo—. Tierra, trágame —ironizo, echada de bruces, hecha mierda.

Las estrellas me miran con frialdad. Si el cielo estuviese encapotado la noche no sería tan fría, ni el día tan caliente, pero si esto es lo último que voy a ver, no está nada mal. La luna pronto asomará también. Esa luna regordeta como la que iluminaba a Amanda unos días antes de que me fuese, cuando, hablando de Alas, me dijo que, “unas estrellas se apagan, pero otras nacen”, y me llevó la mano a su tripa, “un chico, creo”.

Aunque no me congele esta noche, no aguanto otro día. No tengo fuerzas ni para levantar mis manos, unir las y orar.

Siento que salgo de mi cuerpo, tan rápido como pierdo la conciencia. Estoy cayendo en el sueño mientras miro las estrellas, cuando, de repente, una deja de brillar, consumida.

Eckhard nos advirtió que nunca lo hiciéramos, pero no me quedaba otra. Estoy absolutamente desesperada. Aún no sé cómo he salido de mi tumba de arena y resisto bajo este sol que pronto llegará a su cénit. Era esto o morir.

Nunca había tenido una sed que me impulsara a beber o absorber cualquier cosa. En la montaña se pierde mucho líquido, y se mea más, pero no es tan difícil conseguir agua. No al menos imposible. Había usado mi pis para picaduras y ampollas... Sentir la orina corriendo abajo por mi garganta no ha sido agradable, pero sí revitalizante. Creo que mi lengua ya no está tan hinchada, y hasta tengo algo de saliva.

Absorbo algunas gotas que se cuelan entre mis dedos y las telas que he usado para contener el líquido. Es seguro, no sabe bien, pero me sienta bien. Ahora sólo debo tener cuidado para no apretar demasiado las telas o que no se me caigan a la arena, así podré seguir sorbiendo poco a poco lo que queda.

Retomo el camino en la dirección de siempre. El viento que casi me mata esta noche ha desaparecido. No sopla una briza. Sólo sé que no me he quedado sorda porque puedo escuchar cómo arrastro los pies por la arena. Maldito silencio.

—El silencio lleva a la calma —Es Dorje, a mi espalda.

—La calma, a la cama —dice Vita, también detrás—. La cama al contacto; y el contacto, al orgasmo —se desternilla.

No me giro, pero me alivia saber que no estoy sola.

—Anda por el buen camino —se suma Nahkohe.

—Vaya cagada de camino, osa sudorosa —ríe Chanku.

—No—dice Justo—. Por dónde el corazón se inclina...

—El pie camina —remata Mundwulf.

Es genial teneros conmigo, pero ¿dónde está Alas?

No sé si se lo he preguntado o sólo lo he pensado. Lo repetiré... un momento. Eso... ¿agua? ¡Sí! El desierto muere al caer en un lago de vida, lo veo, pese a los hipnóticos efluvios.

Me lanzo a correr en su dirección, pero en seguida comienzo a sentirme mal, peor incluso que antes de beber el pis.

Un violento desequilibrio me estampa contra la arena y vomito. Una vez y otra vez, pese a que mi cuerpo no puede echar nada, casi ni bilis. Toda yo soy debilidad. Mis brazos no me sostienen y hundo mi cara sobre la arena vomitada.

Levanto cuanto puedo la cabeza y abro los ojos, pero no veo. Todo está negro. También estoy perdiendo el oído, poco a poco. Me estoy yendo, lejos... ¿y ese ruido?

Irme es, de alguna manera, un alivio, pero necesito saber qué es ese ruido. No puedo irme en paz si hay una posibilidad.

¿Qué es ese ruido?

Levanto otra vez la cabeza, pero sigo sin ver. Escucho, sin embargo; cada vez más alto y claro. Toda mi atención está ahora en mis oídos. Distingo como el viento que había desaparecido sopla más fuerte que nunca. En su voz hay un poder que nunca había escuchado. La luz comienza a filtrarse en mis ojos a través de un pequeño agujero. No reconozco ni las dunas. Un momento, veo... veo una nube... y es oscura... ¡¡tiene que traer lluvia!!

La idea de beber del cielo me ayuda a ponerme en pie y me lanza fuera de la dirección que seguía. Camino arrastrando los pies, pero cada vez más rápido, ansiosa porque esa enorme nube que se acerca por el oeste eclipse al sol.

Ella también avanza rápida, como yendo a mi encuentro. Avanza rápida, y baja... y su color es como el de la tierra... Me detengo en seco al descubrir que no es una nube, sino una tormenta de arena.

Retrocedo sobre mis pasos mientras pienso donde guarecerme. Ante el temor de quedar sepultada por la arena decido subir hasta la duna más alta. Está lejos, pero tengo que conseguirlo. Sin aire en el pecho y sin sangre en las piernas, pero tengo que conseguirlo. Entonces tropiezo.

Levanto la mirada y veo que, no lejos de donde estoy, la base de una duna tiene un desgarrón. Es como si se abriese una especie de grieta en una roca oculta. Miro atrás y descubro el muro de viento y arena barriéndolo todo, muy cerca.

Olvido el ascenso a la duna.

Al llegar a la rasgadura me encuentro con un enorme ojo esculpido en una roca rojiza. Me mira con la más negra pupila. Me asomo para ver si podría guarecerme dentro. No veo nada. Me incorporo nerviosa, necesito ver dónde está la tormenta. Está encima.

Vuelvo a asomarme al interior de la roca bajo la duna, esta vez un poco más. Echo un puñado de arena y veo pequeños destellos mientras cae. No escucho nada. Parece profundo, de unos diez metros al menos.

El viento se vuelve estremecedor. La tormenta está aquí.

Voy a descolgarme con cuidado, cuando algo que siento como el aliento de una criatura descomunal, me absorbe. No puedo resistir su bocanada y me traga. Me traga entera, hasta el interior de la tierra, hasta sus mismas entrañas.

La cima más profunda

La sensación de caída al vacío se amortigua cuando resbalo sobre una lengua arenosa. Logro girar mi cuerpo para no ir de cabeza mientras me deslizo y trato de asirme a algún saliente de roca, pero sólo arrastro arena, que escapa rápida entre mis dedos. Caigo hasta una pared inclinada sobre la que también me escurro, suave, pero sin poder detenerme.

La tierra me está tragando.

Distingo una oscuridad aún mayor bajo mis pies, donde me dirijo. Busco desesperadamente un saliente que me pare. Mis pies sólo logran empujar más y más arena, y mis manos apenas la peinan. No me consuela que no sea una caída libre si ese vacío me traga. Me retuerzo y giro como una loca hasta que, de repente, me estampo en algo blando y me detengo.

El agujero negro está a mi lado. Puedo entreverlo en la negrura y tocar su vacío. Es aún menor que el ojo de la roca, pero podría haberme colado por él. Me ha detenido un banco de arena que se desborda hacia el agujero con cada uno de mis movimientos. Miro hacia arriba y distingo en seguida la abertura. Nos separan algo más de diez metros. El ojo parpadea de pronto, dejando pasar una luz que baila frenética tras la cortina azotada que es el viento arenoso de la tormenta.

El temor de quedar enterrada pasa cuando me aseguro de que apenas entra arena por el ojo, y de que la mayoría que se cuele acaba siendo tragada por el pozo negro de mi lado. Lo mejor será estarme quieta y esperar a que la tormenta pase.

Me despierto entre escalofríos. Ha sido fácil quedarme dormida sabiéndome fuera del alcance de la tormenta.

La luz penetra ahora en la cavidad sin filtros. Estoy al final de una larga e irregular chimenea. Es como un embudo. Debería ser capaz de hacer fuerza contra dos paredes y subir fácilmente. Aunque sus paredes son porosas... Paso la mano por la que me aprisiona a la espalda y ésta deja caer sus granos de arena como si fueran pieles muertas. No va a ser fácil.

Desde mi posición puedo ver parte del labio rocoso y un retal de cielo. Es cuanto necesito. Me pongo en pie lentamente. La arena no cede, pero me mareo y pierdo la visión durante unos segundos. Cuando me recupero, comienzo a buscar resaltes en las paredes, puntos de apoyo para comenzar a escalar. Todos se deshacen bajo la fuerza de mis dedos y el peso de mis pies. Cada relieve queda pulido, mientras la arena se amontona a mis pies o cae por el agujero del pozo.

Empiezo a sudar por el esfuerzo, y por la ansiedad de sentirme impotente. Grito de rabia. Lloro.

Las mentiras de Xavier me sacaron de la cueva que compartí con mi primo en Eguino. Después los nacionalistas de Constanza nos sacaron de la cueva de Bernd. Más tarde, mi propio primo me sacó de la cueva que compartí con Alas... Y, de alguna manera, Dorje me arrancó de la cueva del Chomolungma. No tendría que haber salido de la primera cueva...

Me niego a quedarme aquí, a desaparecer así.

Trato de hincar mis dedos en la pared como si fueran picos. Me crujen. Me destrozo las uñas, sangro y sólo consigo descomponer la pared en pequeños agujeros, pero sigo intentándolo, hasta que logro dejar dentro de la pared la primera falange de tres dedos. Consigo lo mismo con la otra mano, y lo repito con la otra mientras comienzo a subir; pero cuando los pies no tienen apoyo y debo liberar una mano, parte de la pared cede y caigo. El banco de arena vuelve a

amortiguarme, a pesar de que, debido a la sacudida y el desprendimiento de la pared, el agujero devore mucha de su arena. Es inútil.

No queda más de mí. Paso mi áspera y lijosa lengua por el hombro y lamo mi sudor, salado, y crujiente por la arena. Siento el sudor que empaña mi frente y, tras retirarme el improvisado turbante, trato de absorber su humedad.

—Humedad —digo con apenas un hilo de voz. La palabra rebota hasta escapar de la cavidad. Desde fuera se habrá oído tanto como la voz de una hormiga en un hormiguero.

¡La humedad que hay aquí puede deberse a un pozo! Tal vez esté suspendida sobre un acuífero. No puedo subir, no así, pero si pudiese beber, ¡y más aún!, endurecer la arena con agua, entonces podría salir de aquí, revitalizada.

Asomo la cabeza por el agujero del pozo. No distingo la sombra de nada, su negrura es absoluta. Pero al meter el brazo encuentro que sus paredes son estrechas, y más duras. Por aquí sí debería poder moverme.

Meto las piernas en el vacío y me descuelgo poco a poco. Empiezo a hacer presión con los pies y el culo contra las paredes. Debo ir tan encogida que, cuando me he metido hasta el cuello, mis rodillas me aprietan en el pecho. Esa presión me ayuda a mantener la espalda recta contra la pared, que, si bien suelta algo de arena, no cede.

De vez en cuando uno de los pies se resbala y escucho como la arena cae y corre, y cae y corre. Siento como si debajo de mí hubiese una caída mayor que muchas de las que he librado en grandes escaladas. No ver nada me ayuda a engañarme, pero no me confío y sigo bajando tan lenta como me es posible. No debo correr, aunque no aguante más la presión.

Miro hacia arriba y veo cómo me alejo de la luz.

¿Me estará enterrando?

—¡Concéntrate, Kayah! —me obligo—. Si esta chimenea continúa así hasta el final, será fácil volver hasta el banco de arena, tranquila. Sólo tienes que...

La pared desaparece bajo mis pies y, aunque clavo lo que me quedan de uñas, mis manos resbalan. Pierdo la presión que ejercía con la espalda y caigo como un peso muerto. Caigo por tanto tiempo que parece que no haya fondo.

Recibo la mayor parte del golpe con una pierna. Dejo de sentir el pie y la rodilla cruje. Grito de dolor mientras salgo rebotada hacia un lado, doy una vuelta de campana en el aire, me golpeo la cara contra el suelo y me deslizo cabeza abajo.

La superficie es firme, pétreo, pero está tan pulida como un espejo; y está muy inclinada. Sigo deslizándome en la más absoluta negrura hasta que una de mis manos tropieza con un enorme saliente. Logro mantener el agarre cuando el peso de mis piernas pasa hacia abajo, y me detengo, en medio de la oscuridad, destrozada.

—Está bien, está bien —Es Dorje. Su voz resuena entre las paredes, pero sé que no está aquí. No puede estar aquí—, si no te funciona lo de poner la atención en tu respiración, prueba a ponerla en los sonidos de la naturaleza —Es el recuerdo de otro de sus intentos por acercarme a la meditación. Aquel día salió incluso peor—. Los sonidos de la naturaleza son su respiración: el aire que viene y va, el cuervo que grazna pidiendo cebada, la roca que cae ladera abajo, las aguas que corren por el deshielo, los niños que juegan fuera de casa...

—El perro que está intentando montarse a un yak —le interrumpí. Dorje también echó a reír al verlo.

El recuerdo me provoca una débil sonrisa, y me alienta.

Oigo respirar a la tierra. Aún siento ese aliento, con más frescor si cabe. No puede ser ni por la tormenta ni por la cercanía a la fisura que da al exterior. Es la respiración de la tierra.

Sigue tomando aire, hacia lo más hondo de su ser, como en el momento en que me ha absorbido aquí adentro.

No voy a subir. Sería una tortura remontar lo que he caído... y temo descubrir que ni siquiera sea capaz de hacerlo.

Sólo queda una salida.

—¿Has perdido la cabeza? —me pregunto.

»Está claro —me respondo.

Libero mi agarre del saliente y me dejo caer.

Giro para deslizarme sobre mi espalda. La inclinación de la pista rocosa fluctúa, igual que su dirección, que me hace reclinar me contra una y otra pared de forma intermitente. Al estirar los brazos descubro que vuelvo a estar en otra especie de chimenea, aunque algo más amplia y mucho más pulida.

Por aquí no podré subir. No hay vuelta atrás, ni arriba.

—Abajo, abajo—digo. Mi voz se queda atrás, coreando desde arriba—, ¡a lo que deba ser! —grito, y mi voz cae en picado a fundirse con el aliento de la tierra.

Minutos, horas, días y semanas.

Llevo deslizándome una eternidad, a ratos embalada, a ratos más despacio, como cuando Vita y Mundwulf se tiraban en el trineo desde el punto más elevado que veían, para acabar estampados unas veces y atascados en la nieve otras.

—¡Merda, Muto!, ¿por qué bajas con los ojos cerrados? —le chillaba Vita—. Te entra el sueño, ¿o qué?

—Me ayuda a dejarme llevar, sintiendo la intensidad de estar vivo, sin oponer ninguna resistencia —decía el gigante.

—Fare l'indiano... Lo que yo decía: eres un muermo.

Me tapo la nariz, tomo aire, cierro la boca y hago como si soplara. Alivio la presión en mis oídos, otra vez. No sé cuán profundo estaré, pero me siento... en paz. Estoy dejando atrás lo que pudo ser toda una vida, y una vida feliz además, pero lo he decidido yo. Soy la única responsable. Lo asumo.

Hace rato que no siento ni un grano de arena. Resbalo de forma más fluida incluso que sobre la nieve. Es como si fuese agua, aunque siga sin haber rastro de ésta.

¿Qué es eso, abajo?

Un punto de luz, como una diminuta estrella.

Parece moverse, pero quien se mueve soy yo. No crece, me acerco. Tiene que ser luz solar, ¡es una salida! Puedo distinguir mejor su forma, es ovalada. Parece una vagina, llena de luz cegadora. Voy a salir al mundo, otra vez, renacida.

La inclinación se hace más acusada y gano velocidad, demasiada. No por mucho, pero la grieta es suficientemente amplia como para salir volando a través de ella. Debo frenar. Intento echar el ancla con mis pies, pero al apoyar el izquierdo siento como si una navaja me rajase a lo largo de toda la pierna. Giro sobre mí y trato de frenarme con las manos. No funciona, pero la inclinación se atenúa a tan sólo unos metros por encima de la grieta.

Al principio parecían susurros, pero ahora distingo las voces. Decenas de cientos de miles. No puedo entender lo que dicen... preguntan. Siento su respiración a mi espalda. Todas las preguntas vitales de la humanidad, en un eco perpetuo esperando respuestas, sin que nadie responda.

La luz es cegadora, no veo qué hay fuera, pero reconozco la grieta como aquella en la que,

en una pesadilla salía a la terraza en la que encontraba los cuerpos de todos, despedazados y unidos a la montaña por el hielo.

¡Debo parar! Echo un pie y una mano hacia cada uno de los labios de la abertura y me preparo para el golpe. Un golpe seco en el que a punto estoy de desmembrarme. Mi cabeza asoma por la grieta, hundida en la luz, pero lo he conseguido.

Con la cabeza todavía colgando fuera, abro los ojos.

La luz me deslumbra tanto que duele. Empiezo a ver mechones de mi melena, colgando en el vacío, pero sigue habiendo muchísima luz. Estoy deseando ver dónde aparezco.

Mi sonrisa de éxtasis se congela cuando mis ojos distinguen lo que me espera al dejarme caer: el cielo.

Abajo no hay arena, roca ni agua, sólo un cielo nublado.

De pronto los colgantes de Alas y Justo se deslizan por mi nuca y caen. Lanzo mi mano por instinto. No logro alcanzarlos, pierdo pie, y yo también caigo.

Caigo en un vacío de luz, aire y nubes.

El escudo de Alas y la campana de Justo giran delante de mí. Estiro las manos hacia los colgantes y consigo agarrar el cuero que sostiene la campana. Cierro la mano con todas mis fuerzas. Cuando voy a recuperar el escudo de piedra, éste cae de pronto a toda velocidad, como si pesase una tonelada.

Miro cómo el recuerdo de Alas desaparece camino a las nubes, hasta que, de pronto, reparo en que el aire ya no entra en mis oídos, que ya no rasgo el viento en mi caída libre; que no sigo cayendo. Estoy flotando.

Lo confirmo cuando miro arriba, a la grieta de la que he caído, y veo que no me alejo de ella... ni de la inmensa formación rocosa a la que pertenece y que cuelga de... la Tierra.

¡El mundo entero está arriba!

La campanilla tintinea cuando, en vez de seguir cayendo hacia las nubes, vuelve a mí; como yo vuelvo a la tierra.

No sé si me elevo hacia abajo o caigo hacia arriba, pero en esta imposible vuelta de campana, mis pies se posan sobre tierra firme; sobre La Montaña.

Me hallo en la cima de la mayor montaña que pueda existir. Sus raíces no quedan ocultas bajo un manto de nubes. Dominando el horizonte en todas direcciones, donde alcanza mi vista, todo son pendientes de roca, nieve y hielo. No tiene fin. Es mucho mayor que el Chomolungma.

Miro al cielo. Espero que el escudo de alabastro de Alas caiga, de vuelta, pero no lo hace. En su lugar, son las nubes las que, arremolinándose, comienzan a descender hacia mí.

Antes de poder hacer nada, las nubes caen hasta la cima empujadas por un viento feroz y me convierto en el ojo del huracán. El viento arrastra voces. Son las voces de las nubes, que explican... que dan respuestas, en un confuso bullicio.

El viento se lanza de golpe al interior de la grieta y encierra en ella a las nubes, sus voces, y también, toda luz.

Sigo aquí, de rodillas sobre la roca, en la oscuridad.

Levanto los ojos y descubro el titilar de una estrella aquí, otra allá. Algunas más despiertan en la grandiosidad celeste, pero es la media luna que despega desde el horizonte la que me devuelve el equilibrio, me deja intuir mi cenit y mi nadir.

La media luna asciende mucho más rápido de lo normal, y me baña en su luz plateada, pero mi silueta arroja una débil sombra entre nosotras. Cuando me giro descubro que otra media luna ha surgido también en el horizonte opuesto... y que no estoy sola en la cima de la montaña.

Su silueta me es tan familiar, sobre todo con esta luz.

Es la vieja.

Es Amalur, mi madre.

Me da la espalda, pero es ella. Parece que sostiene algo.

—Ama... ¿Amalur?

—Shhh...

Es una noche templada en la cima del mundo. No hay ni rastro de frío, ni de viento. Al cojear, mi campana tintinea.

—¿Y ahora qué? —pregunto, pese a que realmente quería preguntar: ¿Por qué me abandonaste?, ¿por qué me traes aquí?, ¿por qué no puedo vivir en paz, ni contigo ni sin ti?

—Shhh... La vas a despertar —susurra—. Acércate.

Avanzo hacia ella, pero antes de descubrir su rostro, bañado por una de las dos lunas, veo que sujeta un bebé.

—Aquí estamos —dice—. La montaña está aquí.

“La montaña está aquí”. Sus últimas palabras a Xavier.

—Estamos... ¿Estamos en el Denali? —pregunto.

La vieja aparta la mirada del bebé dormido y me mira. Arquea una ceja, llamándome idiota sin abrir la boca.

—Xavier siempre fue un poco cuadrado —suspira—. No lo culpo, ojo. Seguramente sea cosa de la cruz. No quise impulsarlo a continuar la búsqueda en la que llevábamos años, hija, todo lo contrario. Quise hacerlo parar.

»El camino que toma la vida puede ser tan escurridizo como el imperceptible eco de una semilla que, traída por el viento, cae en la tierra con suavidad —El rostro del bebé parece una perla brillante bajo la luna de su lado, que parece crecer a medida que asciende—. Semilla que, sola, busca protección del frío, del calor, del agua y del aire en la tierra. Estira sus raíces para anclarse a la vida. Sin dudar, sin plantearse siquiera si quiere vivir.

»Las pruebas a las que se ve sometida, los chascos y los chubascos pueden llevarla a pensar incluso si sus raíces verdaderamente se estiran, o si bajo ella sólo se extiende un vacío, la nada; si no será una semilla estéril, en una tierra baldía —la luna que asciende a la espalda de Amalur, parece menguar—. Pero si recibe cuidados: riego, abono y unas pocas palabras amables, sin saber cómo, deja salir algo de su interior. Algo brillante, un rayo de luz: un brote. El anhelo de erguirse solemne en la vida —Amalur me sonrío, satisfecha.

»Crece, crece y madura. Y surgen sus hojas, cuales alas que la impulsan a alzarse más y más alto, hasta la altura que le permita contemplar el mundo entero bajo ella —Llevo mis ojos abajo, pero no distingo nada—. Oculta a los ojos al principio, llega un día en que una inspiración se abre paso entre espinas para formar el capullo que dará a luz la flor de la vida.

»Entonces puede llegar un tiempo incierto, en el que dé igual primavera, verano, otoño o invierno; nada la haga diferenciar nada, sentir nada. Donde quepa preguntarse si se trata de un largo letargo o si ya está marchita —Los ojos de Amalur me sonrían antes de mirar al bebé—... hasta que, de pronto, se descubra liberando un fruto. Dándose a algo mucho mayor que su existencia. Cerrando el círculo. Todo encaja.

¿Que todo encaja?

—¡Yo era una flor de quince años, nacida de una semilla abandonada, a la que arrancaron de raíz! —sollozo.

—No, Kakahoyah. Kayah, hija. No. Tú eras el bebé, la niña, la adolescente, la joven, la mujer, la señora y la anciana. Y lo sigues siendo. La semilla y el bosque. La montaña, la vida.

El bebé se ha despertado. Su mirada es noble, serena.

—La montaña está aquí, empieza justo cuando nacemos y tocamos la tierra, y su cima alcanza el punto más profundo de nuestro corazón. Lo entendí. Tardé, pero lo entendí, hija; y coroné la grandiosa montaña de mi interior. Me coroné.

—¿Era necesario tanto dolor, tanto sufrimiento?

—¡Claro! Somos seres vivos, ¡y humanos además! —ríe.

El resplandor de las lunas es enorme, ahora que están sobre nosotras. Una ha menguado tanto que está casi extinta. Me mira compasiva, como la anciana que se sabe de despedida. La otra ha crecido tanto que está casi llena, y clama por mi atención como el bebé hambriento. Parecen ir a abrazarse.

Sí, se van a abrazar en toda su concavidad y convexidad.

Amalur está a mi lado, con el bebé llevando sus manitas hacia mí, llamándome. Tiene los ojos de Justo.

—Gracias por mantenerme en tu corazón —dice—. Mil gracias por dejarme conoceros —Acaricia la naricilla del bebé y me mira—; a ella, y a ti —las tres nos unimos en un abrazo.

Cierro los ojos y me siento en mi lugar, en casa.

Las lunas también se funden. Su fulgor ha hecho que abra los ojos. Desprenden una aureola iridiscente que resplandece con todos los colores, en todas direcciones, como aquellos banderines de oraciones por la paz de Nepal.

La intensidad del fulgor va en aumento. Bajo la mirada para compartir el momento con Amalur y... han desaparecido. En vez de a ellas, lo que descubro es que un océano infinito asciende montaña arriba, haciendo desaparecer toda su gloria bajo unas ávidas aguas oscuras, insondables.

Cuando el agua alcanza la cima y está a punto de asirme, salto, por puro instinto; y vuelo, de puro amor.

Amalur y el bebé han desaparecido, no corren peligro, y yo tengo dos preciosas alas.

Soy una enorme águila alzando el vuelo.

Vuelo hacia lo más alto, hacia la creciente luz lunar.

Vuelo en paz, agradecida, mientras escucho el batir de mis alas, y a lo lejos, una campanilla.

—Hoy es un buen día —canta una dulce voz en lo alto.

Una campanilla tañe también el cielo, algo más cerca.

—Hoy es un buen día para seguir el camino del corazón. ¿Recuerdas aún el consejo de Mujer Búfalo Blanco? Dice así: Cualquier cosa que hagas en la vida... —Las palabras vuelven a galopar a través de mi corazón, con brío, resueltas.

hazla lo mejor que puedas;
con tu corazón y con tu mente.
Y si lo haces de esta manera,
el poder del universo vendrá en tu ayuda;
si tu corazón y tu mente están unidos.

Cuando uno es miembro del Círculo de la gente,
uno debe ser responsable,
pues toda la Creación está relacionada,
y el dolor de uno es la herida de todos,

y el honor de uno es el honor de todos,
y todo lo que hacemos afecta a todo el universo.
Y si lo haces de esta manera, es decir, si verdaderamente unes tu corazón
y tu mente como Uno Solo,
cualquier cosa que pidas, así será.

Paz.

El silencio es absoluto.

El batir de mis alas no resuena, porque mis alas son luz. El aire no me peina, porque es luz. Me he fundido con la luz. He cruzado la orilla, sin siquiera sentir el agua; y está bien.

Una campanilla desluzca con su tintineo el silencio, y allá donde repica alarga sombras, como un raro faro discordante que me llama desde la tierra de otro mundo distante.

Tin...

Un hogar en la tierra

Tin...

Todos estamos aquí y ahora, juntos.

Compartimos la oportunidad de descubrirnos en paz, en un mismo camino de infinitas salidas, formas y metas. La separación es una ilusión. Es más sencillo de lo que creía...

Tin... Tilín.

Al final el odio era hacia mí. El otro no es otro, soy yo...

Tin... Tilín-tilín.

Es el tintineo de una campanilla, sin duda, pero suena menos aguda y más libre que la de mi colgante. Llevo la mano a mi pecho y cojo la campanilla, es placentero agarrarse a algo.

Tin, vuelve a sonar, a cierta distancia, ahora lo sé.

—Hoy es un buen día para nacer —dice... ¿Nahkohe?

Abro los ojos, lentamente ante el dolor de la luz que los traspasa. Una figura me cuida, muy cerca, sobre mí. Nahkohe. No. Es un joven. Me observa, de pie, a una distancia tan corta de donde yazco que puedo ver mi reflejo en sus ojos negros.

—¿Qué? —Trato de incorporarme, pero el cuerpo no me sigue—. ¿Quién eres?, ¿Dónde...

—¡Hola! —ríe el joven árabe; ríe con todo su cuerpo, agitando su turbante añil y su toga blancuzca con una risa inocente y hermosa—. Mi nombre es Rashid. Estás en una de nuestras humildes tiendas, en un oasis de la Lībīya otomana —Habla castellano muy bien, pero no entiendo nada—. Final de octubre, o igual ya estamos a primeros de noviembre en tu calendario... 63. El año, digo —ríe—. 1863... Oye, di algo, por favor. En el duermevela no callabas y ahora...

Tiene la piel oscura, pero no tanto como otros árabes que conocí, y sus rasgos tampoco

parecen tan puros. No son sus pestañas pintadas de negro, ni sus cejas rectas, tampoco su bigote y perilla rala, pero algo me resulta tan familiar en él...

Una campanilla revolotea con la brisa en la entrada de la tienda. Pende de uno de los maderos que sostienen el telar verdoso que nos protege del desierto. Yazgo sobre un lecho de cojines rodeado de alfombras de mil colores. Hay un balde con agua, trapos húmedos y dátiles. Mi pierna está perfecta...

—¿Cómo he llegado aquí? —digo al verme con túnica.

—Te encontramos entre las dunas —Una joven entra decidida a la tienda, parece hindú—, ahogándote en tu propio vómito, tengo que decir. Sara, gitana malagueña —sonríe. Es belleza descarada. Lleva sus manos a la cintura y...

El destello de lo que pasó después de caer inconsciente en la arena cruza mi corazón: la grieta, la caída, la montaña, las lunas, Amalur... el bebé. Me llevo las manos al vientre.

—Tranquilla —La gitana se me acerca, apoya su mano sobre las mías, se la lleva a los labios y da un sonoro beso—. No corre peligro, tu chiquilla es fuerte.

Miro mi vientre. El bebé... mi... hija...

—¡Alexandre! —Un hombre apuesto, con marcado acento francés, entra en la tienda persiguiendo a su sombra en miniatura, un precioso niño de unos seis años.

—Has despertado, ¡al fin! —dice el pequeño—. ¡¡Zoe!!

—Verás —comienza Rashid—, somos una gran familia itinerante. Todo empezó en mi ciudad, Al Qahirah, El Cairo. Hace tres años fui a un encuentro que cambió mi vida.

Un hombre y una mujer de aspecto europeo entran de la mano de una niña algo menor que el niño que se afana en darme de beber agua; el agua más deliciosa que he probado.

—Allí conocí a un hombre español, de Cantabria, Rafa. ¡Rafa! —grita—. También conocí a otro español, bueno, él decía que vasco. Me recordaste a él cuando te vi. Había vivido una aventura como yo jamás había soñado... y había pagado un precio, pero era feliz... El caso es que aquel encuentro me hizo ver que mi vida no tenía sentido tal y como la estaba viviendo —Dos mujeres árabes idénticas pasan al interior—. Rafa y yo iniciamos un viaje hacia Europa y sus misterios y fuimos encontrando a toda una serie de personas dotadas de habilidades especiales con las que, además de ganarnos la comida y sentirnos en el hogar de una familia, empezamos a inspirar al mundo entero...

—A los cuatro gatos que veían nuestros espectáculos, con suerte —Un gigante de musculatura cincelada se agacha para pasar dentro de la tienda. Se cruza de brazos y sonríe.

—Rafa, avisa a toda la familia —le pide Rashid—. Hay que celebrar el despertar de... —me mira.

—Kayah —musito, tras vaciar el tercer vaso de agua.

—¡¡Bienvenida a la familia, Kayah!! —corean todos.

No es un simple oasis, es el paraíso, al menos al alba.

La magia que rodea esta laguna perdida entre las dunas es tal que, como las hierbas, juncos y palmeras que se levantan a su alrededor, hay gente que ha venido a vivir aquí, en medio del desierto. Son pocos. Unos llegaron huyendo del imperio otomano, otros sirviéndolo. Ahora acogen a quien llega en busca de cuidados, o lo delatan a una muerte segura y les trae sin cuidado, todo depende de quién seas y qué puedas dar.

Mejor no pensar lo que habría sido de mí de llegar aquí sola, pero lo hice como una más de “El gran verde”, este bello grupo de fenómenos ambulantes liderado por Rashid, y eso significaba seguridad. Es maravilloso que el amor, disfrazado a menudo de humor, otras de pura inspiración,

pueda derribar cualquier bandera o religión, pongan lo alto que quieran el mástil o erijan lo alto que se empecinen sus templos.

—Al principio nos ven como el egipcio, el español, la gitana, los turcos, las moras, los griegos, franceses... como una ensalada de cristianos y musulmanes, y nos escupen, a todos —Rashid contempla el reflejo de una nube que se sonroja en el reflejo de la laguna. Es el tercer amanecer que subimos a lo alto de las dunas, y también el más espléndido; y el último.

—Y os escupen todos —añado—: unos por creerse distintos a algunos de vosotros, y otros porque, aun habiendo nacido bajo una bandera o religión común, os juntáis con...

—Los otros, ¡exacto! —se adelanta—. Los otros... ¡Qué violento! Separar a la humanidad por nacionalidad o creencias implica perder la humanidad —suspira—. ¡Pero! —sonríe—, pero, antes de que se den cuenta llenamos esa distancia que nos separaba, que estaba falta de amor, y los transformamos.

Rashid es un soñador, igual que Rafa, “el hombre más fuerte del mundo”; Sara, la clarividente; las gemelas marroquíes de melena en el viento y magia en las manos, la familia acróbata francesa, el domador de bestias turco, el astrólogo sirio o la familia griega capaz de hablar con los muertos.

Todos son soñadores, pero no ilusos, ni embusteros. Esta familia es real. Los pequeños juegan y se exponen con todo su ser frente a cualquiera como lo hicieron conmigo desde antes de conocerme: con mucho más amor que miedo. Los han educado para ser valientes. Mucha gente se ha reído de los sueños de sus padres, de su peculiar familia. Han tenido que tragar palabras crueles, pero son capaces de abrir la boca y mostrar todo lo que llevan en su interior, confiados.

Son un maravilloso ejemplo para la humanidad, y saberlos dándose al mundo me llena de dicha. La raíz no tiene fin.

Mitakuye oyasin, todos somos uno. Gracias.

—Cada vez que llegamos a un nuevo pueblo y alguien nos da un poco de su tiempo me lleno de gratitud —sigue—. Creo que ese inmenso sentimiento me deposita en medio de un infinito campo de amor del que sólo puedo dar y dar.

—A mí me ha costado —le confieso—. La gratitud, sentirla. Me pasé muchos años odiando, odiándome. Siendo una víctima, de mí misma. Ahora acepto, me acepto —Rashid me mira con todo su ser, presente, mientras las pocas nubes que nos sobrepasan prenden en un incendio leonado, naranja, púrpura y violáceo, bajo un cielo cada vez más claro.

—¿Segura que no quieres ser otra preciosa gota más del “Gran verde”, nuestro mar de la inspiración? —No se da por vencido, como buen soñador—. Estamos a punto de acabar la vuelta al mar del medio, pero no nos quedaremos en Egipto mucho tiempo. Hay demasiada gente esperando algo especial, algo que los sacuda de sus vidas entre las innumerables páginas del día a día que pasan impasibles, sin pena ni gloria.

—Una revelación que les dé la clave de sus vidas —Sé de lo que hablo—, las respuestas a las preguntas que se repiten una y otra vez en sus corazones. Como una leyenda...

—Por ejemplo. O estos locos adorables.

Rashid sonríe con toda la blancura de su dentadura y la brillantez de sus ojos azabache. Se sabe en un juego.

—Pero la magia es el día a día —le devuelvo la sonrisa.

—“Dicen que tienen sed, y están en medio del río”, ¿no?

—Es aquí y ahora donde creamos todo, sí —Rashid me mantiene la mirada, pero si asiente, no lo veo—. Al recrear mi pasado veo que busqué mis raíces, las de sangre y las de aire, sin darme cuenta de algo vital: también era la tierra. Hoy me sé tierra, fertilizada por el perdón y el

amor, y estoy deseando nutrir las raíces que han llegado hasta mí en mi día a día.

—¿Ni siquiera nos acompañarás a Egipto? —me ruega.

—Ya he completado mi viaje, Rashid.

—Está escrito. Prepararemos lo necesario para que no tengas problemas en regresar a España desde Benghazi.

Levanto un puñado de arena y observo cómo se escurre entre mis dedos. Aquí y ahora, sólo deseo mantener esta luz, preservar esta claridad en mi interior.

—Amiga —Rashid se levanta—, sólo me queda recordarte las palabras que te trajeron tus ancestros anoche a través de nuestra *medium*: Anda por...

—El buen camino —secundo, agradecida.

Rashid besa la punta de sus dedos antes de tocar mi coronilla y bajar a las tiendas a prepararlo todo para la partida.

Llevo la mirada a las nubes que pasan, más templadas, serenas. Siguen su camino bajo un cielo lavanda, entregadas. Cambian sus formas, sus colores, su contenido y su dirección, pero siguen siendo nubes, y siguen pasando. Todo pasa.

Todo pasa en este milagro que, a su vez, no acaba.

Inspiro profundamente, hasta lo más hondo de mi bajo vientre. Siento como mi vacío se colma, célula a célula, hacia arriba, hasta alcanzar mi nariz, plena; y dejo que el aire salga. Suelto todo, y siento que no necesito nada.

Doy las gracias por las bendiciones desconocidas que ya están de camino a mí, ahora que ya estoy camino al hogar.

Gran Espíritu, Gran Misterio,
ayúdame a confiar en mi corazón, en mi mente,
en mi intuición, en mi sabiduría interna, en los sentidos
de mi cuerpo, en las bendiciones de mi espíritu.
Enséñame a confiar en estas cosas para que pueda entrar
en mi Espacio Sagrado y amar, más allá de mi miedo,
y así Caminar en la Belleza, en equilibrio,
con el paso de cada glorioso sol y cada gloriosa luna.

Mis raíces se extienden, una con la tierra.

Mis alas se despliegan, sin límites en el cielo.

La senda abierta por las huellas de quien nos precedió, el eco en el corazón de la nana que nos acunó; son regalos del ayer, para el mañana que siempre es hoy.

Sí...

Hoy es un buen día para nacer.

*Agradecer a todos una vez más salvarme la vida para que ahora sí pueda vivir la
empacar lo poco que tengo y que tengo por que me lo he dado en un zurrón
volver a agradecer a mis amigos una vez más por el pobre dromedario
partir hacia las colinas del oeste y cruzarlas para llegar al puerto
intercambiar el dromedario por lo que se precisa por un pasaje
tener fe y mantenerme firme frente a lo desconocido y difícil
recordar lo distintos que parecen siempre los caminos
ser pues recto pero respetuoso y benevolente
valiente en la alegría de la sencillez
insistir cada día en la calma
AQUÍ Y AHORA
navegar hasta la península
festejar la dicha de pisar la tierra
vaciar de penas la maleta de la catalana
decir adiós al mar que casi me ahogó y me resucitó
encaminarnos al pueblo sobreviviendo y viviendo lo todo
sorprenderlos a todos en la era o junto al río dentro del caserío
darles la vuelta a sus vidas como ellos se la han dado a la mía con amor
dar me y entregar me a ellos y al instante en una infinita estela de vivencias
trabajar la tierra y trabajar me cada día por que somos seres vivos y humanos
escalaryescalarmesaber que no es así pero vivir la vida como si sólo fuera una vez*

Índice

En un suspiro

I- La Llamada

Un nido en las nubes

Raíces calcinadas

Como la hoja al capricho del viento

Nacer, vivir y morir en jaulas

Wašicun wašin icu

Fin de la tierra, albor del mundo

II- La Aproximación

Aurora consurgens
El viejo mundo y las viejas mentiras
Amalur
Presa por sorpresa
Nietos de los Gentiles

III- La Base

Ovejas negras de sombra blanca
La oportunidad
Sólo encontraréis piedras
Aire que llena el vacío entre cimas
Revolution
Perdida y encontrados

IV- La Ascensión

Kein problem!
El paraíso de los Klimbahim
Dones archinaturales
Todos los infelices se harían nómadas
Un solo latir
Horizonte sin fronteras

V- La Cima

Huesos, piel y plumas
El Nirvana está congelado
29.002
La tempestad que sucede a la calma
ཨོ་མོ་གླང་མ
El cielo al alcance de los dedos
De la cumbre al abismo

VI- El Descenso

Un ataúd en las profundidades
Fantasmas del pasado
Aquí o allá, ahora o nunca
Moldear el vacío
Fantasmas del futuro
Eguzquia ez da equialdetic jaiochen

VII- El Regreso

Al principio del sueño me hundía
... para nacer para morir, para...
La cima más profunda

Un hogar en la tierra

Respirar por vez primera